

El Espejo de la Caridad

Introducción y notas:
Ricardo F. Isaguirre

Traducción:
P. Germán Díez Martínez, o.e.s.o.

INTRODUCCION

1. EL ESPEJO DE LA CARIDAD: APROXIMACIÓN

EL espejo de la caridad fue redactado por encargo y es la primera obra de Elredo, quien, según Charles Dumont, ya no superará la maestría alcanzada en estos extensos párrafos. Nuestro autor trabaja en ellos a partir de 1142. Fue san Bernardo quien propuso el tema del Tratado, como sabemos por la carta que aparece, según lo dispuesto por el mismo abad de Claraval, "al principio de la obra"! El clima y el suelo de cultivo de aquel encargo había de ser la obediencia, en cuyo nombre Bernardo ordena a Elredo no diferir más la redacción de sus notas sobre "aquellas cosas" que el Maestro de novicios de Rieval "conoce por la diaria meditación acerca de la caridad"! Más específicamente, san Bernardo prosigue indicando a Elredo la verdadera dimensión de su requerimiento -cuya severidad es fruto de un auténtico forcejeo piadoso en que ambos monjes rivalizan en afilar sus excusas-. Según Elredo, él no es más que un cocinero, un mayordomo, un dispensador gastronómico sin títulos para explayarse sobre profundidades que no ha aprendido a sondear en las escuelas.' Pero con su proverbial genio retórico, Bernardo forja un argumento inescapable: el antiguo dapifer regís ha sido providencialmente trasladado de su servicio en la corte al desierto, donde se le presenta la oportunidad de preparar en la casa del Rey manjares espirituales para los espirituales que hambread de la Palabra de Dios." Más aún, Bernardo descuenta que un hombre de tan piadoso ingenio no puede haber desaprovechado su estancia fuera del mundo. "Algo -le dice- habrás extraído para ti con tu martillo de las rocas", algo que difícilmente habría logrado arrancar "de los archivos de los maestros.". Con cierta graciosa ironía recalca entonces la importancia del ocio contemplativo, en cuyo ambiente Bernardo asegura a nuestro autor que algo habrá también "sentido bajo la sombra de los árboles en el fervor del mediodía [es una imagen clásica]", algo que la enseñanza escolar habría sido incapaz de proporcionarle. Elredo admite en este punto que ha echado mano del martillo que recomienda la autoridad de Bernardo, "para componer el Espejo": Retengamos que los espejos antiguos eran fabricados de metal golpeado y bruñido, y completemos así la imagen de entrega obediente que esta correspondencia nos dibuja. Retengamos asimismo el cargo que desempeña Elredo en su monasterio en el tiempo de recibir la obediencia, y la imagen de esas "rocas" que el picapedrero espiritual malea y de las que Bernardo garantiza con el Deuteronomio que se dejarán extraer miel y aceite, revelará ante nuestros ojos toda su profundidad metafórica..

Bernardo continúa delineando el encargo y pide a su amigo que se explaye no sólo sobre la caridad sin más, sino sobre su "excelencia, su fruto y su orden, e igualmente [sobre] lo que ella [...] sea, y cuánta dulzura se encuentra en su posesión, cuánta opresión se siente en la pasión y el deseo que le son contrarios"..

Elredo encabeza la obra con una respuesta personal a su padre espiritual. El tono es el de una contenida desesperación que ha dado con los resortes de la obediencia. Es un tono perfectamente estudiado, pero no por ello menos sincero; aquí el estilo está íntegramente en función de la expresión, de acuerdo con la preceptiva tradicional. Reconociendo que la humildad -Bernardo lo ha amonestado sobre esta virtud angular en la conversión monástica- es "la virtud de los santos", el futuro abad de Rieval se acusa de carecer de esa condición esencial para el progreso hacia la vida según el Evangelio.' Obedece a su señor, pero no puede dejar de consignar que el encargo se le convierte en "imposible, inexcusable y digno de acusación". Siendo ya muchas las obligaciones y tareas de su cargo, Elredo teme que el empeño sea superior a sus fuerzas, pero reconoce al mismo tiempo la imposibilidad de negarse a quien así le exige aquello. 12 Finalmente, con buen

espíritu de precaución, admite por adelantado las culpas de que cualquiera desee hacerlo responsable/8

Elredo tiene conciencia de no ser "la primera fuente". Él es dependiente y su doctrina sólo le pertenece funcionalmente, diríamos hoy. Por si esto fuera poco, recela que la lectura de sus párrafos resulte empeño "estéril de fruto, fatuo e insípido" para quienes se aproximen a estas notas a ver y probar qué dulce es el Señor, y encuentren en cambio solamente motivos para rebelarse, hastiados por la sequedad de las palabras infelizmente empleadas por quien no tiene derechos adquiridos sobre tan preciosas doctrinas, '5 "campesino rústico", como lo llamaba Bernardo no sin humor, que en su retiro ha aprendido "más a callar que a hablar." ,.

Pero Elredo obedecerá: si no le es dado excusarse -y Bernardo se ha encargado de volver imposible toda escapatoria-, le resta acusarse, como ya lo ha hecho, de su inhabilidad e ineptitud, rogando que la gracia supla lo que falta de arte en sus escritos.17

Finalmente nuestro autor nos informa del método que ha seguido en esta redacción, "meditando ciertas cosas, haciendo otras como [suyas propias], e incluso algunas más que [suyas], puesto que las [manifestó] a Hugo [el Prior de su monasterio], más íntimo con [Elredo] que [Elredo] mismo, exponiéndole las cosas que había de tratar a manera de cartas". Ha dividido "el conjunto en tres partes": primeramente en treinta y cuatro capítulos expondrá "la excelencia de la caridad", considerando "su dignidad" y también "la reprobación del deseo que se le opone", esto es, la concupiscencia que se busca a sí misma con menosprecio del Señor de todos." Este primer libro se verá interrumpido bruscamente. Es un efecto estilístico que reconoce un antecedente inmediato en la actitud de san Bernardo en el sermón 26 de su exposición sobre el Cantar de los Cantares, predicado en 1138 a raíz de la muerte de su hermano Gerardo, ecónomo de Claraval y "una mente" con su abad, que lo considera aun más íntimo por esta disposición que por los mismos e innegables lazos de sangre. Ha tenido lugar en Rieval la muerte de Simón, monje y amigo del autor. Elredo intercala un extenso elogio fúnebre. No calificuemos ligeramente este panegírico de digresión. Estamos ante una "ilustración" con que Elredo ejemplifica y matiza un Tratado quizás árido para los lectores que buscan en él edificación, alimento para la meditación diaria y, como diríamos hoy, "orientación pedagógica". Y lo señalamos sin desmerecer la autenticidad con que padece Elredo. Más adelante veremos en pormenor la gran belleza y profundidad de conceptos encerradas en este capítulo. En él brilla, ya no sólo la angustia de Agustín privado de "la mitad de su alma", sino una sensibilidad nueva, más cercana al "sufrimiento convertido" de Agustín ante la muerte de Mónica su madre! Hallamos aquí una valoración del otro en cuanto otro y una sutil y sagaz apreciación del hecho de que toda amistad verdadera es fuente conjunta de penas y gozos en razón de ser una forma de crecimiento, una busca y un encuentro permanentemente renovados. Todos estos son los rasgos de la sicología de un tiempo que despunta. "¿Quién -enfatisa Elredo- puede comprender que Elredo viva sin Simón?"² y agrega un poco más adelante: "Mis entrañas están como sacadas de su sitio y mi alma hecha pedazos [...]. Es admirable que viva [...] habiéndome sido arrebatada parte tan importante de mi vida." Entonces concluye, siguiendo al pie de la letra las antiguas efusiones de Agustín: "¿Y digo que vivo? [...] Triste vivir el vivir sin Simón" En fin. en esta ponderación encendida del amigo ahora ausente -y en el lamento por la pena de permanecer en este mundo- termina. el libro primero. Luego veremos la importancia que Elredo atribuye a la amistad en la vida monástica!

El segundo libro está dedicado, explica Elredo, "a salir al paso de algunas objeciones infundadas que suelen hacerse [a la caridad]!". Tenemos aquí veintiséis capítulos. En el cuerpo de este libro el autor recogerá su experiencia de Maestro de novicios, sin duda una, si no la principal fuente de las comprensibles "objeciones", formuladas por mentes jóvenes y

en proceso de formación, que Elredo se dispone a refutar. Son capítulos de estructura casi socrática, ecos asimismo de los Soliloquios agustinianos. Brilla aquí en su máxima luminosidad el maestro y el apologista de la vida monástica, en particular de la vida reformada, dura - y para muchos tradicionalistas casi herética-, que llevan en sus monasterios los cistercienses.

Elredo dedica la tercera parte de su obra a "demostrar la manera cómo ha de manifestarse la caridad"! En una extensión de cuarenta capítulos nuestro monje desarrolla su pedagogía monástica y configura la doctrina de los "sábados" por los que trepa el alma en la escuela de la caridad monástica. Elredo entiende que toda educación es necesariamente social; por ello el crecimiento en la fe implica una interacción constante entre los hermanos bajo la dirección del abad. Elredo es un formador: su experiencia le indica que la entrada al monasterio de cada novicio modifica el todo de la comunidad. Con su desarrollo en la virtud, a medida que la fe vaya iluminando su inteligencia y que la caridad se imprima en su existencia cotidiana como una impronta de Cristo, todos los monjes, y el mismo abad, crecerán en posibilidades y multiplicarán las riquezas comunes. El monasterio es un espejo en que se refleja todo lo que lo puebla. A más transparentes sean los hermanos, más será la luz que podrán compartir y más auténtica la paz que se entreguen mutuamente y participen al mundo en que están afincados.

Elredo cierra la obra 2. volviendo a interpelar directamente a su padre, señor y "queridísimo hermano ausente", Bernardo. Le encarece entonces que no exhiba públicamente este Espejo, no resulte que "en vez de brillar en él la caridad, asome más bien la astrosa imagen de su autor":. De todas formas, y luego de reiterar que ha "realizado esta tarea [...] obligado por la autoridad paterna", resume sus otros móviles -históricamente no menos importantes, pues Elredo era en aquel tiempo un formador ya reconocido-: "la fraterna caridad", esto es, el servicio que como monje lo justifica ante Dios, y su "propia necesidad", su intención explícita de agradar al Padre configurándose con Cristo gracias al sello que el Amor, su Espíritu Santo, imprime en el corazón de los que se entregan y corren en la vida monástica tras el olor de los perfumes del Esposo.

2. LA ÍMPROBA TAREA DE DESCRIBIR EL MUNDO

Elredo sabe muy bien que el amor no puede ser explicado. Puede, a lo sumo, ser descrito, y las definiciones que de él se den serán tan provisorias como esas iridiscencias de las nubes tormentosas que el verano acumula portentosamente sobre la llanura reseca y sedienta. Y como esos mismos cumulo nimbos, las fórmulas pueden ser falsas promesas de lluvia, desilusiones del demonio meridiano. Porque no llega a desear las definiciones del amor sino quien ya ha recorrido cierto adelantado trecho del camino. Antes, para los principiantes y los sencillos, basta con la experiencia: Dios es bueno y su bondad llena todas las cosas. Pero una vez superado este recodo, que algunas almas no trasponen nunca, pero que otras encontrarían inmoral retener como algo propio, una vez que el pie del caminante lleva hollado el primer relumbrón y a la experiencia de la armonía sigue la reflexión, entonces el entendimiento no puede desoir sus propias preguntas, porque, si bien el amor no puede ser más que metaforizado, nadie detendrá a ese mismo amor que busca su plasmación en los esfuerzos constantes del espíritu por sobrepasar la valla del silencio:

Si el silencio madura la espera, el amor no soporta el silencio.

El amor se resiste a las instrumentalizaciones que acechan tras toda apariencia de sistematización: el amor es la fierecilla indomable de la filosofía y la teología. Y sin embargo

es, como el unicornio, manso a la vista de los virtuosos amantes. Porque el amor que se resiste, dientes y uñas, a las herramientas del teórico, se abre dispuesto para la efusión del enamorado. Podrá aducirse que no hay definición del amor, porque ésta coincidiría necesariamente con la totalidad del mundo tal como éste debe presentarse para ser bueno y perfecto; más aún, más desesperantemente aún, una definición tal coincidiría con esas mismas bondad y perfección. Podrá aducirse este argumento, pero no podrá negarse, paradójicamente, que este amor tan reacio a las clasificaciones y estanterías, es maravillosamente maleable en labios del enamorado. No rotundo a la ciencia, pero accesibilidad plena al uso; tal parecería un excelente lema para el escudo de amor, que todo lo vence, como bien lo intuyó Horacio. El amor vence a sus propias sombras, o a su vestidura de luz inescrutable. Toda realidad que no logra ser definida, corre el riesgo de caer en desuso, pues una segunda o tercera generación puede olvidar, al fallar las palabras, el uso del objeto. Nada de eso sucede con el amor humano. Nada es más habitual en nuestras calles que el amor, aunque sus contenidos no siempre sean claros ni manifiestas sus limitaciones. A riesgo de equivocarnos, nos atreveríamos a decir que el hombre moderno cree generalmente en alguna posibilidad de amar a otro -aunque tal vez sólo transitoriamente, como peregrinos o nómadas-; lo dejará mucho más desconcertado la pregunta por el amor de Dios. Pues el cristianismo describe la justificación del hombre caído como la obra del amor: en ello consiste el amor, en que Dios nos amó primero,' en que su Hijo unigénito entregó su vida por nosotros, y nosotros éramos una banda de prevaricadores, un ejército de desertores.²

Ante la imposibilidad práctica de presentar con palabras los planes y móviles que justifican nuestro obrar -aunque no es ésa toda la situación del cristianismo-, los espirituales han preferido y preferencia do de modo casi intuitivo la acción: es el camino del profeta, y es, después de todo, la misma actitud de Dios verdaderamente escondido,' que no sólo acusa de prostitución a su pueblo elegido -reproche irreprochable por otra parte-, sino que manda a su profeta a desposar a una meretriz.' El lenguaje de los gestos llevó a nuestro mismo Redentor a potenciar la virtud de sus palabras -que comunican vida- mediante los actos, por eso su acción salvadora no es solamente la Revelación de una doctrina, sino asimismo una Encarnación y una Pasión que desgarran los velos siniestros de la muerte y abre el santuario celeste: lo más fuerte de la existencia humana es, sin duda, ay, la muerte. Ante ella se rinden "Papás, Emperadores, así [...] como los pobres pastores de ganado". Ese amor adelantado, ese amor hecho locura, irrisión y delito para llevar a cabo el arco de su definición, es más fuerte que la muerte.⁶ Seguimos sin contar con una definición, pero tenemos una de las descripciones más bellas que se pueda imaginar.

El "movimiento" que hoy llamamos cisterciense es fruto de una honda transmutación en el plano social. Las estructuras productivas de la Europa propiamente feudal comienzan a derrumbarse por causa del comercio más ampliado, la emisión de moneda, las nuevas técnicas agro pecuarias, la rendición -y las resistencias y ataques- de los pueblos paganos periféricos, la presión del Islam sobre Constantinopla, la maduración de los contactos filosóficos con ese mismo Islam, que acarrearán entre otras cosas la crecida impetuosa del amor cortés, el espíritu expansionista que promueve las Cruzadas, etc. El Papado intuye desde su Roma milenaria que ha llegado la hora del esplendor máximo para su estructura visible (el gobierno), y sabe que el monasticismo medieval propiamente dicho, profundamente feudal y de escasa visión universalista, corre el riesgo de quebrarse por su propio peso. Cluny es en cierto sentido una acumulación de glorias sobre un sólo punto, pero ese apoyo es material, creado, y cederá tarde o temprano. Se requiere ya una estructura que, sin dejar de ser monástica, ofrezca garantías de centralización en el gobierno y ductilidad en la expansión. El genio de Bernardo permitirá que una buena parte de este programa se lleve a cabo gracias a los monjes blancos.

Asombra a los observadores y estudiosos agnósticos comprobar que estas estructuras monásticas, de tan rápida expansión, de tanta adaptabilidad, pudieran haber sido establecidas sobre un dogma que con sinceridad es difícil calificar de totalitario. El crecimiento del marxismo en nuestro tiempo no es un fenómeno tan complejo: léase a L. Kolakowski, siempre tan lúcido en el análisis de las estructuras cristianas de la historia social polaca, y, en el momento que se lo ve dedicado a la expansión y el "triumfo" del socialismo, el lector honesto habrá de ruborizarse al descubrir que el filósofo, limpiamente, no está sino dando instrucciones, recitando una receta prefabricada y maquiavélica, una "doctrina" que no requiere ningún tipo de asimilación. No es un manjar, es una inyección de proteínas. Es la mesa bien tendida reemplazada por la sonda de suero fisiológico. En pocas palabras, es la vida vegetativa -con todo el arsenal de sus crueldades- opuesta a la verdadera vida animal, con su posibilidad de fracaso, pero con su abierto margen para la creación, el descubrimiento y el salto!

La "formación" que los monjes blancos impartían en sus claustros podría parecer hoy prodigiosamente elemental. No lo era. Las escuelas no siempre garantizaban una formación más perfecta, y ofrecían por otra parte los inconvenientes y tentaciones propias de las ciudades. . . Con sagacidad, Claraval prefiere que el monje se quede en su monasterio, aunque con el paso de pocos lustros esto vaya a cambiar sustancialmente. En tiempos de Elredo, cuando menos, la Gramática y las otras disciplinas clásicas, imprescindibles para obtener aquella ciencia de la lectura en que se sustentaba parte del conocimiento medieval, se impartían en el monasterio. Los jóvenes que postulaban al coro traían de común conocimientos suficientes como para pretender que, desde el primer día de su ingreso al noviciado, la lectura de algún libro de la Sagrada Escritura, y principalmente del Salterio, fuera posible sin demasiado esfuerzo. Más adelante se afilarían esas capacidades iniciales con la práctica. Los monjes -la Edad Media y la Antigüedad en general- no estaban bombardeados de información como lo estamos nosotros. . . Había tiempo, ese tiempo a una ilimitado y frágil de aquellos siglos en que la debilidad del hombre era tanta, tan alta la tasa de mortalidad en todos los períodos de la vida.

Pero los cistercienses -y menos que nadie hombres previsores y cultos, del corte de Bernardo o Elredo- no se dormirían sobre estos más bien provisorios laureles. Los novicios y los monjes jóvenes deberían recibir una formación adecuada en materias teológicas, lo bastante como para poder comprender sin excesiva confusión ni turbación lo que leían en los libros sagrados y en los códices que copiaban las obras de los Padres y autoridades espirituales.

Sabemos que el marco ascético quedaba trazado por la interpretación literal de la Regla y de los libros del Eclesiastés, en que el novicio aprendía a desenmascarar la vacuidad del mundo, y del Eclesiástico y los Proverbios, utilizados como manual de moral y método de introspección; se echaba mano finalmente de los capítulos de la Sabiduría y de los versos del Cantar, de los que se confiaba extraer el alimento imprescindible para una vida de contemplación, amor y progresiva recuperación de la imagen de Dios, perdida por el pecado y sus efectos.

El horarium constituía la espina dorsal de la jornada en toda comunidad cisterciense. De una manera plástica, aunque ciertamente superficial, podríamos describir la "formación" monástica allí impartida como un aprendizaje en el cumplimiento, cada día más perfecto, de aquella rutina santa, en que la misma abundancia de actividades cooperaba para evitar el tedio propio de una repetición ad infinitum de obligaciones cumplidas la mayor parte en un ámbito físico relativamente estrecho y por un número de personas generalmente crecido.

Esta descripción necesita matices, por supuesto. Los primeros lo impone la sucesión de las estaciones: el horario invernal concedía muchas más horas (cerca de nueve) al sueño. En determinadas ocasiones la comunidad entera -y no sólo los legos, a causa ya de la magnitud, ya de lo pesado de las labores- habría de marchar a los campos para levantar la cosecha. Habría numerosas y oportunas interrupciones provistas por las siempre bienvenidas visitas de vecinos o viajeros procedentes de más lejanas tierras. pues si bien sólo el abad y sus colaboradores más allegados estaban autorizados -y obligados- a rendir aquellos homenajes impuestos por la ley de la hospitalidad, no cabe duda de que con frecuencia una buena parte de la comunidad acudiría a la recepción, para protagonizar los gestos de buena voluntad prescritos por la costumbre y aconsejados por la circunstancia..., y disfrutar castamente de las mil distracciones brindadas por oportunidades semejantes. Cardenales y obispos, reyes y señores diversos, como en alguna ocasión el mismo maestro Elredo, pasaban por aquellos monasterios de que todos hablaban, generalmente con admiración y expresiones de alabanza. Gustosos se detenían, permanecían y abandonaban aquellos prestigiosos lugares, a los que la curiosidad guiaba tan solícita, cuanto de ellos apartaba espantada la mundanidad de no pocos entrometidos. Una partida no exigua acompañaba de común a los ínclitos o desconocidos visitantes, imponiendo a la comunidad diversas cargas, con cabalgaduras que habrían de ser albergadas, higienizadas y puestas al reparo para un descanso necesario y requerido. Las muchas bocas pedirían, figurada y literalmente, la cocción y el aderezo de vituallas distintas de aquellos rústicos platos que componían la dieta frugal de los hermanos.

Las enfermedades exigirían un alto en el ritmo, no exclusivamente de los pacientes confinados a la enfermería, sino también de aquellos que los asistieran en dolores y agonía. El concepto de enfermedad que había elaborado la Edad Media difería de nuestra visión moderna y las posibilidades de curación de males incluso menores eran muy reducidas. Por lo que sabemos, no era nada inhabitual el caso del monje que, como Elredo mismo o Bernardo, vería alterada su capacidad para participar en la vida común por males más o menos borrosos, cuyo origen no sabemos si atribuir a físicos desgastados o a nervios demasiado exigidos..

En fin, la muerte de un monje de la casa cortaría con su filo profético la rutina diaria y semanal, escribiendo, para aquellas comunidades abiertas y deseosas de interpretar signos en todos los sucesos advertidos, un mensaje del más allá, quebrando no solamente los hábitos establecidos con alguna vigilia extraordinaria y la posterior inhumación de los despojos, sino también agitando las aguas plácidas de los corazones, que, Elredo es testigo de ello, no trepidarían en llorar y esperanzarse por semanas y aun meses.

Los cistercienses habían sido estrictos en la reducción del fasto litúrgico, pero las tan temidas procesiones -exhibición de exuberancia cultual que en Cluny importaba auténticos despliegues comparables a los desfiles de un ejército- tenían lugar de vez en cuando; la Presentación y el Domingo de Ramos aligeraban con su colorido la monotonía de la oración coral en que, no obstante los prudentes recortes efectuados al patrón cluniacense, la comunidad -no necesariamente los individuos- empeñaba no menos de cuatro horas diarias en verano e invierno.

Este ritmo, natural y sobrenatural a un mismo tiempo, tan apegado a la tierra y tan cercano al cielo adivinado cuya liturgia se pretendía reproducir con sencillez y sin ostentaciones, determinaba en buena medida aquellas vidas: había oportunidades para la lectura y la meditación, pero no eran las más frecuentes. La formación de un monje no consistía, a los ojos de Cister, decididamente dirigidos a los valores de la espiritualidad del desierto, en una cuestión de entrenamiento intelectual, sino en la incorporación progresiva y lo más profunda posible a un orden sacramental en que cada monje, por la obediencia, extrae lo máximo

posible de su propia condición de bautizado y lo ofrece a los demás, de quienes recibe a la vez confortación y ejemplo. Es la "circuncisión espiritual", la "circuncisión del corazón" que privilegiaba Pablo sobre la de la carne;¹⁰ ésta convierte al monje en un verdadero israelita interior, que vive la vida de los justos, alimentándose de la Palabra en la presencia del Señor. Elredo no sólo tiene una concepción negativa de esta extirpación íntima, sino que más luminosamente señala que por esta escisión el alma «se ve llena de la dulzura de la caridad". En su despojo de las pasiones y los intereses mundanos, el religioso se ha convertido en transparente irradiación de Cristo. Esto nos recuerda la concepción que la Iglesia de Oriente ha elaborado de la vida monástica como un "octavo sacramento".

Para evitar confusiones odiosas -los monjes nunca se consideraron una casta de súper cristianos; ellos querían tenerse a sí mismos por los menos dotados, los más humildes, como el despojo de este mundo soberbio, de acuerdo con las enseñanzas de san Pablo: "Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. [...] Lo débil [...] para confundir a lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable [. . .], lo que no es, para reducir a la nada a lo que es." ¹², señalemos que esta concepción no puede ser vista solamente con los ojos de una sociología religiosa. Los primeros cistercienses supieron mantener la tensión necesaria en su visión de la vida humana como misterio: todas las cosas quedan referidas a Dios, y esto les proporciona una dimensión que antes se ocultaba, y que, en un sentido, sigue oculta, pues su orden no es el fenoménico al que nuestra percepción se encuentra atada, sino el orden establecido por el fin y la maduración de un plan preestablecido cuya plenitud late en cada una de las partes del todo.

Las potencialidades del hombre son realmente infinitas, como lo recuerda Elredo al comienzo del libro primero de El espejo de la caridad. ¹⁰ Ha sido llamado a adquirir la erudición sagrada que proporcionan las Escrituras recibidas con humildad y gracias a la asistencia del Espíritu. En el monasterio podrá llevar estas capacidades a su máximo desarrollo en un proceso, no tanto de acumulación, no tanto productivo, como puede sugerir el recurrido término *aedificatio*, sino en un progreso de achicamiento, en una in-volución, si se nos permite el término. Elredo lo ejemplifica con maestría en su exposición del pasaje lucano que esta misma colección ha editado bajo el nombre de Cuando Jesús tenía doce años. En aquel trabajo nuestro autor compara el desarrollo espiritual con el crecimiento de un niño hasta la edad sagrada de doce años, sin preocuparse para nada de la maduración futura y haciendo gala de una comprensión asombrosa de la psicología de Jesús en su camino histórico. Elredo compara "el año duodécimo [con] la ley de la contemplación que eleva el alma abrasada hasta la misma Jerusalén celeste". El alma que ha crecido tanto, nos explica, está bajo una sola ley: la caridad, y, como el Niño en el Templo, desoír lo que "el amor de la quietud murmura contra [las] necesidades" de los hermanos ¹⁵ y bajará con los así necesitados y se les sujetará,⁶ pues en sus gemidos y aflicciones percibe la voz del Espíritu Santo.¹⁷

Más aún, este mismo ritmo de vida, robusta y sana, no debe ser comparado ingenuamente a una persecución macrobiótica de la armonía -por más que la semilla de soja se haya establecido sólidamente en tantas casas de contemplativos. . .-, al estilo de las diversas ciudades de los filósofos soñadas en la Antigüedad, hasta su plasmación cristianizada, y transitoria, en el grupo congregado en torno de Agustín en Casiclaco."⁶

La visión bucólica del monasterio se estrella aquí contra esta piedra: los monjes son "profesionales de la Cruz".⁹ "¡Hay un tipo de frustración humana incorporada en esta famosa 'paz monástica'! No se permite [en su transcurso] un pleno desarrollo de ninguna actividad individual tomada aisladamente, [como] otros estilos de vida más especializados podrían quizás ofrecer [lo]. Esta frustración incorporada, que muchas veces nos toca exactamente en el punto donde [somos] personalmente más sensibles, suele pasar

[inadvertida] al observador casual. Pero tiene repercusiones importantes. Nos exige trascender la dimensión meramente humana de nuestras actividades [. . .] y fundamentar nuestra vida más exclusivamente sobre la fe y la esperanza [. . .]. El equilibrio de la disciplina monástica puede provocar así una verdadera iluminación interior basada en nuestra propia experiencia. Aprendemos que el significado cristiano de las observancias [como imitación, seguimiento y extensión de la vida histórica de Cristo, y como anticipación del Reino] es el único que satisface realmente al corazón humano dando 'la paz que el mundo no puede dar' (In. 14,27)." 20

Elredo no profesa un excesivo optimismo humanista. Su tiempo se lo veda, aun cuando le abra un balcón sobre 'la verdadera grandeza humana: su creaturidad, y su más prodigiosa redención. En la Escritura, que tan bien domina, y en la Tradición viva que ha conocido en su formación monástica, aprende a considerar el mundo como un orden perfecto que ha sufrido las desdichadas consecuencias de la falta de Adán. Para nuestro autor el mundo es un orden que habla claramente de Dios. Esta concepción un poco ingenua y que deja la puerta entornada para la refutación más amarga de DiosCreador-y-Padre-amoroso -ya que el "cosmos", el apariencial, cuando menos, y no sólo éste, está saturado de sufrimiento muchas veces inocente-, es superada en Elredo por la dedicación personal a los hermanos que le. están sujetos: la intuición básica es aquí la misma que moviliza a Cristo al declarar solemnemente ante su Padre que no ha perdido ninguno de aquellos que le han sido confiados.²¹ La vida monástica es una solidaridad en la salvación, y una administración mutua de la gracia. Lo pone en evidencia el mismo Elredo en su Oración pastoral: "Te ruego que fortalezcas en ellos [sus súbditos] lo que es débil y no rechaces lo que es flaco [...] para que cada uno sienta que tu gracia no le falta en sus necesidades y tentaciones." 22

Sabemos que la espiritualidad cisterciense se centra, a partir de san Bernardo y como elaboración particular de la tendencia religioso-antropológica de su siglo, en la humanidad de Cristo. Esta concepción permitirá superar la visión alejandrina de Cristo-hombre: una puerta al empíreo, y jerarquizará la postura de san Juan Crisóstomo.

La humanidad de Cristo no es sólo una puerta o un mirador sobre los horizontes de lo inexplicable extendido más allá; ella no exige de la naturaleza humana una violencia indigna de Dios. Esta Humanidad adorable es además una Morada, un cobijo. La imágenes de la paloma (el fiel) amparada en las grietas de la peña (las llagas de Cristo como manifestación de su entrega por cada 'hombre) llegará a ser un socorro común en la predicación cisterciense." Jesucristo establece con los hombres una relación en que nada de lo verdaderamente humano queda marginado. Y, viceversa, toda la Humanidad de Cristo, todos los hechos de su vida mortal -convertidos en objeto de la investigación piadosa y de la imitación devota-, se abren de par en par, hasta poder decir que para el fiel humilde y debidamente dispuesto nada de lo verdaderamente. divino queda marginado"

El nudo del desvelo central de este siglo XII fue precisamente el amor. Elredo, echando mano de una técnica no distinta a la empleada por san Bernardo a lo largo de prácticamente toda su obra, construye, mediante un proceso que la lógica rechaza, su teoría del amor, refiriendo cada cosa, cada suceso, cada tema, prácticamente cada palabra, al fin de su argumentación, al amor mismo.

Incluso el incordio del libre albedrío, que Elredo no soslaya -le dedica seis capítulos °_, es fundamentalmente un problema cuya clave reside en la relación de amor con que el hombre se considere, o no, unido a Dios. Reclinándose en las Escrituras, el autor expresa la acción divina respecto del hombre mediante la metáfora vegetal," orgánica: un árbol, sus ramas verdes y sus ramas secas. Nuestra comprensión de la realidad ha divorciado excesivamente el plano religioso y el plano secular. Las nuestras -a diferencia de lo experimentado por Elredo- son sociedades no sacrales, o sólo larvadamente tales, donde el

orden es o bien inexistente, o bien oculto, ya que las leyes verdaderamente vigentes (los valores, el "espíritu objetivo" de Nicolai Hartmann) están por lo general más allá del dominio práctico de los hombres, inmersos en una actividad incesante, pero no creativa, mecánica, que los arrastra, sofocados por una hiperlegislación que la Antigüedad habría considerado teratología jurídica. Por supuesto, la complejidad del mundo moderno, en particular de su protagonista característico (el hombre del período postbélico), es suma: un hombre sin familia, sin amigos, sin ciudad, el desarraigo humanizado. Este hombre, no es difícil alcanzar el porqué, se ha visto brutalmente enfrentado con su propia conciencia. En ese encuentro dramático ha explotado, con consecuencias aún no completamente analizadas, una vez más en la historia, todo el problema de la libertad. En el fondo -como puede aseverado cualquier formador de jóvenes-, este problema, real y candente, jamás aparece desconectado, como decíamos un poco más arriba, del problema del amor, de su mera posibilidad.

Al presentarse como una filosofía explícitamente anticristiana, es propio que Sartre considere en el marco de su reflexión a un hombre que, (1) deseando librarse de su pasado y su carga (humanidad y culpas subjetivas y objetivas), no pueda poseerse; (2) este hombre está en el mundo y en él encuentra al otro como una amenaza; decide entonces poseerlo en su libertad (objetivarlo), mientras el otro quiere a su vez hacer de él una cosa, pero una cosa libre, lo cual es contradictorio; este círculo es el infierno; finalmente, (3) el verdadero deseo del hombre es ser Dios, un ser que sea y se posea, imaginado como autónomo y auto suficiente, en una proyección del hombre natural hipertrofiado por las posibilidades de la técnica y las apariencias de una libertad irrestricta surgidas del anonimato en las grandes concentraciones urbanas o del carácter imperial o post-imperial de las grandes naciones modernas. Es destacable la simetría que este movimiento de triple fracaso guarda con la triple sabatización elrediana que veremos algo más adelante (págs. 25-27, 37-40). Por otra parte, recordemos cómo el mismo Sartre ha buscado romper este planteo aún idealista para comprometerse (políticamente) en un proceso pseudosalvífico (la construcción del socialismo).

En verdad, es de la posibilidad de este triple fracaso de lo que habla el problema del libre albedrío que tanto sacudió a los filósofos de la Edad Media. Elredo habla de él como de "una fuerza natural del alma o, si es posible expresarlo con más claridad, aquello propio del hombre por lo que éste se inclina a algo con ayuda de la razón; no consiste -prosigue en la inclinación hacia el bien o hacia el mal, [...] sino en la misma raíz del consentimiento." 39 Y para precisado plásticamente, el autor diseña para esta "fuerza natural" un "lugar medio [. . .] entre la concupiscencia carnal, muy adecuadamente llamada deseo [cupiditas], y la caridad." 30 Este fino mecanismo de relojería en que la razón propone y la voluntad consiente, ha sido inmediatamente sumergido por Elredo en un medio escriturístico (fuera del cual no respira bien): el don de la gracia, y el don de la vida eterna, que supera todo mérito! El hombre, en la concepción que sustenta Elredo, puede realizar los tres movimientos que Sartre condena al fracaso: se halla unido a Dios, y esta unión queda manifiesta en esta "fuerza del alma" o libre albedrío, que es precisamente donde la gracia obra:3 Agustiniense siempre, Elredo enfatiza la necesidad de la gracia para salvarse. Esta gracia -pues la vida que Dios nos da por Cristo sin mérito de nuestra parte como participación de su Vida, no es otra cosa que cierto anticipo de la gloria 33- genera la capacidad de elegir a Cristo y servirlo, la libertad verdadera.34

Elredo ha hecho de su conversión la experiencia central de toda su existencia:" Sabemos que las circunstancias difieren grandemente -aunque del corazón no podamos juzgar-, no obstante lo cual nuestro autor encontró en los relatos autobiográficos de Agustín el modelo con que ilustrar su experiencia. Ésta incluye una primera (y ardientemente padecida) toma de conciencia: "Me comprendí a mí mismo, quién era, en dónde estaba y

cuál era mi condición." 3. Como muchos hombres de elevada condición intelectual - naturalmente vanidosos-, el autor confiesa que, aunque horrorizado ante su propia imagen, era incapaz de levantarse del estado de postración que la sujeción a la vida fisiológico-psíquica significaba para él. 37 Y lo retenía el afecto, "cierta amistad dulce para mí -admite- sobre todas las dulzuras:". En aquel momento crucial y ante la comprobación de su propia ineptitud, Elredo reconoce que en el amor estriba la posibilidad de escapar de ese círculo vicioso y viscoso, para decidir con san Agustín, en que la nostalgia de Dios -o cuando menos de la pureza, como condición para la visión de Dios que el corazón humano no puede dejar de reconocer 39- lo arrojaba en su propia afectividad, de la que pronto apetecía escapar. (Cualquier encierro en la propia vida afectiva acaba por resultar oprimente, pues quedan afuera, o se atrofian en dicha prisión, una multitud de elementos que la personalidad necesita desarrollar.) El alma puede encerrarse en su castillejo, pero no puede evitar los ataques del Espíritu. El hombre puede optar por sí mismo y erigirse en feudo independiente, pero no puede soslayar el problema de los abastecimientos. "El que te ama, comprueba Elredo, no se equivoca en su elección." 40

Llegado a este punto, el joven senescal se reconoce cautivo y gime; no es que Elredo se haya vuelto a Dios definitivamente por sus propias fuerzas: "Me convertiste a ti", dice. u No bastaba la contemplación de los grandes ejemplos de heroísmo ni la consideración de los argumentos de la razón, pues reconoce haberse humillado "muchas veces con estas palabras [exhortación moral, parénesis]" y haber llorado "con amarguísimo dolor del alma [compunción intelectual]." 42 Aún lo vencía una tendencia carnal vieja, 43 que llama "inveterada costumbre". La gracia, que ya actuaba en esto, preparando el terreno, digamos así, adquiere en este proceso la misma importancia que anteriormente le había adjudicado Agustín: sin ella no habría conversión y el hombre se hundiría sin remedio.

Con esto venimos a quedar en el centro del problema en su auténtico planteo cristiano, de acuerdo con la formulación paulina y joánica. 46 Es falsa la imagen de un hombre en estado, expresémoslo así, "neutro", anterior a toda decisión, que pudiera elegir esto o aquello: bien -o mal. No al menos en el caso del hombre histórico, del hombre tal y como lo conocemos.

En la doctrina de Pablo, la condición humana anterior (opuesta o ajena) a Cristo, es descrita como una esclavitud, cierta y real, un "yugo": 7 con todo lo de claudicación de la propia dignidad que ello puede comportar. En Cristo nace en cambio una criatura nueva, un hombre libre orientado hacia la libertad." Podríamos comparar esta situación con la del monje, quien, de acuerdo con los compromisos contraídos, difícilmente pueda sentirse - "libre" rompiendo de modo más o menos habitual los votos que lo "obligan". Él los ha escogido como un método (disciplina) y ha dejado de ser una entidad neutra que a cada instante pueda considerarse aún indeterminada en cuanto al propio estado. Su libertad está en seguir adelante, "perseverando hasta la muerte"". Su libertad, como en el caso de toda persona adulta, estriba en cierto sentido en sus limitaciones, en ser y, para decirlo con una sola palabra, en conservarse fiel manifestándolo con las obras del amor.

Elredo conoce la libertad porque conoce el amor. El inmenso proyecto de nombrar el mundo implicado en el intento de definir el amor, ha traído a su alma la soltura que san Bernardo atribuye sólo a los que han alcanzado el amor perfecto y están libres, por la luz de la verdad, de toda sombra de temor (como los pecadores también lo están, pero por su propia ceguera). 00 "Existe en mí -declara al comienzo de El espejo de la caridad- un lugar capaz de ti, el Infinito, y es el amor. El que te ama te alcanza, y te alcanza en la medida de su amor, porque tú eres amor. Te buscaré, pues, Señor, amándote." 01

Esta verdad tan elevada es, P9r la forma de su expresión, tautología, o una definición por el sinónimo. ¿Es válida? Podemos declarar que el Amor es Dios experimentado de

alguna forma. Nuestra formación de hombres posteriores al positivismo encuentra difícil aceptar que todo lo que somos, todo lo logrado, la portentosa acumulación cultural de tantos siglos, pueda, en un punto, ser nada: pasa como una sombra, porque es una figura,⁰² transitoria y leve, sin densidad real que oponer a las fuerzas poderosísimas que la amenazan. El llanto es nada, la felicidad es nada, la filosofía es nada, el lenguaje es incapaz de decir nada. Pero en esta definición ficticia ("el amor es Dios", pero "Dios es amor"), en el espacio entre el sujeto y su predicado, estalla el verbo que pronuncia y que nos pronuncia, de la misma manera como nuestro propio verbo, la palabra -que es don-, estalla y pronuncia el puente que separa y une el Sujeto con su Predicado. En este espacio Elredo fue padre de monjes. Aquí podría haber pronunciado el abad estas palabras: "Hay, ciertamente, lo inexpresable, lo que se muestra á sí mismo; esto es lo místico."⁸ En la lección de su vida, el abad de Rieval se aproximó, por medio del servicio, al axioma con que Wittgenstein cierra su obra más notable: "De lo que no se puede hablar, mejor es callarse."

Pero Elredo no era el tipo de hombre que fuera a quedar atrapado en el conflicto entre palabra y silencio con que ambos términos intentan seducir la espiritualidad de Occidente. El Maestro de novicios ha intuido que la palabra es la forma sensible de un significado, y por lo mismo un medio. Ciertamente, hablar del amor, que es hablar de Dios, es una de aquellas empresas locas en que no nos es posible embarcarnos sin afrontar todo el riesgo de la apuesta pascaliana, pero, como buen asceta -en ello descuella-, Elredo tendrá meticoloso cuidado de no estar obedeciendo, con una opción por el silencio, a la engañosa prudencia de la carne, que preferiría cerrar los sentidos a lo poco y tartajeante que la razón discurre de Dios-amor. La carne sabe que con esta humilde aceptación de lo que podemos conocer, corre el peligro de perder sus privilegios, en particular el de imponer al alma conturbada y sedienta las elaboraciones de la imaginación -una potencia corporal- acerca de Dios; con ello pretende lograr que el fiel acepte y acabe adorando interior y exteriormente no otra cosa que el reflejo de su inconsciente como si se hallase en la presencia de su Creador y Señor. Es el engaño de la mística divulgada y la droga.

El conocimiento de Dios es necesario para la salvación y cerrarse a ello es cerrarse al amor, "entristecer al Espíritu" ⁵⁵ en su doble misión de testigo de Jesús y maestro interior." El nombre de amor corresponde a Dios Espíritu Santo como nombre suyo propio, ⁵⁷ pues este amor es una "fuerza activa que [. . .] saca de sí mismos a los seres venidos de Dios, para asegurar su retorno a Dios".

Es por tanto imprescindible que el alma llegue a esta ciencia de Dios-amor o, para decido en otras palabras, que por medio de la mortificación y la ascesis, etc., adquiera aquella disposición interior que la identifique con los que el mismo Señor Jesucristo describió, lleno de gozo en el Espíritu Santo, como "pequeños" a los que libre y graciosamente el Padre revela lo que ha ocultado "a sabios y prudentes", a saber, la identidad verdadera de ese mismo Padre y su Hijo." Por amor Dios mismo es en Cristo esa "fuerza activa", que Dionisio no llama por su nombre propio; en este Espíritu de Cristo, por él y en él, que ha muerto, descendido a los infiernos, resucitado y ascendido luego a la derecha del Padre, el alma, saliendo de sí -para continuar con el vocabulario del Areopagita-, retorna a Dios. El Redentor y el redimido comparten ahora una comunidad de destino. Este es el primer rasgo que caracteriza y destaca el amor cristiano, inconfundible sea con el maitri del budismo, que cabría definir como una actitud negativa (no odiar) subordinada por supuesto al deseo de la disolución del ser personal en el nirvana sin padecimiento ni identidad, sea con la bakhti del hinduismo, verdadera fusión impersonal y panteísta en que el prójimo no cuenta para nada ni juega papel alguno.^o Ello nos lleva al segundo rasgo característico del amor cristiano, esto es, su dimensión trinitaria y como si dijéramos social, su carácter insoslayable de comunidad (la Iglesia) de creyentes mutuamente solidarios y responsables, si no en la

dispensación de la gracia -siempre gratuita, siempre libremente entregada-, sujeta en principio a un orden sacramental de administración jerárquica. . ., sí, y con énfasis, en la difusión de dicha gracia a través de los carismas y dones conferidos en orden a la edificación de todos y de la misma Iglesia en cuanto tal.

El amor, reclamado con el nombre de Espíritu, reclamado con sus propios gemidos,⁶¹ ha visitado el corazón del monje. Este, a la vez, por la confesión de los pecados y la penitencia (ascesis, disciplina monástica, obras de piedad), se prepara para la prueba decisiva. La conciencia ha vomitado su pesada carga de iniquidad y puede recogerse sin angustia, porque el Señor le ha restituido una amplitud de movimiento, incluso físico y psíquico, que el pecado ultrajaba con su apego a la falsedad y el engaño. Estamos ante lo que Elredo denomina "primer sábado":' o grado, de este crecimiento cuya descripción es objetivo de El espejo de la caridad. El hombre puede retirarse y ofrecer en su intimidad sacrificios que serán legítimos a los ojos de Dios, porque no serán sino aspectos de aquel sólo sacrificio agradable al Padre que nos ha ganado la Vida.⁶³ La paz así conseguida en el claustro interior permite ahora un reposo inenarrable. Ha quedado atrás el deseo de definir, para dar; paso al ejercicio pleno del primer amor encarecido por el Señor, pues el alma puede desde este instante soportar la contemplación de sí misma al descubrirse, en el espejo de la misericordia que la baña con su luz, hija de Dios perdonada, a quien el Maestro pregunta por sus acusadores -toda la exterioridad, todo el afán de ser-sin-Dios- y, al no descubrir ninguno a la vista, deja ir con esta solemne recomendación: "No peques más."'

En este punto acariciamos con Elredo la resolución del aparente dilema palabra-silencio. La palabra ya no es ruptura del silencio,⁵ sino sacramento de salvación. El monje ya ha salido de sí, impulsado por el amor. Comienza para él el "segundo sábado". Ante sus ojos reluce ahora la presencia del prójimo, a quien la vida común dará mil y una oportunidades de servir (y su recíproco ascético). La criatura sale de sí y rompe el cerco del yo engañoso, lo que sólo es capaz de llevar a cabo, obviamente, el que puede dejar tras de sí una "casa sosegada"⁷ El monasterio no es fin en sí mismo: el objetivo es la caridad ejercitada plenamente, en un cumplimiento cabal de los miembros que integran el mandato del Señor: el hombre y su prójimo.

El desarrollo de esta actividad amante permite finalmente al monje salir sobre sí y, con la purificación que lleva a cabo en el corazón el amor de los hermanos, aquél se encuentra ya dispuesto para expandir el afecto hasta Dios, amor y amante ilimitados. Se inicia entonces el "tercer sábado"." En su transcurso el monje conoce más alegría que cuando abundan el trigo y el vino. Y como el movimiento de la naturaleza germina vida, este proceso de los "sábados" espirituales es también cíclico y se comienza una y otra vez en el espiritual: vuelta a sí, vuelto al hermano, vuelto hacia Dios. . .

Pero El espejo de la caridad podría ser comparado a una de esas cajas chinas cuyo contenido son siempre otras cajas. No preocupado por la sistematización, el autor junta en esta obra interpretaciones y descripciones complementarias de un proceso de desarrollo moral y religioso en que el sujeto es único o, para decirlo _más exactamente, siempre el mismo, dada la coherencia proporcionada por la condición de persona.

En los capítulos 18, 19, 20 y 32 del primer libro, Elredo compara, también con afán y método didácticos, el crecimiento espiritual con la obra de la Creación tal como la presenta el libro del Génesis en el primero de los dos relatos sobre el tema que nos han llegado." Es una construcción artificiosa en que nuestro autor echa mano de su ingenio, deslumbrado sin duda por las posibilidades expositivas del número siete cuyas virtudes expone,⁷⁰ y los diversos episodios de la Creación. Probablemente Elredo ha conocido la interpretación de Ruperto de Deutz (1075-1130) .⁷¹ De todos modos el Génesis había interesado vivamente a toda la Antigüedad patristica, que buscaba conciliar su relato de la Creación con la razón y las

intuiciones de los filósofos. San Agustín había agotado la interpretación literal en sus dos libros. Elredo se circunscribe en cambio a una exposición bastante parca del sentido anagógico de este pasaje a la vez sencillo -la sencillez ha de haber constituido el primer interés de los primitivos redactores sacerdotales enfrentados con las mitologías frondosas de los pueblos gentiles- y enigmático.

En la interpretación de Elredo, a la fe se le adjudica el primer día en que la luz rompe las tinieblas. Aquí los fieles y los infieles quedan separados. Es una equiparación interesante de la fe (de su cultivo) con el bautismo.⁷

El segundo día presencia la división de cielo y tierra: es la esperanza que mira al mundo futuro." Inmediatamente, gracias a la adquisición de la templanza, el día tercero de esta recreación interior reconoce la mortificación de la carne en la limitación de las aguas." La prudencia es para Elredo, de acuerdo con los sucesos del día cuarto, aquella distinción entre día y noche, entre "las cosas que deben hacerse y no hacerse!" Es un momento de iluminación y adquisición de sabiduría. En este lapso aparecen, "como si fueran globos de estrellas [...] los ejemplos de nuestros antepasados", con que el espíritu se guía en sus elecciones!⁶

El quinto día de la regeneración se identifica con la fortaleza: es la hora del mar bullente de peces. Los espirituales quedan este día convertidos en "peces espirituales" que con la ayuda de Dios desafían y conservan la vida "entre las olas y las tempestades" de las pasiones, o en aves que dejan lo meramente humano para volar a Dios.⁷⁷

El día sexto conviene a la justicia significada en la autoridad con que el alma impera sobre las bestias y los reptiles (vicios y deseos terrenos). ⁷⁸

Al día séptimo, en fin, se le adjudica la caridad. Es el sábado (descanso) en que cesan los trabajos de las demás virtudes. El amor, afirma Elredo, "es el día séptimo": la plenitud de la regeneración, y a su servicio se encuentran todas las virtudes. El amor no es sólo un don recibido en orden a la regeneración, sino esa misma regeneración. El amor es el unificador de las capacidades humanas y, quizá, la esencia misma del hombre ("Si no tengo amor, nada soy"), creado a imagen de Dios que es amor.

La primera parte de la obra, como ya lo señalamos, concluye con un panegírico ⁸¹ que le impide explayarse sobre la triple concupiscencia. Aunque lo sabemos un artificio estilística, nos consuela igualmente advertir que este intento de perfilar la naturaleza del amor, acabe con la descripción de un amor, de una amistad y de la santidad de un amigo. Esta caridad sobre la que el autor hace derramar la tinta de su amanuense, no es una abstracción, sino una posibilidad real y tangible, una experiencia humano-divina. El mismo afecto que Simón ha profesado a Elredo nos es descrito como la acción de una trinidad (el monje difunto fue para él "padre, hijo y amigo" ⁸²), imagen de la Trinidad, Vida de Dios. Cuando Dante, animado por Bernardo, levanta la vista hacia la Divinidad, antes de perder el sentido logra discernir en aquella luz,

ció che per l'universo si squaderna,⁸⁸

el libro del mundo, al que mueve, como declarará el poeta antes de enmudecer y cerrar el poema que describe todo lo que la Edad Media consideró no formar parte de este mundo, el amor, y sólo el amor"- También Elredo da fin a este libro de El espejo de la caridad con una suave nota, contemplando a su amado Simón en la paz celestial y suplicando para sí un lugar en el reposo de Jesús, junto a su amigo muy querido"

3. EL AMOR EN DISCUSIÓN

El segundo libro de El espejo de la caridad se abre, luego del resumen habitual de lo ya tratado, con la declaración que formula Elredo justificando la extemporánea interrupción del orden propuesto para el libro primero. "Al producirse la muerte de mi querido hermano [Simón] y abandonarme a las lágrimas y al dolor, la obra -explica- quedó interrumpida durante algún tiempo." 1 Recordando además la promesa formulada al mismo Bernardo al comienzo del Tratado, Elredo retorna el tema de la concupiscencia, que fue imposible discutir entonces.

Dicha concupiscencia (cupiditas) es, para Elredo, la raíz de todos los males.' Esta definición tan general dará pie al desarrollo del tema central de este libro. "La concupiscencia de la carne, ha explicado Juan Pablo 11, y, junto con ella, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida [cf. 1 Jn. 2,16], está. 'en el mundo' y, a la vez, 'viene del mundo' [. ..]. En la triple concupiscencia fructifica la ruptura de la primera Alianza:" El hombre, prosigue el Papa, ha puesto en duda el amor del Padre y ha vuelto las espaldas a su don.' Ahora el hombre experimenta un amor desordenado, que lo aparta del bien y lo impulsa a cometer el mal, que ha sembrado en su ser la vergüenza y la doblez, así como el temor servil. Creado para dominar y dominarse, se arrastra ahora ante las creaturas y ante su propia imagen. La concupiscencia es, pues, raíz de todo mal en el sentido de ser del mismo tronco que aquel rechazo original; ella forma parte de la anti-corriente surgida de aquella soberbia original. En torno de aquella elección equivocada se ha congregado, como una excrescencia, un "mundo" enemigo de Dios que codicia su luz y su gracia. Por supuesto, este mundo es homicida, aunque en su infatuación el hombre pretenda lo contrario. Bajo este concepto debe ser entendida la fuga mundi, el contemptu mundi y toda la espiritualidad monástica que representa Elredo.

Nuestro autor desea refutar, en las páginas que siguen, a los adversarios de la vida cisterciense, aventar la acusación habitual de rigorismo y promocionar de paso las virtudes de la Orden; cosa que por supuesto no llevará a cabo silenciando su dureza, sino exaltando el valor ascético y espiritual de las observancias. Elredo recalca que la vida virtuosa no es en sí misma penosa, pero por causa de la enfermedad moral por la que el hombre se prefiere a sí y posterga a su Señor, en última instancia su único gozo verdadero, el hombre, gravado por su culpa, encuentra la fatiga donde está la paz. Con buena capacidad de observación, el autor subraya que nadie soslaya la cuota de sacrificio que se interpone entre el placer y su sujeto. Da como ejemplo el de los cazadores, . vanidad que él mismo habrá practicado durante su permanencia en la corte. En cualquier actividad que implique privación penosa de algún bien, explica, "no sufro por haber cargado con el yugo de Cristo, sino porque no me he liberado plenamente del yugo de la concupiscencia". La suya es una teología práctica de la Cruz y él no teme afirmar que el hedonismo se opone y burla los clavos y la lanza del que los soportó por todo el género humano: Elredo presenta una disciplina que consiste en buscar la configuración con Cristo y busca convertir a los monjes en "profesionales de la Cruz" que con el alimento de la Palabra sean capaces de desenterrar de su corazón "las raíces de las enfermedades""

Luego de convocar el testimonio de los sufrimientos de Pablo, Elredo sintetiza las características de la profesión monástica, la observancia de cuya ley, esto es, "someterse a la disciplina regular, mortificar la carne con abstinencia, vigiliias y trabajos, sujetar la voluntad propia al juicio ajeno, no preferir nada a la obediencia", es un seguimiento verdadero y objetivo de Cristo..

Renuncia y apartamiento alcanzan su sentido pleno en esta comunión con la Cruz de Cristo, que es un árbol de salvación, no una horca seca y estéril:

La gracia está en el fondo de la pena, la salud [está] naciendo de la herida.'

La vida del monje (en su faz negativa) es un sometimiento voluntario a los aspectos kenóticos de la vida de Cristo, una identificación plena y constante con la humildad de Cristo. Pero la misericordia de Dios nos ha revelado a Cristo triunfante y la admisión en nosotros de una solidaridad incluso física con su pasión nos hará también solidarios de su resurrección. Por su apego a la vida oculta de despojamiento y muerte aceptada libremente por el Señor, la profesión monástica merece convertirse en signo del Reino que brota de la fuente abierta en el costado rasgado de Cristo. Dios no dejará sin respuesta a sus hijos por más tiempo del que ellos pueden aguardar y mantenerse pidiendo en nombre de su Hijo Él consolará todos nuestros sufrimientos con la visita de su gracia. 1. Cuando estos dolores son soportados, en el concepto de san Benito, como una milicia espiritual en la virtud de la paciencia, "su intención precisa es expresar [con el] cuerpo la constelación de valores espirituales [. . .] nutridos por la vocación monástica de acuerdo con el principio general de la sacramentalidad y de la Encarnación." 13

El objetivo que persigue el ideal cisterciense es la maduración del monje en "una actitud de fe sencilla, constante e interior [en que se llegue] a aceptar este proceso de purificación [. . .] sin analizado tanto como lo hacen otros movimientos espirituales, [por ejemplo] la tradición carmelita." 14 Elredo comprende, en la medida que se lo permite su propio tiempo, que este camino es intransferible: "El sacrificio del yo [Elredo lo llama "estrechez", 'tribulación, trabajos] se consume en el fuego secreto de la tribulación interior, lo que no siempre es fácil [de comprender] ni por la persona implicada ni por los que conviven con ella." ,.

Para nosotros, la exterioridad de los ejercicios debe retroceder necesariamente ante la necesidad de hacer primar la metánoia. Nos persigue modernamente cierta fiebre de autenticidad que significa en sí misma un crecimiento en la madurez de la Iglesia. Ello, con todo, no debe ocultarnos el valor de las observancias en cuantos medios, y siempre que se las encare de acuerdo a lo más robusto de la tradición espiritual a la que se pertenece por vocación y profesión. También el afán contemporáneo de autenticidad puede revelarse hueco y exterior y, para peor, desprovisto muchas veces de toda obra con que testimoniar su existencia. como no sean las palabras. Toda espiritualidad determinada es una cuestión de equilibrio.

Una nueva objeción que Elredo discutirá extensamente 17 es aquella que le presentan quienes, una vez en la práctica cotidiana de la disciplina monástica, sienten que han perdido, con esta opción de vida, una dulzura experimentada en el mundo con mucha mayor intensidad. Sin amilanarse, el autor, en una extensa entrevista con un joven "que poco tiempo antes había renunciado al mundo [y le] fue entregado [por el] abad para que lo instruyera en las observancias regulares", 'lleva al novicio a la comprensión de que su estado, hábitos y observancia son un signo del amor que ahora profesa," Dios acepta su ofrenda aunque él tal vez no experimente dulzura alguna como estando aún en la vanidad del mundo sabía gozar." Entonces, la dulzura era un aviso severo; ahora, cuando ella falta, esto es signo paradójico de que Dios pone su beneplácito en estas obras, cumplimiento de lo que manda el Señor y prueba sola de que se profesa un amor verdadero:'

El tema de la compunción ocupa también varios capítulos:3 La compunción del corazón, las lágrimas de compunción, constituyen uno de los elementos más apreciados en la espiritualidad del desierto, hasta el punto de que, como señala García M. Colombás, las "primeras generaciones monásticas [hicieron de ellas] el clima espiritual que envolvía su vida entera":' La compunción puede ser definida como un dolor instantáneo de los pecados, una

contrición súbita y arrebatadora, una auténtica acción divina de abajo hacia arriba que sacude, despierta, sobresalta, un pinchazo, etimológicamente hablando. Aproximadamente en este sentido ha heredado El

redo el término y la realidad mencionada por él. Elredo escribe indistintamente "compunción" o "visitación", y, nuevamente desvelado por su preocupación didáctica, divide este efecto divino en tres especies cuyas características hemos intentado presentar gráficamente:

	OBJETIVO	SIMBOLO	EFEECTO
I Visitación (compunción): a los réprobos para su perdición. afecta a los elegidos, para su aprovechamiento.	excitar (denuncia del mal)	agujón	conversión
2 V isitación: A los que van , a ser tentados, para que no caigan. afecta a los que son tenta- dos, para que sobre- lleven la tentación.	consolar (ayuda de la debilidad)	báculo	mortificación (crecimiento en la fe)
3 V isitación:	premiar	lecho	felicidad perfecta (confirmación en la fe)

(gráfico 1)

En el capítulo 14 nuestro santo pone al alcance del lector un interesante guión de "examen de conciencia" elaborado sobre la base de diversos ejemplos escriturísticos. Con él procura auxiliar a los que crecen en la fe y desean "contemplar con más claridad las causas y las razones" de la primera visitación:⁵ Elredo sabe que es fácil caer en el momento preciso de alzar el vuelo. El espejo de la revelación y la humildad monástica deben enseñar al novicio la prudencia y sobriedad imprescindibles en el uso de estas gracias especiales.²⁶

En el claustro, que es como un lagar:⁷ el monje recupera en sí la imagen perdida de Cristo. Para ello recibió su vocación, para ello aceptó el hábito y sus cargas; en todo aquello era Dios quien obraba. Las dulzuras han desaparecido del mundo de las apariencias porque la configuración con Cristo comienza a ser cierta. El monje sufre, en un sentido, porque es Cristo: "Deben caer sobre ti -proclama Elredo ante su novicio- los trabajos de Cristo." ²⁸ Los trabajos iniciales merecieron una primera compunción; ahora ésta, voluntariamente aceptada por ser Dios mismo el que la envía, por ser la presencia íntima de Dios, merece para el monje una conformación más perfecta.

Elredo dedica los capítulos 23 y 24 a exponer -graciosamente a veces- los excesos sensuales. Es la "segunda concupiscencia". Condena entonces la sofisticación del canto. Elredo se manifiesta una buena pluma -que recuerda claramente al Bernardo de De los grados de la humildad y la soberbiacuando dibuja a aquel "hombre boquiabierto como para aspirar, [...] que no canta, [...] imitando los estertores de los moribundos [...]. Entretanto, agita todo el cuerpo con gestos de comediante [...] y el movimiento de los dedos acompaña cada una de las notas." 29 Lo más escandaloso del asunto estriba en que actuaciones semejantes tienen lugar ante el pueblo sencillo que, con aquella representación ridícula de la religión, se desorienta y acaba por tomar el templo por teatro."o En el canto sagrado, opina nuestro autor siguiendo a Agustín, ha de buscarse la gloria de Dios, no el halago de los sentidos." Despojada este pasaje de literatura, queda sin embargo en pie la claridad y el vigor de la concepción litúrgica.³²

El lujo de la vida monástica es denunciado juntamente con el excesivo deseo de conocer. En lo primero, Elredo destaca la existencia en los claustros de "grullas y liebres, gamos, ciervos, picazas y cuervos, pero no ciertamente de instrumentos antonianos y macarianos", y unas líneas más abajo describe, bellamente, la iglesia cisterciense ideal: el que entrara allí encontraría un oratorio "acaso construido de piedra sin labrar; nada pintado, nada esculpido, nada bello encontraría, ni enlosados mármoles, ni paredes revestidas de tapices que relatasen historias profanas, luchas entre reyes o quizás escenas de las Escrituras, ni el admirable fulgor de los cirios, ni el brillo del metal bruñido en los diversos utensilios".³⁰

En cuanto al deseo inmoderado de conocer, Elredo recalca que la vida monástica no ha tener como objeto la satisfacción intelectual o artística, meros medios.³⁶ La actitud que traduce Elredo no es un antihumanismo. Él mismo conoce a los clásicos y los cita cuando es oportuno hacerlo.³⁶ Sólo está en guardia contra la mundanización de la vida religiosa, contra su estetización, que siempre producirá en la Iglesia frutos amargos. El corazón humano es débil y la "costumbre de pensar en los poemas bucólicos junto con el Evangelio" ³⁷ revela ese desplazamiento de la centralidad de Cristo que sintetiza todo proceso de decadencia eclesiástica. Elredo transmite aquí su mentalidad de reformador o cuando menos de partícipe en un movimiento más amplio que busca la reforma de la Iglesia de su tiempo.^{3s} Las formas contemporáneas del humanismo (tan apreciables para el cristianismo) también nos ofrecen hoy una tentación no muy diferente, si sabemos vedo. También señala brevemente el nocivo orgullo de la propia virtud. Éste constituye un auténtico sacrilegio.^{s9}

Un aviso final pone en guardia a todo tipo de soberbios, presa de la "tercera concupiscencia":o y da lugar al desarrollo del último capítulo, U que merecería de nuestra parte una mención más extensa. El deseo de poder (libido dominandi) corrompe la sustancia misma de la vida monástica y el espíritu de cada uno de los monjes. Este vicio debe ser extirpado, pues, de consentírsele, será causa del derrumbe de la entera personalidad y pondrá en peligro grave la salvación misma del hombre que en él se complazca. Elredo señala finalmente con prudencia que en el monasterio los primeros cargos deberían corresponder siempre a los más humildes. El capítulo es un resumen de las enseñanzas de Bernardo sobre la soberbia y la humildad, y su ubicación en un "manual" para novicios y formadores es muy adecuada, tanto para aplacar los brotes de superespiritualidad, como para guiar y robustecer el juicio de quienes serían pronto miembros plenos de su comunidad, no sólo con voz, sino también con voto"

4. EN LA ESCUELA DEL AMOR

El inicio del libro tercero nos trae una vez más a la ley de la distribución de los sábados, que ya hemos visto anteriormente (d. págs. 25-27). Mediante este ordenamiento práctico, de inspiración platónica, Elredo describe la vida contemplativa como un camino de sabbatización, o reforma, de acuerdo con aquella ley promulgada por el mismo Señor; Elredo la llama ley del "triple amor" en su extensión de

1. amor a la persona que somos; 2. amor a la persona del prójimo, y 3. amor a Dios mismo.¹

Estos miembros de un solo mandamiento son puestos por nuestro autor en orden paralelo al de los sucesivos "sábados" de la antigua legislación mosaica 2: éstos son el sábado semanal o "séptimo día, el séptimo año y, después de siete veces siete, el quincuagésimo año. Primero el sábado de los días; el segundo, el de los años; y el tercero [...] consta de siete semanas de años, añadiéndose otro año para que el número septenario se completa con la unidad." Así como aquellos tiempos estaban relacionados por diversas y a veces complejas leyes, Elredo declara que "aunque la distinción entre estas clases de amor es clara, se da entre ellas una admirable conexión de manera que cada una se encuentra en las otras y todas en cada una."

De la misma forma el sujeto que ama pasa por estos amores y profesa en cada sábado una manera de amor que no excluye a las otras dos. Elredo compara este movimiento con el paseo de un rey en su palacio.⁶ "El alma solitaria, dice, llena de riquezas espirituales dentro del vallado de su conciencia, se pasea [. . .] y hace distinto uso de los motivos de su alegría." . Es la profesión de un eremitismo interior en la quietud de un desierto moral, tan cara a Elredo y, en general, a todos los cistercienses.

Esta exquisitez del corazón es el objetivo de la vida monástica: amar, aprender a amar purificando la memoria, afinando el entendimiento y fortificando la voluntad para que el amor encuentre en nosotros una entera disponibilidad. Cada etapa de esta expansión amorosa es un renovado encuentro con Jesús. "En los dos primeros sábados se nos muestra un Jesús pequeño, no grande; humilde, no sublime; injuriado, no glorificado",⁷ pero en el tercer sábado se ingresa en el "santuario donde el espíritu se encuentra ante la faz de Jesucristo." El primer sábado consiste en el regreso a una conciencia purificada: "En el secreto de su espíritu el hombre se aparta del tumulto exterior. [...] Sigue [...] una admirable seguridad." Allí se reconoce que lo bueno que se posee es don De este estado, el alma "se traslada [. . .] a aquella cámara de su pecho donde suele gozarse con los alegres, llorar con los tristes, enfermarse con los dolientes y escandalizarse con los que se escandalizan; allí siente que su espíritu se une, por el vínculo de la caridad, con las almas de todos sus hermanos." ¹¹ En un servicio que no es exterior solamente, el alma "atrae a todos hacia el tranquilísimo refugio de su corazón".¹² Es la hora del prójimo, desde la cual, por la entrega y la edificación mutuas, se pasa a la contemplación de Dios. Entonces el alma puede por fin fijar "su mirada en el que es, fue y será siempre Uno".¹³ Reseñamos este movimiento en nuestro cuadro.

	DE AMOR	INTERIOR	EFEECTO	EN CRISTO
1er. Sábado	a uno mismo	en sí	rechazo del pecado (tranquilidad de la conciencia)	su humanidad
2do. Sábado	al prójimo	fuera	rechazo de la	su caridad

	(amor socialis: amistad, familia, comunidad)	de sí	concupiscencia	
3er. Sábado	a Dios	sobre sí	rechazo de la división (liberación de la esclavitud del pecado)	su divinidad

(gráfico 2)

El impulso no es unidireccional: el alma sube y asimismo baja por los "sábados" y un amor se refleja en otro. Elredo no puede imaginar un corazón pigmeo. "Estos tres amores, ha explicado, se engendran mutualmente, se alimentan entre sí y [. . .] se perfeccionan al mismo tiempo." u

Del capítulo 10 al capítulo 30 nuestro autor se dedica a la descripción minuciosa de los afectos, "raíces de amor",¹⁵ que los cistercienses exaltaron como vehículo espiritual y establecieron como movimientos de amor que llegan a su objeto sin mediación temporal, un género de "mirada" que adquirirá pronto gran importancia en la devoción a la Humanidad de Cristo. "De pronto, dice Guillermo de Saint- Thierry, el afecto del orante llega a donde no esperaba." ¹⁶ El afecto es una disposición interior que acompaña y sostiene al peregrino en su busca de Dios. El monje lo fortifica por medio de los ejemplos que recibe, en primer lugar, por la meditación y la contemplación de Jesucristo en su divina Carne,¹⁷ y también por el contacto cotidiano con los hermanos en el monasterio. La definición que maneja Elredo es amplia; desinteresado el escritor de mayores precisiones terminológicas -que acaban siempre en disputas vanas-, especifica que, en cuanto se refiere a sus propósitos a lo largo de este libro, considerará el afecto como "una, espontánea y placentera inclinación del espíritu hacia algo".¹⁸ y con su afán de orden -engendrado en la necesidad de impresionar la memoria de sus lectores-, Elredo divide los afectos en tres pares:

1	afecto	{	a) racional, b) irracional;
2	afecto	{	a) oficial (o interesado), b) natural (o según la sangre);
3	afecto	{	a) carnal, b) espiritua ^{1.9}

Elredo sabe que esta construcción puede ser recorrida en diversos sentidos, y, así como puede ascenderse de los afectos más bajos a los más elevados, advierte que es necesario precaverse en cuanto "a su desarrollo y su fin": o pues como se sube, es desgraciadamente posible bajar vergonzosamente hacia los afectos más espúreos.²¹

Por su parte el afecto espiritual queda prácticamente equiparado a la visitación ²² de la que hablamos ya anteriormente de modo más extenso (d. págs. 33-34). Elredo no deja agotar su exposición sin proporcionar antes una cuidadosa y bastante extensa ejemplificación bíblica.²³ Su intención es claramente didáctica y su pretensión, la de proporcionar elementos de juicio en situaciones de conflicto entre afectos de signo contradictorio.²⁴ Agrega a este manual de prudencia una calurosa recomendación de los

afectos, que llama "aguijones de amor"," cuyo uso deberá proceder siempre de acuerdo con la razón y tenida cuenta de su jerarquía.²⁶ El corazón humano que se ha purificado convenientemente es comparado entonces a "un arca espiritual":⁷ Elredo tiene en todo instante presente su auditorio de educandos; así propone la descripción de la capacidad afectiva que con el gráfico 3 (pág. 42) tratamos de sintetizar. Amar, poner en esta arca del propio corazón, es en cierto sentido salvar al amado, como se salvaron los habitantes del arca que construyó Noé por orden del Señor. Nuestro autor recuerda una vez más que en el interior de esta "estructura" el movimiento ha de ser ascendente, pero que el cuidado de la mansión no nos pertenece sino vicariamente: su soberano verdadero es Cristo, el más alto y el más íntimo a nuestro corazón de cuantos afectos nos inflaman:"

Jesús

espirituales (volátiles)

hombres de fe

sabios en las cosas terrenas (hombres)

hombres sin fe (bestias)
(gráfico 3)

Elredo concluye su disertación con una serie de consejos prácticos sobre el amor del prójimo y la amistad, muy propios en quien como él está a cargo de jóvenes en proceso de formación:" Nuevamente evidencia toda la delicadeza de un

maestro espiritual que ha llegado -con experiencia auténticaa estimar la amistad humana como un verdadero sacramento."

En el capítulo 33 Elredo se detiene brevemente en el problema de las pasiones. Luego de proporcionar un criterio de moderación ., en cuanto se refiere a su remoción del alma –la psicología que lo asiste es lo suficientemente sutil y consciente de la complejidad del hombre, que no admite cortes en determinados sectores sin llevar a la muerte a los miembros conexos-, enfatiza que la penitencia necesaria para satisfacer la culpa del pecado está lo bastante prescrita y descrita por los Santos Padres como para demorarse más en el tema." Para ello remite a su lector a la autoridad indiscutida de Juan Casiano. ..

Inmediatamente Elredo analiza el orden de los sacrificios que el monje lleva a cabo guiado por su propia voluntad..' Aquí está el corazón de la vida del !'monje y nuestro santo no desperdicia la oportunidad para realizar un insistente llamado a la profundización del compromiso libremente contraído en el momento de la profesión.'⁵ La pasión es prisión, pero esta renuncia de sí a que el monje ha llegado por la gracia de Dios, es libertad. Elredo recalca la racionalidad del compromiso y ruega a aquel "que se sujetó a cosas tan excelsas y sublimes [la misma vida monástica], examine en primer lugar diligentemente el carácter de su voto, y en qué consiste exactamente; y estudie y distinga después, en la balanza de la experiencia, sus fuerzas interiores [conversatio] y exteriores [asce.BiS]."⁸ Para redondear estos párrafos, el autor ha creído conveniente formular un aviso de cautela en lo que se refiere a la presunción," vicio no improbable, aunque ciertamente inadmisibile, entre monjes jóvenes y fervorosos.

Por lo que hace a nuestra introducción, daremos por concluidas estas notas destacando el capítulo 35 de este tercer libro. En él Elredo discute, a partir de cierta objeción que

rebate," un tema que no ha perdido actualidad, antes bien la ha ganado: ¿cuál es la sustancia' de la Regla que profesan los monjes? Nos daremos por satisfechos con indicar que Elredo ve la legislación como un medio, mejor aún, como un prisma que, al filtrar la luz del Evangelio y sus exigencias, proyecta lo esencial de Cristo (si nos es permitido hablar de este modo).

La diafanidad de las enseñanzas de Jesús, en cuya persona se concentra la entera Revelación, viene a decir Elredo, es tanta, que sin esta mediación no llegaríamos probablemente a cumplir los deberes que se desprenden de aquella doctrina y de aquellos hechos de la vida de nuestro Salvador que debemos llegar a reproducir de algún modo en nuestra propia carne. En cuanto medio, la Regla sólo vive del Evangelio. Esto convierte en superflua toda discusión sobre lo sustancial de este instrumento. El fin es claro: "¿Por qué buscamos las tinieblas en la luz? ¿Por qué crear dificultades donde no las hay?". La Regla no es el fin, puesto que no es causa, sino institución surgida ante la existencia previa de una causa, esto es, la situación de pecado que debe ser corregida y la necesidad de brindar un ámbito para la práctica y el aprendizaje de la caridad, etc.'o Lo sustancial de la Regla es su observancia por parte de un hombre, pues el instrumento legal es solamente una prescripción -dicho con la debida estima y respeto-, mientras que dicha observancia, histórica, identificable, personal, es un acto, más aún, una vida humana que presta vida a la forma legal. La Regla vive en el monje, a quien, por su observancia, podríamos comparar con el prisma solar a través del que la luminosidad del Evangelio pasa y en quien se descompone en el espectro multicolor de los elementos primarios y más constitutivos (votos), a los que su sumarán, de acuerdo con las posibilidades existenciales de las personas y habida cuenta de las circunstancias del monasterio particular donde el monje profese, los otros componentes de la vida monástica (lectio, oratio, meditatio, labor, liturgia, vigiliis, ayunos, hábito, etc.), indudablemente sujetos a diversas interpretaciones que no se invalidan mutuamente, sino se enriquecen y alimentan unas a otras.'1

Pero en el orden espiritual las mediaciones no son empleadas como envoltorios cuya vida útil cesa no bien acabada una determinada destinación práctica. Aunque las mediaciones puedan caducar, su validez no les viene del propio ser, sino de aquel que las ha suscitado en un determinado movimiento más amplio, del modo que ha hecho nacer en su Iglesia una tradición de amor que, como Elredo lo ilustra, es capaz de llenar los corazones o, mejor aún, de vaciarlos para que los llene su verdadera Vida, Jesús, el Hijo de Dios y nuestro Salvador. A él ha ido a buscar y servir el monje en la escuela del monasterio que, como reconocía Elredo honestamente en otra parte,⁴² puede tener fallas y carencias, aun graves en el orden personal y material, pero que para el monje es don de Dios, forma visible de un designio de misericordia invisible todavía a nuestros ojos.

RICARDO F. ISAGUIRRE

- 1 Charles Dumont, Elredo de Rieval, introducción a su vida y a sus escritos, P.C. 4, Buenos Aires, 1980, d. pág. XXVIII. 2 Spec., Carta de san Bernardo, 6.
 3 Id.
 4 Id., Prefacio, 2.
 5 Id., Carta de san Bernardo, 3.
 6 Id., 4.
 7 Id., Prefacio. 3.
 8 Id., Carta de san Bernardo, 4.
 9 Id., 6.
 10 Id., Prefacio, 1.
 11 Id.
 12 Id. 13 Id.
 14 Id., 2.
 15 Id.
 16 Id., Carta de san Bernardo, 2. 17 Id., Prefacio, 3.
 18 Id., 4.
 19 Id.
 20 Id., 1, 34.
 21 Confesiones, IV, 6, II, B.A.C., 22 Cf. id. IX, 11-12, págs. 373-379. 23 Spec., 1, 34, 98. Madrid, 1978, pág. 109.
 24 Id., 1, 34, 104.
 25 Cf. el estudio de Eduardo Gowland en este mismo volumen. 26 Spec., Prefacio, 4.
 27 Id., 11, 17-20.
 28 Id., Prefacio, 4.
 29 Id., III, 40, 113. 30 Id.
- 1 Cf. 1 Jn. 4, 19.
 2 Cf. Rom. 5, 8.
 3 Is. 45, 15.
 4 Os. 1, 2-3.
 5 Jorge Manrique, Coplas a la muerte de su padre, esto 14.
 6 Canto 8, 6.
 7 L. Kolakowski, Vigencia y caducidad de las tradiciones cristianas, AmolTortu, Bs. As., 1973, por ejemplo, pág. 16.
 8 Cf. En alabanza de la Virgen Madre, Pról., P.C. 7, Bs. As., 1980, pág. 49.
 9 Spec., 1, 17, 50. 10 Rom. 2, 29.
 11 Spec., id.
 12 1 Coro 1, 27-28. 13 Spec., 1, 3, 8.
 14 Jesu., III, 11, 1, P.C. 4, pág. 46.
 15 Id., 111, IV, 2, pág. 57; este "amor de la quietud" es en Elredo sinónimo de vida contemplativa.
 16 Id.
 17 Id., III, IV, 1, pág. 57.
 18 La opinión de Elredo al respecto no se qued~ en medias tintas. "¡Es vergonzoso - exclama- buscar la gracia espiritual según las reglas de Hipócrates! [. ..] Así yerran los que se apoyan más en los argumentos físicos que en los preceptos apostólicos." Esta, recalca el santo, "es una sabiduría totalmente terrena, animal, diabólica" (11, 5, 8).
 19 Spec., 11, 1, 3.

- 20 Agustín Roberts, *Hacia Cristo*, Patria Grande, Bs. As., 1978, págs. 195-196. 21 Jn. 18, 9. 22 OPast., 8, P.C. 4, pág. 295.
- 23 Canto 2, 14.
- 24 Cf. san Bernardo de Claraval, *Sup Cant.*, 62, 1-7, B.A.C., T. n, Madrid, 1955, págs. 409-45. Guillermo de Saint-Thierry, *Comentario al Cantar de los cantares*, 164, P.C. 6, Buenos Aires, 1979, págs. 169-170. San Amadeo de Lausana, *Ocho homilías marianas*, P.C. 8, pág. 215.
- 25 Cf. la Introducción de E. Gowland a *Jesu.*, P.C. 4, págs. 10-13. 26 Cf. *Spec.*, 1, 10-15.
- 27 Cf. *id.*, 1, 15, 43-44.
- 28 Cf. I. M. Bochenski, *La filosofía actual*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1976, págs. 195-198.
- 29 *Spec.*, 1, 10, 29.
- 30 *Id.*, 1, 10, 28.
- 31 Cf. *id.*, 1, 11, 33.
- 32 Cf. *id.*, 1, 12, 18.
- 33 Cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, 2-2, q. 24, a. 3 ad 2. 34 Cf. E. Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, 11, 11, "El platonismo latino del siglo IV", pág. 127.
- 35 Cf. *Spec.*, 1, 28.
- 36 *Id.*, 1, 28, 79. 37 Cf. *id.*
- 38 *Id.*
- 39 Cf. Mt. 5, 8. 40 *Spec.*, 1, 28, 80. 41 *Id.*, 1, 28, 82. 42 *Id.*
- 43 *Id.*, 1, 28, 79.
- 44 *Id.*
- 45 Cf. E. Gilson, *a.c.*, pág. 127.
- 46 Cf. Jn. 8, 33-36.
- 47 Gál. 5, 1.
- 48 CL *id.*
- 49 San Benito, *Regla*, Prólogo, 50.
- 50 San Bernardo de Claraval, *De los grados de la humildad y la soberbia*, 51 (cap. XI), B.A.C., T. 11, Madrid, 1955, pág. 925.
- 51 *Spec.*, 1, 2.
- 52 1 Col. 7, 31.
- 53 L. Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*, 6.522, Alianza, Madrid, 1973, pág. 203.
- 54 *Id.*, 7.
- 55 Ef. 4, 30.
- 56 Cf. Jn. 15, 26; 16, 13.
- 57 Santo Tomás de Aquino, *S. T.*, 1, q. 37, a. 1.
- 58 E. Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, cap. 1, V: Juan Damasceno", Gredos, Madrid, 1976, pág. 79.
- 59 Le. 10, 21-22.
- "De Dionisio a
- 60 F. Koenig, *Diccionario de las Religiones*, arto "Ágape" (a cargo de V. Warnach), Herder, Barcelona, cols. 13-19, esp. 18.
- 61 Rom. 8, 26.
- 62 *Spec.*, III, 1, 1-2.
- 63 Cf. Heb. 8 y 9.
- 64 Jn. 8, 1-11.
- 65 La palabra "silencio" no tiene en la Biblia otro sentido que el físico inmediato. Su contenido ascético y místico proviene de las interpretaciones anagógicas de textos como el

de Apoc. 8, 1. Por otra parte, en la tradición profética el silencio es muchas veces la actitud apropiada para recibir al Señor (por ejemplo, Hab. 2, 20 o Zac. 2, 17).

Está asociado, en la gran tradición benedictina, a la reverencia y, espiritualmente, a la humildad, al recogimiento, a la soledad, etc. La mística renana y luego la española del siglo XVI le dan el tono que aquí evocamos. Por supuesto -y es digno de señalarse- no es una palabra del vocabulario teológico. Para su amplísima resonancia monástica, cf. Agustín Roberts, "Hacia las raíces del silencio", Cuadernos monásticos 41 (1977), págs. 141-148.

66 Spec., III, 1, 1.

67 San Juan de la Cruz, Noche oscura del alma, 1, 5, B.A.C., Madrid, 1978, pág. 400.

68 Spec., idem.

69 Gén. 1, 1-4a.

70 Spec., 1, 20, 57-58.

71 Cf. L. Alessio, Una liturgia para vivir, III, 5, "Bautismo y hombre nuevo", Ed. Claretiana, Bs. As., 1978, págs. 95-128.

72 Spec., 1, 32, 90.

73 Id.

74 Id.

75 Id.

76 Id.

77 Id.

78 Id., 1, 32, 91.

79 Id., 1, 32, 92.

80 Id.

81 Id., 1, 34, 98-114.

82 Id., 1, 34, 104.

83 Divina Comedia, 111, "Paraíso", canto 33, v. 90, B.A.e., Madrid, 1980, pág. 532.

84 Cf. id., v. 145, pág. 534.

85 Spec., 1, 34, 114. No es muy claro quién haya sido este Simón. No obstante hay evidencias internas como para asociarlo con Simón el hijastro de David 1, compañero de la infancia de Elredo.

1 Spec., 11, 1, 2.

2 Cf. Juan Pablo 11, Catequesis del 30 de abril de 1980, L'Osservatore Romano, 4 de mayo de 1980, pág. 239.

3 Id.

4 Spec., 11, 1, 3.

5 Id., 11, 2, 4. 6 Id., 11, 4, 7.

7 Cf. id., 11, 5, 9. 8 Id., 11, 1, 3.

9 Cf. id., 11, 6, 15.

10 Himno Crux fidelis. Es la traducción que presenta (3^a estr., vv. 3-4), la edición española del Missale Romanum, d. Misal Romano completo, ed. preparada por Andrés Pardo, para la B.A.C., Madrid, 1973, tomo 1, pág. 687.

11 Cf. Mt. 7, 7-11; 14, 13.

12 Cf. Spec., II, 15-16.

13 A. Roberts, Hacia Cristo, Patria Grande, Bs. As., 1978, pág. 195. 14 Id., pág. 202.

15 Spec., II, 7, 17.

16 A. Roberts, o.c., pág. 202

17 Spec., II, 7, 17. 18. 20.

- 18 Id., II, 17, 41. 19 Id., II, 18, 56. 20 Id., II, 20, 63. 21 Id., II, 18, 56. 22 Cf. Jn. 14, 21.
 23 Spec., II, 7-13. 14. 19. 20.
 24 Garda M. Colombás e Iñaki Aranguren, B.A.e., Madrid, 1979, pág. 352.
 La Regla de san Benito,
 25 Spec., II, 14, 33.
 26 Cf. id., II, 15, 39.
 27 Cf. al respecto la "Declaración del Capitulo General de 1969 acerca de la vida cisterciense", en André Louf, El camino cisterciense, Verbo Divino, Estella, Navarra, 1981, págs. 159-162.
 28 Spec., II, 19, 59.
 29 Id., II, 23, 67.
 30 Id.
 31 Id., II, 23, 69.
 32 Compárese la postura de Elredo con las disposiciones conciliares, Consto Sacrosanctum Concilium, nn. 34 y 120, también 30.
 33 Spec., 11, 24, 70. 34 Id.
 35 Id., 11, 24, 72.
 36 Sin mencionar las citas de nuestra obra, recuérdese la estructura misma de La amistad espiritual, inspirada y diagramada sobre un Diálogo de Cicerón, de modo tal que lleva a Elredo a citar varios autores paganos, y con un sentido claro de recepción y asimilación de sus opiniones, como puede comprobarse por los diversos contextos. Cita así Salustio, en o.c., 1, 40 Y 48, et passim; a Jenofonte, en 11, 3; a Eurípides, en 11, 46; a Terencio, en 111, 104 Y 111.. .
 37 Spec., 11, 24, 72.
 38 Dom Jean Leclercq expone con amplitud el tema en Cultura y vida cristiana, Sígueme, Salamanca, 1965. Como una ilustración concreta puede consultarse el arto "Dos testimonios sobre la función de los libros" (1(1 parte), en el volumen del mismo autor, Espiritualidad occidental, 2, "Testigos", Sígueme, Salamanca, 1967, págs. 176-197.
 39 Id., 11, 24, 73.
 40 Id., 11, 25.
 41 Id., 11, 26.
 42 Id. 11, 26, 78.
 1 Cf. Spec. 111, 2, 3.
 2 Cf. Lev. 23, 3. 15 16; 25, 8 12. 3 Spec., In, 1, 1.
 4 Id., nl, 2, 3.
 5 Id. III, 2, 5.
 6 Id.
 7 Id., III, 6, 18.
 8 Id., III, 6, 17.
 9 Id., III, 3, 6.
 10 Id.
 11 Id., nl, 4, 7. 12 Id.
 13 Id., III, 6, 17.
 14 Id., III, 2, 5.
 15 Id. III, 16, 39.
 16 Comentario al Cantar de los Cantares, 123, líneas 20-21, P.C. 6, Buenos Aires, 1979, pág. 41.
 17 Spec., III, 5, 13.
 18 Id., III, 11, 31.

19 Id.

20 Id., III, 28, 66.

21 Id., III, 28, 67-68.

22 Id.

23 Id., III, 29.

24 Id., III, 29, 69.

25 Id., III, 30, 73.

26 Id., III, 29, 72.

27 Id., III, 38, 103. También en este punto está Elredo influido por san Agustín. Éste había descrito el arca de Noé como figura de la Iglesia en La Ciudad de Dios (XV, 26), y en su intento de desarrollar el sentido analógico del pasaje (Génesis 6, 13-22), señalaba que esa embarcación de colosales dimensiones, construida de acuerdo con proporciones antropométricas que Agustín especifica cuidadosamente, tenía abierta "una puerta en su costado" (Génesis 6, 16), imagen del lanzazo recibido por Cristo. Esta interpretación puede haber inspirado a Elredo, quien por supuesto encontraba la idea de los tres pisos directamente en el texto bíblico (Génesis, id.).

28 Id., III, 38, 106.

29 Id., III, 39, 109. 111-112. 30 Id., III, 39, 109.

31 Id., III, 33, 79.

32 Id.

33 Id. 34 Id., III, 34, 80. 35 Id., III, 34, 81. 36 Id. 37 Id. 38 Id., III, 35, 82-84.

39 Id., 111, 35, 94. Elredo es sencillamente fiel a las grandes líneas del ideal cisterciense, cuyos primitivos cultores, en la opinión de uno de sus historiadores contemporáneos, "no sólo se vieron libres de una devoción indiscriminada a la Regla de san Benito, sino que supieron asimismo adecuar con notable elasticidad aquel venerable cuerpo de legislación monástica. Invocándolo y aplicándolo cuando convenía a sus propósitos, no dudaron en pasado por alto o incluso contradecirlo toda vez que resultaba imposible su arreglo a un concepto de monasticismo que aquellos monjes sostenían sobre la base de los ideales reformistas del siglo XI. En la temprana vida de Cister la Regla jugó indudablemente un importante papel, pero éste se redujo al de un instrumento, útil para la consecución del objetivo verdadero, esto es, el establecimiento de una vida austera de pobreza, simplicidad y soledad sin alteraciones" (Louis Lekai, *The Cistercians. Ideals and Reality*, Kent State University Press, 1977, pág. 32). Una presentación actualizada y didáctica del ideal cisterciense en André Louf, *El Camino Cisterciense*, Verbo Divino, Stella, Navarra, 1980.

40 Spec., 111, 35, 94; cf. san Benito, Regla, prólogo.

41 Cf. id., III, 35, 84. 42 Id., 11, 17, 44.

COMIENZA EL PREFACIO DEL ABAD ELREDO AL LIBRO QUE INTITULA "EL ESPEJO DE LA CARIDAD".

[1.] Verdaderamente, la virtud de los santos es la auténtica y discreta humildad; la carencia de esta virtud, en cambio, es mía y también de los que a mí se asemejan. De ella dice el Profeta: "Mira mi humildad y líbrame." 1 Mas no pedía se lo librase de alguna virtud o se lo alzara del abatimiento, sino que imploraba ayuda en su abyección. ¡Qué mísera es mi humildad, y ojalá que, como humildad verdadera, fuese igualmente discreta, a fin de que no quede empañada por alguna indiscreta desobediencia! Obedezco, pues, a la petición que me haces, a tu persuasión y a tu mandato; todo ello es digno, aunque no lo sea por lo que a mí corresponde. Por consiguiente, recibo este encargo que viene a resultarme imposible, inexcusable y digno de acusación; imposible, a causa de mi falta de ánimo: inexcusable, por tratarse de un mandato tuyo; y digno de acusación, porque así podrá hacerla quienquiera que lo examine.

[2.] ¿Quién, pues, soportará al que, como si fuese "la primera fuente", pretende escribir con cierta autoridad apostólica, acerca del más excelente camino de la caridad? ¿A aquel que no solamente es rudo para escribir o, si te place, iletrado y sin palabras, y que todavía no ha digerido la leche que se le ha dado a beber? ¿O qué párrafo de cuantos he escrito sobre la excelencia de la caridad, sobre el orden que debe seguirse, no resultará estéril de fruto, fatuo e insípido, para quien desee extraer su dulzura, de tal manera que, vencido por el deseo, se rebele contra mis palabras? Finalmente, ¿quién soy yo para explicar cómo puede aumentarse la caridad mediante el quebrantamiento del cuerpo, guardando su más discreta manifestación? De otra manera, ¿qué te parece -y esto lo escribo para tu paz- que, viniendo de la cocina a un lugar solitario, haya cambiado de lugar, pero no de oficio?

[3.] Podrás decirme: No debes excusarte. Sí, señor, lo sé; pero, ya que no es lícito excusarse, será lícito acusarse, para que el lector menos complaciente no se vea obligado a proseguir, cuando ya desde el principio advierte aquello que con toda razón puede desagradarle. Fue tanta la confianza que prestaba el ver quién cargaba con todas las molestias que justísimamente me podrían sobrevenir, acogiéndome con el santísimo afecto de la caridad, que esto !le determinó a escribir. Así pues, teniendo apenas esperanza de terminar cuanto sobre la caridad me mandaste componer, ayudándome de aquel "martillo nuestro" a que aludías para componer el Espejo, lo llevé a cabo como pude; descubriendo en esto, certísimamente, que, aun cuando desapareciesen la esperanza y las demás virtudes, siempre permanece la caridad.² Concédase, pues, a la gracia lo que no se dio al arte. En efecto, en este Espejo de la caridad a ninguno se le infundirá el rostro de la misma caridad, sino al que permanece en el amor; de- la misma manera que tampoco a cualquiera ni en cualquier espejo se le reflejará su imagen, sino a aquel que permanezca en la luz."

[4]. Asumiendo, en efecto, el propósito que se me hizo para la presente obra, lo inicié yo mismo, meditando ciertas cosas; haciendo otras como mías, e incluso algunas más que mías, puesto que las manifesté al Rvdmo. Prior Rugo: que es más íntimo conmigo que yo mismo, exponiéndole las cosas que había de tratar a manera de cartas. De todo ello tomé materia para la presente obra, y fui incluyéndolas en aquellos lugares en que me pareció conveniente. Dividí el conjunto en tres partes: en la primera parte se recomienda la "excelencia de la caridad", tanto por su dignidad como por la reprobación del deseo malo que se le opone; en la segunda saldré al paso de algunas objeciones infundadas que suelen hacersele; y en la tercera, se trabaja por demostrar la manera como ha de manifestarse la caridad.

[5.] Así pues, si algo hubiese de atinado en nuestro esfuerzo, ello se debe a la gracia del Dador y a tus oraciones; si, por el contrario, resultase de otro modo, cúlpese a mí, que no tengo ni costumbre ni arte. Y para que la prolijidad del trabajo no fatigue tu ocupación, lee primeramente los Capítulos que enumero y, por el examen de los mismos, discierne lo que ha de leerse y lo que pueda ser omitido.

INDICE

LIBRO PRIMERO

Cap. 1.- Nada hay más digno que que el Creador sea amado por su criatura.

2.- Naturaleza, especie y uso que ha de hacerse de las criaturas.

3.- El hombre, creado a imagen de Dios, es capaz de la bienaventuranza.

4.- El hombre se apartó de Dios y, del amor en que había gustado la felicidad, pasó a hacerse miserable; afeó la imagen de Dios en sí, pero no la borró.

5.- Después de la venida del Salvador, la imagen de Dios es renovada en el hombre, y la perfección de esta renovación no ha de esperarse aquí, sino en el futuro.

6.- Disputa contra el necio, que dice en su corazón: "No hay Dios."

7.- El hombre se aparta de Dios por el afecto del alma.

8.- Por el afecto de la caridad el hombre es restablecido en la imagen de Dios.

9.- Nuestro amor está dividido por el apetito contrario entre la caridad y la concupiscencia.

10.- El libre albedrío tiene un lugar medio en el alma; con todo, no basta igualmente para el bien y para el mal.

11.- La gracia no quita el libre albedrío.

12.- El libre albedrío no se quita ni a los salvados ni a los condenados; y la gracia no obra sino en el libre albedrío.

13.- Razón por la que el libre albedrío no basta igualmente para el bien 1J para el mal.

14.- Qué diferencia hay entre la gracia que tuvieron los primeros padres en el paraíso y la que tienen los predestinados en este mundo; y por qué justamente se le imputa al hombre la mala voluntad, aunque para obtener la buena no basta la facultad del libre albedrío.

15.- También es muy justa la condenación de los niños.

16.- Nada de perfección falta a la caridad.

17.- De la espiritual circuncisión que se contiene en la caridad.

18.- El sábado espiritual y verdadero debe buscarse en la caridad.

19.- Cuánto ha de preferirse el día séptimo a los demás, y cómo en él se recomienda la caridad de Dios.

20.- Por qué la creación se hizo en los "seis" días, y Dios descansó en el "séptimo".

21.- En todas las criaturas aparece cierto vestigio de la caridad divina y, por lo mismo, todas tienden al sábado, esto es, al descanso.

Cap. 22.- La criatura racional no descansa sino en la adquisición de la bienaventuranza; y por qué, aspirando a la felicidad, el camino para obtenerla esconde en sí una sorprendente infelicidad.

23.- La prerrogativa de la criatura racional, y el descanso que naturalmente apetece, no han de buscarse ni en la salud del cuerpo ni en las riquezas de este mundo.

24.- Diferencia que existe entre los ricos elegidos y réprobos.

25.- El descanso no ha de buscarse en la amistad mundana.

26.- Tampoco se encuentra el descanso en los placeres del cuerpo ni en el poder del mundo.

27.- La caridad es aquel yugo suave bajo el que se encuentra el verdadero descanso, como un auténtico sábado.

28.- El ejemplo de la propia conversión.

29.- Cuánto yerran los que se cansan de la aspereza del yugo del Señor, cuando todo lo que se siente de trabajoso es debido a las reliquias de la concupiscencia, mientras que lo que sentimos de descanso procede de la infusión de la gracia.

30.- Aquellos que se quejan de la gravedad del yugo del Señor, aun son más oprimidos por el peso del mundo.

31.- Cuánta es la perfección de la caridad, cuánto se diferencia de las demás virtudes, hasta el punto de que las que otras no pueden serlo sin ella.

32.- Las obras de los seis días se acomodan a las demás virtudes, mas el descanso del día séptimo se asigna a la caridad.

33.- En esta vida todas las virtudes se unen a la caridad; pero en la otra vida se fundirán en la plenitud de la misma caridad.

34.- En la muerte del amigo se difiere la consideración sobre la triple concupiscencia, y con su epitafio se termina este primer libro.

LIBRO SEGUNDO

Cap.

1.- Resumen de lo expuesto en el libro primero, con algunas correcciones que deben hacerse.

2.- La actividad externa se subordina a la interior y, en alguna ocasión, la misma actividad exterior aminora la interna.

3.- La caridad modera con su tranquilidad todas las cosas, mientras que la concupiscencia las corrompe con su perversidad.

4.- Todo el trabajo interior brota de la triple concupiscencia.

5.- Algunos afirman que el trabajo exterior es contrario a la caridad y a la dulzura interior.

6.- La predicha sentencia es rebatida por la autoridad apostólica y profética.

7.- Por qué algunos son movidos a compunción con mayor dulzura en el camino ancho que en la vida más estrecha.

8.-Cuál sea la triple causa de la espiritual visitación.

9.- El primer género de compunción, como otras ciertas gracias, conduce a los réprobos a su perdición, y a los elegidos a su aprovechamiento.

10.- Trata de la doble razón de la segunda visita espiritual; y cómo de ella se pasa a la tercera, que es más excelente que las demás.

11.- Dios obra en cada una de estas visitaciones.

12.- En la primera visitación se halla especialmente el temor; en la segunda, el consuelo; y en la tercera, el amor.

13.- Fruto que se encuentra en cada una y por qué algunos son privados de la consolación de la segunda visita.

14.- Algunos testimonios divinos, según los cuales puede medir cada uno su propio estado.

15.- Modos por los que se pasa a las consolaciones espirituales.

16.- No debe abandonarse el propósito de una vida más estrecha, aunque no se experimente aquel dulce afecto.

17.- Preguntas de un novicio y sus respuestas.

18.- En qué debe creerse que consiste el amor de Dios.

19.- Se expone a un novicio que pregunta cuál es el fruto de las diversas compunciones.

20.- Donde el novicio pretendía haber amado más a Dios, allí mismo fue convencido de haberle amado menos.

21.- De cuanto queda consignado puede advertirse lo que obran la caridad y la concupiscencia en el proficiente.

22.- Victoria y alegría en el desprecio de los placeres.

23.- El vano placer de los oídos.

24.- La concupiscencia de los ojos, que consiste en la curiosidad exterior e interior, aflige a los que aspiran a una vida más perfecta.

25.- La soberbia de la vida. En primer lugar se trata de la vanidad.

26.- El deseo de dominar.

""LIBRO TERCERO

Cap.

1.- Ley de la distinción de los sábados.

2.- La distinción de los sábados ha de buscarse en un triple amor; y cuál sea el lazo en la distinción del triple amor. 3.- El sábado espiritual se experimenta en el amor de sí mismo.

4.- El sábado en la caridad fraterna; y cómo los seis años que preceden al séptimo se ajustan a la caridad.

5.- El amor de Dios conserva estos afectos.

6.- El perfecto sábado se encuentra en el amor de Dios. Y el quincuagésimo año se compara a este amor.

7.- Qué es el amor, qué la caridad y qué la concupiscencia o apetito desordenado.

8.- El recto uso del amor, o el abuso, están en la elección, en el impulso o movimiento, y en el fruto.

9.- Lo que nos conviene elegir para disfrutar. 10.- Nuestro amor es movido al acto y al deseo, unas veces por el afecto 1) otras por la razón.

11.- Se declara lo que es el afecto, cuántos son los afectos, 1) que el afecto espiritual puede tomarse de doble manera.

12.- El afecto racional y el irracional.

13.- El afecto oficial.

14.- El afecto natural.

15.- El afecto carnal debe tomarse de doble manera.

16.- Lo que debe juzgarse acerca de estos afectos.

17.- El alma es movida al amor de Dios y del prójimo por la razón.

18.- Distinción de los dos amores entre los que fluctúa el ánimo del que progresa.

19.- El hombre benévolo y manso, aunque sea menos perfecto, es amado con más dulce afecto que el austero y perfecto. Se prueba con una doble comparación y se manifiesta, además, que el amor de ambos no resulta peligroso.

20.- Existen tres amores: por el afecto, por la razón, y por uno y otro.

21.- Recapitulación de lo dicho, y manera de conocer el verdadero amor de Dios.

22.- Lo que debe tenerse en cuenta en el amor del prójimo.

23.- Afectos que no han de admitirse, y cómo debe seguirse el afecto espiritual que procede de Dios.

24.- Tratase del afecto racional y en cuánto el mismo debe seguirse.

25.- En qué debe precaverse uno del afecto oficial y en qué ha de admitírselo.

26.- Modo de comportarse en el afecto natural y distinción entre amar en Dios y amar por Dios.

27.- El afecto carnal no ha de rechazarse ni admitirse plenamente.

28.- No sólo debe examinarse el origen de los afectos, sino también su proceso y su fin; y cómo se pasa de afecto en afecto.

29.- Algunos ejemplos de cómo los diversos afectos pugnan muchas veces en el alma, y cuál debe anteponerse.

30.- Utilidad que ha de buscarse en los afectos.

31.- Actos con los que nos conviene tender a Dios y por medio de los cuales miramos por nosotros mismos y por nuestros prójimos.

32.- La vida humana, y sobriedad que debe guardarse en el orden natural.

33.- Modo de satisfacer y purgar en el orden necesario.

34.- Naturaleza del orden voluntario y modo de comportarse en él.

35.- Disputa contra cierta epístola acerca de la Regla y profesión de los monjes.

36.- Comportamiento que debe observarse en el orden voluntario.

37.- Lo que debe hacer el hombre para sí y para el prójimo, y si acaso deba preferir al prójimo o a sí mismo.

38.- Entre los mismos prójimos deben anteponerse unos a otros.

39.- Las cosas de las que podemos gozar en esta vida.

40.- Cómo debemos disfrutar mutuamente.

LIBRO PRIMERO

Capítulo 1. - NADA HAY MÁS DIGNO QUE QUE EL CREADOR SEA AMADO POR Su CRIATURA.

[1.] Extendiste, Señor, el cielo como una piel,¹ colocando en él las estrellas, para que nos alumbrén en esta noche, en la cual rondan las fieras de la selva y los cachorros de los leones rugen para arrebatarnos y buscarnos como su sustento: También cubres con el agua los más altos lugares: de los que, como ciertas secretísimas cataratas, empapas la tierra de nuestro corazón, para que se alegre más que si abundara en trigo, vino y aceite: y no busquemos con vano sudor nuestro pan; sino que buscando encontremos, y poseyéndolo seamos alimentados y gustemos, porque tú, Señor, eres dulce y suave.

Mi alma, alma estéril, seca e infructuosa, tiene sed, anhela empaparse con esas suavísimas gotas que destilan los cielos, para poder también ella participar de aquel pan celestial que alimenta a los ángeles y nutre con su jugo a los inocentes. Así mi paladar interno saboreará su admirable deleite y no suspirará más por las ollas de carne que abandonó en Egipto, en donde por mandato del Faraón, aun después de serme quitada la paja, fabricaba adobes."

[2.] Suene, pues, oh Jesús, tu voz en mis oídos," para que mi corazón aprenda a amarte, para que te ame mi mente, para que te amen las mismas entrañas de mi alma. Adhiérase a ti en apretado abrazo lo más íntimo de mi corazón; a ti, mi único y sólo verdadero bien, mi dulce y deleitable alegría. Pero, ¿qué es el amor, Dios mío? Si no me engaño es una admirable delectación del alma, tanto más dulce cuanto es más puro, tanto más suave cuanto más sincero, tanto más alegre o gozoso cuanto más extenso y duradero. El paladar del corazón te saborea porque eres dulce; su ojo te contempla porque eres bueno; el corazón puede contenerte a pesar de que eres inmenso. Quien te ama te goza, y tanto más te goza cuanto más te ama, porque tú mismo eres amor, caridad:

Esta es aquella abundancia de tu casa en la que se embriagan de amor tus predilectos, perdiéndose a sí mismos para encontrarse en ti. Y, ¿cómo, Señor, sino amándote a ti totalmente? Te suplico, Señor, que descienda a mi alma una partecita siquiera de esa tu gran suavidad, para que con ella se torne dulce el pan de su desolada amargura. Guste de antemano algún pequeño sorbo de aquello que anhela, de aquello que ansía, de aquello por lo que suspira en esta su peregrinación. Pruébalo para que le dé hambre; bébalo para que de ello sienta sed, pues los que te coman tendrán todavía hambre y los que te beban aún tendrán sed." Se saciarán, sí, cuando aparezca tu gloria: cuando se manifiesta la gran abundancia de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen 10 y no revelas sino a los que te aman.

[3.] Mientras tanto, Señor, te buscaré, y te buscaré amándote, porque el que avanza amándote, ciertamente te busca, y el que te ama perfectamente, ese es, Señor, el que te encuentra.

Verdaderamente, no hay cosa más justa que el amor que te profesa tu criatura, a la que has dado ese mismo poder de amarte. Los seres irracionales y carentes de vida no pueden amarte, no tienen capacidad para ello. Tienen, sí, su propia misión, su propia forma, su puesto propio; pero por él no son ni pueden ser felices con la felicidad que da tu amor, sino que su belleza y bondad fueron sabiamente ordenadas por ti para contribuir a la gloria de aquellas que pueden ser felices porque pueden amarte.

[4.] Nuestro Dios, a quien corresponde el sumo e inmutable ser, y de quien es propio el existir siempre, como dice David:

Capítulo 2. - NATURALEZA, ESPECIE Y USO QUE HA DE HACERSE DE LAS CRIATURAS

"Tú siempre eres el mismo. . .," a todas sus criaturas, comúnmente, distribuye estas tres cosas: naturaleza, especie y uso. A su naturaleza se debe que sean buenas, a su especie que sean hermosas y al uso que estén bien ordenadas a su fin. El que hizo que tuviesen ser, hizo también que fuesen buenas, e igualmente hermosas y bien ordenadas. Todas las cosas son buenas al tener un ser perfectísimo e inmutable aquel por quien todas han sido hechas; como él es la suma perfección e inmutable sabiduría, todas las cosas están bien ordenadas. Son, por tanto, buenas por naturaleza, hermosas por la especie y bien ordenadas para el decoro de la universalidad.

[5.] "Vio Dios todas las cosas que había hecho, y eran muy buenas." 12 Así pues, en cuanto existen, son buenas; en tanto forman parte de un todo armónico, son hermosas; y en cuanto cada cosa dentro de esa universalidad ocupa su correspondiente lugar, tiempo y modo, se dice que están óptimamente ordenadas. Pues cada cosa, conforme a su naturaleza, tiene un lugar propio en donde estar; así, por ejemplo, el ángel en el cielo y los seres irracionales en la tierra, mientras que el hombre, por ocupar un lugar intermedio, fue colocado en el centro del Paraíso. Lo mismo decimos del tiempo, tanto de la duración como del momento de su aparición; o sea, del cuándo y en qué tiempo, pues en la hermosura de esta universalidad hay naturalezas que empiezan a existir todas a la vez y nunca dejarán de existir, como es la naturaleza angélica; otras, de ningún modo comienzan a existir todas juntamente, pero no abandonan lo adquirido ni ellas mismas dejan de ser, y tal ocurre con la naturaleza humana; y otras, finalmente, no empiezan al mismo tiempo y alguna vez dejarán de existir, como sucede a los irracionales.

[6.] Por tanto, para que no parezca que llamamos el modo en que cada criatura subsiste y cuál sea a cada una de ellas más conveniente, pregunto: ¿Qué bien resulta más adecuado a la criatura racional que la bienaventuranza, si es justa?, o ¿qué otra cosa le cuadra mejor que la miseria, si es inicua? En fin, ¿qué modo es el más adecuado para la criatura irracional, e incluso para la insensible, sino servir a la felicidad o cooperar a la desgracia de aquellos seres racionales, ya que ellas por naturaleza no pueden ser bienaventuradas ni infelices? Con atinado acierto dijo un sabio que "el agua, el fuego, el hierro, la sal, el trigo, la miel, la leche, el vino, el aceite y el vestido, todas estas cosas son buenas para los piadosos, más para los pecadores se convierten en males." 13 No discuta, por consiguiente, el hombre por qué le ha tocado un lugar común con los animales, ya que fue puesto en honor, y no lo entendió; y no sólo tiene el lugar común, sino que se le ha comparado con las bestias insensatas y se ha hecho semejante a ellas. u

[7.] Ahora se ha de advertir y predicar igualmente la sabiduría del Creador, que, aunque no sea el autor y provocador de los males, es, sin embargo, prudentísimo ordenador de estos mismos males. ¿Por qué, pues, oh dulcísimo y omnipotentísimo Señor, no dejas que el mal sea para mal, ¿que por él se ponga en riesgo tu eterno propósito, a fin de que tu misma omnipotencia aparezca más clara, más suave tu misericordia y más admirable tu sabiduría, sacando con tu divino poder bienes de los males, ordenando sabiamente las desordenadas cosas y regalando misericordiosamente la bienaventuranza a los miserables?

Capítulo 3. - EL HOMBRE CREADO A IMAGEN DE DIOS, ES CAPAZ DE LA BIENAVENTURANZA.

[8.] Al hombre le fue concedido, en la misma creación universal, no sólo el existir, ni únicamente, como a las demás criaturas, el ser bueno, hermoso y ordenado, sino que se le otorgó también el poder ser bienaventurado. Pero ninguna criatura existe por sí misma, ni por sí misma es buena y hermosa, sino que todo ello lo recibe del que es; por ser éste en extremo bueno y hermoso, su bondad es fuente de todas las bondades, y su hermosura lo es de todas las bellezas creadas, y causa de todo cuanto existe.

[9.] Sólo la criatura racional es capaz de esta bienaventuranza. Ella, en efecto, es creada a imagen de su Creador, y es idónea para adherirse a él, cuya imagen lleva; y esto es propio únicamente de la criatura racional, como dice el santo David:

"Pero mi bien es estar adherido a Dios." 15 Esta adhesión plena no procede de la carne, sino del espíritu, y en ella el Autor de la naturaleza insertó tres especies de cosas, por las cuales se hace el hombre partícipe de la divina eternidad, de su sabiduría, y saborea dar de su divina dulzura. A estas tres cosas las llamó "memoria, ciencia [entendimiento] y amor o voluntad". Ciertamente, la memoria es capaz de la eternidad, la ciencia de la sabiduría, el amor de la dulzura. En estas tres cosas fue el hombre creado a imagen de la Santísima Trinidad. A Dios lo tenía presente por la memoria, sin peligro alguno de olvido, lo conocía por la ciencia sin miedo de error, y en apretado abrazo lo poseía por el amor, sin otro deseo de cosa alguna. En consecuencia, se sentía feliz, era bienaventurado.

Capítulo 4. - EL HOMBRE SE APARTÓ DE DIOS Y, DEL AMOR EN QUE HABÍA GUSTADO LA FELICIDAD, PASÓ A HACERSE MISERABLE; AFEÓ LA IMAGEN DE DIOS EN SÍ, PERO NO LA BORRÓ.

[10.] Aunque en las tres cosas ya indicadas, o con ellas tres, se consiga la bienaventuranza, en la tercera, sin embargo, se encuentra el gusto de la misma bienaventuranza. Ciertamente es bajísimo deleitarse en cosas abyectas, en las que, con todo, no existe delectación alguna ni felicidad. Por consiguiente, donde el amor es nulo, también es nula la delectación; y así, cuanto mayor sea el amor del sumo Bien, tanto más lo serán el deleite y la felicidad. Aun cuando la memoria recuerde muchas cosas y aunque la ciencia capte lo más profundo, no habrá ningún deleite mientras la conversión de la voluntad no se haga a lo recordado por la memoria o a lo conocido por la ciencia.

[11.] Nuestro primer padre fue dotado de libre albedrío y podía, en verdad, ayudado por la gracia, amar al mismo Dios, deleitarse en su memoria y ser perpetuamente feliz. Pudo desviarse de su mismo amor, llevándolo a algo menos perfecto, y así, separándose de su verdadero amor, entibiarse y caer en la miseria. Porque, como ninguna criatura racional puede ser bienaventurada sino adhiriéndose a Dios, así, en la misma medida que se separa de Dios le sobreviene la miseria. Adán fue colocado en situación de honor y no lo entendió. ¿Qué? . . . Tal vez no comprendió aquello de uno que entrando en el santuario se dio cuenta no sólo de las cosas primeras, sino también de las postreras, porque "he aquí -dijo- que los que se apartan de ti perecerán. Tú destruyes a los que te son infieles." 16 No comprendió que los que apartan su corazón de Dios por la soberbia, caen en la necedad; y el que usurpa con engaño la "semejanza" de Dios, con razón viene a parar en la "desemejanza", propia de los brutos.

[12.] Por el mal uso del libre albedrío su amor se apartó de aquel sumo Bien, y, ofuscado por la propia concupiscencia, se encaminó hacia lo peor, separándose de lo que

era verdaderamente bueno y pasando a lo que de por sí carece de bien; donde aspiraba encontrar lo perfecto, vino a encontrar la imperfección; y, amándose perversamente, perdió a Dios y se perdió a sí mismo. Justamente ocurrió que quien apetecía asemejarse a Dios en contra de su divina voluntad, aun para hacerse más semejante a él por la curiosidad, se tornara más "desemejante" a causa de la concupiscencia. Fue corrompida, afeada en el hombre la imagen de Dios, pero no destruida totalmente. Por eso, aunque el hombre posee memoria, ella está sujeta al olvido; tiene ciencia, pero expuesta al error; también tiene amor, mas inclinado a la concupiscencia.

[13.] La huella de la Santísima Trinidad todavía permanece en esta trinidad del alma racional, aun siendo mísera, por haber quedado grabada en su misma sustancia; gracias a ella el alma rememora, piensa, se reconoce y se ama. Por ese medio su misma memoria ama; por ello también su mismo amor ama, piensa, recuerda y ama; por ello también ama su mismo amor, recuerda y conoce. En todo esto, como dijimos, se refleja la unidad de la sustancia y la trinidad de las palabras. De aquí que el salmista diga: "El hombre pasa como una sombra, y en vano se conturba." 17 En estas palabras, breve y expresamente, el santo David insinúa que no falta al alma humana la imagen de Dios por su naturaleza ni la corrupción por causa del pecado. El olvido corrompió su memoria; su ciencia se nubló con el error; y menguó el amor a" causa de la concupiscencia.

Capítulo 5. - DESPUÉS DE LA VENIDA DEL SALVADOR, LA IMAGEN DE DIOS ES RENOVADA EN EL HOMBRE, Y LA PERFECCIÓN DE ESTA RENOVACIÓN NO HA DE ESPERARSE AQUÍ, SINO EN EL FUTURO.

[14.] Pagada ya la deuda a la que estaba sujeta la naturaleza humana por el Mediador entre Dios y nosotros, Cristo Jesús hombre; 18 rota la cédula con que nos tenía amarrados la dura soberbia del antiguo enemigo; despojados enteramente los principados y potestades, 19 a los cuales nos había sometido la divina justicia; aplacado, finalmente, el Padre Dios por aquella singular hostia en la Cruz, vienen así a repararse la memoria por el documento de la Sagrada Escritura, el entendimiento por el sacramento de la fe y el amor por el incremento cotidiano de la caridad.

La renovación de la imagen sería perfecta si el olvido no alterase la memoria, si ningún error oscureciese el entendimiento y si ninguna concupiscencia se opusiese al amor. Pero, ¿dónde y cuándo ocurrirá esto? Esta paz, esta tranquilidad, esta felicidad, se esperan en la Patria donde no hay lugar al olvido para los que viven en la Eternidad, ninguna filtración de error para los que gozan de la Verdad y ningún impulso de pasión para los absortos en la divina Caridad. ¡Oh eterna y verdadera Caridad! Oh verdadera y amada Eternidad! ¡Oh amada y eterna Verdad! ¡Oh eterna, verdadera y amada Trinidad! Aquí está el descanso, aquí la paz, aquí la feliz tranquilidad, aquí la tranquila felicidad y aquí el gozo feliz y tranquilo.

[15.] ¿Qué haces, alma humana, en qué te ocupas? ¿Por qué te atas con el cuidado de tantas cosas? Solamente una cosa es necesaria ¿para qué te aturdes con más? Todo lo que apeteces en tantas, lo tienes en una. Si pretendes grandezas, si anhelas saber, si ansías placeres, si buscas nada en abundancia, todo esto, absolutamente todo, lo encontrarás aquí, en su máxima perfección, como en ninguna otra parte.

¿Acaso en este lago de miseria y de barro hediondo puede haber verdadera grandeza y excelencia? ¿Acaso en esta región tenebrosa puede darse auténtica ciencia? ¿Por ventura en este lugar horrísono y de vasta soledad se hallará gozo verdadero, y entre tantas calamidades verdadera abundancia? Porque, ¿qué excelencia hay en el mundo que el temor no deteriore y cuál será la ciencia del hombre, que no se comprende a sí mismo?

Afirmamos, por tanto, que, si te deleitas en la carne, te comportas igual que el caballo y el mulo, los cuales carecen de entendimiento;²¹ si te complaces en honores y riquezas, cuando mueras nada llevarás contigo, ni tu gloria ni tus riquezas."² Porque allí está la verdadera grandeza, donde nada más puede desearse; y la verdadera ciencia, donde nada se ignora; y la felicidad auténtica, que solamente aparece allí donde el fastidio carece de acceso; y la abundancia real se encuentra allí, donde jamás será posible que se agote.

¡Ay de nosotros, que nos hemos apartado de ti, Señor! ¡Ay de mí, que vivo desterrado en esta tierra ya demasiado tiempo! ²³ ¿Cuándo iré a comparecer en tu presencia? ¿Quién me diera alas de paloma para volar y descansar? ^{2'}

[16.] Mientras esto llega, te suplico, oh Señor Jesús, que se cubra de plumas, sí, se cubra de plumas mi alma en el nido de tu Ley y repose en los agujeros de la peña, anidando en las piedras del roquedal, en las concavidades de la muralla.²⁵ Me abrazaré a ti, a ti crucificado; beberé de tu dulcísima sangre; ocuparé mi memoria con tu suavísima meditación, a fin de que el olvido no la oscurezca enteramente y no sepa de otra cosa más que de Cristo, y éste crucificado,²⁶ para que el vano error no desvíe mi conocimiento de la solidez de la fe, y ésta reclame para sí tu maravilloso amor, no siendo así absorbido mi corazón por la mundana concupiscencia.

Pero, ¿sólo para mí debo desear esto? Que se cumpla, Señor, te lo suplico, que se cumpla aquel dicho profético: "Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra." ²⁷ Se acordarán, dijo; por consiguiente, interpretó que estaba escondida, mas no totalmente olvidada en el alma racional la memoria de Dios; y así advertirás que no fue una nueva grabación, sino simple reparación de aquella antigua. Pues, de no tener naturalmente de algún modo la razón humana una cierta reminiscencia de Dios, creo que el necio no sería capaz de poder exclamar en su corazón: "No hay Dios." ²⁸

Capítulo 6. - DISPUTA CONTRA EL NECIO, QUE DICE EN SU CORAZÓN: "NO HAY DIOS."

[17.] Dime, te ruego, cualquiera que seas, y tan necio como para afirmar en tu corazón: "No hay Dios", ¿crees que existe algún sabio? Quizás tú mismo. Sea así; pero, ¿eres tan sabio que no puedes hacerte necio o, si eres necio, lo eres hasta tal extremo, que no puedas llegar a ser sabio? Si rechazas esta alternativa, habré de decir, no que has perdido el juicio, sino más bien que careces de vida. Por consiguiente, si has perdido el juicio, ¿crees desaparecida la sabiduría? Pero, por otra parte, tú puedes hacerte sabio; de donde te ruego que me digas: ¿con qué sabiduría? Existirá, por tanto, la sabiduría, aun habiendo perdido tú el juicio. La habrá, dices, pero en el hombre sabio. Mas ¿existe algún hombre que no pueda perder el juicio? Así, pues, si todos los hombres pueden perder el juicio, sin embargo existirá la sabiduría, pues de otra forma no podrían comenzar de nuevo a saber.

Tú dices que la sabiduría quedó en los ángeles; ahora bien, por naturaleza, al menos, también los ángeles pueden perder el juicio, como lo confirma aquella ingente multitud de ángeles necios, los que, en verdad, tuvieron la misma naturaleza que los demás ángeles, aunque no la misma gracia.

Si ninguna naturaleza de por sí es sabia, el juicio necesariamente le ha de venir de la sabiduría. ¿De dónde, pues, ha de venirle al necio para que nuevamente sepa? Ciertamente para poder ser sabio es la sabiduría la que ha de ser hallada por el necio, ya que de lo que no existe nada puede encontrarse si no empieza a existir.

[18.] Me dices: "Así no la encuentro, sino que a mí mismo me hago sabio, a fuerza de meditar y ejercitarme." ¿Acaso, pues, engendras tú a tu sabiduría y te haces sabio? Afirmas que es posible. Yo te había presentado el caso del necio, y he aquí que tú te has hecho sabio hasta el punto de poder considerarte suficiente para hacer la sabiduría. Esto de hacerse uno a sí mismo sabio, ¿no te parece que no es poco saber? Pero si alguien dijese que el necio puede hacerse sabio a sí mismo, sin duda hará reír a todo el que lo oiga, porque, ¿de dónde puede venirle la sabiduría al idiota? ¿Acaso de otro hombre sabio? Y a este sabio, ¿de dónde le vino? ¿Acaso de sí mismo? Y antes de ser sabio, sin duda era un necio. Así de nuevo caemos en el antedicho abuso, que el necio se hace sabio a sí mismo.

[19.] Si me objetas que un ángel puede hacerse sabio, te preguntaré de dónde le ha de venir a éste el ser sabio; y si es que él a sí mismo se hizo tal, volvemos a caer en el mismo conflicto. Réstanos, por consiguiente, que la sabiduría haga sabios a los demás, pero no pueda ser hecha.

La sabiduría jamás puede perder el juicio, ya que nunca puede tornarse en necedad; como la muerte nunca puede ser vida, aunque sí lo sea para nosotros la muerte de Cristo. Igual que la luz jamás podrá ser tinieblas, por más que en otro tiempo nosotros sí lo fuimos;² ahora, sin embargo, somos luz en el Señor. Juan no era la luz, sino que había de dar testimonio acerca de ella. Existía la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Esta sabiduría verdadera es la que se inyectaba a las almas santas para que pudieran ser sabias. ¿Te parece, oh necio, que todo esto es poco?

[20.] De nuevo pregunto: ¿Sabes que existes? Me dirás que nadie puede ignorar semejante verdad. Pero has de saber que ni el filósofo de profesión posee sobre esto certeza absoluta. ¿Has existido tú siempre? Si no ha sido así, sin duda de algún sitio habrás tomado lo necesario para poder existir. ¿Te hiciste a ti mismo? Grande obra es hacer esto, no siendo tú nada. ¿De dónde, pues, te ha venido a ti el existir? Quizá lo has recibido de otro hombre, que acaso lo recibió a su vez de un ángel. Pero, el ángel, ¿de dónde? Debemos, por tanto, afirmar que la esencia de la que todas las cosas reciben el ser no ha sido hecha, como tampoco la sabiduría, de la que los demás seres reciben el poder saber.

Guárdate para ti el saber de esta o de otra forma, y el ser de talo de cual manera. Háblete en el corazón el que tiene en sí el ser, que es el mismo saber, y ya no digas en tu corazón: "No hay Dios." Viéndote plenamente en él, en cuanto que tienes ser, no puedes decir en tu corazón que Dios no exista, a no ser que tú también seas Dios

[21.] Ahora te preguntaré si quieres poseer tú el ser y el saber. Supuesto que sí, junta estas tres cosas: ser, saber y querer. Vuélvete, oh rebelde, hacia tu corazón, y considera cuál sea la unidad y la igualdad de estas tres cosas; y cuando hubieses hallado que existen en ti, pero no son por ti, entonces piensa en la eterna esencia, en la eterna sabiduría y en la eterna voluntad de la eterna sabiduría y esencia, y no digas en tu corazón: "No hay Dios", sino, más bien, reflexionando, conviértete al Señor con todos los confines de la tierra:¹

Capítulo 7. - EL HOMBRE SE APARTA DE DIOS POR EL AFECTO DEL ALMA.

[22.] "Maravillosa se ha hecho tu ciencia en mí, se ha fortalecido y no podré con ella." 32 Mientras tanto, Señor Jesús, me abrazaré a ti, como el niño se abraza con el niño, como el enfermo con el enfermo, como un hombre abraza a un hombre; y aún diré más, como un pobre se abraza a otro pobre, puesto que tú también fuiste pobre y te asentaste sobre una asna y sobre su pollino:³ Así, pues, te he de abrazar, Señor, porque toda mi grandeza proviene de tu pequeñez, toda mi fortaleza de tu debilidad y toda mi ciencia de tu necedad. Correré tras el olor de estos ungüentos" No te admires de que llame ungüentos a estas cosas que sanan al enfermo, robustecen al débil y alegran al triste; porque animado por su

olor y rociado con su aspersión, estoy dispuesto a seguirte, Señor Jesús. Te seguiré, Señor, aunque no llegue al monte de los aromas donde te encuentra tu esposa,⁸⁰ ni al huerto en donde fue sembrada tu carne. Aquí, efectivamente, saltas de gozo, aquí duermes. Aquí, Señor, aquí duermes, aquí descansas, y aquí celebras el sábado de dulzura. Contigo sepultaste mi carne, para que yo, que vivo en carne, no viva en mí, sino en ti, que te entregaste a ti mismo por mí.^{8'}

Escóndase contigo también, Señor, la mirra del pudor, para que no reine ya más el pecado sobre mi cuerpo mortal,"⁷ ni haga como el jumento que se corrompe en su propio estiércol. ^{8S}

[23.] ¿De dónde viniste al huerto? ⁸⁹ ¿De dónde, sino de la Cruz? Ojalá que yo tome tu cruz y te siga. Pero, ¿cómo te seguiré? Y tú me preguntas cómo me separé de ti. Creo, Señor, que no lo hice con el movimiento de los pies, sino mediante el afecto del alma. No deseando- que la sustancia del alma se mantuviese contigo, la acerqué a mí y, queriendo poseerme a mí sin ti, te perdí a ti y a mí. "He venido a ser una carga para mí mismo."" Me he convertido En lugar de miseria y tinieblas, en paraje horroroso y región de ignorancia y necesidad. Por tanto, me levantaré e iré a mi Padre, y le diré: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.".'

Capítulo 8. - POR EL AFECTO DE LA CARIDAD, EL HOMBRE ES RESTABLECIDO EN LA IMAGEN DE DIOS.

[24.] Está claro, si no me engaño, que así como el hombre, apartándose del sumo Bien, no por los pasos de los pies, sino por el afecto del corazón, y re concentrándose sobre sí misma la humana soberbia, corrompió la imagen de Dios que en sí tenía, del mismo modo, la humildad humana, alcanzando a Dios por el afecto del corazón, renueva la imagen de aquel que la creó. Por eso dice el Apóstol: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente y revestios del hombre nuevo."⁸ Y ¿cómo se hará esta renovación, sino por medio del nuevo precepto de la caridad, del cual dijo el Salvador: "Os doy un mandamiento nuevo?" En efecto, revistiéndose el alma de esta caridad perfectamente, sin duda reformaría la memoria y la mente, que, como dijimos, estaban igualmente corrompidas. Con razón, pues, se nos recomienda para nuestra salud el contenido de este único precepto, en que se verifica el despojo del hombre viejo, la renovación de la mente.' y la reforma de la imagen divina.

[25.] Es verdad que nuestro amor, inficionado por el veneno de la concupiscencia y atado miserablemente por los tenaces lazos de la voluptuosidad, es llevado por su propio peso de vicio en vicio, siempre de mal en peor. Mas, cuando la caridad interviene y con su propio calor disuelve esta innata tendencia, entonces nuestro amor se eleva hacia las alturas, abandona su vetustez para vestirse de novedad ⁴⁷ y se adorna con las plateadas alas de la paloma,.s con las cuales poder volar.. hasta aquel sublime y puro Bien en donde encuentra su origen. Esto fue lo que con toda' Claridad dijo San Pablo a los atenienses; pues, disertando sutil y extensamente acerca de Dios y probando con todo rigor por las obras de los filósofos la existencia de un solo Dios, en el que vivimos, nos movemos y somos, dijo entre otras cosas que nosotros somos de su linaje, añadiendo que, "por tanto, somos linaje de Dios",^o No obstante, nadie piense haber dicho el Apóstol que somos del linaje de Dios de tal modo que pertenezcamos a su misma sustancia o naturaleza. De otra suerte, no podríamos ser ni mudables, ni corruptibles, ni siquiera miserables; es decir, seríamos como su Unigénito, que, nacido de su sustancia, en todo se manifiesta igual al Padre. Ahora bien, asegura que somos linaje de Dios, o más bien no lo niega, por cuanto el alma racional, creada a imagen de Dios, conoce que puede participar de su sabiduría y felicidad. Así es

como la caridad eleva nuestra alma a aquello para lo que fue creada, mientras que la concupiscencia la arrastra hacia lo que ella espontáneamente tiende.

Capítulo 9. - NUESTRO AMOR ESTÁ DIVIDIDO POR EL APETITO CONTRARIO ENTRE LA CARIDAD Y LA CONCUPIESCENCIA.

[27.] Ciertamente, sólo la parte de nuestra alma que comúnmente llamamos amor y que, por efecto de la nueva infusión de la caridad y de los restos de la vieja concupiscencia, se nos muestra como en lucha contra sí misma a causa del apetito contrario, sólo ésta es capaz de caridad y de concupiscencia. Por esta razón dijo el Apóstol: "No hago lo que quiero," 61 Y también: "La carne tiene deseos contrarios a los del espíritu y el espíritu los tiene contrarios a los de la carne, como que son cosas entre sí Opuestas; por cuyo motivo no hacéis vosotros todo aquello que queréis." 52 Rectamente se ha de entender que el Apóstol de ningún modo describe dos naturalezas contrarias en el hombre, con los nombres de carne y espíritu, como imaginaron los malvados maniqueos; antes bien, con el nombre de "espíritu" expresa la renovación del alma, a causa de la infusión de la caridad, pues "la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado";⁶³ y con el vocablo "carne" indica la miserable servidumbre del alma, a causa del viejo reata, que provoca en el alma un conflicto constante suscitado entre nuestro hombre viejo y el nuevo"

Capítulo 10. - EL LIBRE ALBEDRÍO TIENE UN LUGAR MEDIO EN EL ALMA; CON TODO, NO BASTA IGUALMENTE PARA EL BIEN Y PARA EL MAL.

[28.] Entre estas dos cosas, es decir, la concupiscencia que el Apóstol dice ser carnal, no porque toda concupiscencia mala proceda de la carne -ya que los demonios, aunque carecen de ésta, de ninguna manera están libres de concupiscencia-, sino porque no procede de Dios, pero del hombre, el cual no sin propiedad es llamado "carne" en las Escrituras;⁶⁶ entre estas dos, por consiguiente, la concupiscencia carnal, muy adecuadamente llamada "deseo" [cupiditas], y aquella otra, propia del espíritu, que no sin razón denominamos "caridad", puesto que es espíritu de Dios y no nuestro: "La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado." 66 Entre estas dos, repito, tiene un lugar medio lo que en el hombre se llama "libre albedrío", para que el alma, o cualquiera de ellas que se vuelva, lo haga ciertamente por el libre albedrío.

Que nadie, por tanto, se equivoque ni se atreva a suponer en el hombre igual facultad para inclinarse al bien y al mal, ya que no somos capaces de pensar nada como verdaderamente nuestro; es Dios el que obra en nosotros, tanto el querer como el hacer, según su voluntad; y nada depende decisivamente del que quiere ni del que se fatiga, sino sólo de Dios misericordioso. ¿Qué diremos por consiguiente? ¿Se desprende de todo ello que en el hombre no exista el libre albedrío? Todo lo contrario.

[29.] El libre albedrío es una fuerza natural del alma o, si es posible expresado con más claridad, aquello propio del hombre por lo que éste se inclina a algo con ayuda de la razón; no consiste en la inclinación hacia el bien o hacia el mal, en una u otra cosa, sino en la misma raíz del consentimiento.

Así como son cosas distintas la vista y la visión, puesto que la vista es uno de los cinco sentidos corporales y, en cambio, es la visión el ejercicio de ese sentido, igualmente hemos de decir del consentimiento y de aquello con que se consiente. El consentimiento es una acción del alma y el libre albedrío es una fuerza natural de aquélla, por la que se inclina, con la ayuda de la razón en ella existente, a elegir lo que la atrae. Mas como el

consentimiento se ejerce por la voluntad y el juicio por la razón, estas dos cosas, la razón y la voluntad, constituyen el libre albedrío. La razón, en cierto modo, propone las cosas buenas o malas, lo justo y lo injusto, e incluso aquellas otras intermedias. Y la voluntad, y sólo ella, ejerce el consentimiento.

[30.] Donde hay voluntad, allí hay libertad. Y, como ya hemos dicho, el libre albedrío parece constar de estos dos elementos: de la libertad de la voluntad y de la decisión de la razón.

La voluntad de cualquier parte puede sacar bienes para el hombre, aunque ni en los bienes ni en los males se pierda. Si esto es así, no se puede perder tampoco la libertad, ni la razón, ni la capacidad de juzgar. ¿Qué entonces? ¿Porque Dios es quien obra en nosotros el querer, perderemos por eso el querer? ¿O porque de Dios depende que usemos bien de la razón. acaso no usamos de la misma? ¿O porque nos viene de Dios todo lo que hagamos de bien, no haremos el bien? ¿O porque no somos suficientes para pensar algo por nosotros como de nosotros, pues nuestra suficiencia nos viene de Dios, no habría suficiencia? Todo esto, aunque es por gracia de Dios que lo hagamos, sin embargo, no lo hacemos sin la voluntad y la razón, y por consiguiente sin libre albedrío.

Capítulo 11. - LA GRACIA NO QUITA EL LIBRE ALBEDRÍO.

[31.] Dios no obra del mismo modo en los seres racionales, que en aquellos que carecen de voluntad, de razón y, por lo mismo, de libre albedrío -como los animales-; ni estos mismos, por igual razón, pueden obrar de idéntica manera que aquellos. Cuanto de bueno obra Dios en nosotros o por medio de nosotros, sin nuestra expresa voluntad, es sólo suyo; pero lo que ejecuta con nuestra cooperación es suyo y también nuestro. Por lo cual dijo el Apóstol: "Si hago esto de buena voluntad, aguardo una recompensa; pero si lo hago por fuerza, no hago más que cumplir el encargo que tengo." 58 Para que lo que se verifica en nosotros o por nosotros se haga nuestro, inclina la voluntad a fin de que consintamos, y así, mediante su gracia, la recompensa se vuelve nuestra. Si de buena voluntad obro así, aguardo, pues, la recompensa; mas, para que yo quiera obrar el bien, es Dios quien obra y me da el querer obrar; y excitando mi voluntad para que quiera el bien, lo busque y lo llame, me concede gracia sobre gracia, llenándome de buena voluntad.

[32.] Finalmente, la vida eterna es el premio de todos los trabajos, y dándonosla el Señor colma sus dones, que él quiso que fuesen méritos nuestros.

Considera todo esto en san Pablo, que dijo: "Fui antes blasfemo y perseguidor y opresor." 59 Aquí hay voluntad, pero es mala; y hay méritos, mas son pésimos. "Sin embargo, alcancé misericordia para que fuese fiel." 60 Esta sí que es buena voluntad; pero mira de dónde procede. Nada bueno viene de mí, sino que la misericordia de Dios me preparó y así alcancé la misericordia para que fuese fiel. Decía San Agustín que se puede acudir a la iglesia, escuchar la palabra de Dios y recibir el Sacramento de Cristo como sin querer. Sin embargo, para creer, nadie puede conseguirlo sino queriendo. Atiende lo que dice el Apóstol de su trabajo: "He trabajado más que todos." 61 ¿Afirmas esto, Pablo, porque lo hiciste tú solo? ¿Acaso tienes algo que no has recibido? Ciertamente lo recibí, y he trabajado más que todos los demás, "pero no yo." 6'

[33.] ¿Cómo, por tanto, resulta verdadero lo uno y lo otro, yo y no yo? No lo he hecho yo porque no procede de mí, ni de mis fuerzas, ni de mi ciencia, ni de mis méritos, sino "por la gracia de Dios." 63 Entonces, ¿acaso Dios te arrebató la libertad, destruyó tu voluntad o anuló tu capacidad de raciocinio? ¡De ningún modo! Dije que no he trabajado yo, porque la gracia de Dios trabaja conmigo. Trabajó conmigo haciendo que sintiese con él mientras yo

trabajaba, de manera que cooperase con él queriendo colaborar y así no fuese la cosa obra mía, ni pudiese decir: "He combatido con valor, he" concluido la carrera, he guardado la fe."

No basta, por consiguiente, el libre albedrío para obrar bien, sino que en él, con él o por él, Dios perfecciona y realiza muchos bienes. En él, cuando por oculta inspiración dirige una cosa a la consecución de algún bien; con él, cuando la libertad se une a Dios por el consentimiento; y por él, cuando, obrando Dios, uno se pone al servicio de otro.

Y continúa diciendo:~ "Me está preparada la corona de justicia": que consiste en la vida eterna. "La corona de justicia que me está reservada y que me dará el Señor en aquel día.

[34.] "Qué me dará", dijo; luego, la vida eterna es un premio, enteramente un premio, puesto que precede a la obra buena. "He combatido con valor." ¿Cómo? "No yo, sino la gracia de Dios conmigo." Los méritos son nuestros, mas es de Dios la gracia, y por ellos nos otorga la vida eterna, gracia sobre gracia. Galardona a cada uno según sus obras; pero sólo reciben el premio celestial las que primeramente han sido distribuidas por especial favor suyo. Y puesto que la vida eterna es una gracia, escucha esto: "El pago del pecado es la muerte, mas la vida eterna es gracia de Dios." 67 Dice que la vida eterna es gracia, doble gracia. Gracia, porque es dada como regalo; y gracia, porque la gloria es muy superior a los méritos. "Porque los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar en nosotros." 68

Capítulo 12. - EL LIBRE Albedrío NO SE QUITA NI A LOS SALVADOS NI A LOS CONDENADOS; Y LA GRACIA NO OBRA SIN EN EL LIBRE ALBEDRÍO.

[35.] ¿Acaso en la gloria estaremos sin la voluntad, con la cual hemos conseguido tanto bien, o sin la razón, por la cual apreciaremos este bien? Ciertamente, no sin el libre albedrío; y no porque podremos obrar mal, sino porque seremos capaces de hacer el bien. Los animales no pueden salvarse ni condenarse, porque carecen de inteligencia y de voluntad. En cuanto a los niños, en los que si no es mayor, sí es más evidente la gracia, y en los cuales no existen méritos ni siquiera por don, aunque por debilidad que procede de la pena del pecado vivan y mueran sin el libre albedrío, despojados, con todo, de esto por lo que son impedidos -el envoltorio de la carne-, de ningún modo se los ha de juzgar partícipes sin racional voluntad de la eterna felicidad o de la debida condenación.

[36.] De los cuales, todos los que se salvan se hace con más evidente gracia, ya que les falta el libre albedrío al que pueda atribuirse los méritos. Por lo demás, me parece que la gracia es mayor, pues de ella proceden los méritos y las recompensas. Así pues, de nada debemos ufanarnos, no habiendo por nuestra parte motivos para ello. Qué es lo que te distingue, hombre? ¿El libre albedrío? Así es, en efecto; pero de los animales, no de los injustos. Pues aun los mismos malos tienen libre albedrío, sin el cual no podrían ni siquiera ser malos. Exceptuando tan sólo el pecado original, que por otras razones afecta incluso a los que obran contra su voluntad, ninguno podría ser justo sin voluntad, ninguno injusto sin voluntad y, por lo mismo, sin libre albedrío. Mas sólo la gracia hace capaz a la voluntad para obrar con justicia, mientras ella sola se desliza fácilmente al mal.

[37.] En efecto, donde hay voluntad, allí hay libertad; porque donde quiera que haya libertad no se es prisionero de la necesidad. La voluntad posee libertad como cosa innata, ya que no puede someterse en modo alguno a la necesidad; ¿Quieres oír cómo hay cierta libertad aun en la iniusticia? Oye al Apóstol: "Pues cuando erais esclavos del pecado, erais libres respecto de la justicia." 69 ¿No ves que no falta libertad a la voluntad ni aun en la

servidumbre del pecado? Pero, ¿acaso falta en la libertad de la injusta voluntad el juicio de la razón, por el cual discierne lo que quiere de lo que no quiere, juzga lo que le es cómodo, o bueno, o voluptuoso, y aun aquello que quiere malamente? Falta; ¿do alguna de estas dos cosas, podrá quizás apetecer lo que es agradable, mas no discutirlo con un juicio racional, como es propio del libre albedrío. Sin embargo, el hombre puede también abusar de la razón para hacer el mal, como lo prueba aquel dicho profético: "Son sabios para obrar el mal." 70 Pues ni siquiera entre los padecimientos del infierno se carece de libre albedrío, por el que voluntaria y, por tanto, libremente, son aborrecidos los males que se padecen; ni tampoco se carece del juicio de la razón, por el que a sí mismos se acusan [los condenados] y se condenan, y a causa de sus méritos padecen tales cosas.

[38.] Si no me engaño, es clara la razón por la que ni la gracia destruye la libertad, ni ésta disminuye la gracia. ¿Cómo, pues, la gracia va a quitar el libre albedrío, si la gracia no obra sino en el libre albedrío? Esta gracia de que tratamos no obra en los animales irracionales, ni en las cosas insensibles, sino solamente en los seres capaces de atender a mandatos o prohibiciones. Haz esto o aquello, y no quieras esto o lo otro. Lo que, sin duda, no se dice sino a quienes poseen libre albedrío, con el que pueden querer una cosa u otra.

Para que quieran el bien obra la gracia de Dios, no destruyendo la libertad a fin de que nada quieran, sino inclinándolos para que quieran el bien. Acerca de esto, cuando haces algo bueno, no pienses que lo haces con tus solas fuerzas; con todo, no creas ajena a tu voluntad, ya que no puede llamarse buena una obra que no sea voluntaria.

Capítulo 13. - RAZÓN POR LA QUE EL LIBRE ALBEDRÍO NO BASTA IGUALMENTE PARA EL BIEN Y PARA EL MAL.

[39.] Dirá alguno: yo asiento; y que ya está suficientemente probado que la gracia de Dios de tal manera obra todas las cosas en todos, que nada hay que perjudique a la libertad del albedrío.

Ahora bien, ¿quién conoce que esto es así? ¿Qué razón hay para que, no necesitando de la ayuda de nadie para el mal, para el bien no se baste a sí mismo? Si a alguien no le basta lo que la Iglesia afirma sobre el particular, compruébelo por la experiencia diaria de cada uno que obra bien, y véalo además en los proféticos y apostólicos testimonios, y sobre todo en los verídicos labios que dicen: "Sin mí no podéis hacer nada." .. Y, ciertamente, la razón no podrá faltar a los ojos purificados por la fe, la inteligencia estará presente y se abrirá camino la luz de la verdad.

[40.] Vea, pues, el que pueda, y crea el que no puede ver. Alégrese el que ve, aunque humildemente; él que no vea, que crea, pero con perseverancia; porque "si no creéis, no entenderéis." 72 Vea, digo, que, como toda criatura ha sido hecha de la nada y además mudable por naturaleza, necesita de algo inmutable para no cambiarse. En efecto, nada mudable tiene en sí la inmutabilidad, pues de otro modo no sería mudable, y menos aún podría dar inmutabilidad a nadie. Si, pues, la criatura se muda sin apoyo de nadie, ¿quién no ve fácilmente que ella, de modo más y, por así decirlo, de manera más expresa, tiende a aquello de que es hecha y se muda por cierto ímpetu necesario? Por lo cual, para que no caiga por su mutabilidad hasta las cosas más bajas -aquello de que está hecha-, con el fin de elevarse con más feliz ímpetu a las cosas más altas, siempre necesita la gracia de aquel de quien es la potencia creada.

Capítulo 14. - QUÉ DIFERENCIA HAY ENTRE LA GRACIA QUE TUVIERON LOS PRIMEROS PADRES EN EL PARAISO Y LA QUE TIENEN LOS PREDESTINADOS EN ESTE MUNDO; Y POR QUÉ JUSTAMENTE SE LE IMPUTA AL HOMBRE LA MALA VOLUNTAD, AUNQUE PARA OBTENER LA BUENA NO BASTA LA FACULTAD DEL LIBRE ALBEDRÍO.

[41.] Aunque ninguna debilidad afectaba al ángel en el cielo, ni al hombre en el paraíso, y no se hallaban dominados por iniquidad alguna, como ambos poseían naturaleza mudable, la gracia les era necesaria, y si no les hubiese sido concedida, los dos habrían podido pecar justificadamente. Mas, porque se les había otorgado la buena voluntad por la "gracia creante", por la "gracia adyuvante" recibieron -si ellos quisieran- la facultad de perseverar en ella. A la naturaleza mudable no le queda ninguna excusa, porque la divina bondad no faltará para sostenerla e impulsarla, mientras ella no se abandone a la iniquidad. Como en otro tiempo, también ahora a los malos se les concede la gracia de que la buena voluntad los inspire, pero no me atrevo a asegurar que si ellos quieren se les garantice por gracia la posibilidad de perseverar.

[42.] En efecto, a los elegidos se les confiere mayor gracia porque la miseria que les incumbe es mayor que la de nuestros primeros padres en el paraíso; y cuanto más oposición les hace la debilidad, más fuerte es la ayuda que se les otorga para poder resistir. A aquellos, pues, como se ha dicho, conocemos que les fue dado poder perseverar si quisiesen; a éstos, además, [se les ha dado gracia] para que perseveren. Ahora bien, ¿por qué vicio del hombre inicuo -si no tuviere buena voluntad- no puede adquirirse ésta por las propias fuerzas, ni, conseguida, puede retenerse? Mas el que está dotado de buena voluntad, ¿por culpa de quién se hace peor? Quizá no parezca justo culpar a éste de no tener ahora buena voluntad, ya que no es posible tenerla si no se la ha recibido; se lo considera malo porque perdió lo que recibió, malo porque se le atribuyen los males que realizó sin ninguna imposición.

Capítulo 15 - TAMBIÉN ES MUY JUSTA LA CONDENACIÓN DE LOS NIÑOS.

[43.] A todas estas cosas arguyes que la razón justísimamente condena a los que están capacitados para razonar, que no carecen del juicio de elegir ni de la voluntad de consentir; por lo demás, ¿qué razón asiste a la condenación en aquellos que ni fueron creados malos ni su propia voluntad los hizo injustos? ¿Qué diremos de ello? juzgas injusto que al leño inútil e infructuoso lo devore el fuego? Te ruego que consideres a todo el género humano como leño seco, leño infructuoso, leño viciado en su raíz, como inficionado por el veneno de la antigua serpiente, justísimamente sujeto a las llamas, destinado al fuego, condenado al suplicio. ¿Qué dices? ¿Te consideras perjudicado, oh leño inútil, porque algunas ramitas arrancadas de tu muerta raíz se libren del fuego y, al ser injertadas en un tronco fructífero, sean adornadas con su primitiva belleza? 73

[44.] Contempla aquel leño verde, leño de vida, leño cuyas hojas no perecen, cuyas obras prosperan en su dulcísimo costado que quiso ser abierto en la Cruz; las ramas separadas de la dañada raíz, por su sola misericordia, han encontrado lugar, de forma que, injertadas, y plantadas en él, hechas una cosa con él, no por su virtud -que es nula-, sino por la participación de su espíritu revivan y robustezcan; y, recibida aquella lluvia voluntaria que Dios manda a su heredad," caldeada con el sol de la divina caridad, reasumido el nuevo jugo de la gracia celeste, dan frutos espirituales para conservarlos en los graneros celestes. Pero yo estoy abandonada, dijo aquella rama inútil; totalmente olvidada. ¿Te quejas? ¿Acaso tu ojo es malo porque yo soy bueno? 7.

[45.] A muchos he dado lo que no estaba obligado a dar. ¿Y por eso llamas malo a éste, lo envidias, lo atacas y lo calumnias? Estando todos los niños en idéntica situación, preguntas por qué uno es elegido y otro desechado. Escucha el porqué: "He amado a Jacob y he odiado a Esaú." 76 ¿Acaso dice la pieza de barro al que la moldea, "por qué me hiciste así"? ¿O es que no tiene -el alfarero dominio sobre el barro, para que de una misma masa pueda hacer tal vaso para honor y tal otro para vileza? 77 Por tanto, si el hombre, de los vasos que hace, los que quiere los destina al honor y los que le place los expone a la irrisión, no habiendo quien lo repute injusto, ¿vas tú a protestar porque Dios, de los vasos todos expuestos, unos destina a una justísima irrisión o contumelia, toma los que quiere y deja a los que le place, transformando a otros en su orgullo y honor, mientras a otros da la merecida condenación? Repito que, cuando el alfarero fabrica las distintas vasijas con el mismo barro, obra con toda justicia; con mayor razón es justa la suprema voluntad del Omnipotente, separando, ordenando, tomando, dividiendo, salvando o condenando a todos los que creó de la nada.

[46] Por consiguiente, endurece al que quiere, abandonándolo con toda justicia; y al que le parece bien lo ablanda, compadeciéndose piadosamente de él. Hace lo que quiere y nada es injusto, puesto que su voluntad -que no es otra cosa que la misma equidad- distingue perfectísimamente entre lo justo y lo injusto, sin que su voluntad dependa de otra ley de justicia, ya que la ley de justicia, ciertamente, depende de su voluntad.

Hemos dicho estas cosas para que no parezca injusta la condenación de los niños. Así, pues, hombre, no quieras saber lo sublime; más bien, teme.⁷⁸ Si a las ramas con las que tienes la misma condición y méritos no las perdonó Dios, quizás ni tampoco te perdone a ti. 7.

[47.] Considera, pues, la bondad y severidad de Dios. Su severidad en aquellos a quienes abandona, pero en ti su bondad, si es que permaneces en el bien, pues de lo contrario te apartará de sí. En fin, para que no seas abandonado, sino más bien separado de los réprobos, no quieras confiar en ti, ni desesperes de la bondad de Dios, y no seas negligente en el obrar ni perezoso para orar con el Profeta, que dijo: "Defiende mi causa contra una gente impía." 80 En efecto, para que puedas perseverar en esta bondad, no te enorgullezcas de tus fuerzas, sino confía en aquel de quien también afirma el Profeta: "Tú, Señor, nos guardarás y defenderás de semejante raza para siempre." 81 Es decir, de aquella generación de la que al punto añade: "En derredor nuestro andan los impíos." 82 Estos son los que al igual que Sansón, cortados los cabellos de las virtudes,"" enterradas, apagadas las luces de la razón, están destinados a la muela del molino, puesto que, habiendo abandonado ya el tesoro de la caridad, giran en torna a la concupiscencia.

Capítulo 16. - NADA DE PERFECCIÓN FALTA A LA CARIDAD.

[48.] ¿Es que tú, alma mía, no estás bastante comprometida en este giro [del molino]? "Que no levanten cabeza, dice, los que me cercan, que los cubra la perfidia de sus labios." 8< ¿Por qué, pregunto, el esfuerzo de este trabajo? No es otro que las algarrobas que comen los puercos.⁸⁰ Aquí no hay satisfacción, pero si la hubiese, ¿cuál sería? ¡Cuánto más suave, cuánto más alegre, cuánto más grato es que tengas hambre de caridad, y no satisfacción del apetito! Y esto, sin hacer comparación con la bienaventuranza. Cuanto más colmado se halla uno por la concupiscencia, tanto más vacío de la verdad se encuentra y, por consiguiente, tanto más miserable. Por esto, OH alma, escuchando la reprensión de cuantos se encuentran alrededor, sé como un vaso ignorado, olvídate de ti misma, ocupándote sólo de Dios y no viviendo ni muriendo sino para aquel que murió y resucitó por ti.

[49.] ¡Oh, quién me diera embriagarme con esta saludable bebida, sumergirme en tan suavísimo letargo, en este profundo descanso del alma, para que, amando al Señor mi Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas mis fuerzas,"" nunca busque mis cosas, sino las de Cristo,"7 y, amando al prójimo como a mí mismo,88 no busque lo que es útil para mí, sino para el otro! ¡Oh, palabra consumada y abreviada en la equidad, palabra de caridad, de amor, de dilección, de toda perfección! Palabra consumada, a la que nada puede faltar, palabra abreviada de la que pende toda la Ley y los Profetas! 89 Oh judío, ¿qué necesidad tienes de tantas cosas? Circuncisión, sábado, hostias salvadoras, sacrificio perfumado, incienso de toda suavidad.. . Ten caridad, y ninguna de estas cosas faltará; descuida la caridad, y nada de ellas te aprovechará.

Capítulo 17. - DE LA ESPIRITUAL CIRCUNCISIÓN QUE SE CONTIENE EN LA CARIDAD.

[50.] Ciertamente, la circuncisión verdadera y perfecta no radica en la amputación de un miembro carnal, antes bien, es la circuncisión del hombre interior y exterior, que refrena la voluptuosidad, temple la sensualidad, modera la gula, reprime la ira, arranca totalmente la envidia y vence a la soberbia, madre de todos los vicios. Esta circuncisión, moderando con suavidad espiritual los estímulos de la voraz tristeza, se opone a la debilidad de la pereza que la acompaña; y destruyendo con el pesadísimo martillo de la liberalidad la peste de la avaricia, libra y conserva bien resguardada al alma del vicio

¿Qué hay más perfecto, pregunto, que esta circuncisión por la que se cortan los miembros de los vicios, es destruido el cuerpo del pecado se arranca el manto velludo de nuestros primeros padres:1 y toda mancha e inmundicia de la primitiva iniquidad?

El temor no angustia ya al alma, que se ve llena de la dulzura de la caridad, la sensualidad no la mancha, ni la ira la desgarrar, ni la arrebatada la soberbia, ni la agita de vanagloria alguna el humo. No la atormenta el furor ni el estímulo de la ambición la consume. No la atrae la avaricia, ni en la tristeza se hunde o es corrompida por la envidia. "La caridad, es efecto, es benigna, es sufrida, no se infla, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se exaspera, no toma a cuenta el mal ni se goza de la injusticia." 02

Como ves, esta circuncisión espiritual es exterminada ora de todos los vicios, y además purifica todos los sentidos corporales con cierto cuchillo divino, que corta la inmodestia de los ojos, arranca la curiosidad de los oídos, quita el refinamiento del gusto, paraliza la osadía de la lengua, excluye de la nariz los olores afeminados y arranca la suavidad pecaminosa del tacto.

Capítulo 18. - EL SÁBADO ESPIRITUAL Y VERDADERO DEBE BUSCARSE EN LA CAEIDAD.

[51.] Advierta ya el judío cuál es este sábado, si es que un vil hombrecillo que gime bajo el peso de los pecados, aprisionado en las redes de sus pasiones, que ha saboreado poquísimo o nada de esta dulzura, pudiera decir alguna cosa.

Oh, si me fuera dado un pequeño descanso por los capataces del faraón:" para que mi alma pudiera reposar al menos media hora en el silencio de este sábado. Ciertamente, durmiendo en paz, callaría mi corazón y reposaría en mi sueño con los reyes y cónsules que se edifican quintas para descansar y tienen sus casas repletas de dinero. Mas, ¿de dónde puede venirme a mí, miserable, tanta esperanza? Buscaré, buscaré aquel sábado, por si acaso escuchas, Señor, el deseo de este pobre y, sacándome del lago de miseria y del lodo

cenagoso, me concedes gustar alguna gotita "de aquella tu gran abundancia de dulzura que tienes escondida para los que te temen:" y que no revelas más que a quienes te aman.

[52.] Porque los que te aman, descansan en ti; allí está el verdadero descanso, la verdadera tranquilidad, la auténtica paz, el verdadero sábado del alma.

¿De dónde te viene el sábado a ti, oh judío? Dices que el séptimo día descansó Dios de todos sus trabajos.". Entonces, ¿qué? ¿No descansó en los seis días precedentes? Sin duda, afirmas: Dios hizo el cielo y la tierra en seis días, y el séptimo descansó. Por tanto, se te advierte la conveniencia de descansar. Descansar, digo, y no danzar. Oh, si supieses descansar y ver que este Jesús es el mismo Dios, verdaderamente desaparecería lo oscuro de la infidelidad y al punto verías el sábado perfecto. Ya no buscarías más los alimentos carnales de tu carnal sábado y, entrando al lugar del tabernáculo admirable en la casa de Dios y cantando con voz de regocijo y alegría, excluirías lleno de gozo: "Nos regocijaremos y alegraremos en ti, acordándonos de tus pechos mejores que el vino." 07 Y en la abundancia de tu alegría también podrías exclamar con aquellas palabras de Habacuc: "Mas yo me alegraré en el Señor y exultaré en Dios mi Salvador"..

Capítulo 19. - CUÁNTO HA DE PREFERIRSE EL DÍA SÉPTIMO A LOS DEMÁS, Y CÓMO EN ÉL SE RECOMIENDA LA CAFITDAD DE DIOS.

[53.] Reflexionemos ahora brevemente acerca de las prerrogativas del séptimo día. En verdad es grande aquel día que disipadas las tinieblas resplandeció la luz al mandato de Dios: ' Grande aquel en que, interpuesto el firmamento, la voz divina separó las aguas superiores de las inferiores. 1 Precioso aquel día que, reunidas las aguas en un lugar por la palabra de Dios, la tierra seca se cubre de hierbas, se engalana de árboles, se hermosea con flores y se fecunda con frutos: No resulta tampoco inferior aquel en que el cielo es adornado con sus luminarias, por las cuales es regulada la sucesión de los días, las vueltas de los tiempos, el correr de los años, y se dispone el curso de las estaciones.3 Es grande asimismo la excelencia de aquel día en que, lanzando al agua la especie de los diversos seres animados, sumerge parte en sus profundidades, parte los lanza a los aires! Ni carece de admiración el día sexto, en el cual son producidos de la tierra los cuadrúpedos y serpientes; y en el que, finalmente, el hombre, formado del barro, es animado por el soplo divino. 5

Mas ninguno de éstos se ha de comparar al día séptimo, en el que no hay ninguna creación de naturaleza, sino que se recomienda el descanso de Dios y la perfección de todas las criaturas. Así está escrito "Terminó Dios su trabajo en el día séptimo, descansó de toda la obra realizada."

[54.] ¡ Oh, si entendieras! Si no me engaño, este día no se rige por el curso del sol visible, no empieza con su salida, no se termina en su ocaso y no tiene mañana ni tarde. En efecto, al día primero, si es que se ha de llamar así, la Escritura no le llama primero, sino "uno"! Mas, :Te preguntarás: ¿Cómo, entonces, el día siguiente se llama segundo, si éste no es el primero? Mira bien, no sea que al segundo se le llame también "uno", e igualmente al tercero, para que repitiéndose seis veces el día "uno", se nos grabe el número "seis" en la memoria. Pero, de cualquier modo que sea, verdaderamente subsiste la oscuridad. "Se hizo, dijo, con la tarde y la mañana el día uno." 8 Y después: "Se hizo con la tarde y la mañana el día segundo.". Lo mismo con los restantes. Pienso que con estas palabras se indica la mutabilidad de todas las criaturas, su progreso y su flaqueza, su principio y su fin. Sin embargo, del día séptimo nada de esto se dice, no se le señala tarde ni mañana, principio ni fin, porque el día del descanso de Dios no es temporal, sino eterno. 10

Poco antes te habías imaginado a Dios trabajando durante algún tiempo, y fatigado, descansando después. Esto no era pensar sobre Dios, sino, más bien, fabricar un ídolo. u

[55.] Has de tener cuidado para que, además de no tener un ídolo en el Templo de Jerusalén, tampoco lo tengas en el corazón. Lo que hizo, no lo hizo esforzándose; dijo y se hizo. No se fatigó para después descansar solamente un día determinado, porque el día de su descanso es eterno. Por tanto, su descanso es su eternidad, ya que no es otra cosa que su divinidad. Lo habías imaginado semejante a ti, como necesitado de crear algo para deleitarse en su contemplación y descansar disfrutándolo. Sin embargo, no le creas necesitado de nada; su descanso no depende de criatura alguna, él se basta en todo. Nada creó por necesidad, sino más bien para satisfacción de su inmensa caridad. Ciertamente, creó para que todas las cosas existiesen, las sustenta para que permanezcan, y todas las que permanecen son dirigidas por él mismo a sus respectivos fines. Y tampoco hace esto por alguna necesidad, sino por su sola y suavísima Voluntad. En fin, con su omnipotente y todopoderosa majestad, abarca y conduce todo a su término y dispone las cosas suavemente, siempre tranquilo y sumergido en la profundísima caridad.

[56.] El descanso eterno e inmutable de Dios radica en su inmutable y eterna, tranquilidad; es el sábado eterno e inmutable. Esta es la única razón o causa por la que creó cuanto debió ser creado, por la que rige todo lo que debe ser gobernado, mueve lo que debe ser movido, promueve cuanto necesita progresar y perfecciona lo que debe ser perfeccionado.

Por lo mismo, convenientísimamente se recuerda en este lugar su descanso. Allí se demuestra la perfección de todas las cosas: su caridad, su voluntad, su bondad. Todo esto no es otra cosa que su Ser. Pues tiene el ser en su dulcísima caridad, en su sosegadísima voluntad y en su abundantísima bondad; siempre descansa, porque siempre tiene ser.

Por consiguiente, igual que en los días sucesivos, con sus alternativas de mañana y tarde, en los que fueron creadas todas las cosas, es designada la mutabilidad de la criatura; así, en este día, al que nada se junta, nada pasa, nada sucede, que no es limitado por un principio, ni concluye con el fin, no sin razón se pone de manifiesto su eternidad, describiéndose justísimamente su descanso, para que no se juzgue que creó algo mendigando o trabajando.

¿Por qué allí el número "seis" y aquí el número "siete"?

Toma, pues, de aquí el argumento, en cuanto podemos ser capaces.

Capítulo 20 - POR QUÉ LA CREACIÓN SE HIZO EN LOS "SEIS" DÍAS, Y DIOS DESCANSÓ EN EL "SÉPTIMO".

[57.] Parece, en efecto, que el número "seis" indica la máxima perfección, ya que en cada una de sus partes contiene a cada una de ellas, sin excederlas. En efecto, sus partes son: uno, dos y tres. Si buscas qué parte del "senario" es el "uno" puede responderse que es la "sexta"; que el "dos" es la "tercera" parte; y el "tres" es la "mitad", Ya no hay ningún otro número en el "senario" del que pueda responderse cuál sea su parte. Así pues, todas las partes del "senario" están comprendidas en el "uno", "dos" y "tres", y, uniéndolas entre sí, no encontrarás más ni menos que "seis". Este número se empleó en la Creación del mundo para que comprendas que en la totalidad de las criaturas nada hay imperfecto o inútil.¹

El número "siete" se refiere al descanso de Dios. Ya dijimos que éste consiste en la caridad; y no sin razón, porque "el Padre ama al Hijo, y le muestra todo cuanto hace." 18 Y [afirma] en otra parte: "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor." 14 Por su parte, el mismo Padre afirmó: "Este es mi Hijo amado, en quien encuentro mi complacencia." 15

Esta mutua dilección entre el Padre y el Hijo es un amor suavísimo, un gratisimo abrazo, una felicísima caridad, por la que el Padre reposa en el Hijo y el Hijo reposa en el

Padre. Se trata de un descanso verdaderamente imperturbable para ambos, paz sincera, tranquilidad eterna, incomparable bondad, indivisible caridad. De ellos procede U no a quien llamamos Espíritu Santo, el Dulce, Suave y Consolador. Se piensa que este vocablo le pertenece con toda propiedad, porque posee el ser que es común a los dos.

[58.] El Padre y el Hijo son espíritu, y ambos son santos; pero, el Espíritu que procede de los dos, es decir, la Caridad y la Unidad sustancial de ambos, se llama propiamente "Espíritu Santo". El cual, aunque es uno, y uno con el Padre y el Hijo, por la septiforme gracia que se cree emana de la plenitud de su fuente, es designado en las Escrituras con el número "siete". Por ello, según Zacarías, "hay siete ojos sobre una única piedra." 16 Y en el Apocalipsis "son siete los Espíritus que están ante el trono de Dios." 17 De aquí puedes ver cuánta sea la excelencia de la caridad, con la que el Creador y gobernador de todas las cosas ha querido celebrar este perenne e inefable sábado.

Capítulo 21. - EN TODAS LAS CRIATURAS APARECE CIERTO VESTIGIO DE LA CARIDAD DIVINA Y, POR LO MISMO, TODAS TIENDEN AL SÁBADO, ESTO ES, AL DESCANSO.

[59.] Observando todas las criaturas, desde la mayor a la menor, de la mejor a la peor, desde el ángel más excelso hasta el gusanillo más insignificante, verdaderamente percibirás la divina Bondad, a la que no designamos con otro nombre que con el de "Caridad".

La Caridad no se infunde localmente, ni se difunde por extensión, ni se mueve con diversas velocidades, sino que, por medio de la incomprensible e inalterable simplicidad de la presencia sustancial, que permanece en ella, contiene en sí todas las cosas, ambientándolas, penetrándolas, uniendo las ínfimas con las supremas, las contrarias con las contrarias, las frías con las cálidas, las húmedas con las secas, las ásperas con las suaves, las blandas con las duras; uniéndolo todo con una concorde paz, de tal manera que, en la universalidad de la criatura, no haya nada opuesto, nada que pueda ser contrario, nada que desdiga, nada que perturbe, nada que decolore la misma hermosura de la universalidad. Mas, en la tranquilidad del mismo orden, descansan todas como en una paz tranquilísima, que había prefijado a la misma universalidad.

Por eso, el que se ensoberbece se sale de lo dispuesto por la divina bondad, y cae necesariamente bajo el orden del más severo rigor, para que lo que sea turbulento y desordenado, no sólo no impida la tranquilidad de la multitud, sino que la favorezca, contribuyendo por contraste a que las cosas bellas sean más hermosas y las que son buenas aparezcan como aún mejores.

[60.] Esta es la razón de que cada cosa tienda a su propio orden, se dirija espontáneamente al puesto que le corresponda, esté inquieto cuando permanece fuera de él, y, una vez ordenada, descansa. Si lanzas una piedra al aire, ¿acaso no tiende inmediatamente hacia el suelo, como atraída por la fuerza de su propio peso, y sólo allí alcanza quietud, sin inclinarse a los lados ni precipitarse por alguna oposición del suelo hacia lugares más profundos? Si mezclas aceite con otros líquidos, continuamente se esforzará por colocarse encima, sin poder soportar su abatimiento, y no abandonará la partida hasta encontrar reposo, situándose encima de todos los demás líquidos. ¿Qué decir de los arbustos y hortalizas? Para producir más abundantes y mejores frutos, unos buscan tierra muy maciza, otros la más mullida o la más fértil, o arcillosa, o arenosa; y, si son puestos o trasladados, plantados o trasplantados, según su condición natural, no resultan perjudicados, y así lo manifiestan en su desarrollo.

[61.] Finalmente, si observas con cuidado los distintos cuerpos, verás que todos están compuestos de partes, que aparecen ligadas entre sí por un vínculo de unidad, para que así

conserven su disposición natural y en ella gocen de paz, de manera que, si pretendes cambiar el orden en que se encuentran, la tranquilidad de las partes se perturbe, hasta que, ordenadas de nuevo en la forma que tú quieres, puedan descansar en paz.

Por consiguiente, para los animales irracionales no representa trabajo alguno conservar la salud, ni evitar el peligro, ni buscar la satisfacción de los apetitos carnales. Y una vez que los han alcanzado, como nada más pueden apetecer, descansan en paz. Esto sucede así, porque como carecen de razón y conocimiento que supere el sentido carnal, nada pueden apetecer.

Capítulo 22. - LA CRIATURA RACIONAL NO DESCANSA SINO EN LA ADQUISICIÓN DE LA BIENAVENTURANZA; Y POR QUÉ, ASPIRANDO A LA FELICIDAD, EL CAMINO PARA OBTENERLA ESCONDE EN SÍ UNA SORPRENDENTE INFELICIDAD.

[62.] A ti, oh alma racional, te está reservada esta prerrogativa sobre los restantes vivientes, a fin de que, levantándote sobre las tendencias carnales, busques lo más alto y nunca sacies tu apetito hasta que, atraída por una fecunda curiosidad, alcances lo que es sumo, aquello que es óptimo y que no tiene superior ni nada más excelente. En cualquier sitio inferior donde te instales, aunque lo juzgues elevado, grande o alegre, sin duda permanecerás mísera. Miserable porque estarás pobre; pobre, porque tendrás que pedir limosna; tendrás necesidad de lo que anhelas, de aquella suprema felicidad hacia la que se siente empujada el alma racional por cierta fuerza natural.

Del mismo modo que la conciencia de cada uno es testigo de que todos los hombres quieren ser felices, sin que en manera alguna pueda ser suprimida esta voluntad, así también es evidente que la criatura racional no consigue ese descanso por todos anhelado sino mediante la consecución de la bienaventuranza."⁸

[63.] Por lo mismo, se ha de lamentar la ciega perversidad del hombre miserable que, deseando afanosamente la felicidad, no sólo no adquiere los bienes que ansiaba alcanzar, sino que se mueve con más decidida inclinación hacia aquello por lo que ha de incrementarse aun más su miseria. Pienso que de ningún modo haría esto si no le engañase cierta imagen falsa de la felicidad, o si la representación de la verdadera miseria no lo aterrara.

¿Quién no comprende que la pobreza, el dolor, el hambre y la sed son una no pequeña parte de esta miseria? Pero, por medio de ellas, se consigue de ordinario la eterna felicidad, que nos libra de la verdadera miseria. "Bienaventurados los pobres -dijo Jesús-, porque es vuestro el Reino de los cielos. Bienaventurados los que estáis afligidos, porque seréis consolados. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados..."¹⁹ Por tanto, la pobreza es recompensada con riquezas eternas, el dolor se muda en eterna alegría y al que tiene sed le está reservada eterna saciedad. Todo esto, o sea, las riquezas, la alegría, la saciedad, nadie duda de que forman parte de la bienaventuranza.

En cambio, la apariencia de placer engaña al réprobo en cualquier afecto de su voluntad, el falso deleite le perjudica en la realización de sus deseos, sin que comprenda - miserablecuánta es la consolación de los elegidos por medio de las tribulaciones y cuánto su regocijo en la sola esperanza.

[64.] Considera con horror la imagen de infelicidad que aparece en el rostro, mientras que toma la verdadera infelicidad bajo el color de la felicidad, falsa alegría que no evita el verdadero dolor, prefiriéndose ésta a la miseria, a la que sin embargo sucede la verdadera felicidad.

No de otra manera, si un enfermo desea vehementemente la salud, pero por miedo a las molestias huye del sañado, le horroriza la cauterización e, impelido por cierta presente

suavidad, apetece los fomentos de aceite, aunque su enfermedad es tal que más la exacerba por la suavidad y no se cura sin el dolor de la quema y del corte, así el miserable hombre es engañado cuando piensa que hay felicidad donde no existe, o es atraído por la suavidad de las cosas presentes; y, sin perder el deseo de felicidad, se entrega a sí mismo a la miseria. En consecuencia, metiéndose en un círculo vicioso, nunca encuentra descanso ni remedio.

Pues si sólo Dios es superior al alma racional, el ángel es su igual y todos los demás seres son inferiores, ¿qué hay tan cercano a la locura, como, abandonado Dios, buscar descanso en lo que sólo sirve para ser mejor?

Capítulo 23. - LA PRERROGATIVA DE LA CRIATURA RACIONAL, Y EL DESCANSO QUE NATURALMENTE APETECE, NO HAN DE BUSCARSE NI EN LA SALUD DEL CUERPO NI EN LAS RIQUEZAS DE ESTE MUNDO.

[65.] Oh admirable criatura, sólo inferior al Creador, ¿por qué te envileces? ¿Amas al mundo? Eres superior a él. ¿Admiras el sol? Pues eres más brillante que él. ¿Haces filosofía sobre la situación de este voluble cielo? Tú eres más sublime que el cielo. ¿Escudriñas las razones secretas de las criaturas? Pues ninguna es más secreta que tú. ¿Dudas cuando piensas en estas cosas, pero no cuando piensas en ti? Pues, si quieres amar, no juzgues. Ama, pero ni a ti misma te juzgues. Ama sobre todo a aquel que no te sometió a nadie, sino que te colocó sobre todos los seres. Te prefirió, no para que fueses más feliz por medio de ellos, sino porque siendo tú superior y estando sometidos todos a ti para satisfacción de tu honor, se reserva para ti el darte el fruto de la bienaventuranza. ¿Por qué persigues hermosuras fugaces, cuando tu hermosura no es afectada por la vejez, ni se marchita con la pobreza, ni palidece con la enfermedad, y ni siquiera desaparece con la muerte? Busca lo que debes buscar, más no te detengas ahí. Busca para que nada falte a tu deseo, y así descansas: ¡ Busca esto ¿En dónde -dices-? No lo busques en la salud corporal, la cual es amada con el fin de encontrar en ella ese descanso, advierte con cuanto trabajo se adquiere si es que falta, y con cuán dolorosa pesadumbre la arroja de ordinario una penosa enfermedad. Si tienes buena salud, es necesario conservarla cuidadosamente. Cuántas enfermedades la acechan, cuántas fiebres, cuántas pestes y, en fin, cuántas muertes.

[66.] ¿Acaso la buscaré en las riquezas? Cuánto trabajo en adquirirlas, cuánto cuidado en conservarlas, cuánto temor de perderlas, qué dolor si se destruyen. Al aumentar tu caudal, aumentaste también tu temor. Se teme que el poderoso las arrebathe, que el ladrón las disminuya, que algún despreciable siervo las pierda. De aquí que, frecuentemente, se cumpla aquel dicho del Sabio: "Las riquezas conservadas son para mal de su dueño." 21

¿Quién lo diría? En consecuencia, más tranquilo descansa el pobre. Dijo uno que el caminante desnudo y sin nada no teme las asechanzas del ladrón. El pobre duerme seguro de los ladrones nocturnos, aunque no cierre las puertas. De aquí se tomó aquel dicho poético: "Cantará delante del ladrón aquel que nada tiene." 22 Por lo demás, dijo el Sabio burlándose elegantemente de los punzantes cuidados de los ricos: "La hartura del rico no le deja dormir." 23 De ordinario esto se cumple a la letra, pues el rico, cuando saturado hasta la náusea se retira a descansar con el estómago sobrecargado, es molestado por continuos eructos. Mas, para entender mejor lo dicho de aquel sueño del que la esposa se gloria en el Cantar: "Yo, dice, duermo, pero mi corazón vigila", y también lo del Salmista: "En paz me acuesto y en seguida me duermo": veamos lo que sigue.

[67.] Este sueño es aquel en que, desprendidos los sentidos de la carne y sin cuidados temporales, habiéndolos desalojado de las profundidades del corazón, el alma santa descansa en la suavidad de Dios, gustando y viendo cuán suave es el Señor, y qué feliz es quien en él

confía.". Piensas, con toda razón, que está lejos de este sueño el rico que, siempre instigado por el lucro con que aumenta sus riquezas, desea con la ansiedad más insaciable todo lo que no tiene. Por eso dijo Salomón: "El avaro no se harta de la plata y el que ama las riquezas no recogerá el fruto de ellas." 27 De esta manera se incurre en aquella profética maldición "Ay del que junta cosas que no son tuyas." 28 Y, al instante, el montón de sus riquezas le sirve de mofa, de forma que "atrae contra sí coplas y sátiras .

Capítulo 24. - DIFERENCIA QUE EXISTE ENTRE LOS RICOS ELEGIDOS Y RÉPROBOS.

[68.] Se ha de advertir atentamente que Salomón no habló de los que tienen riquezas, sino de los que las aman, diciendo que "no sacan provecho alguno".⁸⁰ En cambio, los elegidos, aunque acaso tengan muchos bienes, no los aman ni buscan en ellos su descanso, antes bien, atendiendo a lo que dice el Apóstol, "que los ricos no alimenten sentimientos de altanería, ni confíen en lo incierto de las riquezas", sino que sean generosos sin hacerse rogar, haciendo partícipes a los demás de sus bienes, "atesorando para sí un excelente fondo, a fin de alcanzar la verdadera vida", [actuando así] no reciben pequeño fruto de sus bienes y han de oír ciertamente del Señor: "Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, etc." 33

[69.] En verdad, éstos no se afanan en adquirir riquezas, temiendo aquello del Apóstol: "Los que quieren hacerse ricos caen en el lazo del diablo." Y la vana solicitud no les acucia a conservarlas, recordando bien las palabras del Señor, que prohíbe esta solicitud y promete lo necesario cuando dice: "No os acongojéis preguntando: ¿Qué comeremos o qué beberemos?" y [agrega] poco después: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura." 36 Finalmente, no murmuran por su pérdida, aun más, reciben con gozo el robo de sus bienes, considerando que tienen una mejor y permanente hacienda.

Pero a los perversos les sucede lo contrario. Porque, aunque sólo Dios es capaz de satisfacer el apetito del alma racional, piensan ellos que necesitan de la abundancia vulgar de los bienes mundanos para poder descansar a gusto; que nada, ni aun las mayores cosas les aprovecharán si no las hacen tuyas, y no se descuidan un punto de preocupaciones inútiles. No obstante, lo que es más lamentable todavía, con la busca y cuidado de tales cosas, se sumergen en vana ceguera.

Esto sucede en el presente, mas, ¿cuál será su fin?

[70.] Escuchemos las últimas palabras, que la Escritura no calla: "Dirán dentro de sí, pesarosos y gimiendo con angustia de espíritu. .." y aquí añade las palabras de ellos, que son éstas: "'Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición, y hemos andado por caminos ásperos, ignorando el camino del Señor. ¿De qué nos aprovechó la soberbia? Qué nos ha traído la jactancia de las riquezas? Todas aquellas cosas pasaron como sombra y como mensajero que va corriendo o nave que pasa por el agua ondeante, de la cual, luego que pasó, no es dable hallar rastro, ni la estela de su quilla en las ondas [. . .]. Así también, nosotros, luego que nacimos dejamos de ser y, a la verdad, ninguna señal de virtud pudimos mostrar, mas nos consumimos en nuestra malicia.' Tales cosas dijeron en el infierno los que pecaron, porque la esperanza del impío es como una pelusilla que lleva el viento y como espuma delgada que se esparce por la tempestad, como el humo que disipa el viento y como la memoria del huésped de un día que pasa." 37

Parece, por consiguiente, que este descanso y este sábado deben buscarse en otra parte.

Capítulo 25. - EL DESCANSO NO HA DE BUSCARSE EN LA AMISTAD MUNDANA.

[71.] Preguntarás, ¿qué cosa más tranquila que amar y ser amado? 33 En efecto, si es en Dios y por Dios, no lo contradigo, mas bien lo apruebo en gran manera. Pero si lo consideramos según la carne o el mundo, mira cuántas envidias, cuántas suspicacias, cuántos azotes hirientes del ánimo receloso arrebatan la quietud del espíritu.³⁹ Y si nada de esto sucediese, la muerte, que todos deben experimentar, romperá esa unidad, dando dolor a los vivos y penas a los difuntos. Esto, sin hablar de las graves enemistades que surgen entre amigos antes entrañables. Del amor que se da entre los buenos, tenemos el propósito de tratar en otra ocasión.

Capítulo 26. - TAMPOCO SE ENCUENTRA EL DESCANSO EN LOS PLACERES DEL CUERPO NI EN EL PODER DEL MUNDO.

[72.] Nos vemos obligados a introducir como una cierta mancha en esta obra, es decir, hablar del placer carnal, del que más bien habría de callarse, si no fuera porque vemos a algunos como despojados de lo humano y casi recubiertos de cierta semejanza animal, de forma que en el placer del vientre y de las cosas que dependen del vientre juzgan que se debe colocar todo el fruto de su vida.

Para que nadie piense que debe buscar el descanso de su alma en estas cosas, pondré aquí algunas consideraciones.

¿Qué hay más perverso que colocar el bien del alma racional en la glotonería del vientre y lo más noble que hay en el hombre someterlo a la parte más despreciable de su carne, sobre todo advirtiendo que en esto nada puede diferenciarse de las bestias? Por último, el hambre causa tormento y la saciedad produce disgusto. Pero para que satisfaga el apetito, es preciso que no exceda los límites de la necesidad; mas, si excediere el modo de la naturaleza, sería imposible evitar el dolor del cuerpo. Ciertamente, nada hay más torpe, nada más grosero, nada más digno de confusión, que deleitarse en las inmundicias de los caprichos y revolcarse como cerdo en cieno de la más asquerosa impureza. Así también, nada resulta más molesto y vacío de toda tranquilidad y descanso. En cuanto a su fealdad, ¿qué decir, cuando esta peste tan repugnante contamina la carne y afemina el alma, destruye y oprime lo que hay de honesto en el espíritu, todo lo decoroso y cuanto hay de viril?

[73.] Mientras que de ordinario los demás vicios se cubren con el ropaje de algunas virtudes, y así no sólo no avergüenzan a los hombres, sino que éstos se enorgullecen con las apariencias, sólo esta apariencia causa horror, máxime desde el momento en que se apodera de la carne y la avasalla, ocultándose impetuosamente en la oscuridad.

Habiendo sido incluidos honestamente esos miembros en el cuerpo humano por el Creador, sólo por la obscenidad de la impureza de quien prefiere mirarlos, más que respetuosamente encubrirlos, será sancionado con la maldición eterna del Padre. Mas a los que la desnudez de los mismos llena de vergüenza, se les remunerará con la gracia de una perpetua bendición.

No hay que admirarse; habiendo triunfado y resplandeciendo en todas partes la cruz de Cristo, vencedora de la molice, quedaba descubierta y de manifiesto la confusión de esta pasión; ni aun en aquella endemoniada plebe, en que la sagacísima partida de demonios y las torpezas de los falsos dioses eran adoradas como sagradas, se vio algún deshonesto libre de la nota de confusión protegido del sucísimo Júpiter. Si el adulterio era castigado

entonces por los mismos que adoraban a los dioses adúlteros y la castidad era muy alabada, ¿qué deberá decirse de aquellos que adoran al Hijo de la Virgen y autor de la virginidad?

[74.] Ante todo habrá que guardarse, para que no suceda a alguno lo que dijo el Profeta: "Las bestias se consumen en los establos." 40 Mediante tales palabras expresó con bastante propiedad el fin y el modo de esta asquerosa pasión, pues se afirma que quien es devorado por el furor de la lujuria se corrompe en el lodazal de su carne, como producto de su propia basura; de manera que no sólo lo consideras acabado o consumido, sino que incluso te parece corrompido y fétido, como si se tratase de un cadáver insepulto del que mana repugnante sangre.

[75.] El alma atacada por este mal espíritu inevitablemente es agitada por las furias, sufre las acometidas de los llameantes estímulos de la lujuria y, roto el freno de toda honestidad, ebria y vagabunda, es impelida a todo género de desvergüenzas. y una vez inflamado el fuego de la pasión concebida, viene a caer en otro incendio aun más vehemente.

Por consiguiente, es absurdo que se busque el descanso del alma racional en un placer de tal naturaleza, especialmente cuando leemos que la divina Justicia impone los mayores castigos en la vida presente a quienes se entregan a la corrupción de sus propios deseos; así dice la Escritura: "Mi pueblo no escuchó mi voz e Israel no me hizo caso, y los abandoné a los deseos de su corazón." 41 Y más claramente aún habla el Apóstol acerca de los que trocaron la gloria de Dios por los ídolos: "Por lo cual, dijo, los entregó Dios a los deseos de su corazón en la impureza, hasta afrentar sus cuerpos en sí mismos." 4. No que Dios los impulsase a estas infamias, como incitador de las maldades, sino que, abandonados de él justísimamente, no pudieron evitar estas perversidades.

[76.] Paso en silencio muchas cosas que me sugiere el espíritu contra esta tan asquerosa peste, por respeto a tus ojos tan pudorosos, amantísimo y deseadísimos amigos míos, a quien dedico el presente opúsculo.4' Me parece ver tu rostro avergonzado por lo escrito, a pesar de que he procurado tratarlo con cierta honestidad, y la señal suavísima de tus ojos que me manda callar. Sé que tu castísimo pecho está lleno de grande y suave caridad, y delicadamente oculto entre flores de oloroso pudor, que exhalan aroma tan celestial y divino, que te resultará molesto y trabajoso el percibir siquiera el hedor de estas inmundicias.

[77.] Pasando a tratar otras cosas, es decir, del placer del oído, de los ojos y de los demás sentidos, sea consultado Salomón, el rey riquísimo, potentísimo y sapientísimo; y, aun más, en él ha de ser escuchada la misma Sabiduría. En primer lugar, hablando de su persona, pero también de otros, dice: "Dije en mi corazón: Iré, disfrutaré de delicias y gozaré de bienes."" Y después: "Edifiqué casas, planté viñas, hice huertos y jardines, puse árboles de todo género."" De este modo, añadiendo muchas cosas, agregó: "Poseí siervos y siervas y una gran familia. Reuní para mí oro y plata, las riquezas de los reyes y de las provincias." 46 Indicando sobre el placer de los oídos:- "Me procuré cantores y cantoras." 47

Y, citando algunas otras cosas,- prosigue: "Nada de cuanto desearon mis ojos les negué, no privé mi corazón de goce alguno y me alegré en todo lo que había preparado." 48 ¿Qué hay más delicado, qué más suave, qué más feliz en esta vida?

Pero atiende, que nada hay más vano: "Y me he vuelto a todas las obras que habían realizado mis manos y hacia la fatiga que me había tomado en hacerlas, y he aquí que todo es vanidad y aflicción de espíritu, y no existe provecho alguno bajo el sol." 4

Añadamos todavía aquella sentencia de nuestro Salvador: "Todo el que obra el pecado es esclavo del pecado":o y así vienen a juntarse estas tres cosas: vanidad, servidumbre y aflicción de espíritu.

¿Dónde está el descanso, el sábado, máxime cuando manda la Ley: "Ningún trabajo servil hagáis en él"? 51

Ciertamente, todo el que comete un pecado es esclavo de él. ¿Dónde está, por tanto, el auténtico descanso de este trabajo servil, dónde se evita el contagio de esta servidumbre, en dónde se verifica la verdadera y perfecta celebración del sábado? ¿Hay, en fin, algún justo sobre la tierra que nunca peque? 52 Por lo demás, "en la culpa nací y pecador me concibió mi madre", dijo el santo rey David."

Capítulo 27. - LA CARIDAD ES AQUEL YUGO SUAVE BAJO EL QUE SE ENCUENTRA EL VERDADERO DESCANSO, COMO UN AUTÉNTICO SÁBADO.

[78.] Escuchemos a quien dijo: "Si el Hijo os librare, entonces seréis verdaderamente libres." 54 Escuchemos, repito, al que llama, al que clama, al que invita al sábado y al descanso a cuantos trabajan. "Venid a mí, dice, todos los que trabajáis y estáis agobiados, y yo os aliviaré." 55 He aquí el remedio como preparación del sábado.

Oigamos ahora al mismo Sábado: "Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas." 56 He aquí el reposo, la tranquilidad, el sábado. "y encontraréis reposo para vuestras alma, Porque mi yugo es suave y mi carga ligera." 57 Es un yugo enteramente grato, su carga es ligera y por eso hallaréis reposo para vuestras almas; es un yugo que no oprime, sino que une; y la carga tiene alas, no peso. Tal yugo es la caridad; esa carga es el amor fraterno. Aquí se descansa, aquí se celebra el sábado, aquí se reposa de los trabajos serviles. Finalmente, "la caridad no obra mal, no piensa mal." 58 El amor del prójimo no obra mal.

Ya ves, oh judío, dónde está el sábado. En él, aunque se vislumbre algo que no procede de la caridad, no ciertamente por obra de ella, sino procedente de la humana debilidad, como "la caridad cubre la muchedumbre de los pecados":con todo no desaparece la celebración del sábado. Y acertadamente se asigna este descanso al día "séptimo", porque "la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado." 60 Y ya dijimos antes que el Espíritu Santo está significado en el número "siete." 61

Capítulo 28. - EL EJEMPLO DE LA PROPIA CONVERSIÓN.

[79.] He aquí, dulce Señor, que he recorrido el mundo y las cosas que hay en él, porque lo que es propio del mundo, como dijo aquel gran conocedor de tus secretos, es o concupiscencia de la carne, o concupiscencia de los ojos, o soberbia de la vida." En tales cosas he buscado descanso para mi alma infeliz, mas por doquier encontré trabajo y gemido, dolor y aflicción de espíritu.63

Clamaste, Señor, clamaste; llamaste, aterraste, rompiste mi sordera; golpeaste, azotaste, venciste mi dureza; dulcificaste, aderezaste, descubriste mi amargura. Oí, pero, 10h dolor, tarde 6. al que clamaba: "Venid a mí todos cuantos estáis fatigados y agobiados." 65 Y yo, dije: "Alargarás la diestra a la obra de tus manos." 66

Yacía manchado y lleno de polvo, ligado y cautivo, atado por el lazo de una tenaz iniquidad, oprimido por el peso de una inveterada costumbre. De esta manera me comprendí a mí mismo, quién era, en dónde estaba y cuál era mi condición."

Me horroricé, Señor, y quedé estupefacto ante mi propia imagen; me aterrorizó la fea imagen de mi alma infeliz.". Yo mismo me despreciaba, para que tú te complacieras. Quería huir de mí y esconderme en ti; pero estaba retenido por mí mismo. "Reteníanme, como dijo uno, unas bagatelas de bagatelas, y vanidades de vanidades, antiguas amigas mías." 6.

Me aprisionaba la cadena de mi pésima costumbre, me encadenaba el amor de mi sangre, me ataban los vínculos de la gracia social. Y principalmente me retenía el nudo de cierta amistad dulce para mí sobre todas las dulzuras de aquella mi vida!O

Me agradaban, me atraían; pero tú, más. Contemplando las cosas separadamente, advertí que aparecía mezclado lo dulce con lo amargo, lo triste con lo alegre y lo adverso con lo próspero. Me agradaba la sabrosa unión de la amistad, aunque siempre estaba temiendo ofenderla y que llegase la inevitable división en el futuro.

Reflexioné sobre los principios de aquellas alegrías; presté atención a su desarrollo y vi su fin. Vi que en sus comienzos no carecían de motivos reprobables ni de ofensas en su desarrollo, y que su fin no podía evitar la condenación.

La muerte temida me aterraba, porque después de ella se me representaba como cierta la condenación para mi alma.

Atendiendo al exterior, pero sin saber lo que se obraba en mí, me decían los hombres: ¡Oh, cuán envidiable es la vida de este hombre! ¡Oh, qué feliz es! Pero ignoraban que para mí el mal estaba allí donde sólo habría debido estar el bien. Muy profunda estaba la herida, atormentándome, aterrándome y corrompiendo con su intolerable hedor todas mis entrañas; y, si no hubieses acudido presto en mi ayuda, quizás, no tolerándome a mí mismo, habría caído en la desesperación.

[80.] Comencé, por tanto, a deducir cuánto había podido siendo inexperto; aun más, cuánto me habías dado; cuánta alegría experimentaba en tu amor, cuánta tranquilidad con la alegría y cuánta seguridad con la tranquilidad. El que te ama no se equivoca en su elección, porque nada hay mejor que tú; ni falla la esperanza, porque nada es amado con más provecho; no se teme el exceso del modo, porque en tu amor ningún modo está prescrito; ni se teme la muerte, destructora de la amistad mundana, porque la vida no muere. En tu amor no se teme la ofensa, que no existe, a menos que se deje el mismo amor. No interviene tampoco sospecha alguna, porque juzgas por el testimonio de la misma conciencia. Aquí está la alegría, porque se excluye el temor; aquí la tranquilidad, Porque es refrenada la ira; aquí, la seguridad, porque el mundo es despreciado.

[81.] Entretanto, comenzaste poco a poco a hacerte sabroso a mi paladar, aunque no estaba preparado, y decía: ¡Oh, si fuese sanado!... y me acogía a ti. Pero de nuevo te dejaba para regresar a mí.

Estas cosas me tenían como atado, sintiéndolas deleitosamente en la carne por la fuerza de la costumbre, pero me agradaban más las que el espíritu me presentaba en virtud de la razón. Y también decía con frecuencia a los demás: ¿Dónde están todas esas delicias, esos placeres, las alegrías de que hasta ahora hemos usado? ¿Qué es lo que todavía sentimos? Lo que fue alegría se ha ido. De todo ello sólo queda lo que atormenta a la conciencia, lo que produce temor de muerte, lo que nos lleva a la eterna condenación. Compárese con todas nuestras riquezas, con todas nuestras delicias, con todos los honores, aquello que hizo uno de los siervos de Cristo, que no temen a la muerte.

[82.] Yo mismo me humillé muchas veces con estas palabras, y lloraba con amarguísimo dolor del alma. Lo que veía me humilló, pero me vencía la costumbre del placer carnal.

Mas tú, que oyes los gemidos de los cautivos y libras a los hijos de la muerte, rompiste mis cadenas.⁷¹ Y tú, que ofreces el Paraíso a meretrices y publicanos, me convertiste a ti, a

mí, primero entre todos los pecadores. He aquí que respiro bajo tu yugo y estoy aliviado bajo tu carga, porque tu yugo es suave y tu carga ligera."

Capítulo 29. - CUÁNTO YERRAN LOS QUE SE CANSAN DE LA ASPEREZA DEL YUGO DEL SEÑOR, CUANDO TODO LO QUE SE SIENTE DE TRABAJOSO ES DEBIDO A LAS RELIQUIAS DE LA CONCUPISCENCIA, MIENTRAS QUE LO QUE SENTIMOS DE DESCANSO PROCEDE DE LA INFUSION DE LA GRACIA.

[83.] Yerran, Señor, yerran, se engañan los que, desconociéndose a sí mismos y no advirtiendo lo que sucede en su interior, se cansan de la aspereza de este yugo y de lo pesado de esta carga.

Tú, que pareces haber aplicado los hombros a esta carga y puesto la cerviz a este yugo, dime: ¿No te cansas? Ciertamente, muchas veces. Y hoy también me abruma no poco. Pues, por haber hablado hace poco con ligereza, un amigo mío se ha molestado. Al comprobar por su expresión el disgusto causado, me arrojé arrepentido a sus pies y él ha tardado unos instantes en hacerme levantar; todavía mi espíritu no se ha serenado suficientemente.

Señor, tú sabes que no lamento mi humillación, sino la ofensa producida por mi inconsiderada expresión.

Debido quizás a la singular familiaridad con que claramente acostumbro a hablarle, se me escaparon de pronto unas palabras, según aquello que dice la gente: "Señor despojado, necio esclavo."

[84.] Pero ahora, Señor, tú eres escrutador de mi debilidad, médico de mi alma, única esperanza de mi salvación. Contra ti sólo pequé," aunque mi ofensa fue contra otro. No es, por tanto, pecado por haberlo ofendido, sino que para que no lo ofendiera tú me lo prohibiste. A ti sólo, Señor, a ti sólo ofende quien peca. Porque cuando se peca, o no se hace lo que mandas, o se hace lo que prohíbes. Señor, el homicidio es pecado porque tú dijiste: "No matarás." u Y por ello, cuando tú mandas matar, no sólo no es pecado, sino que constituye un gran crimen no querer matar para obedecerte." También tu Ley condena el robo,⁷ pero cuando tú mandaste, los hebreos saquearon Egipto, tomando sus vestidos y vasos,⁷⁷ y no pecaron puesto que te obedecieron. También dices: "No fornicarás" [Non fornicaberis],⁷⁸ y, por ello, fornicar es un crimen tremendo; y, sin embargo, obedeciéndote, tu Profeta no dudó en tomar una prostituta para engendrar hijos de fornicación.⁷⁹

Cosa que no habría ocurrido si se hubiese casado con ella, aunque se duda de que deba interpretarse esto literalmente.

Por tanto, a ti sólo he ofendido.⁸⁰ En las Escrituras, esta expresión no se encuentra aplicada al hombre: "A ti sólo he ofendido", sino más bien: "He pecado contigo." Desconozco qué enormidad se indica al decir "a ti", pues, ¿qué es "a ti sólo he ofendido", sino afirmar que mi pecado sólo puede ser valorado por ti, juzgado por ti y castigado por ti? A ti sólo he ofendido. ¿Por qué el judío se dispone a apedrearme? A ti sólo he ofendido. "El que de vosotros esté sin pecado, dijo, sea el primero en apedrearla." ⁸¹ En consecuencia, he ofendido a aquel a quien corresponde juzgar mi pecado, de cuyo juicio depende que esto sea pecado. Luego, tú, Señor, tú sabes que he pecado, porque te he ofendido; mas, como también lo ofendí a él, por eso me arrojé a sus pies. Tú haz de comprender que lo ofendí, aunque, como tú sabes, entonces ni lo pensé ni quise ofenderlo.

[85.] Volviendo, pues, a lo que tratábamos, ¿acaso este trabajo procede del yugo del Señor, y no más bien de mi propia debilidad? Advierto, en efecto, lo que para mí hay de tranquilidad, lo que hay de paz, lo que hay de felicidad, y todo ello me lo produce este suavísimo yugo. Pero cuanto es trabajo, fatiga y cansancio, proviene de las reliquias de la concu-

piscencia mundana. Porque bajo el yugo que Babilonia –esto es, el príncipe de la confusión 82- impuso a mi infelicísima cerviz, mi fuerza desfallece y se consumen mis huesos;8" y aun cuando por una parte no exista cautividad, queda sin embargo, por la antigua opresión, alguna debilidad, mediante la cual, de ordinario, se turba algún tanto la serena suavidad experimentada. Hasta que aquel que se apiada de todas mis iniquidades, sane también todas mis debilidades y, librando mi vida de la ruina, me corone de misericordia y de compasión.8.

Cuando esto corruptible se revista de incorruptibilidad, y esto mortal se cubra de inmortalidad, entonces se realizará lo que está escrito: "Sumióse la muerte en la victoria." 86 Mientras tanto, de la suavidad de este yugo se sigue no pequeña consolación, y no falta algún combate contra la persistente debilidad.

Capítulo 30. - AQUELLOS QUE SE QUEJAN DE LA GRAVEDAD DEL YUGO DEL SEÑOR, AUN SON MÁS OPRIMIDOS POR EL PESO DEL MUNDO.

[86.] Por lo tanto, los que se quejan de la aspereza de este yugo, quizás es porque, o no abandonaron plenamente el gravísimo yugo de la concupiscencia mundana, o, abandonándolo, volvieron a tomarlo con mayor confusión suya. Y, aunque externamente llevan el yugo del Señor, sin embargo, en el interior de su alma arriman los hombros a la carga de los negocios seculares, imputando los trabajos y dolores, por los cuales se atormentan a sí mismos, a la gravedad del yugo del Señor. De aquí resulta que los preceptos del Señor, que como dice San Juan no son graves"" les causan hastío y como perros se alimentan de nuevo con su propio vómito;87 con capa de abstinentes halagan su vientre; bajo la túnica de penitentes anhelan los honores y glorias mundanas; con el sagrado amito de los continentes, se manchan con las inmundicias de la carne; tras las blancas apariencias de corderos, ocultan un alma de lobo;88 y, abrasados por insaciable avaricia, acaparan casas y campos, no se compadecen de los huérfanos ni perdonan a las viudas, se apropian del patrimonio de los pobres, lanzándose por ello a pleitos y disensiones. Y, armándose, en fin, de mentirosos argumentos, se consumen en continuos cuidados, se inflaman de odio y viven angustiados por sus pensamientos. Este yugo no es del Señor, sino el áspero yugo del mundo y la pesada carga del mismo. Pues el yugo del Señor es suave y su carga ligera".

Capítulo 31. - CUÁNTA ES LA PERFECCIÓN DE LA CARIDAD, CUÁNTO SE DIFERENCIA DE LAS DEMÁS VIRTUDES, HASTA EL PUNTO DE QUE LAS OTRAS NO PUEDEN SERLO SIN ELLA.

[87.] ¿Qué hay más suave, qué más glorioso que, por el desprecio del mundo, penetrar en otro más excelso y consistente en el dictamen de la recta razón? Se tienen todas las cosas del mundo bajo los pies; no se apetece nada, ni se teme o envidia a nadie; nada puede sernos arrebatado por quien se dice su propietario, ni tenemos nada que por otro pueda sernos atribuido como malo.

La mirada del espíritu se dirige hacia aquella incorruptible heredad, incontaminada y conservada inmarcesible en el cielo despreciando con nobleza de intención, como corruptibles, las riquezas del siglo; como contaminados, los placeres de la carne; como transeúntes, todas las pompas del mundo; y se gloria en aquel dicho profético: "Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo la hierba se agosta y la flor se marchita, más la palabra del Señor permanece eternamente." 91

¿Qué hay más dulce o qué más tranquilo que no angustiarse por los torpes movimientos de la carne, no abrasarse con las llamas de los incentivos carnales, no sentirse

arrastrado hacia el placer, tener ya la carne sosegada por el rocío del pudor y sujeta al espíritu de manera que no sea atraída hacia los placeres carnales, sino que ayude muy obediente en los ejercicios espirituales?

En fin, ¿qué hay tan próximo a la tranquilidad divina como no conmoverse por las injurias recibidas, ni asustarse por ningún daño o persecución; tener igual constancia en los sucesos prósperos que en los adversos y tratar igual al amigo y al enemigo, haciéndose semejante al que "hace salir su sol sobre buenos y malos, y deja caer la lluvia sobre justos e injustos"? 9'

[88.] Todo esto se encuentra en la caridad, y no se halla sino en la caridad. En ella está la verdadera tranquilidad, la verdadera suavidad, porque ella es el yugo del Señor, y si la tomamos invitados por el Señor, encontraremos descanso para nuestras almas, pues "el yugo del Señor es suave y ligera su carga.

Por último, "la caridad es paciente, es benigna, no tiene celos, no obra mal, no se infla, no es ambiciosa." 9.

Las demás virtudes son para nosotros, o como vehículo para el cansado, o como viático para el caminante, o como linterna para alumbrar en la oscuridad, o como arma para los que luchan; mas la caridad, aunque como las restantes virtudes es necesaria para todos, sin embargo, es descanso en especial para el fatigado, morada para el caminante, plenitud de claridad para el que llega y perfecta corona para el vencedor. Porque, ¿qué es la fe, sino un vehículo nuestro, mediante el cual nos encaminamos a la patria? ¿Y qué es la esperanza, más que el viático para que nosotros nos alimentemos entre las miserias de esta vida? ¿Y qué son aquellas cuatro virtudes de la templanza, la prudencia, la fortaleza y la justicia, sino nuestras armas para luchar?

Aquí solamente se comienza por la fe, mientras que, no perfeccionándose la caridad sino mediante la visión de Dios, para quienes la muerte ha quedado plenamente superada, ya no habrá fe, porque no le es necesario creer al que contempla y ama. Ni habrá esperanza, porque lo que se espera en brazos de la caridad, no puede faltar para el que se abraza con Dios.

[89.] La templanza lucha contra la concupiscencia, la prudencia contra las imprudencias, la fortaleza contra las adversidades, la justicia contra los abusos. Pero en la caridad se halla la perfecta castidad y por eso no hay concupiscencia alguna contra la que luche la templanza; en la caridad está la ciencia perfecta, sin error posible contra el que luche la prudencia; en la caridad está la verdadera bienaventuranza, sin adversidad que deba ser vencida por la fortaleza; en la caridad todo está en paz y no hay desigualdad contra la que vigile la justicia. Ahora bien, la fe no es virtud si no obra por amor: ni la esperanza si no se ama lo que se espera. Si examinas sutilmente, ¿qué es la templanza, sino amor, al que ningún apetito engaña? La prudencia, por su parte, es amor al que ningún error seduce. La fortaleza es amor que afronta valientemente las adversidades. Y la justicia es amor ecuánime que soluciona con moderación las injusticias de esta vida. La caridad, por consiguiente, se comienza en la fe, se ejerce en las demás virtudes y se perfecciona en sí misma.

Capítulo 32. - LAS OBRAS DE LOS SEIS DÍAS SE ACOMODAN A LAS DEMÁS VIRTUDES, MAS EL Descanso DEL DÍA SÉPTIMO SE ASIGNA A LA CARIDAD.

[90.] Sea para nosotros la fe coma el día primero, en que somos separados los fieles de los infieles, como la luz de las tinieblas. sea la esperanza el segundo, por la cual distinguimos con la ayuda de Dios a los habitantes del cielo y a los que tan solo por los méritos de la fe esperan los bienes celestiales, de aquellos otros que aman la tierra y piden a Dio solamente los bienes terrenos que acá abajo se disipan y resultan inciertos, a semejanza de

las aguas. S7 La templanza ilumina coma el día tercero, en que, mortificando nuestras miembros sobre la tierra, y frenando bajo ciertos límites las concupiscencias carnales, como aguas amarguísimas, aparezca la tierra de nuestro corazón árida y seca, ansiando al Señor su Dios. ss

La prudencia brote coma luz del día cuarto, por la que dividimos, coma entre el día y la noche, las cosas que deben hacerse y no hacerse, y con su ayuda la luz de la sabiduría resplandezca igual que el brillo del sol; luz de ciencia espiritual, que en algunos crece y en otros disminuye, como las fases de la luna; la mente devota mira las ejemplos de nuestros antepasados como si fueran globos de estrellas; por ella divide los años y los días, los meses y las horas.'

[91.] ¿Qué diferencia existe entre los que son anteriores a la Ley y los que están bajo la Ley? ¿Cuál entre los sometidos a la Ley y los que están bajo la gracia? ¿Qué conviene a cada uno? ¿Pueden distinguirse con un examen ecuánime los preceptos, los tiempos, las costumbres y los sacramentos?

Sea para nosotros la fortaleza coma el quinto día; por ello soportamos las borrascas de este mar grande y espacioso, es decir, de este mundo; hechas peces espirituales, con la ayuda de Dios conservemos nuestra vida entre las olas y las tempestades. Y, levantando los deseos y afectos de nuestra mente, coma aves, a las cosas celestes," saboreemos las cosas de arriba 3 para devolver a Dios los múltiples frutos de las buenas obras.'

Finalmente, la justicia nos dicta el día sexta y, por ello, revistiéndonos de semejanza divina, imperemos con noble autoridad a las crudelísimas bestias de las vicios, a los deseos terrenos que son coma reptiles y a los movimientos del cuerpo que semejan jumentos, haciendo que el cuerpo se someta al alma y ésta a Dios; y así, bajo el dictamen de la justicia, se dé a cada uno la suyo.⁵

Aquí, par segunda vez, se da la bendición no a las bestias, jumentos o reptiles, sino a los hombres.. Quedemos avisados claramente acerca de esta historia, aun tomada a la letra, para que saquemos frutos espirituales, ya que lemao que la bendición de Dios fue concedida a los peces del mar y a las aves del cielo, largueza que no vemos concedida a las bestias y jumentos ni a los reptiles de la tierra, aunque estos mismos también crecen y se multiplican. Lo cual parecía que Dios había concedido de regalo con la predicha bendición a los peces y las aves, según está escrito: "Los bendijo Dios, diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar, y que las aves se multipliquen sobre la tierra." 7 Nada de esto se dice a las bestias y jumentos. En efecta, a las virtudes y a los afectos santos, con los que creemos que pueden compararse las peces y las aves, se les debe la bendición, la multiplicación y la sucesión por generación espiritual.

[92.] Ahora bien, así coma las bestias y los jumentos por mandato de Dios están sometidos al hombre creado a imagen y semejanza de Dios: así, habiendo sido éste reparado en la misma imagen y semejanza por los méritos de la justicia, las bestias espirituales, de las que el salmista dijo: "No entregues a las bestias el alma que en ti confía",'. cuya sucesión no les es debida, están sometidas al imperio de Dios.

Queda el día séptimo, esto es, el sábado, en que se concluyen todas estas obras;" en que se recibe el verdadero descanso; en el que se señala término y fin a nuestro trabajo. La caridad es la consumación de todas las virtudes, suave refección de las almas santas, honesta composición de las costumbres, la misma raíz por la que todas-las obras se hacen buenas y se perfeccionan. Ella misma es el día séptimo, en el que se nos repara por la divina gracia; es el séptimo mes en que el arca del corazón descansa suavemente tras' el diluvio 12 de las tentaciones. A esta caridad, finalmente, le sirve la templanza, la protege la prudencia, la fortaleza la defiende y la justicia acompaña.

Capítulo 33. - EN ESTA VIDA TODAS LAS VIRTUDES SE UNEN A LA CARIDAD; PERO, EN LA OTRA VIDA, SE FUNDIRÁN EN LA PLENITUD DE LA MISMA CARIDAD.

[93.] Sabemos que lo propio de la templanza es reprimir y amortiguar los movimientos placenteros de la carne y del espíritu, para que el alma, seducida, no prefiera la dulzura del placer dañoso a la suavidad del amor fraterno; y siendo específico de la prudencia el cuidado permanente de discernir entre lo que debe y no debe ser amado, para que la concupiscencia, encubierta con color de caridad, no sorprenda al corazón incauto; y puesto que la fortaleza tiene como finalidad oponerse a las adversidades de este mundo, no por otro motivo, sino para que la ley de la caridad de ningún modo sea perjudicada por el espíritu oprimido en las cosas que apenas estimulan el deseo, en las arduas y en las que sobrevienen aglomeradamente; resulta evidente, por tanto, que las

tres han de ser valoradas con el nombre de virtudes, puesto que su uso se encamina a obtener la caridad o a conservada a toda costa. De lo contrario, la templanza no es considerada como virtud, ya que, aunque contenga y refrene el ardor de la carne, si entretanto el espíritu, so pretexto de caridad, se entrega a la avaricia de un torpe provecho, no aplasta la perniciosa lascivia del hombre interior.

La prudencia, por la que todo hombre docto distingue sin engañarse, no sólo entre lo que ha de ser o no amado, sino, además, entre las ventajas temporales y los inconvenientes, no debe ser considerada virtud cuando intenta apropiarse, al margen de la caridad y con perjuicio de los demás, alguna cosa cómoda para ella.

La fortaleza de Catilina 18 dista mucho de ser considerada entre las virtudes, porque, aunque soportó de modo increíble todas las adversidades, con todo, en esta fortaleza no buscaba sino captarse el aplauso de los poderes mundanos o, al menos, pretender su propio placer, defraudándose a sí mismo el premio que se le debe a la virtud. Tanto es estimado cualquiera por el juicio del vulgo como astuto y opulento, cuanto dominándose a sí mismo aparezca ansioso de gloria popular. Por eso dijo un filósofo IO lleno de estupor que lo que no brota de la raíz de la caridad, aparta de los frutos de las virtudes y está a merced de cualquier adversidad; y lo que no entronca por la línea recta de su estructura con aquella raíz, agudamente vieron que debía colocarse fuera de la fábrica del arca espiritual.

[94.] Se trata, pues, de la verdadera templanza, de la auténtica prudencia no desvirtuada y de la fortaleza verdadera no desmentida, para que el alma racional oprimida no exceda la norma de la caridad. Pero, para que la caridad perfecta lleve a sus servidores al reino de su tranquilidad, es necesario que, consumidos todos los atractivos de la carne con su misma mortalidad, disipadas todas las tinieblas de los errores por la contemplación de la luz divina y sucediendo una seguridad cierta a las inquietudes de este mundo, depuestas - por así decir- las armas de que se usó en tiempo de guerra, ella sola con su suavidad restaure a los vencedores.

Entonces, las demás virtudes se unificarán en la plenitud de la caridad; porque en aquella felicidad, ni la templanza, ni la prudencia, ni la fortaleza son tan queridas como la caridad. Esta será tan casta, que por ningún placer resultará tentada; tan brillante, que no se hallará mezclada con error alguno; y tan fuerte que en absoluto podrá ser herida por ninguna adversidad.

[95.] Prometiéndonos el Señor este estado de tranquilidad, dijo con palabra misteriosa: "Haré desaparecer del país las bestias dañinas y os haré dormir confiadamente." 15 Arrojad las de nuestra tierra las ferocísimas bestias de las pasiones, es decir, la carne que tenemos, nos hará dormir con un sueño celestial, como absortos en el inmenso piélago de su caridad divina, y, arrebatados inefablemente fuera de nosotros mismos, llamaremos y

veremos perfectamente que el Señor es Dios mismo, celebrando aquel sábado perpetuo de caridad que describió el santo profeta Isaías al decir: "Y será de mes en mes, de sábado en sábado." 16 Es decir, cuando desde este sábado -por el que saboreamos los principios de la caridad cuanto nos permite la malicia del día- hayamos descansado de los negocios y seamos introducidos en aquel lugar perfecto donde ninguna molestia se interpone ni ninguna miseria de la carne nos atenaza, amaremos a Dios nuestro Señor con toda nuestra alma, con todo nuestro espíritu y con todas nuestras fuerzas, y a nuestros prójimos como a nosotros mismos. I.

[96.] Por eso he llamado "estímulo del amor fraterno" a la justicia, por la que se atribuye a cada uno lo suyo, según aquello del Apóstol: "Pagad las deudas a todos; a quien tributo, tributo; a quien respeto, respeto; a quien honor, honor." 18

Es principio de la justicia, efectivamente, no dañar a nadie, y después entregarse a todos sin quejas de ninguna clase.

Mucho se atrae las voluntades ajenas con la suavidad de la benevolencia, quien a nadie molesta con su apacible conversación, respetando a los ancianos, contemporizando con sus iguales y condescendiendo con los jóvenes; manifestando temor y reverencia a los primeros, honor y gracia a los segundos y humilde benevolencia a los postreros.

También en asuntos de dinero esta virtud impulsa, a quienes la practican, al bien de la caridad, que, según el ya citado mandato del Apóstol, no tolera las deudas en espera de que un cobrador importuno las exija, sino que se anticipa con alegría a devolverlas. No obstante, si esta virtud se aplicase sólo a la distribución de los bienes temporales, estoy seguro de que quitaría la tranquilidad a aquel felicísimo estado, porque en la suprema quietud que reporta a cada uno premio o castigo, según sus méritos, unos quedan heridos con la irrevocable sentencia del castigo, y otros son galardonados con el premio de la felicidad eterna, a fin de que, siendo ambos eternos, no quepa variación alguna de bienes perecederos.

[97.] Si examinas las reglas de la misma justicia más profundamente, advertirás que nadie mejor, nadie más perfectamente da a cada uno lo que le corresponde, que quien ama lo que debe ser amado, y tanto cuanto debe ser amado; a saber: a Dios por encima de uno mismo, y al prójimo como a sí mismo,¹⁹ a Dios por él mismo, y al prójimo sólo por Dios. Verás, si no me equivoco, que la perfección de la justicia depende de la perfección de la caridad, pues la justicia se nos muestra como caridad ordenada, en la que cada uno progresa tanto cuanto en ella descansa.

Capítulo 34. - EN LA MUERTE DEL AMIGO SE DIFIERE LA CONSIDERACIÓN SOBRE LA TRIPLE CONCUPIESCENCIA, Y CON SU EPITAFIO SE TERMINA ESTE PRIMER LIBRO.

[98.] Parece que ahora convendría considerar aquellas tres cosas que el santo Apóstol aseguró que existen en este mundo:

"La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida." 20 No sea que cuanto de menos agradable indicamos acerca del yugo del Señor, proceda de la virulenta raíz de estas pasiones.

Pero el dolor me impide proseguir," pues la muerte de Simón 22 me impulsa fuertemente a llorarle. Quizás se debiera a esto el temor que agitaba mi espíritu durante la noche o la intranquilidad de los sueños que ll)e arrebataban el necesario descanso, porque, en verdad, mi amigo dilectísimo iba a ser arrebatado de la tierra súbitamente. No hay que admirarse, por tanto, si mi alma con su turbación presentía su partida, de cuya vida tan

deliciosamente disfrutaba. Tal era el temor que recelaba me sucediese; y lo que temía ocurrió. ¿Por qué he de disimular? ¿Por qué he de callar? 23 Quizás ello sea la causa de que permanezca sobre mí esta tribulación. Salga a los ojos, salga a la lengua lo que se oculta en el corazón. Acaso con algunas palabras y lágrimas el corazón dolorido eche fuera la tristeza que en él se alberga. "Apiadaos de mí, apiadaos de mí, vosotros, vosotros mis amigos, mis amigos, porque la mano de Dios me ha herido." Admirad al que llora, y aun más admirad al que vive; porque, ¿quién puede comprender que Elredo viva sin Simón, sino el que ignore qué dulce fue vivir en su compañía y qué dulce sería regresar juntos a la Patria?

Por tanto, soportad pacientemente mis lágrimas, mis gemidos y el palpitante de mi pecho.

[99.] Y tú, amado mío, ya introducido en el gozo de tu Señor, banquetearás dulcemente en la mesa de aquel supremo Padre de familias y felizmente te embriagarás con tu Jesús de aquel nuevo germen de la vida en el Reino del Padre:"

Es manifiesto que derramo estas lágrimas por ti, que te entrego todo mi afecto y, si fuese posible, te daría todo mi ser.

No me impidas derramar estas lágrimas, mi queridísimo hermano, que brotan de tu dulce recuerdo. No te sea molesto este gemido, que no es provocado por la desesperación, sino por el cariño; no impidas estas lágrimas que vierte la piedad y no la falta de fe.

Verdaderamente, si haces memoria de dónde has venido. de qué te has librado y en dónde has dejado a este íntimo tuyo, sin duda advertirás qué justo es mi dolor, qué digna de ser llorada es mi desgracia.

Déjame, pues, que alivie un poco mi dolor. Mío, porque tu muerte no debe ser llorada, atendiendo a que la precedió una vida tan digna de alabanza, tan amable, tan grata para todos, como lo evidencian aquella tu conversión, aquel trato y tu forma de vida [conversatio], digna de ser predicada, y tu feliz perseverancia.

[100.] En verdad, fue estupenda tu conversión. ¿Quién no se asombra, quien no admira que un niño tierno y delicado, de ilustre linaje, de gallarda figura, tomase tal camino y a él se abrazas e? 2. Te has marchado, dulce hermano mío, ignorante a sabiendas y sabiamente indocto,27 que, como salido de tu tierra -cual otro primer Patriarca- y de tu parentela y de la casa de tu padre:" ibas a donde ignorabas, caminabas hacia donde no sabías. Mas lo sabía aquel que te conducía, el que había encendido tu corazón, aun tierno, con la llama de su amor; y tú corrías tras el olor de sus perfumes 29 Te precedió aquel que es "más hermoso que todos los hijos de los hombres, el ungido con óleo de alegría sobre sus compañeros",30 "el ungido con el espíritu de sabiduría e inteligencia, con el espíritu de consejo y de fortaleza, con el espíritu de ciencia y de piedad." 31 Y tú corrías al olor de sus perfumes. Aquel espiritual y humilde iba delante de ti por caminos difíciles y montañosos, perfumándolos con aromas de incienso, mirra y toda clase de polvos aromáticos;22 y tú corrías al olor de sus perfumes. El Niño Jesús precedió a su niño, mostrándole el pesebre de su pobreza, el reclinatorio de su humildad, la cámara de su caridad, repletos con las flores de su gracia, henchidos con la miel de su dulzura, rociados con el bálsamo de su consolación; y tú corrías al olor de sus perfumes.

Ignoro lo que ya entonces aquella alma había gustado de grande e inexplicable, que, con un cuerpecillo debilitado por el hambre, como un jumento cansado, creyó deber alimentarse con hierba. Huía el piadoso niño de la presencia de su padre, y así se acercaba más al rostro de Dios. Quiso olvidarse de su pueblo y de la casa de su padre para que el Rey, el Hijo del Rey, codiciase su hermosura 32 y fuesen dos en un espíritu, haciendo su padre por gracia lo que le pertenece por naturaleza.

[101.] ¡Oh admirable devoción, oh admirable olvido de sí mismo! Quiso imitar en algo al venerable patriarca José, dejando a la mujer egipcia el manto con que era retenido: escapando desnudo de las manos que lo abrazaban; y, aun más, fue ejecutor heroico de la perfección evangélica, al no preocuparse por el mañana.³⁵ En fin, tomando un camino bastante laborioso, sin provisiones y ya desfalleciendo sus miembros por la carencia de alimento, oyó, dijo, que los siervos de Cristo se alimentaban con hierbas. ¿Por qué no también nosotros? Y, apartándose un trecho del camino, comenzó a comerla. "¡Oh, dijo, qué dulce!"

[102.] Oh buen niño, ¿qué te sabía dulce?, ¿qué, pregunto, la hierba o la fe?, ¿el heno o la caridad? Ciertamente tenía sabor; pero Jesús estaba en el corazón, y, por tanto, el heno sólo en la boca. ¿De dónde, te suplico, de dónde le vinieron estas cosas a un niño?

Son tuyas, oh Señor, que das y recibes, prestas y exiges. ¿Quién te da algo que no sea tuyo? Y si alguno quisiera darte lo que de ti no recibió, no te dignarías tomarlo. Así pues, recibió este niño, Señor Jesús, recibió de ti y lo devolvió. Recibió y lo ofreció. Recibió y ofreció la devoción del alma, el fervor de la fe y el ardor del amor.

[103.] Tuyas son todas estas cosas, que consagraste los principios de su conversión con tales milagros, que después recibiste el agradable sacrificio de su trato y piadosa vida [conversatio], y que ahora trasladaste misericordiosamente a tu sublime templo este holocausto aceptabilísimo.

Allí, en el seno de Abrahán, descansa mi Simón, mi dulcísimo amigo, tu mendigo, Señor Jesús; allí descansa, trasladado de la muerte a la vida, del trabajo al descanso, de la miseria a la felicidad.

[104.] He aquí que había comenzado doliéndome, y he encontrado de qué alegrarme. Verdaderamente lo he encontrado, pero en ti, mi querido hermano, no en mí. "No lloréis, dijo el Señor, por mí, sino llorad por vosotras mismas." ³⁶ Contigo, mi querido hermano, contigo me alegro; pero estoy apesadumbrado. Es un deber alegrarse contigo, pero soy digno de lástima, digno de compasión; porque soy capaz de vivir sin Simón. Es admirable que viva, si es que a esto puede llamarse vivir, habiéndome sido arrebatada parte tan importante de mi vida, tan dulce solaz de mi peregrinación, tan único alivio de mi miseria. Mis entrañas están como sacadas de su sitio, y mi alma como hecha pedazos. ¿Y digo que vivo? ³⁷ ¡Oh miserable vivir, oh triste vivir el vivir sin Simón!

El patriarca Jacob lloró a su hijo;²⁸ José lloró a su padre;" el santo David lloró a su queridísimo amigo Jonatán: o Simón fue para mí todo eso: hijo en edad, padre en santidad y amigo por su caridad.

Llora, miserable, a tu queridísimo padre; llora a tu amantísimo hijo; llora a tu dulcísimo amigo. Rómpanse las cataratas de mi mísera cabeza y derramen mis ojos lágrimas día y noche.

Llora, digo, no porque él sea arrebatado, sino porque tú te has quedado abandonado. Padre mío, hermano mío, hijo mío, ¡quién me diera haber muerto contigo! No digo en tu lugar, pues esto no sería consuelo para ti, sino para mí. Así se lamentaba hablando del hijo parricida el santo David: "¡Absalón, hijo mío; hijo mío, Absalón!, ¡quién me diera haber muerto en tu lugar!" ^{<1} ¿Acaso dijo esto de su amigo Jonatán? ¿Por ventura José lo dijo de su padre? Pero del parricida debió decirse esto, y también del pecador, porque la muerte de los pecadores es pésima." Era piadoso el querer morir en lugar del impío, para que fuese él quien se arrepintiera y llorase, y del cual tuviera Dios misericordia y no pereciese eternamente. Mas aquellos que han sido llamados al descanso, no sería justo trasladarlos de nuevo a esta vida miserable, sujetándolos otra vez a tantos temores y a tantos dolores.

[105.] Por último, "Raquel, llorando a sus hijos, ha rehusado ser consolada."³ ¿Quién lloraba? El afecto, porque el afecto se consolaría si el hijo volviese de entre los muertos, si de nuevo gozase la madre de sus miradas. Raquel rehusó esto. ¿Por qué? Porque si aquél regresase de entre los muertos, pasaría de la felicidad a la miseria. No quiso, pues, que su hijo fuese devuelto; mas bien, deseaba ser trasladada al descanso junto con su hijo. El afecto buscaba a los hijos, para que no volvieran; la razón se oponía al afecto y la divina providencia difería la ascensión de la madre. Por eso, Raquel, llorando a sus hijos, ha rehusado ser consolada.

[106.] Cosa semejante me sucede a mí. Lloro a mi queridísimo amigo, con quien tenía un solo corazón⁴ y me alegro de que haya sido trasladado a los tabernáculos eternos. El afecto busca su dulce presencia, con la que deleitosamente se apacentaba; pero la razón no se conforma con que aquella alma, tan querida para mí, ya liberada de la carne, haya de volver a las miserias de esta vida. Junto con aquella parte suya, mi alma desea gozar de los abrazos de Cristo, pero lo impide mi debilidad, se opone mi iniquidad, y también la divina providencia. El que estaba preparado entró, efectivamente, con el esposo a las bodas; para mí, miserable, aún está cerrada la puerta.⁵ ¡Ojalá, Señor Jesús, ojalá se abra alguna vez! Así lo espero de tu misericordia.

Yo te he entregado mis primicias, te he entregado mi tesoro, te he entregado una no pequeña parte de mi ser. Vaya a ti lo que me queda. Donde está mi tesoro, allí está mi corazón.⁶

[107.] Seguiré aquí, Señor, sus caminos, para que en su compañía goce de ti. Ciertamente habría podido ya hacerla, Señor, aunque con paso lento, cuando se mostraba aquí ante mis ojos con su piadosa vida [conversatio]; cuando su compuesta humildad daba en rostro a mi soberbia; cuando su considerada tranquilidad reprimía mi inquietud; cuando mi ligereza era contenida por el freno de su admirable gravedad.

Recuerdo muchas veces, cuando mis ojos vagan de una parte a otra, su porte tan lleno de modestia, que me obligaba a entrar dentro de mí mismo y recogerme, y que refrenaba mi ligereza con la ayuda de su gravedad; así, recogido, me hacía pensar en cosas útiles. Aunque la autoridad de nuestra Orden nos prohíbe hablar, sin embargo, me hablaban su semblante, su conducta y su silencio. Tenía un aspecto pudoroso, el andar grave, la palabra seria y el silencio carente de amargura.

[108.] Por fin, en éste su último año de existencia, casi consciente de su pronta marcha al celestial convite, ¡con cuánta tranquilidad, con cuánta paz, con cuánta circunspección ordenaba su vida! Parecía casi abstraído de todo lo externo, hasta de mí. Y, agobiado por la angustia de su espíritu, se le podía haber pintado más expresivamente que a aquel varón a quien describe el santo profeta Jeremías, diciendo: "Bueno es al varón soportar el yugo desde su mocedad; se sentará solo y callará, porque [el Señor] se pondrá sobre él."⁷ Ciertamente, tomó el yugo de tu disciplina, Señor Jesús, en su juventud, eligiendo aquel camino estrecho que conduce a la vida. Comió su pan con el sudor de su rostro⁸ y sujetó su voluntad al juicio ajeno. También soportó el pesado yugo de la enfermedad, desde su adolescencia, con la que lo flagelaste como a un condenado durante ocho años, sin atenuación, aunque, según creo, con paternal afecto. Y, por lo mismo, no encontrando en lo exterior casi nada con qué contrarrestarlo, se había encerrado en la interior soledad de su alma, solo, sentado y callado,⁹ si bien no entorpeciéndose en el ocio. Escribía o leía o se dedicaba atentamente a la meditación de las Escrituras, de las que era cuidadoso intérprete. Casi ni hablaba con el Prior, incluso de las cosas necesarias, como un sordo que no oye y como un mudo que no abre la boca. Se hizo como hombre que no oye y que no tiene respuestas en su boca.¹⁰ Pero si alguien, en alguna circunstancia especial, se acercaba a él, al punto se percibía tanta suavidad en su palabra, tanta alegría aparecía en su rostro sin la menor

disipación, que su silencio estaba vacío de acritud, lleno de dulzura, y su modo de hablar y su humildad en escuchar aprovechaban a todos.

[109.] He aquí lo que he perdido. He aquí lo que se me fue. ¿Por qué 'me dejaste, oh modelo de mi vida, regla de mis costumbres? ¿Por qué te fuiste, por qué partiste? ¿Qué haré yo ahora? ¿Adónde me volveré? ¿A quién me propondré imitar ahora? ¿Cómo te has arrancado de mis brazos, sustrayéndote de mi mirada y apartándote de mis ojos? Te besaba, no por el contacto de la boca, mas con el afecto de mi alma. Te he amado a ti, que me recibiste como amigo desde el principio de mi conversión; que me hiciste tu confidente con preferencia a los demás; que me asociaste con Hugo 51 en las profundidades de tu espíritu. Era tan grande tu amor hacia los dos, tan semejante el afecto, tan única tu devoción, que, como me parece haber comprendido por tus mismas palabras, tu afecto no prefería a ninguno de los dos sobre el otro, aunque la recta razón concluía que, en absoluto, debía él ser preferido por su santidad.

¿Por qué, pues, te fuiste estando yo ausente? ¿Por qué tuviste a aquel solo presente, en vez de a los dos, no queriendo que me hallara yo en tu presencia? ¿O lo pensaste para bien de ambos, de ti y de mí, para que tu marcha no afligiese mis ojos y mi dolor no entristeciese en nada tu alegre y tranquila partida? ¿O, quizá, más bien, la divina misericordia se fijó en ti para trasladar suavemente tu pacífica alma desde las miserias de esta vida a la patria por ti deseada, y, casi sin tú advertirlo, soltar con tanta facilidad el lazo de la habitación corporal, para que ni aun el menor temor de la muerte molestase al alma por Dios amada?

[110.] En fin, el que se recostaba Junto a tu lecho no percibió en ti ningún indicio de la próxima muerte. Por el contrario, el rostro más alegre y la palabra más expedita aumentaban la esperanza de que recobrarías la salud. De manera que cuando, reclinando suavemente la cabeza, entregaste el espíritu:" él creyó que te habías dormido, no que hubieses muerto.

A ti, pues, querido hermano, a ti se te debe consultar, que pasaste con tanta tranquilidad, que con tu pacífica muerte manifiestamente diste a conocer haber sido recibido por los servidores de la paz.

No hay que admirarse, ya CJ!1e no tuviste miedo a aquel momento, mas bien lo deseaste, pues, antes de separarte de nosotros, visitándote el Prior de nuestro monasterio, dijiste que no deseabas que tu vida se prolongase.

[111.] Así, por tanto, ¿qué conseguiste, oh amarga muerte, qué conseguiste? Ciertamente, invadiste la tienda en que peregrinaba, pero rompiste el lazo que lo sujetaba. 53 Enterraste el vehículo en que hasta ahora gozaba, pero, te llevaste la carga que lo atormentaba. "Sabemos, dijo el Apóstol, que si nuestra casa terrena en que vivimos se viniera abajo, edificio tenemos de Dios, casa no hecha de manos, sino eterna en los cielos." 54 Por consiguiente, aquella alma amiga de las virtudes, ansiosa del descanso, investigadora de la sabiduría, vencedora de la naturaleza, despojada ya del envoltorio de la carne, por así decido, se eleva con más amplias alas hacia aquel sublime y puro bien, y es recibida por los tan deseados abrazos de Cristo, durante tanto tiempo esperados.

Pero la carne, dirás, encomendada a la tierra, se ha convertido en polvo. Así es, en verdad. ¿De qué te extrañas? Ha muerto para que sea vivificada. Ha sido reducida a polvo, para mejor ser transformada. Se sembró en debilidad, pero resucitará en fortaleza. Se sembró en corrupción, mas resucitará incorrupta. Se sembró en ignominia, y resurgirá gloriosa. En fin, se sembró como cuerpo animal y se levantará espiritual.55 "¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?" 56 Ciertamente, cuando veas que sucede en él [el cuerpo] algo de esto, entonces te convencerás de que has sido útil.

Arrojaste contra mí todo tu veneno y queriendo herirle a él, me dañaste con cruel herida. Yo, yo he tomado cuanto hay de amargo, cuanto hay de doloroso; a mí se me ha quitado el guía del camino, el que me enseñaba a llevar una vida santa [conversatio].

[112.] Pero, ¿qué es esto, oh alma mía? ¿Por qué contemplaste tanto tiempo sin lágrimas aquel dulce cortejo fúnebre? 57

¿Cómo dejaste marchar sin besado aquel cuerpo para ti tan amado? Me dolía como un miserable, gemía, y desde lo profundo del corazón exhalaba largos suspiros; pero no lloraba". Consideraba que mi dolor debía ser tan grande, que parecía no sentirlo, aunque me doliera vehementemente. Así lo sentí después. Tanta fue la insensibilidad que se apoderó de mi alma, que, con estar los miembros desnudos para ser lavados:" no creía que hubiese muerto. Me admiraba de que hubiese sido arrancado súbitamente de mis manos aquel con quien me había unido con apretadísimos lazos del más dulce amor; me admiraba de que aquella alma, que era una con la mía, hubiese podido salir de las envolturas del cuerpo sin [que lo hiciera] la mía.

Sin embargo, aquel estupor ya cedió el paso al afecto, al dolor, a la compasión. Ahora, oh ojos, ¿qué hacéis? Os ruego que no intentéis callar; no pretendáis disimular. Ofreced en las exequias de mi amado lo que tenéis, lo que podéis. ¿De qué he de avergonzarme? ¿Es que acaso lloro solo? He aquí que por todas partes aparecen lágrimas, gemidos y suspiros. ¿Por ventura son dignas de reprensión estas lágrimas?

Tus lágrimas, Señor Jesús, pos excusan, aquellas que derramaste en la muerte de tu amigo.". En verdad expresaban nuestra condición afectiva humana, pero, sobre todo, insinuaban tu caridad.

Te revestiste, Señor, con el afecto de nuestra debilidad, mas cuando tú quisiste, de manera que pudiste no llorar. ¡Qué dulces son tus lágrimas! ¡Qué suaves! ¡Cuánto endulzan a mi alma angustiada! ¡Cómo la consuelan! "He aquí, decían, cómo lo amaba." 61He aquí cómo mi Simón era amado de todos, por todos abrazado y por todos favorecido. Algunos fuertes acaso censuren ahora mis lágrimas, pareciéndoles mi amor demasiado carnal. Interpretenlas como quieran; mas tú, Señor, las ves y las contemplas. Algunos ven lo que sucede exteriormente, sin atender a lo que ocurre en lo interior. Allí miran tus ojos, Señor. Ciertamente, tu siervo nada encontró en mis ojos que le fuese impedimento para pasar a tus abrazos.

[113.] Ahora bien, ninguno sabe lo que se realiza en el hombre, a no ser el espíritu del hombre que en el mismo se encuentra."2 Señor, tu ojo penetra hasta la división del alma y del cuerpo, de las coyunturas y de la médula, y es escrutador de los pensamientos y de las intenciones del corazón.63 Y, como dijo un piadoso siervo tuyo: "¡Ay de los hombres de vida digna de alabanza, si, apartada la piedad, se envanecen!" ..

Tal es, Señor, el motivo de mi temor, la razón de mis lágrimas. Atiéndelas, oh piadosísimo, dulcísimo y misericordiosísimo. Recíbelas, oh mi única esperanza, mi único y solo refugio, fin de mi voluntad, Dios mío, misericordia mía. Recíbelas, Señor; son el sacrificio que te ofrezco por mi querido amigo y, si se posaron en él algunas manchas, olvídalas o imputámelas a mí.

Yo me golpearé, me azotaré, pagaré todo; solamente pido que no le escondas tu rostro;65 que no apartes de él tu dulzura; que no le retrases tu piadosa consolación. Experimente, oh mi Señor, la dulzura de tu misericordia, que con tanta vehemencia deseó, en la que confió con tanta seguridad, a la que con tanto afecto apreció; la que le supo tan agradablemente aquella noche, cuando, habiéndose retirado todos a descansar, a excepción del hermano que lo velaba, prorrumpió, lleno de agradecimiento, en esta exclamación:

"Misericordia, misericordia, misericordia", intentando, según dicen, recitar íntegro aquel versículo: "Misericordia y justicia te cantaré, Señor." 66

Creo que, enajenado por la dulzura de la primera palabra, entregado familiarmente a su repetición y, en fin, dirigiéndose hacia el que lo asistía, repitió a menudo la misma palabra. Y, percibiendo cierto estupor en éste, impaciente por su insensibilidad al no percibir su dulzura y gozarse con semejante sabor, comenzando a adormilarse, repitió con voz cada vez más entre cortada y anhelante: "Misericordia, misericordia..."

[114.] ¿Qué es lo que veo, mi Señor? Me parece contemplar con los ojos aquella alma, resuelta con inefable gozo a solazarse en este versículo, mientras pensaba en sus pecados, absorta en el piélago inmenso de la divina misericordia, al no quedarle ya nada que la atormentase o ensombreciese lo más mínimo su conciencia.

Agrada contemplar a aquella alma bañada en la fuente de , la divina misericordia y limpia del peso de sus pecados, elevándose por su mismo natural impulso, mediante sutiles movimientos, hacia las alturas, apareciendo ya sin las manchas de la carne y, así, meditando únicamente en la misericordia divina, donde descansa por entero.

¡Vamos!, vuélvete ahora, oh alma, a tu descanso, pues el Señor te ha favorecido; pasa al lugar del admirable tabernáculo, a la casa de Dios, con voz de alegría y alabanza, melodía del que se regocija. Yo te seguiré con mis lágrimas, te seguiré con mis oraciones; te seguiré con mi cariño; te seguiré con el mismo singular Sacrificio de nuestro Mediador. Y tú, padre Abrahán, extiende tus brazos para recibir a este pobre de Jesús, a este otro Lázaro:7 dispón tu regazo, prepara tu seno y recibe piadosamente al que regresa de las miserias de esta vida, acariciándolo y consolándolo. También a mí, miserable, concédeme un lugar de reposo en tu seno, junto a aquel mi más querido amigo. Amén.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

1 Sal. 118, 153. Elr'edo se dirige a san Bernardo.

2 Cf. 1 Coro 13, 12-13.

3 Cf. 1 Jn. 2, 10; 1, 7; Jn. 3, 20-21.

4 No sabemos mucho de este buen amigo de Elredo. Hombre entrado

en años, desempeñó su cargo hacia el año 1143. Luego se ausenta de Rieval y se pierde para los registros. Cf. F M. Powicke, *The Life of Ailred of Rievaulx*, Intr., Oxford University Press, New York, 1951, págs. lix-lx y lxxvii, nota 1.

1 Sal. 103, 2. 2 Sal. 103, 21. 3 Sal. 103, 3. 4 Sal. 4, 8.

5 Ex. 5, 7.

6 Canto 2, 14.

7 Cf. 1 Jn. 4, 8.

8 Jn. 6, 35.

9 Sal. 16,15.

10 Sal. 30, 20.

11 Sal. 101, 28.

12 Gén. 1, 31.

13 Sir. 39, 31. 32.

14 Sal. 48, 13.

15 Sal. 72, 28.

16 Sal. 72, 27; d. el contexto del versículo.

17 Sal. 38, 7.

18 1 Tim. 2, 5.

19 Col. 2, 14-15.

20 Lc. 10, 41-42.

21 Sal. 31, 9. 22 Sal. 48, 1.

23 Sal. 119, 5. 24 Sal. 54, 7. 25 Canto 2, 14. 26 1 Coro 2, 2. 27 Sal. 21, 28.

28 Sal. 13, 1.

29 Cf. Ef. 5, 8.

30 Cf. Jn. 1, 6-9.

31 Sal. 21, 28.

32 Sal. 138, 6.

33 Cf. Jn. 12, 15.

34 Canto 1, 3.

35 Canto 8, 14.

36 Cf. Gál. 2, 20.

37 Cf. Rom. 6, 12.

38 Cf. Joel 1, 7.

39 Cf. Jn. 20, 15.

40 Cf. Mt. 16, 24 Y par.

41 Job 7, 20.

42 Le. 15, 18.

43 Cf. Ef. 4, 23.

44 Jn. 13, 34.

45 Cf. Col. 3, 14.

46 Cf. Ef. 4, 22-23.

47 Cf. Col. 3, 9-10.

48 Cf. Sal. 67, 14.

49 Cf. Sal. 54, 7.

50 Heh. 17, 28.

51 Rom. 7, 19.

52 Gál. 5, 17.

53 Rom. 5, 5.

54 Esta distinción encierra todo el secreto de una comprensión correcta, desde el punto de vista cristiano, de toda la antropología bíblico-patristica, que es una pneumatología, o una hamartología. Excelente síntesis en P. Evdokimov, La mujer y la salvación del mundo, Primera parte, "Antropología", Sígueme, Salamanca, 1980, págs. 40-140; el autor sigue casi exclusivamente la doctrina de los Padres griegos.

57 Cf. Sal. 15, 9; 62, 2; Prov. 11, 17; 2 Coro 7, 5; Rom. 7, 8, etcétera.

56 Rom. 5, 5.

57 Cf. Flp. 2, 13.

58 1 Coro 9, 17.

59 1 Tim. 1, 13.

60 Idem.

61 1 Coro 15,10; las palabras de Agustín pertenecen a sus Tratados sobre el evangelio de san Juan 36,2 (nota del P. Dumont).

62 Idem.

63 Idem.

64 2 Tim. 4, 7.

65 Idem.

66 Idem.

67 Rom. 6, 23.

68 Rom. 8, 18.

69 Rom. 6, 20.

70 Jer. 4, 22.

71 Jn. 15, 5.

72 Is. 7, 9.

73 Elredo se inspira en la imagen trazada por San Pablo en Rom. 11, 16-24. Cf. Le. 23,31.

74 Sal. 67, 10.

75 Cf. Mt. 20, 15.

76 Mal. 1, 2-3; cf. Rom. 9, 13.

77 Rom. 9, 20-21.

78 Rom. 11, 20.

79 Rom. 11, 21.

80 Sal. 42, 1.

81 Sal. 11, 8.

82 Sal. 11, 9.

83 Cf. Jue. 16-19.

84 Sal. 139, 10. 85 Cf. Le. 15, 16. 86 Cf. Mt. 22, 37. 87 Cf. Flp. 2, 21. 88 Cf. Mt. 22, 39.

89 Cf. Mt. 22, 40. Los cisrercienses solieron llamar a Cristo Niño "palabra abreviada" (cf. san Bernardo, In Vigilia Nat. Dom., Opera, vol. IV, págs. 197 ss.); Elredo aplica aquí la expresión al amor, que justifica todo lo demás. Cf. especialmente Jesu., n, n, 1. P.C. 4, págs. 36-37.

90 Cf. Rom. 6, 6. 91 Cf. Gén. 3, 21. 92 1 Coro 13, 4-6.

93 Cf. Ex. 1, 11; respecto a la "media hora", d. Apoc. 8,1. 94 Cf. ídem.

95 Sal. 30, 20.

96 Gén. 2, 2.

97 Canto 1, 3.

98 Hab. 3,18.

99 Cf. Gén. 1, 3-5.

- 1 Cf. ídem.
- 2 Cf. Gén. 1, 9-13.
- 3 Cf. Gén. 1, 14-19.
- 4 Cf. Gén. 1, 20-23.
- 5 Cf. Gén. 1, 28-31.
- 6 Gén. 2, 2.
- 7 Así la Vulgata, dies unus.
- 8 Gén. 1, 5.
- 9 Gén. 1, 8.
- 10 Cf. San Agustín, Del Génesis a la letra, IV, 20, 37 (BAC: t. XV, págs. 618-619).
- 11 Cf. ídem, IV, 8, 15; págs. 597-598.
- 12 Cf. ídem, IV, 2, 2-6; págs. 586-590,
- 13 Jn. 5, 20.
- 14 Jn. 15, 10.
- 15 Mí. 3, 17.
- 16 Zac, 3, 9,
- 17 Apoc. 5, 6.
- 18 CL San Agustín, Confesiones X, 21, 31 (BAC; t. II, págs. 419-420).
- 19 Mt. 5, 3-6.
- 20 Cf. San Agustín, o.c., X, 26-28 (págs. 424-426).
- 21 Qo. 5, 12.
- 22 La cita pertenece al poeta latino Decio Junio Juvenal (42 a.C.(cap. 22). ¿37 d.C.?) y ha sido extraída de la décima de sus Sátiras
- 23 Qo. 5, 11.
- 24 Canto 5, 2.
- 25 Sal. 4, 9.'
- 26 Sal. 33, 9.
- 27 Qo. 5, 7.
- 28 Hab. 2, 6c.
- 29 Hab. 2, 6b.
- 30 Qo. 5, 9.
- 31 1 Tim. 6, 17.
- 32 1 Tim. 6, 19.
- 33 Mt. 25, 35.
- 34 1 Tim. 6, 9.
- 35 Mt. 6, 31.
- 36 Mt. 6, 33.
- 37 Sab. 5, 7-10. 13. 15.
- 38 CL San Agustín, o.c., 11, 2 y III, 1 (págs. 107 y 126). Elredo volverá sobre este lema agustiniano. Cf. La amistad espiritual, "Introducción", págs. 255 ss. de este volumen.
- 39 Elredo insiste a lo largo de toda su obra en la importancia de la serenidad interior (y el silencio exterior), que ve como una garantía para la recepción de Jesús, huésped del corazón. Cf. Inst., 1, IV, 28, PC 4, págs. 98; Spec., 111, 3, 6. Sobre el tema en las fuentes de Elredo, véase Carcía M. Colombás El Monacato primitivo (11), "La espiritualidad", cap. 6 (BAC, Madrid, 1975, págs. 196-201).
- 40 Joel1, 17.
- 41 Sal. 80, 12. 13.
- 42 Rom. 1, 24.
- 43 Se dirige directamente a Bernardo.

- 44 Qo. 2, 1.
45 Qo. 2, 4-5.
46 Qo. 2, 7. 8.
47 Qo. 2, 8.
48 Qo. 2, 10.
49 Qo. 2, 11.
50 Jn. 8, 34.
51 Lev. 23, 8.
52 Qo. 7, 20.
53 Sal. 50, 7-8.
54 Jn. 8, 36.
55 Mt. 11, 28.
56 Mt. 11, 29.
57 Mt. 11, 29-30.
58 1 Coro 13, 4.
59 1 Pe. 4, 8.
60 Rom. 5, 5.
61 Cf. 1, 20, 58.
62 Cf. 1 Jn. 2, 16.
63 Cf. Qo. 1, 8.
64 Cf. San Agustín, o.C., X, 27, 38 (pág. 424).
65 Mt. 11, 28.
66 Job 14, 15.
67 Cf. San Agustín, o.C., VIII, 11, 25 et passim (pág. 336, etc.).
68 Cf. idem, VIII, 7, 16 (pág. 327).
69 Cf. idem, VIII, 11, 26 (pág. 336).
70 Cf. Am., Prólogo, 2.
71 Cf. Sal. 115, 7c.
72 Gf. Mt. 11, 30.
73 Gf. Sal. 50, 6.
74 Ex. 20, 13.
75 Se refiere a las penas judiciales o a la oportunidad de la guerra justa.
76 Gf. Ex. 20, 15.
77 Cf. Ex. 12, 36.
78 Ex. 20, 14. No es la fórmula bíblica habitual, sino el "mandamiento", en la ordenación de San Agustín. Gf. su Sermón 9, 7. 14-15. (BAC: t. VII, págs. 154-155, 164-167).
79 Gf. Os. 1, 2.
80 Cf. Sal. 50, 6.
81 Jn. 8, 7.
82 Cf. Gén. 11, 9.
83 Cf. Sal. 30, 11d; 6, 3b.
84 Sal. 102, 3-4.
85 1 Coro 15, 53-54; Is. 25, 8.
86 1 Jn. 1, 3.
87 Cf. Prov. 26, 11.
88 Cf. Mt. 7, 15.
89 Mt. 11, 30.
90 Cf. 1 Pe. 1, 14. 91 Is. 40, 6-8.
92 Mt. 5, 45.

93 Mt. 11, 30.

94 1 Coro 13, 4.

95 Cf. 1 Cor. 13, 20.

96 Cf. Gén. 1, 3-5.

97 Cf. Gén. 1, 6-8.

98 Cf. Gén. 1, 9-10.

99 Cf. Gén. 1, 11-13. 1 Cf. Sal. 62, 2d.

2 Cf. Gén. 1, 20-23.

3 Cf. Col. 3, 2.

4 Cf. Col. 1, 10.

5 Cf. Gén. 1, 24-25.

6 Cf. Gén. 1, 28.

7 Gén. 1, 22.

8 Cf. Gén. 1, 28.

9 Cf. Gén. 1, 26. 27b.

10 Sal. 73, 19.

11 Cf. Gén. 2, 1-3.

12 Cf. Gén. 8, 4.

13 Lucio Sergio Catilina fue un político romano (108-63 a. C.), ambicioso, audaz y sin escrúpulos, cuya temeraria conspiración contra el poder del Senado fue denunciada y desbaratada gracias a las famosas Catilinas de Cicerón. En estas alocuciones públicas (pronto consignadas por escrito), el gran orador de la República, tan admirado por Elredo, no deja de reconocer los valores de la persona de su adversario, pero los utiliza -retóricamente- para destruirlo ante la opinión de sus conciudadanos.

14 Cf. San Agustín, Costumbres de la Iglesia católica 1, 15, 25 y 1, 25, 46 (BAC: T. IV, págs. 293-294 y 319).

15 Lev. 26, 6.

16 Iso 66, 23.

17 Dt. 6, 50

18 Romo 13, 7.

19 Cfo Mt. 22, 37.390

20 1 Jn. 2, 16.

21 A partir de este punto, Elredo sigue un esquema de oración fúnebre trazado por Bernardo en su comentario sobre el Cantar de los Cantares (Sup. Cant., 26). Los puntos de contactos son múltiples, aunque difieran no poco las circunstancias de los respectivos duelos: en aquel Sermón, redactado en 1183, Bernardo lloraba a su desaparecido hermano Gerardo, cillerero de Claraval (monje obediencial); Elredo lamenta a su vez la pérdida de un amigo personal, Simón (monje claustral) una de las personas que más cerca de su corazón haya estado. Este estado emocional (de "corazón roto, pero restablecido por Cristo", diríamos) es un rasgo característico de Elredo. Cf. Vita Ailredi XIII, ed. Powicke, págs. 22-23.

22 Cf., para lo que sigue, nuestra "Introducción", pág. 6.

23 Cf. Sal. 76, 5.

24 Job 19, 21.

25 Cf. Mt. 26, 29.

26 Cf. San Gregorio Magno, Diálogos, libro 11, Prólogo, Téqui, París, 1978, pág. 97. El tema del puer senex es un lugar común en la literatura edificante clásica. Cf. A. J. Festugiére, Etudes de religion grecque, París, 1978, págs. 285-287. Cf. Dom Adalbert de Vogüé, "San

- Gregario Magno, Libro 11 de los Diálogos. Vida y milagros del Bdo. Abad Benito", Cuadernos Monásticos 55 (1980), págs. 409-410.
- 27 El oxímoron es de Gregario. Cf. o.c., ídem; Dom A. de Vogüé, a.c., pág. 412.
- 28 Cf. Gén. 12, 1.
- 29 Cf. Canto 1, 3.
- 30 Sal. 44, 2a. 8b.31 Is. 11, 2.
- 32 Cf. Canto 3, 6.
- 33 Cf. Sal 44, 11. 12.
- 34 Cf. Gén. 39, 12.
- 35 Cf. Mt. 6, 34.
- 36 Le. 23, 28.
- 37 Cf. San Bernardo, Supo Cant., 26, 11, 4.
- 38 Cf. Gén. 37, 5.
- 39 Cf. Gén. 50, 1.
- 40 Cf. 2 Sam. 1, 2.
- 41 2 Sam. 18, 33.
- 42 Cf. Rom. 6, 21.
- 43 Jer. 31, 15.
- 44 Cf. Heh. 13, 22.
- 45 Cf. Mt. 25, 10.
- 46 Cf. Le. 12, 34.
- 47 Lam. 3, 27-28.
- 48 Cf. Gén. 3, 19a.
- 49 Cf. Inst., 1, 1, 3; PC 4, pág. 88, nota 2.
- 50 Sal. 37, 14-15; d. Is. 53, 7.
- 51 Su Prior. Cf. más arriba, Prefacio, 4, nota 4, pág. 54.
- 52 Cf. Jn. 19, 30.
- 53 Cf. Hch. 2, 24a (d. Sal. 17, 6). 54 2 Coro 5, 1.
- 55 Cf. 1 Coro 15, 42-45. 51-54.
- 56 1 Coro 15, 55. Os. 13,14.
- 57 Cf. San Bernardo, Supo Cant., 26, 11, 3.
- 58 Cf. San Agustín, a.c., IX, 12 (BAC: t. 11, págs. 375-379).
- 59 En el lecho de piedra en que era corriente lavar con agua tibia de pies a cabeza el cuerpo de los monjes inmediatamente después de su muerte y antes de los ritos funerarios. Se trataba al mismo tiempo de un gesto inmemorial de respeto y preparación, y de una primitiva especie de autopsia. Cf. L. Lekai, o.c., pág. 376.
- 60 Cf. Jn. 11, 35.
- 61 Jn 11, 36.
- 62 Cf. 1 Coro 2, 11.
- 63 Cf. Heb. 4, 12.
- 64 El P. Dumont indica que la fuente de esta cita es san Agustín, Confesiones, IX, 18, 34 (BAC: t. 11, pág. 380). Elredo cambia el término misericordia, que trae el obispo de Hipona, por pietate.
- 65 Cf. Sal. 26, 9.
- 66 Sal. 100, 1. Cf. San Agustín, o.e., IX, 12, 31 (ídem., pág. 376).
- 67 Cf. Le. 16, 22.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo 1. - RESUMEN DE LO EXPUESTO EN EL LIBRO PRIMERO, CON ALGUNAS CORRECCIONES QUE DEBEN HACERSE.

[1.] Al tratar en la parte anterior de este opúsculo sobre la perfección de la caridad, demostramos -como pudimos que en ella se encuentra la culminación de todas las virtudes; pues no debe llamarse virtud la que no haya brotado de esta raíz, ni se considerará obra perfecta la que no ha realizado esta consumación. Se comprueba que en la caridad se halla la suma de la Ley y la perfección evangélica. Igualmente, ella es la circuncisión espiritual del hombre interior y exterior, la verdadera sabatización del alma, la verdad de los sacrificios y la plenitud total de los preceptos.

Anteriormente tratamos algunos aspectos de la circuncisión y mostramos que el sábado del alma no está ni puede estar en otra parte que en la caridad.

[2.] La caridad es aquel suave yugo y la carga ligera a que nos invita la clemencia del Salvador. "y hallaréis descanso, dijo, para vuestras almas." 1

Pero como la mayoría de nosotros, convencidos por muchas razones, parecemos haber sujetado nuestras cervices a este yugo y nos esforzamos por demostrar que el mismo origina el afán y los trabajos del apetito, propusimos aquellas tres consideraciones, en las que Juan el Evangelista ha incluido toda especie de deseo o apetito; a saber, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. .

Mas, al producirse la muerte de mi querido hermano y abandonarme a las lágrimas y al dolor, la obra quedó interrumpida durante algún tiempo y decidí dejar esta consideración para otro tratado.

[3.] Así pues, para comenzar con palabras de Pablo, digamos que la raíz de todos los males es la concupiscencia.³ Como, por el contrario, el origen de todas las virtudes es la caridad, mientras permanezca en las mismas entrañas del alma esta virulenta raíz, aunque los retoños sean cortados en su totalidad, rebrotarán sin cesar de ese germen vivo, hasta que se arranque del todo la raíz de que se origina la funestísima sucesión de todos los vicios.

Hay- quienes, embarazados con vicios más manifiestos y, por decido así, más groseros, muestran pronto en su misma frente la señal de su ignominia; éstos, juzgo, han de ser excluidos de la presente consideración, pues se demostró suficientemente con anterioridad que su alma permanece vacía de toda tranquilidad y descanso. Pero nosotros, con el yugo evangélico, presentado por la sentencia del Salvador como suavísimo, y con la carga del Señor, comprobada también por su autoridad como muy leve: hemos sometido al parecer los hombros del espíritu y estamos dispuestos a trabajar. Nosotros, digo, los profesionales de la cruz de Cristo, empuñando la llave de la palabra divina, cerrados los claustros de nuestro pecho y penetrando hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de la médula, distinguimos los pensamientos y las intenciones del corazón;" y, sin lisonja adulatoria, viendo lo que hay en los más recónditos repliegues del alma, procuramos descubrir mejor las mismas raíces de las enfermedades.

Capítulo 2. - LA ACTIVIDAD EXTERNA SE SUBORDINA A LA INTERIOR Y, EN ALGUNA OCASIÓN, LA MISMA ACTIVIDAD EXTERIOR AMINORA LA INTERNA.

[4.] Efectivamente, este trabajo no es de la carne, sino del espíritu, como también consta que el descanso del que tratamos es del corazón, no de la carne, aun cuando la actividad externa depende de la calidad interior y ningún trabajo se debe considerar exterior hasta tal punto que no hubiese ningún esfuerzo interno. Observa, por ejemplo, a los

cazadores, a los que practican la cetrería o a cualesquiera de los que se ocupan en estas vanidades. Si atiendes a los movimientos exteriores de su cuerpo, ¿qué hay más trabajoso? Pero si observas la actitud del espíritu, ¿qué más deleitoso? Lo mismo sucede en las cosas más laudables: cuánto es el trabajo exterior para los Apóstoles cuando son conducidos a la cárcel, cuando se les sujeta con grilletes, cuando son azotados bárbaramente. "Y, sin embargo, se fueron gozosos de la presencia del concilio, por haber sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús." 6 Semejante pena se daba a muchos sacrílegos, pero, como la conciencia era distinta, eran miserables en uno y otro sentido, sufrían trabajos interior y exteriormente. Aquellos, en cambio, gozaban de un descanso interior en las penas exteriores.

Ello no nos debe admirar, puesto que el trabajo exterior se disminuye con el interno y los más grandes calores del cuerpo se contrarrestan con los ardores del espíritu. ¿Cuál es el trabajo de los adúlteros, cuál la pena para los ladrones? Aquellos trabajan para recrearse malamente con los abrazos apetecidos; éstos, para gozar plenamente de los bienes ajenos. Pero el adúltero, ardiendo interiormente en el fuego de la lujuria, no advierte por fuera sufrimiento alguno; al ladrón la oculta llama de la avaricia le hace no sentir las penalidades del cuerpo, a pesar de ser manifiestas. De ellos dice el Profeta: "Trabajaron para obrar inicualemente." 7

[5.] Atentamente consideradas estas cosas, consta en efecto que de ningún modo producen desasosiego interno las pasiones exteriores del cuerpo; pero, residiendo la raíz en las entrañas, todo lo que ocurre exteriormente se conforma con la naturaleza de la misma. ¿Por qué, estando dos sentados a la misma mesa, al ofrecérseles unos mismos alimentos, uno se alegra y el otro gruñe? Habiendo recibido las mismas heridas, uno es dominado por la amargura de la tristeza y el otro rebosa de admirable alegría. Dos, marcados al mismo tiempo por el infortunio de la pobreza o de la amputación en el cuerpo, mientras uno blasfema, el otro da gracias. Las mismas imágenes se graban en los ojos de ambos, y mientras uno se agita torpemente, el otro goza de una paz inalterable. Presentándose la ocasión de ambicionar algunos honores, uno se inflama con tanta ansia de poder que no repara en cometer cualquier crimen para conseguirlos, mientras el otro permanece libre de este afán, como si la ambición de dignidades -también a él ofrecidas- poco o nada - le moviese a conseguidas.

Capítulo 3. - LA CARIDAD MODERA CON SU TRANQUILIDAD TODAS LAS COSAS, MIENTRAS QUE LA CONCUPIESCENCIA LAS CORROMPE CON SU PERVERSIDAD.

[6.] ¿No es evidente, acaso, que también a los cuerpos sucede lo mismo? Éstos, según su salud, consideran agradable o molesto cuanto acontece a su alrededor. En efecto, el alimento que para uno es medicina, a otro le agrava la enfermedad. Y el sol, que oscurece alojado enfermizo, ilumina alegremente al sano.

Igual que en los cuerpos, según la naturaleza interna, las cosas exteriores resultan también saludables o nocivas, establecidos estos principios, fácilmente se echa de ver que el descanso de éste o el trabajo de aquél depende de la condición interna de su alma. Porque si el suavísimo y tranquilísimo yugo del Señor, esto es, la caridad perfecta, posee al alma, en esta situación de tranquilidad domina todos los acontecimientos, no dejando que la misma sea conmovida por las perturbaciones de las cosas, sino que se vale de esas perturbaciones y variaciones para su propio provecho.

Si el alma estuviese aprisionada por el fortísimo yugo de la concupiscencia, ciertamente, siempre que durante algún tiempo no tenga ocasión de alterarse, el descanso

conseguido aparentará ser la suavidad del yugo del Señor; mas, surgida una causa de cualquier indignación, al punto, desde las profundidades del corazón, como de secretísimas cavernas, esta feroz bestia aparece hiriendo y desgarrando a la pobre alma con los crueles mordiscos de las pasiones, no concediendo tiempo alguno para la paz o para el descanso.

Corrómpase, pues, el yugo en presencia del óleo, es decir, que el yugo de la concupiscencia se corrompa en presencia de la caridad; al punto se hará sentir la carga de Cristo, que, como alguien dijo, "es ligera, suave, alegre, arrancada de la tierra y arrebatada al cielo"

Por tanto, si queremos experimentar la dulzura de este descanso, busquemos solícitamente las causas y raíces de nuestro padecer, no limitándonos sólo a las cosas externas, con un afecto lánguido, como el hierro embotado, sino penetrando con vehemente solicitud hasta los mismos orígenes de las enfermedades.

Capítulo 4. - TODO EL TRABAJO INTERIOR BROTA DE LA TRIPLE CONCUPISCENCIA.

[7.] Creo que si investigamos con cuidado el origen de nuestro padecer, manifiestamente hallamos que se deriva de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos o de la soberbia de la vida, como de fuentes emponzoñadas.

Si incluso un alimento poco refinado me contrista, esta tristeza la produce la concupiscencia carnal; pues no sufro por haber cargado con el yugo de Cristo, sino porque no me he liberado plenamente del yugo de la concupiscencia. Si espoleado por el deseo de una buena comida, me entristezco cuando me dan otra peor, o incurro en la peste de la murmuración 9 cuando está preparada peor que de costumbre, o más tarde, o negligentemente, ¿qué origina en mí estas angustias: la pasión de la concupiscencia o la suavidad de la caridad? Si a causa del gran número de lecturas nocturnas algún monje exigiese de su Prior una cantidad determinada de alimentos y manjares, y anhelara, por la excelencia de cualquier solemnidad, comidas más excelentes y peregrinas, ¿qué tendría de raro si cuando faltase algo de esto prorumpiera en riñas y discusiones y, no siendo capaz de reprimir el ímpetu de su pésima pasión, perturbase la paz de los hermanos con sus impetuosas exclamaciones y con murmuraciones ocultas? ¿Acaso la concupiscencia mundana no es la que impone a éste el yugo de su miserable servidumbre y las angustias de tan despreciable sufrimiento?

Bien dijo Santiago refiriéndose a estos hombres: "¿De dónde esas guerras y contiendas entre vosotros? ¿No provienen acaso de vuestras codicias que militan en vuestros miembros?" 10

Capítulo 5. - ALGUNOS AFIRMAN QUE EL TRABAJO EXTERIOR ES CONTRARIO A LA CAJUDAD y A LA DULZURA INTERIOR.

[8.] Afirman que el cuerpo se arruina con las vigiliadas constantes, que la carne se aflige con los trabajos diarios, que

el vigor de los miembros se debilita con los alimentos de mala calidad 11 y que no sólo se, te recomienda el trabajo, sino que e aventajes en él en gran medida, a pesar de que consta que es contrario a la caridad, porque, privando al alma de toda suavidad y consumiéndola, la priva de toda dulzura espiritual.

Esta es la sentencia bien digna de ,burla de quienes ponen la dulzura espiritual en cierta suavidad de la carne, asegurando que la' aflicción del cuerpo es contraria al espíritu y que los padecimientos del hombre exterior disminuyen la santidad interior.

Dicen que como la carne y el espíritu están unidos con un afecto natural, es necesario que comuniquen entre sí sus sufrimientos, y así es imposible que la alegría del uno no se perturbe con la opresión del otro; de tal manera que el espíritu, abatido por la ansiedad de una aflicción, de ningún modo puede gozar de alegría espiritual. Estas cosas parecen haber sido cuidadosamente investigadas y comprobadas. ¡Cuán vergonzoso es buscar la gracia espiritual según las reglas de Hipócrates! Y así yerran ellos, los que se apoyan más en los argumentos físicos que en los preceptos apostólicos.

[9.] Esta es su sabiduría, no la que desciende de lo alto -que ante todo es honesta y después. pacífica-;" es una sabiduría totalmente terrena, animal y diabólica. Esta es una sabiduría de mera palabrería, que, cuando enseña la suavidad de la carne, procura quitar la cruz de Cristo, en la que, efectivamente, por lo que toca a la carne, nada es suave, nada es muelle, nada es tierno, nada en absoluto es delicado. Ella, la Cruz no queda anulada; ella, más bien, echa por tierra esta delicada doctrina, a la que atacan los clavos incrustados en los sagrados miembros y de la que triunfa con saludable agudeza aquella lanza clavada en las dulces entrañas.¹³

Yo no estoy de acuerdo y me atrevo a afirmar que la aflicción de la carne, si va precedida de recta intención, observándose discreción y no según la propia iniciativa, sino fundándose en los ejemplos de los mayores para que la relajación y disolución de costumbres no !sobrevenga con pretexto de discreción, así repito que la aflicción de la carne no es contraria al espíritu y pienso que no disminuye la consolación divina, antes la provoca. Además, creo que estas dos cosas siempre aparecen igualadas, almenas en esta vida; a saber, la tribulación exterior y la consolación interior.

[10.] ¿Qué dices? ¿Habré de creer más a tus teorías que a mi experiencia personal? u ¿Y qué pasaría si otro atestiguase haber experimentado algo muy distinto? ¿A cuál de los dos creería preferentemente? Tú, aferrándote al sentido literal de la palabra, sostienes que la gracia espiritual queda disminuida; aquél, cuanto mayor es su aflicción, tanto más grande gracia de dulzura divina experimenta. Por tanto, ¿a qué teoría debemos dar fe? ¿Acaso pensamos que la gracia divina debe someterse a las razones físicas? No, de ningún modo; ella se compadece de quien quiere con toda libertad.¹⁵ Tal vez comunique la dulzura de su consolación al que goza de riquezas y delicias, y, en cambio, con rígida severidad, no la da al pobrecillo que cada día muere por Dios. Lejos de nosotros el murmurar de quien es dulcísimo, suavísimo, piadosísimo y compasientísima. Si lo digo yo, puedes dudar, pero, si Cristo lo dice, es herético no creerlo.

Capítulo 6. - LA PREDICHA SENTENCIA ES REBATIDA POR LA AUTORIDAD APOSTÓLICA Y PROFÉTICA.

[11.] Acérquese, pues, aquel fortísimo atleta, testigo fidelísima, polemista egregio, por el que habla Cristo, que todos los días muere por Cristo;¹⁶ que padece toda clase de tribulaciones, por fuera asechanzas y por dentro temores;¹⁷ que castiga su cuerpo y lo somete a servidumbre;¹⁸ que no come su pan de balde, sino trabajando con fatiga día y noche, y cuyas manos, para él y cuantos con él están, suministran todo lo necesario;'. en fin, el que, en trabajo y en fatiga, en muchas vigilias, en hambre y en sed, en frío y desnudez:. se esfuerza como aguerrido soldado de Cristo," hijo las insignias de Jesús. Que Pablo, digo,

resuelva esta cuestión y muestre si tanta tribulación y tan tremenda fatiga le arrebataron la consolación espiritual.

Tal vez la cabeza, seca de tanto humor natural por tantas vigiliias y trabajos, no podía producir lágrima alguna, y el corazón, marchito por tantas aflicciones, acaso nada experimentaba de espiritual dulzura.

[12.] Pero lo veo escribir a algunos con mucha tribulación y con abundantes lágrimas;" lo veo llorar por algunos que anteriormente pecaron, mas no hicieron penitencia;23 lo veo regocijarse con los alegres y llorar con los tristes;2' lo oigo lamentarse, porque no quiere ser despojado, sino más bien sobrevestido.25

Y, ¿qué diré de su dulzura espiritual, cuando, por suavísimo gusto, consideró como basura incluso las cosas que para él parecían ganancias? 26 ¿Acaso impulsado por esta admirable dulzura no deseó ardientemente los mismos abrazos de Cristo, diciendo: "Deseo ser desatado y estar con Cristo, como mucho más preferible"? 27 ¿Acaso, embriagado en el maravilloso amor de Cristo, no quiso gloriarse absolutamente en ninguna otra cosa, "sino, dijo, en la cruz de nuestro Señor Jesucristo"? 28 Y, movido por el fervor de inmensa calidad, por .ventura ,~~

anatematiza a los que no aman al Señor Jesús, diciendo: Si alguno no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema: Maranatha"? 2.

[13.] Diga él, también, si estuvo abandonado en su tribulación sin consuelo alguno, y explíquenos qué debemos esperar en la tribulación nuestra:. De este modo, la cabeza de la serpiente que silbando introduce en los sentidos humanos este ponzoñoso veneno, quedará aplastada 31 por la autoridad apostólica.

Como es propio de la serpiente arrastrarse sobre su vientre, comer tierra:2 dormir a la sombra en lugares húmedos y, con apariencia de perfección, darse ::J: la lujuria y a la sensualidad, así más fácilmente cree apartar a algunos simples de la pobreza apostólica y de la pureza evangélica. Estos esperan poseer mayor gracia de dulzura divina con una más descansada vida. Esperan que sus rostros aparezcan humedecidos por las lágrimas más santamente entre comilonas y borracheras, entre banquetes regios estupendamente preparados, en conversaciones inútiles y orgías nocturnas; mientras tanto, por el contrario, en trabajos y fatigas, en muchas vigiliias, en hambre y sed, en frío y desnudez,33 en mortificación de la propia voluntad, en la fatiga de cada día, en el desprecio del mundo y en el menosprecio de la carne, sus rostros aparecen pálidos y los ojos secos.

[14.] Diga, pues, Pablo, si en la presente tribulación aquel piadoso consolador deja a los suyos sin consuelo; y adelántese con su autoridad, ahora que de nuevo pulula la herejía de Joviniano.3' Con todo, la herejía de que tratamos resulta más perniciosa que la de Joviniano, porque mientras éste equipara los banquetes a la abstinencia, la presente herejía los antepone.

Por tanto, los que ponen mayor consolación de divina dulzura en la suavidad de la carne que en la tribulación, escuchen a San Pablo, que dice: "Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra." 3.

Luego, ya nos castigemos con ayunos, ya nos aflijamos con vigiliias, ya nos fatiguemos con trabajos, bendito sea Dios que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Si somos apedreados, amarrados con cadenas y azotados, y si padecemos las angustias de la cárcel,36 bendito sea Dios que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Brame el mundo, enfurézcase, persíganos con sus odios, atáquenos por medio de los malvados, arrebathe nuestros bienes, manche nuestra fama, bendito sea Dios que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, "para nosotros consolar a los que están en toda tribulación":7 Y aquí promete su consolación, no a los que abundan en riquezas y placeres, sino a los que se

encuentran muy afligidos. Y, dando una solución completa, añade: "Porque, según rebo- san sobre nosotros los padecimientos de Cristo, así, por mediación de Cristo, rebosa también nuestra consolación." 3S

¿Lo quieres más claro? Esto es, por entero, lo que poco antes dijimos; a saber, que, las dos cosas, los padecimientos exteriores y la consolación interior van siempre a la par.

[15.] ¿Quién es, por tanto, tan obtuso, tan presuntuoso que, contra la autoridad apostólica y ante una verdad tan manifiesta, apoyándose en razones físicas, afirma con imprudente vanidad que la participación de los sufrimientos de Cristo" es contraria al espíritu y disminuye la gracia de la dulzura espiritual?

Participar en los padecimientos de Cristo es someterse a la disciplina regular, mortificar la carne con abstinencias, vigiliyas y trabajos, someter la voluntad propia al juicio ajeno: o no preferir nada a la obediencia. u Resumiendo todo en pocas palabras, _nuestra profesión que hicimos según la Regla de San Benito, pretende participar precisamente en los sufrimientos de Cristo, según el mismo testimonio de nuestro legislador:

"Y así perseverando en el monasterio hasta la muerte, participemos de los ,sufrimientos de Cristo por la paciencia y crrezcamos tambien acompañarlo en su Reino. Lo mismo dijo el Apóstol: "Sabiedo que, así como sois compañeros de los padecimientos, así también lo seréis de la consolación." 43

[16.] Y qué necesaria sea la aflicción externa del hombre, nos lo enseña también claramente el mismo Apóstol: "Aun cuando nuestro hombre exterior 'se desmorona, nuestro hombre interior se va renovando día tras día. Porque lo que aquí significa para nosotros una tribulación momentánea y ligera, engendra en nosotros de modo muy maravilloso un peso eterno de gloria.""

En fin, Salomón, se expresa con misteriosas palabras, diciendo a quienes debía infundirse la divina consolación: "Dad sidra a los que están afligidos y vino a quienes se hallan en amargura de corazón. Beban y olvídense de su necesidad, y no se acuerden más de su dolor." 4. Con estas palabras, claramente promete aquel vino que alegra el corazón del hombre:6 no a los envidiosos en el ocio o que pasan el día entre comentarios y carcajadas, sino a los que están en la amargura de corazón; y aquella sidra de manzanas nuevas y añejas que la esposa conserva para recreo de su esposo,47 la prepara no para los que banquetean y se emborrachan, sino para los que están angustiados a causa de las aflicciones de esta vida y trabajan en la pobreza y en el dolor; para éstos ha de ser destinada, dice: "Beban y olvídense de su miseria." 4S Es decir, asegura que la grandeza del sufrimiento debe disminuir con la divina consolación.

A esta sentencia se adhiere abiertamente el Salmista, diciendo: "Cuando en mi corazón se amontonan afanes, vienen tus lenitivos a consolar mi alma.". Por tanto, nadie se espante de aquel camino estrecho que conduce a la vida;5° que nadie se muestre remiso en lo que emprendió ni vuelva atrás por una tímida pusilanimidad, sino que, como dice nuestro Legislador: ' soportándolo todo, no afloje, ni huya, sabiedo que, según los trabajos que tolere por Cristo, las consolaciones alegrarán su alma.

Capítulo 7. - POR QUÉ ALGUNOS SON MOVIDOS A COMPUNCIÓN CON MAYOR DULZURA EN EL CAMINO ANCHO QUE . EN LA VIDA MÁS ESTRECHA.

[17.] ¿Por qué, dices, cuando vivía con mayor comodidad, comiendo manjares más sabrosos, bebiendo moderadamente, concediendo algo más al sueño, no fatigando el cuerpo con el trabajo o con la aspereza de los vestidos, ni reprimiéndolo con tanto silencio, de aquel

modo me compungía, me afligía y gozaba de cierta dulzura de espíritu, mientras ahora, en esta estrechez, me encuentro tan árido y seco que ni a golpes puedo sacar lágrimas de mis ojos?

[18.] Yo quisiera saber de ti lo que juzgas acerca de esto. Estando sumergido en el cieno de los vicios y entregado a toda clase de inmundicias y pecados, nada de maldad en absoluto te horrorizaba. En tal vida muchas veces te compungías, con frecuencia llorabas y no sólo por el temor de la pena y por el recuerdo de tus pecados -de lo que casi nadie se admiraría-, sino que también, derretido con admirable afecto en la dulzura del amor de Jesús, parecías estar abrazado a él con un beso de tu alma. ¿Qué te parece?

¿Habremos de seguir tal vida, imitar esas costumbres, cultivar los placeres de la carne y sujetar los miembros a la sensualidad para gozar de semejante dulzura? ¿Quién no diría que esto es una locura? No debo ser ambiguo, sino que, como bien lo sabe el mismo Jesús, he de hablar con verdad y certidumbre.⁵²

[19.] Conocí a un hermano que, pasándose todo el día entre hombres y mujeres seglares, entregado a la conversación y a la bebida, volviendo tarde al monasterio, lloraba abundantemente y suspiraba de tal manera que con sus importunos gemidos molestaba a muchos. .. Pero no por esto se apartó lo más mínimo de estos placeres. ¿Ha de abandonarse la estrechez regular con la esperanza de esta compunción, y seguir semejante torpeza? ¿Quién no se horrorizaría de oír esto?

Capítulo 8. - CuÁL SEA LA TRIPLE CAUSA DE LA ESPIRITUAL VISITACION.

[20.] Hemos manifestado que no siempre tal visitación ⁵³ muestra la santidad, pues muchas veces la provoca y otras la conserva. Hay, pues, en cuanto ahora se me ocurre, triple causa de esta visitación. Algunas veces se hace para excitar, otras para consolar y, las más, también para premiar; para excitar a los que duermen, para consuelo de los atribulados y como premio para quienes suspiran por los bienes celestiales. La primera excita a los entumecidos, la segunda restaura a los fatigados y la tercera sostiene a los esforzados. Esta primera compunción induce a la santidad; la segunda la conserva y la tercera la premia. La primera atemoriza a quien la desprecia y atrae al que teme; la segunda atrae y estimula al esforzado; la tercera acoge al que la consigue. La primera es como un agujón corrigiendo al descarriado; la segunda, como báculo que sostiene al débil; la tercera, lecho que recibe al que descansa.

[21.] Así pues, de la misma manera que la divina clemencia invita a mejorar de conducta a quienes viven tibia y perdidamente, unas veces con la palabra y otras con el ejemplo, alguna vez con la corrección e incluso con el látigo, así también estimula a corregir las costumbres con una secreta compunción, excitada por el temor o acaso producida por el afecto.

La causa de esta visita puede ser doble, pues en los elegidos se realiza para su aprovechamiento, pero en los réprobos para su perdición.

Capítulo 9. - EL PRIMER GÉNERO DE COMPUNCIÓN, COMO OTRAS CIERTAS GRACIAS, CONDUCE A LOS RÉPROBOS A SU PERDICIÓN, Y A LOS ELEGIDOS A SU APROVECHAMIENTO.

[22.] No hay que admirarse de que esta gracia, las más de las veces, sea común a buenos y a réprobos, pues los más preclaros carismas, a saber, la palabra repleta de sabiduría, la profecía, los diversos géneros de lenguas, la gracia de hacer milagros, sabemos

que han sido también concedidos a los réprobos; así a Saú15' entre los profetas y a Judas 55 entre los apóstoles. "Muchos -dijo Jesús- me dirán en aquel día: Acaso no lanzamos demonios en tu nombre, y en tu nombre hicimos muchos prodigios? Y entonces les declararé que no los conozco." 5.

Igualmente vemos que Balaam, conmovido por la gracia de la compunción, dijo: "Muera mi alma con la muerte de los justos y sean mis últimos momentos semejantes a los de ellos." 57 Y, deplorando su propia perversidad, añadió: "Así habla Balaam, hijo de Beor, el que oyó las palabras de Dios, el que, cayendo, tiene los ojos abiertos." 5. Sin embargo, de nada se aprovechó con esta compunción el que enseñó a Balac a provocar escándalo ante los hijos de Israel, fornicando, comiendo y bebiendo de los sacrificios ofrecidos a los ídolos".

¡Cuántas veces lloraron ante el Señor los hijos de Israel en el desierto, al ser corregidos por Moisés, sin que de nada les sirviese aquella compunción, al volverse de nuevo a las antiguas concupiscencias! Ya introducidos en la tierra de promisión, cuando el ángel les habló en el "lugar de las lágrimas": "lloraron todos a voces, pero, no obstante, siguieron obrando el mal delante del Señor.

[23.] ¿Y qué decir de Judas? ¿Acaso no exclamó, compungido: "He pecado entregando la sangre inocente"? ¡Ciertamente, nada aprovecha esta clase de compunción a los que

vuelven a cometer su perversidad, y de ello es testigo aquel sabio, que dijo: "El que se lava por haber tocado a un muerto, y de nuevo lo toca, ¿qué le aprovecha su ablución?" 62 Se lava por haber tocado a un muerto el que está compungido, con todo el calor de su fervor, de su mala vida, fétida y cubierta de vicios. Pero de nada ~ sirve tal lavatorio si no lo acompaña la enmienda.

Por tanto, los elegidos, para quienes todo coopera al bien, se ejercitan con esta clase de compunción, no para condenación, sino para su aprovechamiento.; y, movidos por esta visitación celestial, de ningún modo se satisfacen con una vida más amplia, antes bien, tanto se regocijan con la dulzura del amor divino, cuanto más ardientemente se disponen a los más esforzados ejercicios de virtudes.

Capítulo 10. - TRATA DE LA DOBLE RAZÓN DE LA SEGUNDA VISITA ESPIRITUAL; y COMO DE ELLA SE PASA A LA TERCERA, QUE ES MÁS EXCELENTE QUE LAS DEMÁS.

[24.] Los que rechazando la tibieza se hubieran entregado sin retroceder al trabajo y a la lucha por Cristo," recibirán de él un más excelente género de compunción, que sana a los enfermos, robustece a los débiles y alienta a los descorazonados.

Esta compunción es además consuelo para los afligidos, descanso para los fatigados, fortaleza para los tentados y aprovisionamiento para los caminantes. De ella se ven privados los que, retirándose ante las primeras fatigas, se vuelven a su anterior indolencia, o buscan viles consolaciones en una vana camaradería, en visitas a los amigos o, al menos, en la libertad de su propia voluntad.

Despreciando estas mezquinas consolaciones, el santo profeta dijo: "Mi alma rehúsa todo consuelo." 64 ¿Serás privado acaso de todo consuelo? Ciertamente no: "Me acordé de Dios [prosigue el salmista], y me consolé." 66

[25.] Por otra parte, es doble la razón de esta visita, pues unas veces se concede a los tentados para que no caigan, y otras a los que han de serlo, para que lleven la tentación más fácilmente. Por la primera son reanimados; por la otra, armados. Nadie mida, pues, su santidad por el primer género de visitación, porque es claro que alguna vez se concede a los réprobos; pero tampoco por el otro, pues, aunque sea mejor, no indica santidad, sino que

sólo contribuye a ella. En el primero es como si se la produjese; en el otro, se la nutre. Verdaderamente, en el segundo género, acostumbrado a una frecuente compunción y alimentado con repetidos sorbos de la dulzura divina, se llega a un sublime y más excelente grado, que ya no sólo conforta y alienta al débil, sino que lo recompensa, como a perfecto vencedor, con una gracia más abundante.

Capítulo 11 - DIOS OBRA EN CADA UNA DE ESTAS VISITACIONES.

[26.] El alma se despierta en el primer estado. En el segundo es purificada y en el tercero se deleita con la tranquilidad del sábado. En el primero obra la misericordia, en el segundo la piedad y en el tercero la justicia; porque la misericordia busca lo perdido, la piedad reforma lo encontrado y la justicia recompensa al que ya es perfecto. La misericordia levanta al caído, la piedad ayuda al que lucha, la justicia corona al vencedor.

¿Puede haber, en verdad, más claro indicio de la misericordia divina que la suavidad, la alegría, la admirable serenidad en que nada manchado halla cobijo? Ella comunica la gracia de su visita al alma aún sucia, y no sólo la excita con el temor, sino que, rompiendo todos los cerrojos del alma hechos impenetrables con los candados de los vicios, deposita en los labios todavía inmundos el beso de su dulzura y, con su inefable caridad, acaricia a la que se aparta, sostiene a la que vacila y anima a la que desconfía.

[27.] ¡ Oh dulce Señor! ¿Qué te daré por todo lo que me has otorgado? 66 10h qué suave es tu espíritu en todas las ocasiones! Verdaderamente, Señor, tu misericordia es grande para conmigo; tú extendiste tu mano desde lo alto 67 asiéndome y librándome 68 de la muchedumbre de las aguas 69 y de las manos de los hijos de perdición; tú libraste a mi alma de lo profundo 70 del infierno, donde me consolaba con una gota 71 de tu dulzura, y oí tu voz corno de lejos: ¿Qué haces, oh ingrato y miserable? ¿Por qué te recreas en esas inmundicias y te deleitas en esas torpezas? En mí hallarás toda la dulzura, toda la suavidad, toda la alegría. ¿Acaso desesperas por la enormidad de tus crímenes? Si yo persigo al que me huye, ¿acaso rechazaré al que - se acerca? Si te atraigo y abrazo, a ti, que apartas tu rostro de mí, ¿rechazaré al que se cobija bajo las alas de mi misericordia?

[28.] Tu voz, Señor, es inspiración tuya. Porque, ¿de dónde tanta esperanza a un alma desesperada, sino de ti, Señor, que se la das, que curas nuestras enfermedades de modo maravilloso, que arreglas nuestras deformidades?

Y, ¿qué decir ahora de aquel segundo estado en que la piedad divina obra tan admirablemente en el hombre, para que, de tal forma, se aproveche de la tentación 72 y en la debilidad se fortalezca más? 73 Como toda alma rehuye naturalmente los trabajos, tentaciones y dolores, [el alma así probada] es animada con tantas consolaciones en los que padece, que no sólo resiste los ataques, sino que también parece provocar las tentaciones y, de algún modo, incluso buscarlas.

En este estado se encontraba aquel santo, que dijo: "Pruébame, Señor, y examíname." 74 Y el mismo pidió también:

"Pruébame, Señor, y sondea mi corazón." 7' En dicho estado, acostumbrada el alma a los innumerables incentivos de los afectos celestiales, poco a poco se introduce en aquel género de visitación, más sublime y por muy pocos experimentado, en donde comienza a saborear las primicias de la futura remuneración; pasando al lugar del admirable tabernáculo, a la casa de Dios, 7. y derramando sobre sí su alma, se embriaga con el néctar de los secretos celestiales y, al contemplar con purísimos ojos el lugar de su futuro descanso, exclama con el Profeta: "Esta es mi mansión para siempre, aquí habitaré, porque la he elegido." 77

Luego, así como en aquel estado, donde no hay méritos anteriores, tan sólo obra la misericordia, de la misma manera en este, en que premia sus méritos -que, con todo, quiso que fueran méritos nuestros-, obra la justicia con la misericordia.

Capítulo 12. - EN LA PRIMERA VISITACIÓN SE HALLA ESPECIALMENTE EL TEMOR; EN LA SEGUNDA, EL CONSUELO; Y EN LA TERCERA, EL AMOR.

[29.] Creo un deber advertir que, aunque en la primera visitación se mezcla alguna vez con el temor la dulzura de la suavidad, en la segunda de ordinario se junta al estímulo del temor con la suavidad. Propiamente, aquélla pertenece al temor y ésta a la dulzura de la consolación, pues en la tercera, la perfecta caridad echa fuera al temor.⁷⁸ El principio de la sabiduría es el temor del Señor,⁷⁹ pero su consumación es el amor.⁸⁰ En el temor, el principio; en el amor, la perfección. Aquí el trabajo, allí el premio. De éste se sube a aquél; pero no se llega a él sino por él mismo. En efecto, al alma que de ordinario aflige el temor, el dolor la aprisiona, la destroza la desesperación, la tristeza la absorbe, la corroe la acedia.⁸¹ Entonces, descendiendo una gota de la admirable suavidad del bálsamo de aquel rico monte, del monte rebosante de bienes, se esparce sobre ella como agradabilísimo unguento. Con el resplandor de la radiante luz divina, toda aquella niebla de los sentidos irracionales se disuelve. Para su satisfacción, toda aquella amargura desaparece, el corazón se dilata, el alma se robustece y de un modo admirable se dispone a elevarse. Así el temor supera la tibieza y aquél es templado por el gusto de la dulzura divina. Para que el alma no se apegue a lo carnal, la excita al temor; y para que no flaquee en el trabajo, le alimenta el afecto.

[30.] Con alternativas, sin duda, es instruida durante largo tiempo⁹, hasta que toda el alma, absorta en aquella inefable caridad, ya no se solaza con el amor, sino con la figura del más hermoso de los hijos de los hombres: "deseando abrazarlo, y comienza a querer disolverse y estar con Cristo: s diciendo todos los días con el Profeta: "Ay de mí, que mi morada en esta tierra ajena se ha prolongado." 8.

Así nuestro Legislador dará su bendición, administrando a los principiantes el vino de la compunción con el temor de Dios y a los proficientes la leche de los pechos de su consolación; al destetarlos, comenzarán a deleitarse en su gloria.

La primera visitación denuncia la iniquidad; la segunda padece la debilidad y la tercera, en verdad, muestra la santidad. Nadie, por tanto, se gloríe en la primera, donde queda patente lo inicuo y lo torpe; ni en la segunda, en que se manifiesta lo débil; pero, en la tercera, el que se gloríe, gloríese en el Señor."

Capítulo 13. - FRUTO QUE SE ENCUENTRA EN CADA UNA Y POR QUÉ ALGUNOS SON PRIVADOS DE LA CONSOLACIÓN DE LA SEGUNDA VISITA.

[31.] El resultado de la primera visitación es una auténtica conversión a Dios; el fruto de la segunda, la mortificación de la voluntad propia y de todas las pasiones; el de la tercera es la felicidad perfecta.

Recibido el fruto de la primera compunción, mediante la excelencia de la consolación perfecta, cesan aquellas otras que, por así decirlo, ya han concluido su misión, comenzando seguidamente la prueba de las tentaciones y de los trabajos, para que se realice con mérito lo que es dulce devoción a Dios. Porque no se concede fácilmente el afecto de esta dulzura, sin que vaya precedida, acompañada o, desde luego, seguida inmediatamente de algún trabajo o tentación; y de ningún modo se concede en recompensa de la buena vida, sino para sostenerse en la debilidad o para aligerar la tentación.

Los que ante las primeras tentaciones y trabajos se retiran y, escandalizados, como. los primeros discípulos del Señor, aborrecen la comunión del cuerpo y de la sangre del Señor. esto es, de la imitación de su Pasión, diciendo: "Duro es este lenguaje, ¿quién sufre oírlo?" y así, hechos ineptos para el Reino de Dios, miran atrás o admiten abiertamente las consolaciones humanas y las más viles consolaciones terrenas; éstos, digo, se excluyen a sí mismos de la dulzura de esta consolación y, en todas partes miserables, no ascenderán a aquel otro sublime género de visitación, teniendo así que soportar sin consuelo los ejercicios de las virtudes. Sin embargo, no se atreven a volver a su primera situación, porque la conciencia se resiste a ello. Quizás estos hombres habrían triunfado meritoriamente de su deserción de la divina consolación si, renunciando perfectamente a todo su pasado y mortificando por completo la voluntad propia, no hubiesen preferido las miserables e indignas consolaciones del mundo a la consolación de Dios.

[32.] Pero ahora, al comenzar un camino de mayores exigencias, en seguida se ponen a soñar con no sé qué ínfulas de dignidades, abusando de su libertad con vanísima presunción. Estos miserables no esperan a que se les diga: "Amigo, sube más arriba", sino que ellos mismos, en cuanto pueden, se colocan descaradamente en los sitios mejores y apetecen, por decirlo con palabras evangélicas, los primeros puestos en las sinagogas, los primeros asientos en los banquetes, los primeros saludos en las plazas y ser llamados maestros por los hombres, afectando en verdad ser maestros los que ni siguiera por un día supieron ser discípulos.

Siendo ellos mismos conscientes de tales estupideces, me admira con qué cara o con qué irreverencia piensan deber ser hechos partícipes de la dulzura divina, y que su alma, manchada de afectos terrenos, deba ser favorecida con los suavísimos y purísimos abrazos de Jesús.

Si se les hubiese dado una gota de celestial dulzura, no sería por el mérito de su santidad, ni como descanso de su trabajo, sino como a enfermos para levantar sus ánimos, aunque a los que voluntariamente pecan o están anclados en la tibieza después de recibir la noticia de la verdad y de emprender el camino de una perfecta pureza, nunca o casi nunca se les otorga esta gracia.

Se ha de decir, en efecto, que una cosa es ser tentado solamente con afectos terrenos, y otra caer alguna vez, apenas y raramente; una cosa es caer y consentir o abandonarse totalmente a ellos, y otra aceptarlos contra su voluntad, si lo impone la necesidad o la ocupación.

Capítulo 14. - ALGUNOS TESTIMONIOS DIVINOS, SEGÚN LOS CUALES PUEDE MEDIR CADA UNO SU PROPIO ESTADO.

[33.] Si quieres contemplar con más claridad las causas y razones de tu visitación .en aquel primer estado a que llegaste, realizando una investigación inteligente de las características de tu vida y costumbres, no según tus propias opiniones, sino conforme a las reglas de las Escrituras, y a las normas de los preceptos divinos y de tu propia profesión, examínate con diligente cuidado, siendo testigo tu conciencia.

Dijo el Señor: "Guardaos, no se emboten vuestros corazones en la glotonería y en la borrachera y las preocupaciones de la vida." 80 Y también: "Todo el que se encolerice con su hermano, será reo delante del tribunal; y quien diga a su hermano 'raca', será reo ante el sanhedrín; y quien le diga 'insensato', será reode la gehena de fuego en otra parte: quien quiera entre vosotros llegar a ser grande, sea vuestro servidor." 91 Y asimismo: "Todo cuanto quisierais que hagan los hombres con vosotros, así también hacedlo vosotros con ellos." 82 y lo otro: "De toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán razón en el día del juicio." 93

El Apóstol San Pablo afirma también: "No en comilonas y borracheras, no en fornicaciones y desenfrenos, no en rivalidades y envidias, sino revestios del Señor nuestro, Jesús; y no tengáis solicitud por la carne." 9. Y él mismo: "Nadie que se dedica a la milicia se deja enredar en los negocios de la hacienda." 95 Y a los gálatas: "Si los unos a los otros os mordéis y devoráis, mirad, no os aniquiléis los unos a los otros." 96 Y a los de Tesalónica: "Os exhortamos, hermanos, a que os aventajéis más y más, y que, pundonorosos, os esmeréis en vivir sosegados, en ocuparos de los huéspedes y en trabajar con vuestras propias manos, como os encargamos, a fin de que procedáis decorosamente a vista de los de fuera, y de nadie tengáis necesidad." 97 y también dijo a éstos en su segunda carta: "Quien no quiera trabajar, que tampoco coma." 98

Santiago dice: "Hermanos míos, no juntéis con acepción de personas la fe de nuestro Señor Jesucristo, Señor de la gloria." 99 Y: "Si tenéis en vuestro corazón celos amargos y espíritu de contienda, no os jactéis, pues donde hay celos y contiendas, allí hay turbulencias y toda obra vil." 1 Un poco después: "El que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios." 2 Y lo que se sigue: "No digáis mal unos de otros, hermanos." 3

Leamos al Príncipe de los Apóstoles: "Amados míos, dijo, os exhorto a que, como forasteros y extranjeros, os abstengáis de las concupiscencias de la carne." Y en la misma carta: "Depuesta, pues, toda malicia y toda falsía y fingimientos, envidias y toda suerte de maledicciones..." 5 Más abajo: "Si uno habla, sean como palabras de Dios." 5 Un poco después dice a los pastores: "Apacentad la grey que os está encomendada, gobernando no por fuerza, ni por torpe lucro, y no queráis tener señorío sobre el Clero." 7

"Asimismo, los más jóvenes sujetaos a los presbíteros. Y todos revestios de sentimientos de humildad." 8 Y él mismo, en la segunda carta: "Una vez escapados de la corrupción que reina en el mundo, nacida de la concupiscencia, [. . .] sed sobrios y vigilad." 9

[34.] Pasemos ahora a aquel discípulo a quien Jesús amaba: "Quien dice: 'Lo he conocido', y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso." 10 Y: "No améis al mundo, ni las cosas que hay en el mundo." 11 También, más adelante: "Todo el que aborrece a su hermano es homicida." 12

El apóstol Judas dijo también: "Ay de ellos, porque anduvieron por el camino de Caín y, con la esperanza del lucro, se precipitaron en los extravíos de Balaam y perecieron-con la sublevación de Coré. Estos son los que mancillan vuestros ágapes." 13 Un poco después: "Estos son murmuradores, descontentos de su suerte, que viven conforme a sus concupiscencias." H Y todavía: "Aborreciendo hasta la túnica manchada por la carne:" 1"

[35.] Estos testimonios y otros semejantes de la doctrina evangélica y apostólica propóntelos como un espejo espiritual y contempla cuidadosamente el rostro de tu alma; y si observas que aún abundas demasiado en banquetes y muy frecuentemente te calientas con el vino, que te ocupas en negocios profanos, que te distraes con cuidados mundanos y estimulas los deseos de la carne; que ocupas el día en discusiones y novelaría, que desgarras la carne de tu hermano con los impuros mordiscos de la detracción; que estás disipado en un ocio estéril y te desasosiegas con cualquier cosa, danzando de acá para allá con habladurías; que no te alimentas con tu propio trabajo, sino con la sangre y el sudor de los pobres; si, en fin, te manchaste frecuentemente con ira, impaciencia, envidia y desobediencia; si andas más solícito del cuidado del vientre que del alma, entonces has estado violando sin cesar los límites de tu profesión.

Así pues, si en estas cosas andas tranquilo y satisfecho, no quieras, te suplico, gloriarte de tus lágrimas, que acaso, acomodándonos al modo de hablar de los físico-naturalistas, se escapan más fácilmente de ¡las venas hinchadas de vino y con los diversos sabores de los alimentos, que las producen los humores de la cabeza; y, si lloras por temor

de Dios o por el afecto -en este estado-, no abuses imprudentemente de tanta gracia de Dios, continuando muy seguro en tus habituales torpezas.

No obligues a Dios, que en su justicia no parece querer arrojaste aún totalmente de su ardiente corazón, a que te vomite 16 por tus torpezas, de manera que en tus postrimerías seas peor que en tus principios," Lo cual, la experiencia nos lo enseña, sucede a muchos.

Capítulo 15. - MODOS POR LOS QUE SE PASA A LAS CONSOLACIONES ESPIRITUALES.

[36.] Por lo demás, si, movido por los agujones de los afectos, abandonaste las miserables ollas de los egipcios 18 y preferiste la pobreza de Jesús a todas las grandezas del mundo; si cambiaste la comida regia del grueso pan por un alimento de vilísimas hierbas; si preferiste la sujeción y abyección a los honores; si, separado de los cuidados y negocios del mundo, quisiste vencer, no con la maledicencia de los rústicos, sino con tu propio trabajo y con el común de tus hermanos; si, sustituyendo la locuacidad por el silencio, te revestiste del afecto del amor fraterno, a cambio de las riñas constantes; si ya comenzaste a cumplir tus votos, los voto.!' que pronunciaron tus labios;19 si, digo, por estos y otros indicios has conocido haber salido ya de Egipto, de ese mar grande y espacioso, a saber, de las olas del siglo, y haberlo pasado como verdadero israelita, aunque para ti no cayese inmediatamente el maná de la celestial dulzura, no murmures de Dios, no quieras tentado y decir: "¿Está Dios con nosotros, o no?" 20 El cumplimiento de sus preceptos es indicio clarísimo de su presencia, pues dice él mismo: "Si alguno me ama, guardará mis mandatos, y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada," 21

No murmures, repito, ni caigas en aquella blasfemia: "Vano es servir a Dios, pues, ¿qué hemos ganado con guardar sus mandamientos?" 22 Y aquello otro del salmista: "Luego, en vano guardé el corazón puro y lavé mis manos en la inocencia. Pues me sentía azotado en todo() tiempo y me vi castigado cada día, cuando he aquí que los mismos pecadores y los que abundan en el siglo han adquirido riquezas"," y, lo que es más aún, riquezas espirituales.

Si a más riquezas, por consiguiente, también se da mayor gracia, ¿por qué somos degollados cada día y somos reputados como ovejas de matanza? 24 ¿Acaso es mejor comer y beber y gozar de bienes en esta vida y en la otra? ¿Acaso no es de hombre imbécil buscar con grandes torturas del cuerpo lo que puede hacer con facilidad y sin trabajo?

[37.] Pero, ¿cómo se cumpliría lo que dijo Pablo: "Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el Reino de Dios"? 25 Y a los tesalonicenses: "Ninguno titubee en estas tribulaciones, pues vosotros mismos sabéis que a esto estamos destinados." 26

Te admiras de que la dulzura espiritual no se te conceda inmediatamente. También los hijos de Israel, que ciertamente con frecuencia gustaron en Egipto la gloria de los favores divinos y fueron alimentados con las sagradas carnes del místico cordero, después del paso del Mar Rojo no merecieron en seguida el refrigerio del alimento angélico, sino que, en primer lugar, se vieron conducidos a las aguas de Mará y allí fueron tentados;27 y después, pasando por las doce fuentes 2. hacia lo más escondido del desierto, admirablemente se hartaron de pan.29 .

[38.] También tú, salido de Egipto, si atravesaste a pie enjuto las agitadas olas de este mundo, has de ir primero a las aguas de Mará, es decir, amargas, para que la amargura de los trabajos corporales te amedrente y experimentes así aquel dicho evangélico: "Estrecha es la senda que conduce a la vida." 30 Allí serás tentado por Dios si por ventura mereces unirte con aquellos a los que dice: "Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis

tentaciones." 31 Desde aquí pasarás a las doce fuentes, es decir, a las aguas de la doctrina apostólica, viva en grado sumo, para que, acostumbrado a la asidua meditación de las Escrituras, te consideres de algún modo como extraño al mundo y te sientas, por las divinas palabras, que son plata depurada por el fuego:2 revestido con las alas plateadas de la paloma." Como castísima tórtola volarás al desierto" espiritual de donde, si la piedad espiritual del Creador se derramase un poco sobre ti, sábetete que no está a tu arbitrio cuándo recogerás o cuánto tiempo conservarás lo que recogiste. Pues si saliendo en sábado intentas recoger algo del alimento celestial,35 desde luego, nada encontrarás; pero para los demás días se te señalará cierta cantidad, un gomor:.. esto es, lo determinado por la divina voluntad. Y si intentas conservar algo para mañana, a fin de alimentarte sin el trabajo diario, tu reserva se te convertirá en gusanos."

[39.] Ahora bien, gustad a la celestial dulzura, no te entregues de inmediato al ocio espiritual, pues rápidamente surgirá tu lado un Amalec espiritual a quien debes vencer no con armas, sino con oraciones!.

Así, ciertamente, entre algunas consolaciones de la piedad divina, pero con muchos trabajos por las propias concupiscencias, después de innumerables combates merecerás ascender a aquel inefable género de visitación; allí, inflamado por completo en el ardor de la caridad por la entrada en ti de la gloria de Dios, te saciarás abundantemente del fruto de la tierra de promisión y, aniquilándose -por el fuego del amor divino- el yugo de las concupiscencias, descansarás en la palidez del oro, en el resplandor de la sabiduría y en la suavidad de la contemplación divina.

En todo esto experimentarás que el yugo del Señor es suave y su carga ligera!9

Capítulo 16. - No DEBE ABANDONARSE EL PROPÓSITO DE UNA VIDA MÁS ESTRECHA, AUNQUE NO SE EXPERIMENTE AQUEL DULCE AFECTO.

[40.] Ten por cierto que esta dulzura nada aprovecha y ninguna suavidad de lágrimas puede saciarte: tampoco te conviene volver a lo pasado, antes bien, deben recogerse y pesarse los frutos de ambas experiencias espirituales [conversationalis] en la balanza de la conciencia con un ecuánime examen, para que en tu estimación las cosas menos importantes no se impongan a las que lo son más, las peores no sean comparadas con las mejores, ni las dudosas con las seguras, o unas pocas perjudiquen a la mayoría.

Si no puedes hacer otra cosa, te conviene seguir lo más seguro, con un miembro enfermo o, Si es necesario, amputado,!. pero en los demás sano y vigoroso, mejor que con todos los miembros secos apoyarse sin razón en la salud de uno.

Capítulo 17. - PREGUNTAS DE UN NOVICIO Y SUS RESPUESTAS.

[41.] Habiendo entrado en este monasterio un hermano que poco tiempo antes renunciase al mundo, fue entregado por nuestro reverendísimo Abad a mi pequeñez, para que lo instruyera en las observancias regulares. Un día comenzó a preguntarme, lleno de admiración, cuál me parecía que fuese la causa de que, estando aún en traje y observando las costumbres [conversations] mundanas, muchas veces se compungía y se derretía en afectos de amor divino, gozando de tanta suavidad de espíritu -dijo- cuanto era capaz de recibir, y a veces no le era posible saborearla.

Entonces yo le dije:

-¿Crees que aquella forma de vida [conversatio] tuya era más santa y agradable a Dios [que esta otra que ahora llevas en el monasterio]?

-De ningún modo quise decir eso -contestó-; sobre todo cuando ahora hago muchas cosas de las que, si entonces hubiera hecho tan sólo una, no habría sido únicamente considerado santo por todos, sino, por así decir, incluso adorado.

[42.] -Te ruego -proseguí- que me explique en qué experimentabas el dicho apostólico de que "por muchas tribulaciones hemos de entrar en el Reino de Dios", y el del santo Job: "Si he sido justo no alzaré mi cabeza, saciado como estoy de ignominia y empapado de aflicción."

-Nada de esto recuerdo haber sentido -afirmó-, pero de ordinario sentía profunda, clara y dulcemente que Cristo me amaba.

y yo pregunté: -¿Padecías entonces por Cristo tantas cosas como sufres ahora?

-Ni por una sola hora -respondió- padecí lo que aquí sufro sin cesar. Porque, callando otras cosas, de ningún modo me veía tan agobiado por el silencio, ni siquiera por un día, o me contenía por cualquier razón de pronunciar palabras vanas y ociosas. Después de aquellas lágrimas, de que he hablado antes, inmediatamente volvía a las carcajadas y a los cuentos; según el estado de ánimo, era llevado de acá para allá en rápida carrera y, poseyendo la libertad de mi voluntad, me alegraba en compañía de mis padres, gozaba charlando con los amigos, asistía a los banquetes a que me invitaban, no rehuía las ocasiones de beber licores, dormía a placer hasta la mañana y llegaba más allá de lo necesario en la comida y en la bebida. Callo las punzadas de la ira, por las que a veces me metía en riñas, discusiones y ansias de cosas mundanas, a las que atendía como podía.

[43.] -Pero ahora -dije-, ¿cuáles son tus costumbres, vida y acciones? y él, sonriendo, respondió:

-A la vista están, pues no es posible disimularlas. El alimento es más parco, más áspero el vestido; el agua, tomada de la fuente, y el sueño sobre el códice:- Para los fatigados miembros se extiende una estera de esparto demasiado dura, y cuando el sueño es más profundo, la campana, con su tañido, nos obliga a levantarnos. Callo que comemos nuestro pan con el sudor de nuestros rostros" y que sólo hablamos con tres hombres:" y esto raramente y apenas si de las cosas necesarias.

"¿Acaso no se cumple claramente en nosotros el dicho apostólico: 'Mortificad, pues, los miembros terrenos':. y aquel del Salmista: 'Como jumento he sido delante de ti'?7 Pues verdaderamente somos como jumentos; vamos sin réplica a cualquier parte a donde se nos envía y Todo lo que se nos impone lo llevamos sin resistencia. No hay lugar para la voluntad propia ni tiempo para el ocio o la disipación. Creo que no debo pasar por alto ciertas cosas, que no deleitan menos que esas otras fatigan. Nada de riñas ni de discusiones; nada de lamentos motivados por el duro trato de los rústicos; nada de clamores lastimeros de pobres perjudicados; nada de caprichos; nada de razones puramente carnales. Por todas partes paz, tranquilidad y una admirable liberación de los desórdenes mundanales. Tanta unidad entre los hermanos y tanta concordia, que cada cosa parece de todos y todas ellas de cada uno. y lo que me agrada de un modo especial: no hay acepción de personas'. y para nada se atiende al linaje; sólo la necesidad engendra diversidad, sólo la debilidad motiva las diferencias. Pues lo que hacen todos en común es distribuido

a cada uno, no siguiendo los dictados de un afecto carnal o de un particular amor, sino atendiendo a la necesidad de cada cual. ...

"También es, admirable que para unos trescientos hombres,"o según mis cálculos, sea ley la voluntad de un solo hombre, de suerte que lo que una vez su boca pronuncia es observado por todos con tanto cuidado como si se hubiesen juramentado en ello y lo hubieran escuchado de la boca del mismo Dios:' y para expresarlo todo brevemente, absolutamente nada oigo de la perfección en los preceptos evangélicos o apostólicos, nada

encuentro en las letras de los Santos Padres y nada en tiendo de los dichos de los antiguos monjes que no esté en consonancia con esta Orden y con esta profesión." 5'

[44.] Entonces, yo le dije:

-Eres novicio; por eso no atribuiré tus palabras a vana gloria, sino más bien a fervor. Pero quiero que seas cauto y no pienses que hay en esta vida profesión alguna que no tenga fallos. Y no te escandalices si acaso alguno se propasa en actos o palabras, ni desconcertándote creas que eso es cosa nueva. No obstante, ¿juzgas que todas las cosas que con tanto fervor has enumerado pueden compararse con tus lágrimas?

-De ningún modo -repuso-, porque aquella abundancia de lágrimas nunca me daba una conciencia segura, ni me libraba del miedo de la muerte. En cambio ahora no me preocupó por ello, antes deseo en extremo que mi Hacedor me lleve consigo pronto. Aunque tal vez sea pusilanimidad, como sueles reprenderme, porque acaso desee sobre todo eximirme de estos trabajos, sin embargo de ningún modo podría desearlo sin una esperanza cierta de la misericordia divina. Por eso me causa admiración el hecho de que amara a Dios con un amor más colmado de dulzura cuando gozaba de menor seguridad. .

[45.] -Dime -lo interrogué-: si tuvieses dos servidores, uno de los cuales no sólo se mostrase obedientísimo a tus mandatos, antes bien, soportase muchas fatigas por tu causa, y el otro, trasgresor diario de tus preceptos, nada adverso en absoluto consintiese' soportar por ti. Si ambos dijesen: "Amo a mi Señor", ¿a cuál harías caso?

-¿Quién no ve -repuso- que se debe remunerar copiosamente al que no sólo no cometió trasgresión alguna, sino que tampoco puedes acusarle del menor atrevimiento?

-Igualmente -proseguí- te conviene a ti juzgar entre esos dos estados tuyos.

-Pero, de no creer a la propia experiencia, ¿qué razón podrá convencerme?

-Si alguien te pregunta, repito, cuál es mejor, cuál es más excelente o quién ama menos a Dios; ¿acaso no responderías sin titubeos que es mejor el que conocieses ser más diligente? Estaría, cuando menos, falto de juicio el que dudara de ello.

[46.] "Te ruego ahora que no te inquietes si te hablo aún como a novicio. Si te queda algo de la suavidad del siglo y te halaga algo del placer experimentado, no atiendas a lo que te sugiera la carne, sino a lo que te dicte la razón. Respóndeme, según las reglas de la verdad y el testimonio de tu conciencia, si preferirías estar ahora en aquel estado mejor o en este otro en que ahora te encuentras.

-Si no quiero en absoluto engañarme -respondió- ni hacer que mi propia boca me sea como óleo de pecador para ungir mi cabeza:' debo necesariamente confesar que si escogiese aquel estado, ciertamente no lo haría por Cristo, sino por el mundo; y no por el deseo de mayor perfección, sino por el hastío del presente trabajo o por afán de mayor comodidad. [47.] -Conociendo tu fervor -continué-, no dudo en afirmar que ya no quieres permanecer en tal estado.

-No te engañas -repuso.

-Pero si en ese estado -dije- amabas más a Dios, verdaderamente eras mejor; y si entonces eras mejor, ¿por qué ahora estás más seguro? ¿Acaso prefieres más estar seguro que ser mejor? Sin embargo, supongo que si alguien te dijese que es mejor el que es más amplio, que el que exige menos en los preceptos del Señor, juzgo que no lo admitirías.

-Por todas partes me veo estrechado y como acorralado -dijo el novicio-, de escollo en escollo, por la fuerza de la razón, y no encuentro solución alguna. Porque aunque entonces haya amado más a Dios y haya derramado por su amor muchas veces aquellas dulces lágrimas, no debo dudar de lo experimentado; y no me atrevo a negar que el que ha sido más ferviente en el amor a Dios, por esto no sea mejor. No debo anteponer aquella vida a

esta observancia monástica [conversatio]. Toda la autoridad de las Sagradas Escrituras se opone a ello, la razón se resiste y mi misma conciencia protesta. Por ello me parece una insensatez dudar de que sea mejor este estado, con cuya conducta está más conforme la autoridad de la Escritura. Pero como en estas cosas hay no pequeño desacuerdo, he hecho conjeturas acerca de qué sea menos peligroso dudar: si de la verdad de las Escrituras, de la razón, por muy obediente que parezca, o de las interpretaciones de la experiencia propia.

-Ningún [fiel] católico -aseguré entonces- [se manifestará] contra las Escrituras; contra la razón evidente, no lo hará ningún amante de la paz; en cambio, ¿a quién no se le escapa fácilmente un error en sus apreciaciones? Además, la prueba es engañadora, como está escrito: "No se ha de creer a todo espíritu, y alguna vez Satanás se transforma en ángel de luz." 6<

[48.] -Verdaderamente -insistió-, quizás entonces haya amado más a Dios, pero ahora me ajusto más a su voluntad, me esfuerzo más en cumplir sus preceptos, me aflijo más a mí mismo por su nombre. De aquí que el alma está más segura, la conciencia más alegre y el ánimo, consciente de tantos trabajos, más pronto para abrazarse, por la esperanza de los premios, con la misma muerte.

[49.] -Sostienes dos cosas muy contrarias entre sí -dije luego-, a saber: que has amado a Dios y que has obedecido menos a su voluntad. Tu opinión cae por tierra ante aquella sentencia del mismo Salvador: "Si alguno me ama, guardará mis mandamientos." 55 Y de nuevo: "Quien recibe mis mandamientos y los guarda, ése me ama." 56 Y finalmente: "Quien no me ama, no guarda mis palabras." 57 Por eso afirma aquel discípulo al que Jesús amaba, cuyo pecho fue sagrado reclinatorio de su cabeza: "Porque este es el amor de Dios: que guardéis sus mandamientos." 5. Además, como dijo un Santo, "quienquiera que de palabra o de obra, o también con pensamiento malo, violara los mandatos de Dios, inútilmente creerá que ama a Dios".5. Por eso también dijo San Gregorio Magno: "El amor de Dios jamás está ocioso, pues, si existe, hace cosas grandes; pero si rehuye el obrar, no es amor. Pues la prueba del amor son las obras." 60

[50.] -¡Ay! -exclamó entonces-, ¿se ha de creer acaso que aquel dulcísimo afecto fue inútil? ¿Consideraremos engañosas aquellas lágrimas?

-Nada de eso -repliqué-. Por el contrario, su fruto fue inmenso. Si sabes comprenderlo, advertirás en primer lugar lo siguiente: el amor de Dios de ningún modo debe ser apreciado según aquel momentáneo afecto que es, por describirlo así, como un reloj de agua.⁶¹ Todo ello es fácil de descubrir por los ejemplos contrarios. Como en las tragedias o comedias uno que se finge injuriado u oprimido es alabado por su atrayente hermosura, su fortaleza impresionante o su encantadora afabilidad, y luego alguno, oyendo estas cosas, cuando se las canta o recita, se conmueve con el afecto hasta derramar lágrimas, ¿acaso no es sumamente absurdo hacer conjeturas sobre la calidad de este amor, a causa de una piedad tan vana? No sé por qué se dice amar a ese personaje ficticio en cuya defensa, aunque fuese verdad todo lo que se representa ante nuestros ojos, ciertamente no sería arriesgada ni una mínima parte de la propia hacienda. En verdad es una locura, o aun más que locura. Si un lujurioso o perezoso, por oculta permisión de Dios, se compungiese con ciertos afectos internos hasta pensar de su amor tan altamente que creyera amar a Dios más que aquello otro, de tal modo se sujetaría al divino servicio, que todo lo que conociese como contrario a la voluntad de Dios lo aborrecería con gran horror. Por otra parte, todo lo que de trabajo le fuese impuesto lo abrazaría fervorosamente por su amor.

[51.] Al oír estas palabras, él, lleno de vergüenza y fijos los ojos en tierra, afirmó:

-Es verdad, es verdad. Porque en las fábulas que se fingen para el vulgo de un desconocido rey Arturo:² recuerdo haberme conmovido alguna vez hasta derramar lágrimas.⁶³ Por eso mi propia vanidad se avergüenza no poco de haber logrado derramar

apenas alguna lágrima ante las cosas del Señor que piadosamente se leen, se cantan o se dicen en público. De tal manera me felicito de la santidad como si algún grande e inusitado milagro me hubiese acontecido. En verdad, vanagloriarse de estos afectos producidos al acaso, por la piedad con los que en las fábulas y comedias solía compungirme, es un juicio propio de una mente muy hueca. Pero como dijiste hace poco que en estos afectos se halla no poco fruto. te ruego que prosigas.

[52.J -Con mucho gusto -dije-. No se te puede negar el conocimiento de la verdad, por la que ni a ti mismo crees deber perdonarte. Muchos hay que cuando oyen discutir algunas cosas sobre su inercia, al recordarles la conciencia lanzan razones sofísticas con que oponerse a la verdad e, inclinando los corazones ante las palabras maliciosas, buscan excusas a sus pecados. Ciertamente, mejor es confesarse ante el Señor, exclamando: "Apíadate de mí, Señor, que soy débil":' que decir: "Soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad; y no sabes que eres un desventurado. un miserable, un pobre, un ciego y un desnudo." 65

Pero volvamos a nuestro tema.

Capítulo 18. - EN QUÉ DEBE CREERSE QUE CONSISTE EL AMOR DE DIOS.

[53.J Así pues, como dijimos, el amor de Dios no debe ser juzgado según estos afectos momentáneos, que, como ningún espiritual lo ignora, están apenas sometidos a nuestra voluntad. Este amor debe juzgarse, más bien, según la constante calidad de la misma voluntad. Únase la voluntad propia con la voluntad de Dios, para que la voluntad humana consienta en todo lo que la voluntad divina dispone y no haya otra causa para querer esto o aquello sino el conocimiento de que Dios lo quiere. Esto es precisamente amor a Dios; pues tener una misma voluntad no es otra cosa que amar, y las voluntades buenas o malas no deben ser llamadas de distinto modo que amores buenos o malos. Además, el amor de Dios es su misma voluntad, que no es sino su santo Espíritu, por el que se difunde la caridad en nuestros corazones.⁶⁶ Este derramarse de la caridad divina es también la unión de la voluntad humana con aquel amor; y esto se realiza cuando el Espíritu Santo -en efecto voluntad y amor de Dios, y también Dios mismo- se introduce e infunde en la voluntad humana, levantándola de lo inferior a lo superior y transformando toda su misma cualidad al asemejarla a sí, para que uniéndose a él en indisoluble aglutinante de unidad forme un único espíritu con él, como claramente lo anuncia el Apóstol: "Quien se adhiere al Señor, un espíritu es con él." 67

[54.] Ahora bien, esta voluntad debe ser juzgada según dos cosas: la pasión y la acción; [debe discernirse] si verdaderamente soporta con paciencia las pruebas que Dios envía o permite que sucedan, y si cumple fervorosamente lo que le ha mandado. Por lo demás, como dijo San Gregario [Magno]:s nadie crea todo lo que el espíritu le diga del amor de Dios sin obras. Es sentencia de quien no engaña: "Quien recibe mis mandamientos y los guarda, ése me ama."..

[55.] Por consiguiente, estos afectos extraordinarios, de cualquier modo que se dispensen, las visitaciones internas y los juicios de Dios -que son un inmenso abismo-,⁷⁰ por causas desconocidas para nosotros, también alguna vez son, por así decir, infundidos de repente a quienes no los buscan ni desean, aunque acaso a los que se esfuerzan con todo empeño por adquiridos se les nieguen. Cuando la voluntad de alguien concuerda con la voluntad de Dios, soporta pacientemente lo que' Dios quiere y fervorosamente ejecuta lo que manda, se ha de poder decir que esta persona ama a Dios sin vacilación.

Por lo demás, si nuestro amor debe ser medido según estos afectos, entonces habremos de decir que amamos sólo a Dios o al hombre cuando experimentamos ese afecto;

en todo caso, debemos decir que no amamos continuamente, sino durante algunos breves instantes. En efecto, se ha de decir que si acaso un hombre justo alguna vez desea, por ejemplo, la salud de alguien, pero Dios no la quiere, su voluntad no se opone a la voluntad de Dios, puesto que lo quiere en cuanto sea voluntad de Dios, que desea que todos los hombres se salven," y les hace desearlo.

L56.] Este amor tiene principio, progreso y perfección, pero tratar de todo esto más claramente no es posible a nuestra capacidad, ni quizás en este momento [sea lo más adecuado hacerla]. Por tanto, sentir aquellos afectos no es amor a Dios, como supones,"2 sino una gota de aquella dulzura derramada 73 o, mejor, infundida en el espíritu como presente realizado al paladar inferior, y que se adivina por su suave atractivo. Una cosa es que el deseo de la dulzura de la miel trabaje afanosamente en su adquisición, y otra, que sea infundida en los labios de quien ni la busca ni la ama, pero no puede rehusar sentir aquella dulzura; aquél no gusta, pero ama; éste no ama, pero gusta.

Para que lo entiendas 74 más fácilmente, me expresaré con palabras más sencillas: El que se esfuerza todo lo que puede por agradar a Dios, sujetándose a sus mandatos y viviendo según los preceptos evangélicos y apostólicos, sobria, justa y piadosamente, aunque no se deleite con esta dulzura, debe creerse que ama a Dios, quien lo atestigua diciendo: "Quien recibe mis mandamientos y los guarda, ése me ama." 75 Sin embargo, el que a diario experimenta este afecto, y no obstante antepone sus deseos a la' voluntad divina, ciertamente no ama a Dios; pero se ha de creer que, ingerido el sabor espiritual por su alma de acuerdo con la disposición divina, no puede sino sentirlo.

Capítulo 19. - SE EXPONE A UN NOVICIO QUE PREGUNTA cuÁL ES EL FRUTO DE LAS DIVERSAS COMPUNCIÓNES.

[57.] Esta experiencia de la dulzura, para los negligentes ciertamente es un impulso grande a las buenas obras, un consuelo necesario para quienes se fatigan en las mismas y un suave y seguro refrigerio para los que han alcanzado la cumbre de la perfección. El que es maravillosamente misericordioso obra nuestra salvación con modos prodigiosos e inefables, pues él es sabiduría iluminada ora, justicia aterradora y dulzura de seductora suavidad.

Si quisieses excitar el gusto por la miel en un desconocedor de la misma, pero que se deleita con otras especies menos sabrosas, no lo inflamarías en su deseo con palabras ni con alabanzas, sino que, tomando una gotita de aquel líquido, la introducirías en su boca. Él, habiéndolo saboreado, de tal modo se aficionará a la miel, que por su adquisición en verdad no temería acometer grandes trabajos todas las veces necesarias. Pero, fatigado por la inmensidad del trabajo, viéndolo decaer del inicial fervor, le regalas con una gotita de dulzura. Del mismo modo la clemencia de nuestro piadosísimo Salvador conduce a la salvación, con algún gusto de interna dulzura, a los sumergidos en los placeres de la carne, a quienes ni la luz de la razón ni el temor del juicio futuro es capaz de apartar del mal con blanda suavidad. Finalmente, por su propia voluntad, poco a poco, son atraídos según aquello: "A cada cual le atrae su propio gusto",76 imponiéndole el yugo de su servidumbre.

[58.] Pero como el que se acerca al servicio de Dios 77 oye a la Escritura que dice: "Si te acercas a servir al Señor Dios. prepara tu alma a la tentación":8 es necesario que cuando te oprima el trabajo de la tentación llegue algún sabor espiritual al que ya desfallece y casi desespera. Así, recreado por este alivio, emprenderá con redoblado esfuerzo del espíritu el combate contra los vicios:" soportándolo con magnanimidad, vencióndolo o evitándolo con mayor facilidad.

-Obsérvate [-continué yo entonces-] con diligencia a ti mismo. ¿Acaso después de aquella experiencia de dulcísimo afecto, vuelto ya a las diversiones y vanidades, cuando de nuevo reflexionabas, no te encendías contra ti mismo con un odio, por así decir, saludable? De aquí que pensases abrazar una vida más estrecha y te planteases de tal modo su necesidad que, aunque la voluntad consintiese en tales cosas, no hubiese ninguna posibilidad de volver a ellas.

-Así es, en efecto.

[59.] -Por tanto, ¿no ves que tu ferviente conversión y tu vida de hoy [conversatio] son fruto de aquellas lágrimas? Para esto te fueron dadas, poco a poco obraban esto; o mejor: por ellas obraba Dios. ¿De qué te admiras si desaparecieron una vez cumplida su misión? Ahora, ciertamente, deben caer sobre ti los trabajos por Cristo; la virtud de la paciencia⁶ necesita ser ejercitada; la arrogancia de la carne debe ser castigada con frecuentes ayunos y vigiliias, las tentaciones han de ser soportadas y el ánimo debe ser apartado de toda solicitud terrena. La voluntad propia tiene que ser mortificada principalmente por la virtud de la obediencia."! Y cuantas veces se fatigue en esto excesivamente el apetito, correrás con la solícita devoción de las oraciones hacia los maternales pechos de Jesús, de la abundancia de los cuales, sacando para ti leche de admirable consolación:" digas con el Apóstol: "Bendito el Dios que nos consuela en nuestra tribulación":' y: "Porque así como rebosan sobre nosotros los padecimientos de Cristo, así, por mediación de Cristo, rebosa también nuestra consolación." 8.

"Así, aquel piadoso afecto que antes había excitado al tibio para que no pereciese, consolará al que trabaja para que no desfallezca, hasta que, tras abundantes victorias, como soldado cargado de trofeos descansas, en la suavidad de las virtudes, de las fatigosas tentaciones en que ahora como novicio estabas enteramente sumergido. Admitido más tarde a aquel sublime género de consolación, por gracia de la piedad divina, que es casi el premio de los justos, dirás con el Profeta: '¡Cuán grande, Señor, es la multitud de tu dulzura, que tienes reservada para los que te temen.'" 85

[60.] Entonces dijo el novicio, asomando las lágrimas a sus ojos:

-Me agrada, me agrada muchísimo lo que dices; y no sólo deduzco ser esto así porque tú lo enseñas, sino además porque lo veo en mí mismo con gran claridad. El primer género de visitación lo he experimentado tal y como lo has explicado; el segundo, que ya comienza a producirse en mí, lo entiendo por tu enseñanza; y aquel otro, sublime e inefable, confío que alguna vez lo alcanzaré.

Capítulo 20. - DONDE EL NOVICIO PRETENDÍA HABER AMADO MÁS A DIOS, ALLÍ MISMO FUE CONVENCIDO DE HABERLE AMADO MENOS.

[61.] -Ya ves -dije-, que la cuestión se ha resuelto en contra de tu teoría. -¿Qué dices? -replicó.

-En aquello que creías amar más a Dios, es manifiesto que lo amabas menos.

-En este instante -prosiguió-, esa razón me ha iluminado, pero quiero que me la expliques para conocerla más claramente.

-¿Acaso -dije- cuanto cada uno sea más negligente o más débil de espíritu, no se prueba que es tanto más imperfecto en el amor a Dios?

-Eso no se puede negar.

-Pero, como aseguras haberlo confirmado claramente en ti mismo, el primer afecto reprendía al equivocado y el segundo sostiene al débil.

-Así es, enteramente.

-Luego resulta manifiesto que tal amante es más imperfecto.

[62.] Entonces, él exclamó:

-¡Oh, qué miserablemente se equivocan, qué traidores a su salvación son los que, embarazados por innumerables y detestables vicios, con sólo experimentar un poco de estos afectos de que hablas, prometerán arrepentirse de sus pasadas culpas, para después, con toda seguridad, volver a lo mismo, sin haberse aprovechado nada de este espiritual impulso!

Considerándose por esto más santos, se enredan descaradamente en sus negligencias y torpezas. Tal vez por ellos dijo el Apóstol: "Les dio Dios un espíritu de remordimiento, ojos para no vez y oídos para no oír." 86 ¿Acaso no ciega este género de compunción los ojos y tapa los oídos de los que juzgan que con unas pocas lágrimas, pero sin frutos de penitencia, se han de lavar de las excesivas suciedades de sus vicios?

[63.] -En verdad -dije-, es un sacrificio muy grato y acepto a Dios derramar lágrimas, un holocausto suficiente por todas sus maldades para los que se arrepienten y confiesan, si no reinciden en aquello de que se arrepienten, sino más bien, con espíritu de humildad y ánimo contrito,"7 se refugian en las piadosas entrañas de Jesús, insistiendo como puedan con frutos dignos de penitencia.88 En cuanto a ti, lleno de solicitud por tu salvación, has de procurar la mortificación de la carne, la solicitud de las vigiliias y trabajos, la vileza de los vestidos, la aspereza de las comidas, la gravedad del silencio. Este aceptabilísimo holocausto de todos los miembros del hombre interior y exterior, por decirlo en una palabra, será aumentado por la suavidad de las lágrimas y de los devotísimas afectos, para que, admitido en 'el arca del corazón el suave fuego de la caridad, exhale su aroma y así, según el Profeta, "accepte Dios como pingüe tu holocausto"'".

"Por lo demás, si ambas cosas no puedes, es más acertado vivir sin lágrimas, en pobreza apostólica y en evangélica pureza, que, con lágrimas cotidianas, oponerse diariamente a los mandatos divinos. Aunque resuciten muertos, arrojen demonios, den vista a los ciegos, con todo, oirán al Señor: 'Apartaos de mí todos los que fuisteis obradores de iniquidad.' " .0

Capítulo 21. - DE CUANTO QUEDA CONSIGNADO PUEDE ADVERTIRSE LO QUE OBRAN LA CARIDAD Y LA CONCUPISCENCIA EN EL PROFICIENTE.

[64.] Quizá no inútilmente hemos sembrado hasta ahora estas ideas. Si son examinadas atenta, diligente y humildemente, no resultará difícil, a mi modo de ver, que cualquiera, transformado por una nueva infusión de caridad, con ágil impulso y con suavísimo movimiento del espíritu pueda elevarse a las cosas más altas, aunque, arrastrado hacia abajo por la concupiscencia y por todo el peso natural, siempre tendiente hacia lo más bajo a que está unido, deba trabajar no poco en su intento. Cuanto el pernicioso tallo de la concupiscencia más profundamente haya fijado sus raíces en los huecos mismos del alma, tanto mayor dificultad se encuentra para arrancarlos y, en consecuencia, tiene menos facilidad en su adelantamiento [el alma]. .

El que es perezoso, dado a la desidia e imperito en agricultura, aunque sólo en pequeña parte esté su campo plantado de espinas y malas hierbas, tardíamente lo limpia y desbroza; el diligente, en cambio, solícito y conocedor de este oficio, aun cuando ocupasen toda la superficie del campo, rápidamente arranca de raíz la totalidad de los abrojos, y de estéril e infecundo lo tornaría fértil y abundante. Así, en efecto, si el que renuncia al mundo es lento, flojo y escasamente cuidadoso de su purificación, aunque esté menos manchado que en el siglo, es poco accesible a la serenidad de la conciencia y poco apto para adquirir la libertad de la caridad. Pero si es ferviente de espíritu, diligente, solícito y fundado en la virtud de la discreción tomando los instrumentos de los ejercicios espirituales, arrancará denodadamente del campo de su corazón los gérmenes de los vicios, respirará prontamente

las auras de una conciencia más pura y, liberado del yugo de la concupiscencia y depuesto el peso de las pasiones, apreciará que el yugo del Señor es suave y su carga ligera. 91

Capítulo 22. - VICTORIA y ALEGRÍA EN EL DESPRECIO DE LOS PLACERES.

[65.] Comprobará así el experimentado que no sólo no significa trabajo, sino que es gran felicidad el inundarse con la suavidad del pudor, aun cuando resulte costoso reprimir con el freno de la templanza las tendencias naturales y los deseos carnales que brotan de la concupiscencia de la carne.

Igualmente, no sólo es alegre, sino incluso digno de alabanza, contemplarse no como esclavo del vientre, sino como señor, saltando de gozo con una admirable alegría. "Pues yo aprendí a bastarme con lo que tengo. Bien sé vivir en estrechez y sé también nadar en la abundancia; en todo caso y en todas las cosas he aprendido lo mismo el secreto de estar harto. Que de andar hambriento, lo mismo de estar sobrado que de andar escaso." 92

[66.] Si el amor de la carne hubiese muerto perfectamente, si hubiese sido absorbido efectivamente por el fuego del amor divino, ningún trabajo hallará en las cosas exteriores, ya que su espíritu no podrá ser turbado por la aflicción ni apartado de su amor."

Verdaderamente, aunque algunos abusan con torpeza de los placeres del olfato, sin embargo, como a estos de quienes ahora se trata poco o nada les preocupa ni se esfuerzan por su pérdida o adquisición, por ello desisto de hablar muchas cosas. Por lo demás, en cuanto al placer de los ojos y de los oídos, ello ocasiona a muchos un trabajo excesivo, que de ningún modo debe atribuirse en justicia al yugo del Salvador, pues todo el trabajo es más bien producido por su perversa costumbre. Y como sienten que es costoso apartarse de ella, prefieren considerar excesiva la aspereza del yugo del Señor, cuya suavidad no han experimentado; la cual, como consiste en el desprecio de los placeres, confiere no menor libertad a los que la desprecian, que la suavidad que producen aquellas vanas y nocivas diversiones.

Capítulo 23. - EL VANO PLACER DE LOS OÍDOS.

[67.] Cómo abiertamente dijimos que los malos debían ser eliminados de estas reflexiones, ahora hablaremos de aquellos que, bajo capa de religión, procuran la satisfacción de su placer; y estas cosas, que los Padres antiguos empleaban con ventaja como figuras de los acontecimientos venideros, las ponen al servicio de su vanidad.

¿Para qué, pregunto, esos tipos y figuras ya carentes de objeto? ¿Para qué tanto címbalo- y órgano en la iglesia? ¿Para qué repito, aquel tremendo fuelle de aire, que reproduce más el estrépito del trueno que la suavidad de la voz? ¿Para qué esa brevedad y truncamiento del sonido? Mientras éste suena, aquél enmudece, y otro introduce algunas notas medias. Ahora se comprime el sonido, ahora se quiebra, ahora salta violentamente, ahora se dilata en interminable acorde. A veces, vergüenza da decidir, se parece a los relinchos de los caballos; o, abandonando el tono viril, se agudiza con delicadezas de voz femenina; y otras se tuerce y retuerce con artificiosas vueltas.

En ocasiones podrás ver a un hombre boquiabierto como para aspirar, con la respiración entrecortada, que no canta, sino que guarda silencio con una ridícula interrupción de la voz, imitando, ya los estertores de los moribundos, ya los éxtasis de los bienaventurados. Entretanto, agita todo el cuerpo con gestos de comediante, hace muecas, giran y se agitan los hombros, y el movimiento de los dedos acompaña cada una de las notas.

A esta ridícula disolución llaman religión y donde estas cosas más frecuentemente se practican, allí se pretende servir a Dios más honrosamente.

Entre tanto, el vulgo presente, atónito y trémulo, admira el sonido de la trompeta, el ruido de los címbalos y la armonía de las flautas, pero observa, no sin risas y carcajadas, las lascivas gesticulaciones de los cantantes y los cambios y rupturas de las voces, de forma que pienses que se han reunido no en el templo, sino en un teatro, y no para orar, sino para divertirse.

[68.] y no se teme a aquella tremenda Majestad ante la que se encuentran, ni se recuerda aquel místico pesebre ante el que se sirve, donde místicamente Cristo está envuelto en pañales, y su sacratísima sangre se hace presente en el cáliz; donde se abren los cielos, asisten los ángeles, se unen las cosas terrenas con las celestiales y se asocian los ángeles con los hombres.

Así, lo que los Santos Padres instituyeron para que los débiles fuesen excitados al afecto de la piedad, ha sido tomado para uso de placeres ilícitos. Pues el sonido no debe ser preferido al sentido, sino que el sonido con el sentido debe ser admitido de ordinario para producir un mayor afecto.

[69.] Por tanto, el sonido ha de ser tal, tan moderado, tan grave, que no absorba todo el ánimo hacia su diversión, sino que deje la mayor parte al sentido. Así lo dijo San Agustín:

"El espíritu se inclina al afecto de la piedad, oyendo el canto divino; pero si la satisfacción de lo oído se deseara más que el sentido, sería reprobable." 94 Y en otra parte: "Cuando me siento más movido por el canto que por lo que se canta, confieso que pecco en ello y merezco castigo, y entonces quisiera más no oír cantar." 9"

Así pues, cuando alguien compara esta absurda, ridícula y dañosa vanidad con la moderación antigua de los Padres, alegando que aquella honesta gravedad produce notorio fastidio a los oídos refinados, a causa del recuerdo de las simplezas teatrales, juzga como si fuera rusticidad toda la santidad de los Padres, ¡Y a este modo de cantar instituido por el Espíritu Santo mediante esos casi órganos suyos como Agustín, Ambrosio y, en especial, Gregario, anteponen no sé qué cantos llamados "ibéricos" 96 u otros vanísimos cánticos de algunos escolásticos!

Si por esto es atormentado, por esto se lamenta y por esto anhela ansiosamente lo que antes había vomitado:" puedo preguntar: ¿Cuál es el origen de este trabajo: el yugo de la caridad o el peso de la concupiscencia mundana?

Capítulo 24. - LA CONCUPIESCENCIA DE LOS OJOS, QUE CONSISTE EN LA CURIOSIDAD EXTERIOR E INTERIOR, AFLIGE A LOS QUE ASPIRAN A UNA VIDA MÁS PERFECTA.

[70.] Poco se ha de decir ya acerca de la concupiscencia de los ojos, que los santos Padres llamaron curiosidad, al pensar que no sólo pertenece al hombre exterior, sino también al interior. Pertenece a la curiosidad exterior toda esa hermosura superflua que aman los ojos 98 en sus distintas formas, bajo colores brillantes y agradables, en los diversos oficios, en los vestidos, calzados, vasos, pinturas, esculturas y las demás creaciones que no son imprescindibles para el uso necesario y moderado. Los que aman el mundo desean contemplar todo esto para placer de sus ojos, observando cuanto pasa por fuera, olvidándose en su interior de su Hacedor y destruyendo de este modo aquello para lo que fueron hechos.

En los claustros de los monjes también se encuentran ya grullas y liebres, gamos, ciervos, picazas y cuervos; pero ciertamente no los instrumentos "antonianos".. y "macarianos": sino esos pasatiempos propios de mujeres, cosas que de ningún modo convienen a la pobreza de los monjes, pero que atraen las miradas de los curiosos. Luego si

alguno, prefiriendo la pobreza de Jesús a esos placeres de los ojos, se contentase con las exigencias de la necesidad y a la superflua amplitud de los edificios prefiriese las cabañas de algunos pobres hermanos, al entrar al oratorio, acaso construido con piedra sin labrar, nada pintado, nada esculpido, nada bello encontraría; ni enlosados mármoles, ni paredes revestidas de tapices que relatasen historias profanas, luchas entre reyes o quizás escenas de las Escrituras; ni el admirable fulgor de los cirios, ni el brillo del metal bruñido en los diversos utensilios; al no mostrar nada de esto al visitante, si comienza a desagradarle todo cuanto ve, y se considera como arrojado del Paraíso y encerrado en una asquerosa prisión, ¿por qué tal angustia de espíritu, de dónde proviene todo este trabajo?

[71.] Te ruego, dime, si hubiese aprendido del Señor Jesús a ser manso y humilde de corazón y a reparar, según el Apóstol, "no en las cosas que se ven, sino en las que no se ven, porque las que se ven son pasajeras, mas las que no se ven, eternas": si saborease siquiera un poco la gloria interior, de la que está escrito: "Toda espléndida penetra la hija del rey": y aquello del Apóstol: "Cada uno examine sus propios actos y entonces el motivo que tenga de gloriarse lo tendrá sólo con relación a sí mismo, y no con relación a otro": lo cual, si no se encuentra en otro hombre, ¿cuánto menos podrá hallarlo en un metal mudo e insensible?; si hubiese puesto el yugo del amor divino sobre su cerviz interior y allá dentro el dulce Jesús exhalase su aroma, ¿acaso, pregunto, buscaría tanto estas pequeñas glorias exteriores?

[72.] Poco hay que añadir sobre aquella curiosidad interior: que se manifiesta principalmente de tres maneras: en el apetito de una ciencia nociva y vana; en la investigación de la vida ajena, no para imitada, sino para envidiada si es buena o para insultada si es mala, o solamente por mera curiosidad, queriendo saber si es buena o mala; por último, en cierta curiosa inquietud por saber las cosas y sucesos del mundo. No poco trabajo se produce cuando, cautivados los espíritus por ellas, las ejercen con exceso o les son prohibidas a quienes se les entregan de buena gana.

De aquí resulta que la mayor parte de los que se han ocupado de la vana filosofía, tienen también la costumbre de pensar en los poemas bucólicos junto con los Evangelios, en Horacio, junto con los Profetas; de leer a Marco Tulio Cicerón 7 lo mismo que a Pablo de Tarso, divertirse también con el metro rítmico, tejer poemas amorios con primorosos versos y atacarse mutuamente con sus invenciones. A causa de estas cosas, como semilleros de vanidad, principio de disensiones e incentivos de la concupiscencia, resultan perjudicados en su estructura regular; airados, comienzan a entristecerse, y, como no tienen sobre quién lanzar los dardos de su vanidad se les ve prorrumpir en aquellas palabras de Eliú: "He aquí que mi interior está como vino sin escape, que revienta los odres nuevos." 8

Fácilmente puede juzgarse de dónde brota este trabajo. Por esto sucede también que cuando nos entregamos todo el día a espectáculos inútiles o estamos atentos a todo lo que oímos y que apartamos de nosotros como podemos, volviendo sobre nosotros mismos, introducimos las imágenes de esas vanidades y, lleno el corazón de fantasías, también las llevamos a nuestro lecho, pasándonos las noches insomnes por esas estúpidas vanidades; con necia presunción nos representamos como si las viéramos las batallas de los reyes y las victorias de los guerreros, y solucionamos con curiosos discursos todos los problemas del reino durante la misma salmodia o en nuestras oraciones.

[73.] Hay otro género aun peor de curiosidad, por el que sólo son tentados los que tienen conciencia de sus grandes virtudes, a saber, el examen de su santidad mediante la exhibición de milagros. Esto es tentar a Dios. Tal género de curiosidad está prohibido en la Ley mosaica en los siguientes términos: "No tentarás al Señor tu Dios.". Y también dice el Apóstol: "No tentemos al Señor como algunos de ellos lo tentaron, y perecieron mordidos por las serpientes." 10 Si alguno hubiese consentido en este pésimo vicio, por la excesiva

angustia de su espíritu, al no realizarse sus deseos caería en los lazos de la desesperación o en el sacrilegio de la blasfemia.

Capítulo 25. - LA SOBERBIA DE LA VIDA. EN PRIMER LUGAR SE TRATA DE LA VANIDAD.

[74.] Nos queda la tercera rama de aquella ponzoñosa raíz, que el santo Apóstol Juan denominó "soberbia de la vida", de la que, por ser muchas sus clases, nos conviene tratar en la cuestión actual de sólo dos de ellas.

La primera es la 'que produce el amor de la vana alabanza; la segunda inculca la inclinación a dominar.

¿Quién podrá decir cuánto trabajo y cuánta angustia de espíritu se origina de esto? ¡Cuántas veces, corregido abiertamente o injuriado, me he turbado o me he sentido confuso por alguna detracción o brusca interrupción! O, lo que es más triste, me he sentido aplastado por la melancolía, al querer indagar más minuciosamente las cosas de mi trabajo, y encontrar en el mismo centro de mi alma la más oculta raíz de la vanidad, por la que ella osa atribuirse grandes cosas y, engañándose a sí misma, se pinta de tal modo que no sólo no se corrige o se humilla, sino que incluso cree que debería ser alabada y honrada por todos.

Ciertamente, cuando el espíritu, inficionado por el veneno de esta peste nefasta, se finge santo en la estimación de los otros, y digno de ser admirado, al punto, para que observe que los otros disienten de su vanidad y quede burlado en su gozo y gloria -es decir, en lo que por falsa apreciación se le había figurado ser opinión de los otros-, es necesario que sea corroído por los estímulos de la tristeza.

También a causa de esta pésima enfermedad son apetecidos los primeros asientos, los primeros saludos, la primera voz en las asambleas, los primeros puestos en el convento, todo lo cual tanto deleita el sernos ofrecido o adquirirlo, cuanto nos conturba si se nos niega o retira.

Capítulo 26. - EL DESEO DE DOMINAR.

[75.] Que el deseo de dominar corrompe el espíritu, y cuánto trabajo le impone, sólo puede conocerlo aquel que, habiendo experimentado la tiranía de esta pésima pasión, finalmente es liberado de su dominio por el auxilio de Dios. Pues en cuanto el espíritu insensato contrae este nocivo virus, por él se somete al dictado de su deseo, se sujeta a su degenerante vileza, y, antes de ser postergado por otros, él mismo se hace abyectísimo siervo de cuantos entiende serie favorables o peligrosos.

De ahí viene, por el temor de unos, la tergiversación de la verdad, y por lograr el favor de los otros, la torpe adulación. Así se pierde toda libertad de palabra, porque el hombre se ve obligado a alabar lo que en conciencia le parece reprobable y a censurar lo mismo que juzga deber alabar. Y si viese que alguno, apoyándose en su familiaridad, le fuese preferido, al punto los dardos de las sospechas herirán su espíritu suspicaz, no sea el otro elevado a los honores que él para sí ambiciona. Lo afecta entonces la pesadumbre. del temor.

Así lo hieren los férreos azotes de la envidia, hasta tal punto que ni el alimento le re]orta utilidad ni el sueño le proporciona descanso.

[76.] Entonces, entregándose a la detracción y las murmuraciones, pone de manifiesto y en público todo lo que le parece reprehensible; y lo que públicamente no puede atacar, lo desfigura con alguna maligna interpretación. Si toda su artimaña se viene a tierra, se buscará otra. ¡Qué cruces, qué tormentos le sobrevienen entonces a esta alma! Se encuentra

confundida, quebrantada, turbada, disipada y, al no poder soportar sus internos ardores, o es arrojada de su Congregación, herida por tantos golpes de sus pasiones, o, si permanece en la Congregación, vencida por la vergüenza humana, todo se le vuelve en contra. No pudiendo una vez concebida apagar la llama de su ambición, anhela, se abrasa y se atormenta de tal manera, que en el silencio se muestra su amargura, en las palabras su indignación. Como vasija de barro cocido por la fuerza de un horno que la acción del hombre exterior oculta, se queja desdichadamente hablando con mordacidad, mirando con truculencia y respondiendo con aire irritado a todo cuanto se le dice.

Ahora, a los que antes torpemente alababa, los resiste a cara descubierta, los contradice, los interrumpe, los desprestigia a sus espaldas con maliciosas detracciones y los ataca públicamente sin respeto ni consideración alguna. Ahora, fijándose con mala voluntad en todas las palabras de sus señores, sospecha de cada sílaba, espía sus actos y, examinando, por así decir, con ojos deshonestos sus acciones y empresas todas, todo lo enumera, de todo juzga y todo es interpretado por la malignidad de su malicia. Si acaso, a consecuencia de la humana debilidad, el superior fuese prevenido de algún exceso, entonces él asegura su posición según sus deseos, pone expresión de injuriado, que exige desagravio, arruga la frente y dilata la boca con expresiones de protesta.

[77.] Sin embargo, para hacer ver a los demás que obra con celo de Dios, derrama algunas lagrimitas, suspira engañosamente, pide con voz quejosa que se afiance la caridad y lamenta que la pureza haya sido ofendida y conculcada la justicia.

Si no lo conoces, dirás que obra con el mismo espíritu con que en otro tiempo el profeta Jeremías, inflamado, dijo: "La palabra del Señor se me vuelve como fuego abrasador encerrado en mis huesos; me he fatigado gravemente por soportarlo, no puedo." 12 Así, proclamando que sus entrañas se consumen en el fuego del celo de Dios, se levanta por la justicia, lucha por el orden y asegura que es aborrecido por causa de la caridad. ¿Qué más? Rebelde y contumaz, se comporta de tal modo que, ó la extrema necesidad exige expulsarlo, o se le abandona a la libertad de su voluntad propia. De aquí brota un grave abuso. Al ser estudiado sin reserva el estado de la religión, como pide el servicio a la verdad, se advierte que es a los más humildes, a los más fervorosamente obedientes, a los más dispuestos a las humillaciones, a los más entusiastas de toda estas riquezas, a quienes en absoluto no apetecen honores, a los que se debe -digo-, no ya promover, sino incluso elegir para gobernar o administrar a los demás. Pero ahora, por el contrario, se teme la insolencia de alguno, o se prevé su rebeldía, o se recela de su audacia, pues los querellosos, iracundos, frívolos y perezosos no quieren dar descanso a sus pies ni fuera ni dentro de casa. En fin, se los promueve porque se les teme, y lo que para ellos debió ser causa de desprecio y humillación, se hace alimento de su soberbia.

[78.] Sobre estos tres modos de concupiscencia, basta ya con lo dicho. En todo ello, si no me engaño, al observar atentamente alguno el rostro de su alma, como en un espejo, encontrará no sólo lo que tenga de deformidad, sino que conocerá, a la luz de la verdad, las causas ocultas de la misma, y así lo acusará no la aspereza del yugo del Señor, que es nula, sino su propia perversidad. Por lo tanto, de estas raíces de las pasiones, como de origen de todas nuestras tribulaciones, arrancándolas de cuajo y cargando los hombros de nuestro espíritu con el yugo de la caridad, aprenderemos del Señor Jesús que él es manso y humilde de corazón. IO

Así hallaremos descanso para nuestras almas, celebrando el sábado no carnalmente, como los judíos, sino con la dulzura eterna y espiritual de la caridad.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO

Capítulo I. - LEY DE LA DISTINCIÓN DE LOS SÁBADOS.

[1.] Leemos en el Antiguo Testamento 1 algunas distinciones de sábados, a cuya consideración vamos a dedicar el principio de este libro. Hay en la Ley tres tiempos consagrados al descanso sabático, a saber, el séptimo día, el séptimo año y, después de siete veces siete, el quincuagésimo año. Primero, el sábado de los días; el segundo, el de los años; y el tercero, no sin razón se llama sábado de los sábados, pues consta de siete sábados de años, añadiéndosele otro año para que el número septenario se complete con la unidad; así, lo que se comienza con la unidad se completa en ella.

Toda obra buena se inicia por la fe de un solo Dios y se desenvuelve con los siete dones del Espíritu Santo, para llegar al que verdaderamente es uno, donde todo lo que somos se hace uno con él. Y como en la unidad no hay división, no hay allí distracción del espíritu en las distintas cosas, sino que se hace uno en uno, con uno, por uno, junto a uno. Uno en el sentir y uno en el conocer. Y como siempre es uno, siempre está descansando, celebrando así perpetuamente el sábado.

[2.] Por ahora tienes el sábado de los días, el sábado de los años y, con algún gusto anticipado, el sábado de los sábados.

¿Quién es iluminado de tal modo por el Espíritu Santo para que, mediante la memoria, pueda sacar estas distinciones de sábados, no de las palabras de otro, sino sintiéndolos obrar en sí mismo, hablando no ya de memoria, sino con conocimiento propio?

Sé propicio, oh buen Jesús, sé propicio a este tu pobrecillo que mendiga, no ya las migas del rico purpurado, sino, como un cachorrito, las migas que caen de la mesa de mis señores, tus hijos. Grande es aquel hijo tuyo, y como hijo tuyo, señor mío, es decir, el bienaventurado Moisés, quien, admitido por

cierto a tu mesa, comió tu pan en el festín de Salomón. Sí, mi dulce Señor, que dijiste: "No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros." 2 Pero, como los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores, parte ese pan para tu cachorro, a fin de que tome las migas el que no puede aún comer la corteza.

Capítulo 2. - LA DISTINCIÓN DE LOS SÁBADOS HA DE BUSCARSE EN UN TRIPLE AMOR; Y cuál SEA EL LAZO EN LA DISTINCIÓN DEI TRIPLE AMOR.

[3.] Escuchemos 3 la expresión del que reparte: "Amarás, dice, al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden la Ley y los Profetas."

Así pues, si creemos, o, mejor, porque creemos a la Verdad, es necesario buscar en estos dos preceptos las distinciones entre los sábados, puesto que también pertenecen a la Ley. Considerando atentamente estos dos preceptos, encuentras que son tres las cosas que has de amar; a ti mismo, al prójimo y a Dios. Donde se dice: "Amarás al prójimo como a ti mismo", es manifiesto que debes amarte también a ti mismo. Pero no se trata de un mandato, porque radica en la misma naturaleza. "Porque nadie jamás aborreció su propia carne", según afirma el Apóstol. Si no has de odiar a la carne, mucho menos al espíritu, al cual todo hombre, incluso el ignorante, ama más que a la carne. Nadie hay que no prefiera el ser débil en la carne a vivir como un loco.

El amor de sí es para el hombre el primer sábado, el amor del prójimo es el segundo, y el amor de Dios es el sábado de los sábados. Pero existe, además, como anteriormente diji-

mos, un sábado espiritual que es descanso del alma, paz del cuerpo y tranquilidad del espíritu. Y este sábado a veces se experimenta en el propio amor y otras se toma de la dulzura del amor fraterno; pero donde se perfecciona con el más alto grado es en el amor de Dios. Verdaderamente esto debe ser tenido en cuenta para que el hombre se ame a sí mismo como conviene, y al prójimo como a sí mismo; mas a Dios por encima de sí mismo, puesto que. no le ama ni por sí ni por el prójimo, sino por él mismo.

Respecto a cómo se ha de manifestar a sí mismo y al prójimo, más adelante, si Dios quiere, lo indicaremos. Ahora debemos considerar que, aunque la distinción entre estas tres clases de amor es clara, se da entre ellas una admirable conexión, de manera que cada una se encuentra en las otras y todas en cada una; no se encuentra una sin las demás, ni una que, inconstante, se aparte de las otras, pues quien no ama a Dios, tampoco se ama a sí mismo y al prójimo; ni puede amar al prójimo como a sí mismo el que a sí mismo no se ama; y tampoco es capaz de amar a Dios quien no ama al prójimo. "Pues quien no ama a su hermano a quien ve, a Dios, a quien no ha visto, no puede amarlo." 6

[4.] El amor del prójimo precede entonces de algún modo al amor de Dios, y el amor de sí al amor del prójimo. Precedencia de orden, aunque no lo sea de dignidad, pues la precedencia corresponde a aquella dignidad perfecta de la que se dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente." 7

Ciertamente, alguna parte de este amor, si no la plenitud, precede al amor de sí y del prójimo necesariamente, pues sin él, uno y otro no pueden vivir, y por tanto no existen. Pero me parece que el amor de Dios es como el alma de los otros amores; él posee la plenitud en sí mismo, comunica a los otros con su sola presencia su esencia vital y al retirarse produce la muerte. Para que el hombre se ame, el amor de Dios es incoado en él; para que ame al prójimo, de algún modo es como concebido en un seno más espacioso, a fin de que aquel divino fuego lo caliente poco a poco, hasta que absorba de modo maravilloso en su plenitud las demás como centellitas de amor y atraiga todo el amor del alma hacia aquel sublime e inefable bien,. en donde ni uno mismo ni el prójimo son amados por sí mismos, sino en cuanto, siendo ambos muy limitados por sí solos, son conducidos hacia Dios.

[5.] Estos tres amores se engendran mutuamente, se alimentan entre sí y también entre ellos se excitan de manera que se perfeccionan al mismo tiempo; y esto se realiza de un modo inefable y maravilloso, porque lo que contienen estos tres amores, no siempre lo sienten de la misma forma, ni es posible expresado de distinta manera, pues unas veces se experimenta descanso o alegría en la pureza de la propia conciencia, otras se saca de la dulzura del amor fraterno o se adquiere más plenamente en la contemplación de Dios. Como un rey que posee diversas habitaciones con aromas, entra ahora en una, ahora en otra; se embalsama ahora con el perfume de una especie, ahora con el de otra; así, el alma solitaria, llena de riquezas espirituales dentro del vallado de su conciencia, se pasea por aquí y por allá, y hace distinto uso de los motivos de su alegría, según la diversidad de sus riquezas.

Capítulo 3. - EL SÁBADO ESPIRITUAL SE EXPERIMENTA EN EL AMOR DE sí MISMO.

[6.] Cuando en el secreto de su espíritu el hombre se aparta del tumulto exterior y, cerrando la puerta a la multitud de vanidades que lo rodean, contempla sus tesoros interiores," nada encuentra que lo inquiete, nada desordenado, nada que lo turbe, nada que lo alborote; antes bien, todo es alegría, concordia, paz y tranquilidad, y, a semejanza de una familia muy ordenada, la muchedumbre de sus pensamientos, palabras y acciones se sujetan a su espíritu como a un padre. De ello se sigue inmediatamente una admirable seguridad; de

ésta, la alegría; y de la alegría, un regocijo que tanto más devotamente dirigirá alabanzas a Dios, cuanto más claramente vea el hombre que era don divino lo que en sí mismo reconoció como bueno.

Esta es la alegre solemnidad del día séptimo, a la que necesariamente preceden seis días; esto es, la terminación del trabajo, para que trabajemos primero en las buenas obras y descansenos después con la tranquilidad de la conciencia. De aquellas nace la pureza de conciencia, según la cual es juzgado el amor de sí mismo. Pues como el que obra o ama la iniquidad, no ama a su alma, sino que la odia, del mismo modo quien ama y obra la justicia no odia, sino que ama su alma. Esta es la alegre solemnidad del primer sábado, en la que apenas se ejercen las tareas serviles del mundo, en el cual no se enciende el fuego de la torpe concupiscencia, ni se soporta la carga de las pasiones.

Capítulo 4. - EL SÁBADO EN LA CAJUDAD FRATERNA; y CÓMO LOS SEIS AÑOS QUE PRECEDEN AL SÉPTIMO SE AJUSTAN A LA CARIDAD.

[7.] Si desde la cámara secreta en que se ha celebrado este primer sábado, se traslada el alma a aquella otra de su pecho en donde suele gozarse con los alegres, llorar con los tristes, enfermar con los dolientes y escandalizarse con los que se escandalizan, allí siente que su espíritu se une por el vínculo de la caridad con las almas de todos sus hermanos, que no se agita por los estímulos de la envidia, ni se inflama con el fuego de la indignación, que no es herida por los dardos de la suficiencia, ni tampoco consumida por los crueles mordiscos de la tristeza. 10 Entonces, atrae a todos hacia el tranquilísimo refugio de su alma, en donde, con su dulce afecto, acaricia y abraza a todos, haciéndolos consigo un solo corazón y una sola alma

Inmediatamente, después del suavísimo gusto de esta dulzura, se apaga todo el tumulto de sus deseos, se apacigua el fragor de sus vicios, se produce allá dentro una cesación absoluta de todos los impulsos dañinos, y goza, con la dulzura del amor fraterno, de una grata y alegre pausa.

[8.] Así como en el descanso de este sábado la caridad fraterna no permite de ningún modo la existencia de vicio alguno, el testigo y celebrador más persistente de este sábado, el Apóstol Pablo, dice: "No adulterarás, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, y, si algún otro mandamiento hay, en esta palabra se recapitula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo." 12

El profeta David, inundado con la dulzura y quietud de este sábado, con jubilosa solemnidad exclamó diciendo: "Ved cuán bueno y deleitoso es convivir juntos los hermanos." 13 Verdaderamente es bueno y alegre; plenamente es bueno, porque nada hay más útil y alegre, porque nada es más sabroso.

Como al primer sábado sólo se dedica un día, porque en efecto es único y consiste en la tranquilidad de la propia conciencia, así, y no sin motivo, se consagra un año entero a este otro; pues igual que el año se forma de muchos días, un solo corazón y una alma sola se forman de muchas almas. Si quieres sacar una aplicación mística de los seis años que preceden a este sábado espiritual, te haré saber que existen seis clases de hombres, en cuyo amor conviene que el alma se ejercite. Del mismo modo que el año está formado por muchos días, en cada una de estas clases se nos unen muchos hombres con el vínculo del amor.

[9.] En primer término, y en un orden natural, nuestro amor se dirige hacia los de nuestra propia sangre. Se posee este amor por ser inherente a la misma naturaleza, siendo monstruoso el carecer de él, como dice el Apóstol: "Si uno no se interesa por los suyos, y particularmente por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un infiel." 14 Y nadie

alegando aquella otra expresión piense que esta sentencia sea contraria a las palabras del Señor: "Si uno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo." 15 Pero ya hablaremos más tarde sobre esto. 10

Luego, como hay algunos que, más inhumanos que las bestias, no se ocupan ni de los de su casa, el que ha avanzado algo hacia este sábadó espiritual, ya ama como conviene. Pero este amor, por proceder de la misma naturaleza, está prescrito en el primer lugar en los :Preceptos que pertenecen al amor del prójimo, atestiguándolo así el Señor: "Honra a tu padre y a tu madre." 1

Después nuestro amor se extiende a los que están unidos con nosotros por los lazos de especial amistad o necesidad del oficio, 18 extendiéndose así a un más amplio círculo. Pero este amor no es mayor que la justicia de los fariseos, a quienes se dice: "Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo." 10

Por ello, aunque sean de poco provecho, uno y otro amor han de ser buscados con diligencia, puesto que hacia el uno nos inclina la ley natural y al otro nos obliga la gracia que se nos ha dado. Y si los rechazamos nos acarreamos la condenación. De este amor dijo el Señor en el Evangelio: "Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿Acaso no hacen eso mismo también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más?" 20 Luego, para que nuestro amor se extienda a algo más, ha de abarcar también a los que están sujetos con nosotros al mismo yugo de la profesión, y por cierto que este amor no carecerá de premio, puesto que es Dios la causa. por que se practica.

En esta situación, el alma, asociada con Jesús, siquiera por la vestidura," absorbe algo de aquel unguento que, descendiendo de la cabeza, impregna también la barba de verdadero aroma, llega hasta la orla de sus vestidos," y alguna vez los empapa, pues, tocando en primer lugar a todos los ungidos por el Ungido, esto es, a los que son Llamados cristianos por el mismo Cristo, los hace partícipes del nombre de Jesús y por amor los recibe en su más amplio seno.

[10.] Quedan además otras dos especies de hombres, a los que, si estrechamos contra nuestro pecho con las ligaduras del amor, sin duda nada se opondrá a que gocemos en paz del verdadero sábadó. Pues de los que están fuera, es decir, de los gentiles y de los judíos, de los herejes y de los cismáticos, es razón que lamentemos su ignorancia, nos compadezcamos de su debilidad, deploremos su malicia y con piadoso sentimiento les ofrezcamos el auxilio de nuestras oraciones, para que ellos y nosotros nos encontremos en Cristo Jesús, Señor nuestro.

De este modo se ha de llegar a aquel en donde está la suma de la caridad fraterna, en donde el hombre se hace hijo de Dios, en donde se logra la semejanza de la más plena bondad, tal y como dijo el Salvador en el Evangelio: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos." 23

[11.] ¿Qué nos queda después sino el año séptimo, cuando no permitimos perseguir a los deudores 24 y en el que el siervo es galardonado con la libertad? 26 Precisamente, quien ve que también a los enemigos se los trata con bondad, ése puede decir con verdad: "Perdónanos, 'como también nosotros perdonamos." 2. Porque "todo el que obra el pecado, es esclavo del pecado" 27 y permanece condenado a esa deplorable servidumbre en tanto no sea él mismo perdonado, y amado por perdonar y amar.". Siendo esclavo, no sólo será hecho libre, sino también amigo. Verdaderamente será tiempo de paz, tiempo de descanso, tiempo de tranquilidad, de gloria y de regocijo.

y ¿qué molestia, perturbación, tristeza o ansiedad podrá malograr su alegría? Desde ese primer sábadó, en que se apacienta con los frutos de su trabajo, avanza hacia el estado

de la semejanza divina, disfrutando de una gracia mayor. Así, abrazando a todo género de hombres con un mismo amor de su alma, no sólo no se turbará ante las injurias de alguno, sino que, como padre lleno de indulgencia que cuida con esmero a su queridísimo hijo, se comportará con sus enemigos de manera tal que, cuanto más injuriado sea por ellos, con tanto más profunda y perfecta caridad los soportará.

[12.] Así pues, estando en posesión de esta virtud, se puede decir que se celebra este sábado de mejor modo cuando, solazándose el corazón en la dulzura de la caridad fraterna y fundido en un mismo y suavísimo afecto con aquellos que le son más queridos, saborea el espíritu "cuán bueno y deleitoso es habitar juntos los hermanos". 2.

Capítulo 5. - EL AMOR DE DIOS CONSERVA ESTOS AFECTOS.

[13.] Como antes dijimos, es verdaderamente necesario que este doble amor con que atendemos a nuestro propio bien y nos unimos por puro afecto a nuestros prójimos, sea sostenido también por algo de amor divino. Para poder conocer este doble amor de Dios, el mismo amor nos mueve y nos impulsa, según aquello de que "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".3.

Efectivamente, en este doble amor se adquiere la inocencia, que evidentemente se encuentra en los dos, ya que es inocente quien no se daña a sí mismo ni a nadie lastima. Se dañaría a sí mismo el que se corrompe con la infamia de la torpeza o con vicios de cualquier otra especie. Lo mismo que el placer y el deleite de la carne estimulan con ímpetu a la corrupción, así, fácilmente, la desprecia y evita quien, revestido de un piadoso afecto hacia la carne de nuestro Salvador,³¹ se goza en contemplar con los ojos del espíritu al Señor de la Majestad sometido a las angustias del pesebre:² esperando ansiosamente el alimento de los virginales pechos, regocijándose en los brazos maternos o siendo besado por los trémulos labios de aquel anciano, el bienaventurado Simeón.³³

Feliz quien sea capaz de representarse dulcemente con las miradas de su alma qué manso es en su aspecto, qué dulce en la conversación, qué condescendiente con los dolientes y los miserables. Con admirable benignidad, no rehuye el contacto de las meretrices:.. ni el banquete con los publicanos:'

Él acoge la causa de una adúltera, para que no sea apedreada, y, hablando a los otros, se comporta como defensor de aquella meretriz.³

Ante este dulce espectáculo, ¿a quién no causa náuseas todo el deleite de la carne corrompida? De aquí brotan fácilmente las lágrimas con que se extingue todo el ardor de la concupiscencia, la carne se calma, se templá la voracidad de la gula y se mitiga todo el halago de las vanidades.

[14.] Por consiguiente, para amar a los enemigos, en lo cual consiste la perfección de la caridad fraterna,³⁷ nada nos anima tanto como-la agradable consideración de la portentosa paciencia con que el que es "hermoso sobre todos los hijos de los hombres"," ofreció su hermoso rostro a los impíos para ser escupido;³" él ofreció al vejamen de -los inicuos aquellos ojos por cuyo movimiento se rigen todas las cosas; expuso sus espaldas a los latigazos; sometió a las aspereza de las espinas.² aquella cabeza que adoran los principados y potestades; por su paciencia se sometió él mismo a los oprobios y los ultrajes," y con aquella paciencia, en fin, soportó la Cruz:.. los clavos:⁵ la lanzada:- la hiel ⁴⁷ y el vinagre:" en todo permaneciendo dulce, afable y tranquilo. Además, como oveja fue conducido a la muerte y, "como cordero ante el trasquilador, enmudeció y no abrió su boca!"

Considera, oh humana soberbia, oh altanera impaciencia, lo que soportó, quién y cómo lo soportaba. Pido que se medite, no que se escriba acerca de ello.

[15.] ¿Quién hay que ante ese admirable cuadro no se sosiegue al punto en- su cólera? ¿Quién, escuchando aquella maravillosa voz tan llena de dulzura, de caridad y de imperturbable tranquilidad: "Padre, perdónalos"~50 no abrazará inmediatamente a sus enemigos con todo afecto? "Padre, dijo, perdónalos." ¿Podía añadir a esta petición algo más dulce y caritativo? Pues lo añadió y, pareciéndole poco el rogar, quiso además excusarlos. "Padre, dijo, perdónalos, porque no saben lo que hacen." Es verdad que son grandes pecadores, pero no saben valorar sus acciones; por eso, Padre, perdónalos. Me crucificaron, pero fue porque no conocían al que crucificaban, pues si lo hubiesen sabido, jamás habrían clavado en la Cruz al Señor de la gloria. 51 Por lo tanto, Padre, perdónalos. Me consideran quebrantador de la Ley," usurpador de la divinidad '3 y seductor del pueblo.5' Les he ocultado mi verdadero rostro," y así no han conocido mi grandeza; por eso, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

[16.] Así pues, que el hombre lo ame y no se degrade con los placeres de la carne. Para que no sucumba ante la concupiscencia carnal, derrame todo su afecto en la suavidad de la carne del Señor. Descansando así más suave y perfectamente en el deleite de la caridad fraterna, también abrazará a sus enemigos con los brazos del verdadero amor. Y para que este divino fuego no se apague por la condición de las injurias, contemple continuamente con los ojos del alma la tranquila paciencia de su amado Señor y Salvador.

Capítulo 6. - EL PERFECTO SÁBADO SE ENCUENTRA EN EL AMOR DE DIOS. Y EL QUINCUAGÉSIMO AÑO SE COMPARA A ESTE AMOR.

[17.] Purificada el alma por estos dos amores, se regocija con los abrazos de la misma divinidad, con tanto más devoción cuanto mayor es su seguridad. Inflamada por su gran deseo de desprenderse del vestido de la carne y entrando en aquel santuario donde el espíritu se encuentra ante la faz de Jesucristo, queda absorta ante su inefable luz, ante su inusitada dulzura; y hecho un total silencio de todo lo corporal, de todo lo sensible, de todo lo mudable, fija su mirada en el que es, fue y será siempre Uno, hallando su descanso en la consideración de que el Señor es Dios 6. Así, entre los suaves abrazos de su amor, celebra, sin la menor vacilación, el sábado de los sábados.

[18.] Este es el año jubilar:7 en que el hombre se vuelve hacia lo que es más suyo, a saber, hacia su mismo autor, para poseerlo y ser poseído por él, para gozarlo y ser para él motivo de gozo, para estrecharlo contra sí y no separarse jamás de él. Esta es la posesión que es vendida por- el precio de un miserable pecado; por el amor del hombre, [el hombre] se aparta de aquel por quien. fue creado y se adhiere a la criatura.

No sin razón se atribuye el número cincuenta a este sábado, pues en él se elimina el temor servil y la concupiscencia de la carne no solamente desaparece, sino [que se borra] incluso su mismo recuerdo, al tiempo que se llena de bríos el espíritu.

Antes, dijo -esto es, antes de Pentecostés-, todavía no había Espíritu, puesto que Jesús no había sido aún glorificado".

No es que de ningún modo hubiese sido dado, sino que no lo había sido con tanta abundancia, con tanta plenitud. En efecto, fue dado en el primer sábado, y también en el segundo; pero su plenitud fue derramada en este sábado de los sábados.

En los dos primeros sábados se nos muestra un Jesús pequeño, no grande; humilde, no sublime; injuriado, no glorificado. Es que el Espíritu Santo aún no había sido dado, puesto que Jesús aún no estaba glorificado.

[19.] Mas como la caridad ha sido derramada en nuestros corazones, precisamente por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado:" en donde está guardado el número siete,"o se conoce el progreso de la caridad por su multiplicación.

El día séptimo es como el comienzo de la caridad; el séptimo año, su ascenso; y el año quincuagésimo, que es el resultado de siete por siete, su plenitud. En cada uno de ellos se nos ofrece descanso, sosiego y una cierta sabatización espiritual. En primer término, descanso en la pureza de conciencia; después, en la dulcísima unión de muchos espíritus; y, por último, en la contemplación del mismo Dios. El primer sábado se descansa de todo delito; en el segundo, de la concupiscencia; en el tercero, de toda división. En el primero, gusta el espíritu qué dulce es Jesús en su humanidad; en el segundo, contempla su perfección en la caridad; en el tercero, cuán sublime aparece en su divinidad. Primero se repliega sobre sí mismo, en el segundo se prolonga fuera de sí, pero en el tercero es arrebatado enteramente fuera de sí.

Capítulo 7. - QUÉ ES EL AMOR, QUÉ LA CARIDAD Y QUÉ LA CONCUPISCENCIA O APETITO DESORDENADO.

[20.] Este lugar y este momento parecen pedir que, como antes inquirimos sobre cómo se ha de manifestar la caridad, ahora lo aclaremos un poco más, diciendo qué es la caridad, y así la contemplemos con mayor luz.

Es evidente que la caridad [caritas] es amor [amor), pero no lo es menos que no todo amor es caridad. Nos es preciso averiguar mediante una profunda indagación qué es el amor en una primera impresión, de modo que su hermosura no quede oculta al investigador por inadvertencia.

Como lo demuestra la manera de hablar, sostenemos que existen dos clases de amor. Llamamos amor a cierta fuerza o naturaleza del alma racional, por la que se halla en ésta la facultad de amar o de no amar; y se dice amor de la misma alma racional el acto que ejerce aquella fuerza para lo que conviene o para lo que no conviene. Tal acto, como calificativo, solemos llamarlo amor, y de su poder procede el amor de la sabiduría y el del dinero, que siempre y necesariamente son, o amor bueno, o amor malo. Pero esa fuerza o naturaleza del alma por la que se realiza este amor bueno o malo, ya sea bien o mal utilizada, es siempre un bien para el alma y no puede dejar de serlo: Sin duda, es una naturaleza de sustancia semejante a la del sumo Bien, que hizo cada una de las cosas buenas que existen, lo mismo que hizo muy buena la totalidad de las cosas.

[21.] y así el hombre, que se encuentra dotado de libre albedrío, entre todos los demás bienes de su naturaleza, ayudado por la gracia puede obrar el bien, o el mal si se aparta de la justicia.

Como dijo uno,"" no son las costumbres las que hacen que las cosas sean buenas o malas, sino los buenos o malos amores; pero el abuso, al ser obra de un mal amor, hace malo al hombre.

¿Cómo dudar, pues, de que la caridad expresa el recto uso del amor, mientras que el abuso procede de la concupiscencia?

Capítulo 8. - EL RECTO USO DEL AMOR, o EL ABUSO, ESTÁN EN LA ELECCIÓN, EN EL IMPULSO o MOVIMIENTO, y EN EL FRUTO.

[22.] Distingamos ahora cuidadosamente entre el recto uso del amor y el que no siempre es recto. Me parece que esto se nota en la elección, en su desarrollo y en sus frutos.

La elección es obra de la inteligencia; el desarrollo se realiza mediante el deseo y los actos; los frutos son producidos por su fin.

La criatura racional está capacitada para ser feliz, de modo que siempre aparece como deseosa de felicidad, aunque sin serle nunca posible alcanzarla por sí misma. En consecuencia, arrastrada por su infelicidad, ya que no se basta a sí misma para apoderarse de la felicidad a que aspira, desea ardientemente ser lo que no es. Este es el motivo por el cual, movido cada uno por su propia credulidad o entendimiento, por el engaño del error o por la experiencia de los sentidos, suele poner primero su felicidad en la adquisición de una o varias cosas muy determinadas. Además, todo aquello con cuyos frutos es posible alcanzar la felicidad, sin ninguna duda lo toma para disfrutar de ello.

[23.] Ciertamente, el amor efectúa la elección, pues el alma racional se vale para realizarla de aquella fuerza o naturaleza suya a la que antes denominamos amor. El amor siempre tiene por compañera a la razón, no porque siempre ame racionalmente, sino porque lo que elige o rechaza lo hace con cuidadosa prudencia.

Desde ese momento distingue entre el Creador y la criatura, entre los bienes temporales y los bienes eternos, entre lo dulce y lo amargo, entre lo agradable y lo duro, eligiendo por amor lo que prefiere para gozar.

También esta elección se llama amor y, desde luego, es un acto del alma; pero como el amor con que elige es siempre bueno en sí mismo, esa elección, que no obstante se llama amor, necesariamente habrá de ser buena o mala, y por su causa el amor será bueno o malo. Mas si, cautivada el alma por la experiencia de algún deleite o engañada por algún error, elige para disfrutar aquello que menos puede ayudarla, verdaderamente ama mal.

Decimos que disfrutamos cuando hacemos uso de las cosas con placer y alegría. Cuando se produce la elección, entonces también la acompaña un oculto movimiento de amor, que excita y mueve de algún modo al espíritu para que desee aquella cosa que pensó elegir. Este movimiento es un acto del espíritu, se llama amor y también procede del amor. Si [el movimiento] es hacia lo que se debe y como se debe, será amor bueno; pero si es hacia lo que no se debe o de modo distinto a como se debe, será amor malo.

[24.] Lo que ha elegido para gozar, si lo ha deseado,]0 habrá adquirido mediante el deseo y los actos necesarios para ello; su uso lo designamos con el nombre de frutos.

Así pues, en estas tres cosas aparecen manifiestas tanto la caridad como la avaricia, a saber, en la elección, en el desarrollo y en los frutos. La elección del amor bueno o malo se encuentra al principio; el desarrollo, en el transcurso del mismo amor; y sus frutos, en el fin.

La mente elige para disfrutar lo que conviene; si para esto se conduce como debe o disfruta de ello como es debido, tan buena elección y tan útil fruto con razón se juzga valorado con el nombre de caridad. La caridad se comienza en esta elección, se continúa con el desarrollo y se concluye en el fruto. Pero si el espíritu elige mal, se comporta indecentemente y abusa de manera torpe, puede convenirse con facilidad que en estos tres grados se realiza la avaricia.

Estas son las dos fuentes, origen de todo bien y mal. En efecto, la raíz de todos los males es la avaricia;6' la de todos los bienes, la caridad.

Capítulo 9. - Lo QUE NOS CONVIENE ELEGIR PARA DISFRUTAR.

[25.] Una vez establecida la diferencia entre el amor bueno y el malo, quedamos ahora mostrar lo que el espíritu debe escoger para disfrutar de ello como conviene y moverse a esto que ha elegido, del modo que quiera inspiramos aquel en cuyas manos estamos nosotros y nuestras palabras.

Sabemos qué hemos de amar y cómo debemos hacerla; ciertamente, hay que reconocer que no debe decirse que amamos todo lo que utilizamos para nuestro uso, sino sólo lo que elegimos para disfrutar. Pues el alma, sumergida en el estercolero de la carne, a nada elevado que exceda la grosería de los sentidos se atreve a aspirar, salvo a riquezas falaces, honores inútiles, placeres carnales, favores mundanos, a un poco de estas cosas o a todas juntas, imaginando falsamente la felicidad en el disfrute de ellas. Sin embargo, para lograr tales frutos no todos marchan por el mismo camino. Así uno elige negociar, otro combatir, otro ejercer cualquier habilidad, y otro procura su intento con rapiñas y latrocinios. De todo esto solamente se debe considerar como amor aquello a lo que se dirige con toda su intención para gozar, mientras que usa todo lo demás como medio para más fácilmente llegar a la posesión de la cosa deseada.

[26.] El alma perversa, mientras no consiga lo que desea, finge disfrutar de la felicidad en sus frutos o haber visto ya realizados sus deseos; mas experimenta en sus trabajos la acostumbrada indigencia o se siente rechazada por el fastidio, por aquello mismo de que ha abusado. Se enciende en apetito hacia cualquier otra cosa, pero no ciertamente para saciarse, sino para de nuevo derramarse en las mismas vanidosas niñerías. Tal es el círculo vicioso de los impíos, de cuya miserable pobreza ya hemos tratado suficientemente en toda la primera parte de esta obra.

Siendo manifiesto que nadie puede por sí mismo alcanzar la felicidad, quien posee un espíritu más sano, la mirada más limpia y una vida más mortificada, contemplándolo todo con más altas miras, ciertamente advierte que lo que es más bajo y miserable en la naturaleza no puede elevar al hombre a cosas más altas, pero sí apartarlo de su amor, envolviéndolo más en miserias que proporcionándole el descanso de la verdadera felicidad.

Por esto, proponiendo valorarse a sí mismo y apreciar su propia calidad natural, comprueba cuán dignamente, cuán magníficamente y, en fin, con cuánta justicia manda la Ley divina al hombre: "Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto." 63 De ningún modo lo habría dicho si existiese alguna naturaleza mejor a la que la naturaleza humana debiera aquel singular obsequio o de la que pudiera esperar el premio de la felicidad.

Así pues, Dios mismo debe ser elegido por nosotros sobre todo lo demás, para que gocemos de él. Este es el principio del amor. :Él debe ser deseado por encima de todas las demás cosas, lo cual es, ciertamente, como el desarrollo y ascenso del mismo amor, en cuya adopción, así como será amor perfecto de un bien perfecto, también será perfecta la felicidad.

[27.] Con razón, pues. la Ley divina puso como primero y principal mandamiento de amor a Dios el que dice: "Amarás al Señor tu Dios"; pero cuando nos hayamos posesionado de este beatífico bien, cada uno lo disfrutará con arreglo a su propia capacidad, y todos juntos serán capaces de gozarlo más que cada uno en particular. Sin duda, la misma felicidad estará más acumulada si lo que el menos capaz no puede tenerlo en sí mismo, puede empezar a poseerlo por medio de otro. Pero su bien no será del otro si no lo ama en el otro, y esto será imposible si no ama también al otro. Por tanto, convenientísimamente la autoridad divina proclama el segundo precepto: "Amarás a tu prójimo."'

[28.] Dios será nuestro sumo bien en sí mismo, en nosotros y en los demás. Por ello él mismo prescribió que se le debía un amor total. Así pues, "amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu poder"... Y para que el bien del prójimo nos cause tanto gozo como el propio, con razón se añade: "Amarás a tu prójimo' como a ti mismo"..

Es claro, por consiguiente, que para nuestro regocijo hemos de elegir dos cosas, a Dios y al prójimo, aunque de distinto modo. Gozamos de Dios en sí mismo y por él mismo, pero al prójimo lo gozaremos en Dios, y gozamos de Dios en él. Pues aunque el verbo "disfrutar" [frui] suele tomarse en sentido más estricto, no aplicándose a ninguna otra cosa,

sino sólo para indicar el disfrute de Dios, Pablo lo empleó dirigiéndose a un hombre, diciendo: "Sí, hermano, reciba yo de ti gozo [ego te fruar] en el Señor."⁷

Así pues, cuando la razón se decida a elegir estas dos cosas, despreciando todo lo demás -como hemos indicado- a cambio de la contemplación de éstas mediante el asentimiento del alma, entonces comenzaremos verdaderamente a amar a Dios y al prójimo, porque el amor estará encaminado a lo que debe.

Capítulo 10. - NUESTRO AMOR ES MOVIDO AL ACTO Y AL DESEO, UNAS VECES POR EL AFECTO Y OTRAS POR LA RAZÓN.

[29.] Baste con lo dicho acerca de la elección, para continuar tratando ahora lo que se puede decir sobre el desarrollo del amor. Tal movimiento se hace en dos direcciones: interiormente, hacia el deseo, exteriormente, hacia la acción. El espíritu, por medio de cierto movimiento interno y del apetito, se prolonga hacia el deseo, creyendo necesitar de él para gozar; y hacia la acción, cuando cierta fuerza oculta del mismo amor lo mueve además exteriormente a ejecutado.

Por consiguiente, creo deber investigar las causas por las que, como incentivos, el amor es incitado y movido. Estos incentivos de algún modo ordenan y determinan su desenvolvimiento. Después, para procurar el desenvolvimiento más adecuado, se ha de averiguar cuidadosamente qué o cuánto deba evitar o seguir, y qué conviene desechar, admitir, aumentar o disminuir.

[30.] Me parece que son dos las causas, el afecto y la razón, por las que el espíritu es movido y espoleado hacia las cosas que anteriormente indicamos.

Algunas veces se inclina nuestro amor al acto público o al oculto deseo tan sólo por la razón; otras con solo el afecto. Vamos a intentar desarrollar cada uno de estos temas cuanto nos parezca necesario.

Hay que recordar, como anteriormente dijimos, que dos son las causas que nos producen gozo: Dios y el prójimo. Después debe ser tratado de qué modo conviene a nuestro amor moverse hacia estas dos cosas, tal como la razón enseña a elegir algo sobre todo lo demás. Y así, entre todos los movimientos por los que nuestro amor es agitado tantas veces, veremos cuál debe ser seguido principalmente.

Capítulo 11. - SE DECLARA LO QUE ES EL AFECTO, CUÁNTOS SON LOS AFECTOS, Y QUE EL AFECTO ESPIRITUAL PUEDE TOMARSE DE DOBLE MANERA.

[31.] El afecto es una espontánea y placentera inclinación del espíritu hacia algo. Puede ser racional o irracional, oficial o natural, carnal o espiritual. El afecto espiritual puede ser interpretado de dos maneras distintas, pues el alma es movida por el afecto espiritual cuando por oculta y casi imprevista visita del Espíritu Santo se entrega resueltamente a la dulzura del amor divino o a la suavidad de la caridad fraterna. Recordamos anteriormente por qué medios y causas pueda realizarse en nosotros esta visita. A este afecto se opone el afecto que procede del diablo, por el cual es manifiesto que algunos son arrastrados a cometer acciones torpes, de los cuales dijo el Profeta que "el espíritu de la fornicación les engañó."⁸

[32.] Porque nuestro asqueroso enemigo persigue con doblado tormento el pudor de los santos, encendiendo unas veces su carne con un ardor intolerable y otras embargando su espíritu con el afecto de una perniciosa dulzura.

Si mal no recuerdo, un hijo de David, Amón, por persuasión del maligno enemigo y arrastrado por un afecto de perniciosa suavidad, buscó los ilícitos abrazos de su propia

hermana; manchando con tan gran incesto la casa de su padre, movió contra sí la espada de su hermano. Así preparó las causas y ocasiones al futuro parricida, Absalón, ambicioso del reino, y con ello amargó a su propio padre!O

Nadie, en verdad, se extraña de que llamemos espiritual a este afecto, puesto que lo engendran vicios espirituales, ni se discuta el nombre cuando la cosa misma es evidente.

Capítulo 12. - EL AFECTO RACIONAL Y EL IRRACIONAL.

[33.] Hay un afecto racional que brota de la consideración de la virtud ajena, es decir, cuando la virtud o santidad de alguien, contemplada con nuestros ojos o descubierta en la lectura, embarga con dulce suavidad nuestra mente. Este es el afecto que, cuando escuchamos la pasión triunfal de los mártires, nos produce suavísima devoción y recordándonos las acciones pasadas nos sirve de deleitosa meditación, como si lo viéramos.

De aquí procede aquella expresión con que Pablo, el admirable atleta de Cristo, describe sus hazañas, arrancando lágrimas de la mayor parte de quienes le escuchan, y abraza al ya alegre espíritu con piedad súbitamente infundida. Pues, quién, oyéndolo hablar de aquellos peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de todo género, peligros entre los gentiles," y sintiendo su poderosa expresión: "En todo caso y en todas las cosas he aprendido el secreto, lo mismo de estar harto que de andar hambriento, lo mismo de estar sobrado que de andar escaso. Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta." 72 Quién, digo, oyendo o leyendo estas palabras no se sentirá movido de admiración hacia tal varón.

Este afecto consagró las primicias del sagrado amor existente entre David y Jonatán,⁷⁸ y fortaleció el vínculo de su amistad con el sello de la caridad, de suerte que ni aun la autoridad paterna fue capaz de romperlo. Pues, viendo la inmutable constancia de corazón con que un niño indefenso había derribado en tierra a un gigante bien armado, lo que para otro habría sido semillero de envidia, para este excelente muchacho sirvió como incremento de la virtud, excitándolo al afecto del virtuoso joven, como dice la Escritura: "El alma de Jonatán se apegó a la de David, y le amó Jonatán como a sí mismo." 7< y el mismo Jesús, identificándose por el afecto con el joven, como dice el evangelista,⁷⁵ poniendo en él los ojos, le amó, porque le había manifestado sus virtudes.

[34.] Contrario a este afecto es el afecto irracional, por el cual uno se mueve con cierta inclinación del espíritu hacia alguien cuando ha sido descubierto su vicio. Pues muchos se ganaron los ánimos de otros merced a su vana filosofía o a su audaz estrategia. Y, lo que es aún más triste, muchos se inclinan y se ganan los ánimos de otros siendo lujuriosos, traidores, impúdicos, fautores y protectores de hombres perversos, vanísimos y cuidadosos promotores de espectáculos frívolos.

Capítulo 13. - EL AFECTO OFICIAL.

[35.] Llamamos oficial u oficioso al afecto que se conquista por medio de regalos y obsequios. El santo Moisés, habiendo burlado las asechanzas del Faraón, se ganó el afecto del sacerdote de Madián, pues, aun siendo extranjero, defendió firmemente a las hijas vírgenes de aquél frente a la maldad de los pastores; admirando aquel hombre la bondad del joven, no sólo lo hizo amigo suyo, sino también su yerno!"

Asimismo Bercelay, galadita, excitó el afecto del rey David con sus dones cuando, huyendo éste de Absalón, le recibió con suma delicadeza; 7,7 y David se aficionó al espíritu tan fiel de aquel varón, de suerte que mandó a su hijo Salomón que, cuando él muriese, le diera la recompensa debida a su generosidad.⁷⁸

Capítulo 14. - EL AFECTO NATURAL.

[36.] Cada uno tiene, además, afecto a su propia carne, como la madre al hijo, como el hombre a su familia, pues "nadie jamás aborreció a 'su propia carne'." También dice: "¿Puede acaso una madre olvidar a su chiquillo y no apiadarse del hijo de sus entrañas?" 80 Y agrega: "El que no se interesa por los suyos, y particularmente por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un infiel." 81

En primer lugar, de este afecto por el que nadie aborrece su propia carne ni siquiera se excluyen los varones más santos, de quienes se cuenta haber obligado bajo juramento a sus descendientes, para no ser enterrados al morir en sepulcro ajeno, sino en el de sus padres.""

En segundo lugar, el sapientísimo Salomón 83 creyó averiguarlo cuando las dos meretrices se discutían en su presencia al niño superviviente, pues al otro lo había aplastado su madre; la sagacidad real, valorando el afecto natural, con la espada traída para dividir al niño, descubrió a la verdadera madre, de manera que la que no había cedido a la maldad, cedió al afecto, y la que había luchado por no ser privada de su hijo, estuvo dispuesta a dárselo a la otra. "Te ruego, dijo, dale a esta el niño vivo y no lo mates." Por el contrario, la que, carente de piedad hacia las entrañas ajenas, se endureció, decía: "Ni para ti, ni para mí, sino que sea dividido." 84

[37.] Finalmente, en el pecho del santo José prevaleció el afecto y, sobreponiéndose a la injuria criminal de sus hermanos, al acusar de espías a aquellos fraticidas con estudiada severidad y verlos tan acongojados y llenos de sincero arrepentimiento,85 dice la Escritura que se apartó un poco y lloró.". Este mismo afecto ni aun la fiereza del hijo parricida lo destruyó en las piadosas entrañas del patriarca David:7 el cual, cuando le buscaba para matarlo, olvidado de la injuria

y acordándose sólo de la naturaleza, para que se rebelase que

era padre y disimulando no conocer a su perseguidor, dijo a los que envió para que le apartasen de su locura: "Tratad bien al joven Absalón." 88 Apropriándose de este afecto con admirable compasión, nuestro mismo Salvador, viendo la ciudad que era suya según la carne, la ciudad de sus padres, movido de piedad natural, deploró su futura ruina derramando lágrimas.". Y su imitador Pablo, compungido por este afecto natural, deseaba ser anatema de Cristo en favor de sus hermanos según la carne..o

Capítulo 15. - EL AFECTO CARNAL DEBE TOMARSE DE DOBLE MANERA.

[38.] El afecto carnal puede tener un doble origen. Lo que de ordinario se gana la benevolencia del observador no es una virtud o vicio de otro hombre, sino su disposición externa. Fácilmente provoca y atrae el afecto la presencia elegante de uno, la amenidad de su conversación o su andar reposado, aunque se ignore de quién se trata. Esta era la gracia que brillaba en Moisés siendo niño, para que, contra el tiránico mandato del Faraón, con que se condenaba a muerte a los hijos varones de los hebreos,91 fuese conservado por sus padres durante tres meses,.2 como lo dice el Apóstol: "Como vieron lindo al niño." 93 Expuesto al peligro, la hermosura de su aspecto le valió la piedad de la hija del Faraón, y la considerable ventaja de que lo adoptara como hijo suyo ante todos los servidores del Faraón. O.

Por otra parte, nadie en su sano juicio dudará de que es movido por un afecto carnal aquel al que arrastra una suavidad miserablemente tierna hacia cualquier hermosura, por el recuerdo de un placer nocivo. Este afecto empujó al incauto David, cuando paseaba por el

terrado de su casa, hacia la hermosura de Betsabé.⁰⁵ Es el que previene al incauto y oprime al disoluto. Así, el que le enervó al abrazo de la mujer ajena, por el contrario le dio fuerzas para matar cruelmente a su propio soldado.". Este afecto es el que corrompió la sabiduría de Salomón y, degradado por el placer carnal, lo arrastró, mediante el abominable culto de los ídolos, al abismo de la fornicación espiritual. 07

Capítulo 16. – Lo QUE DEBE JUZGARSE ACERCA DE ESTOS AFECTOS.

[39.] A quien reflexiona sobre ello, le salen al encuentro estos afectos que, como dije, no son amores, sino origen o ciertas raíces del amor. Pues no consideramos especialmente digno de alabanza el ser movido o impulsado por ellos, si son buenos, ni condenable, si son malos. Aquel que pusimos en primer lugar, aunque óptimo, los más lo usan para su perdición, como enseñamos en el anterior tratado. Por el segundo, que es tenido como mucho mejor por la mayoría, a veces han sido provocados varones eminentes, para que así hiciesen méritos. Por eso no juzgamos que sea provechoso o nocivo ser movidos por estos afectos, sino el moverse según ellos. Porque cuando estos afectos mueven al alma, o hay visitación o tentación, o cuando ella es movida según estos afectos, entonces existe pleno consentimiento de la voluntad. Este con sentimiento puede ser oculto o manifiesto: oculto, cuando el espíritu es movido internamente por el consentimiento del deseo; y manifiesto, si ese deseo se exterioriza con un acto.

Hemos de esforzarnos por averiguar si nuestro amor debe ser movido según estos afectos, y cuánto debe serlo. Pero antes habremos de decir algunas cosas acerca de la razón, la cual dijimos ser la otra causa de este movimiento.

Capítulo 17. - EL ALMA ES MOVIDA AL AMOR DE DIOS y DEL PRÓJIMO POR LA RAZÓN.

[40.] El alma a la que ningún afecto mueve al amor de Dios y del prójimo, de ordinario la mueve la razón, ciertamente de un modo tanto más santo cuanto más seguro y puro, y tanto más puro cuanto que nada puede ser más útil y honesto que el amor racional.

La razón, para excitar al espíritu tibio a desear a su Creador, se apoya en tres argumentos: en nuestra necesidad, en nuestra utilidad y en la dignidad de Dios. La razón nos asegura que Dios debe ser amado porque esto nos es necesario, porque es conveniente y porque es digno. Es necesario para libramos de la eterna condenación; conveniente para lograr nuestra glorificación; digno porque, habiéndonos amado él primero:" con razón nos exige la compensación de ese amor.

Dios debe ser deseado por el hombre como su propio bien, sin el cual necesariamente será siempre mísero, con el cual no puede sino ser felicísimo. No teniendo necesidad de nuestros bienes, quiso ser pobre por nosotros. Sometiéndose el alma a la razón, no por afecto, sino por voluntad, se excitaría el deseo de Dios y la razón emprendería al punto la tarea de probar por entero que es necesario insistir en la guarda de los preceptos si se quiere alcanzar lo que se desea.

Así, impelido por la razón, el deseo innato de nuestro corazón camina al acto. Y como entre sus preceptos se encuentra el mayor de todos -que el hombre trate a su prójimo como a sí mismo-, la razón insiste para que el espíritu se mueva a hacer bien al prójimo. Todo prójimo es amigo, enemigo o no enemigo nuestro. Amigo porque aprovecha ahora o aprovechó antes; no enemigo porque no perjudica ni ha perjudicado; enemigo porque daña o dañó. Amigo, por parentesco o por simpatía; no enemigo, por la inocencia; enemigo, a

consecuencia de alguna injuria, Para que el hombre se sienta prójimo de su amigo, la razón le propone tres condiciones: dos para el no enemigo y una para el enemigo. Al amigo le es debido el bien por naturaleza, por oficio y por precepto; por naturaleza, porque el hombre es sociable; por oficio, a causa de la amistad; y por precepto por ser prójimo. Al no enemigo le es debido por naturaleza, con motivo de ser hombre; y por precepto, por ser prójimo.

Al enemigo sólo por precepto, puesto que el amar al enemigo es precepto del Señor.

Cediendo el ánimo a estas razones, si no sólo está dispuesto a hacer el bien al amigo, sino también al enemigo, aunque no sienta afecto, no por eso pierde el mérito de la caridad.

Capítulo 18. - DISTINCIÓN DE LOS DOS AMORES ENTRE LOS QUE FLUCTÚA EL ÁNIMO DEL QUE PROGRESA.

[41.] Hay que distinguir dos amores, proveniente uno del afecto y otro de la razón; entre estos dos amores muchas veces el ánimo del que va haciendo progresos en la virtud, al tiempo que desea mantener ordenado su amor, teme y vacila, creyendo amar menos, cuando debe amar más. El amor ha de estar ordenado de manera que ni ame más el hombre lo que no debe ser amado, ni ame por igual lo que debe ser amado de diversa manera, ni de distinto modo las que se han de amar de igual manera.

[42.] Pongamos ante nuestros ojos a dos hombres, de los que uno sea agradable, amable, tranquilo, suave Y adornado de todas las perfecciones; que resulte simpático a todos, ameno en su conversación y comedido en sus costumbres, aunque en alguna virtud no parezca muy perfecto. En cambio el otro, aun cuando más perfecto en su virtud, de semblante triston, aspecto severo y frente ceñuda por la austeridad de sus costumbres; que hace bien a todos y da cuanto se le pide, pero que no es compañía agradable ni atrae con su afabilidad. Para amar a aquél, el espíritu es impulsado por un afecto espontáneo, mientras que el amor a éste lo impone la razón, ordenada por la regla de la caridad.

Así pues, sintiendo su espíritu atraído hacia aquél por su dulzura y para con éste el vacío de toda suavidad, el hombre se angustia, se desconsuela, teme faltar a la caridad, pensando amar al uno más de lo justo y al otro menos de lo debido.

Capítulo 19. - EL HOMBRE BENÉVOLO Y MANSO, AUNQUE SEA MENOS PERFECTO, ES AMADO CON MÁS DULCE AFECTO QUE EL AUSTERO Y PERFECTO. SE PRUEBA CON UNA DOBLE COMPARACIÓN Y SE MANIFIESTA, ADEMÁS, QUE EL AMOR DE AMBOS NO RESULTA PELIGROSO.

[43.] Pretendo ahora, en primer lugar, explorar los escondrijos de la conciencia, para que no me engañe este afecto por ignorar su causa y origen. Un hombre, hacia quien mi espíritu experimenta una dulce inclinación, aunque no es muy perfecto, sin embargo no es vicioso, antes bien está adornado con muchas virtudes. ¿Por qué no se ha de creer que este afecto tiene su principio en la virtud, y por tanto no debe ser temido, sino más bien abrazado? Pero si digo que la virtud es su origen o causa, ¿por qué mi espíritu no se orienta con un movimiento más espontáneo hacia el que considero virtuoso? ¿No debe ser considerado como carnal el afecto producido por una apariencia exterior del hombre? Y si esto es así, ¿por qué no acojo con idéntica delicadeza al igualmente adornado en el exterior, aunque lo crea vicioso?

Me ha ocurrido a veces que la disposición exterior de alguien me atraía hacia él mientras le suponía virtuoso o ignoraba sus vicios, pero, en cuanto descubría sus malas inclinaciones, aquel afecto se desvanecía y mi espíritu le tomaba horror. ¿Que por qué? La

virtud o el vicio deben ser considerados como alimento provechoso o nocivo para el alma, pero la aspereza o benignidad exterior del hombre se han de mirar como recipientes toscos o delicados. De ordinario, la comida alimenta aunque se tome en recipientes feos; pero la comida mala ni en los preciosos se tolera.

[44.] Sin embargo sucede con demasiada frecuencia que una comida no muy buena se acepta sin enfado por su buena presentación, mientras que otra excelente se toma con repugnancia por la rusticidad de la vasija en que se encuentra. Así,

en ocasiones sucede que el hombre vicioso desagrade por el excesivo adorno de su cuerpo, mientras que la virtud atrae mucho debido a la severidad y autoridad exterior del hombre. No obstante, también es manifiesto que esto sucede porque se ve con mayor agrado a un hombre bondadoso y alegre de menor virtud, y en cambio desagrade el que con mayor virtud es duro y áspero.

Ahora bien, me parece que es más hermoso, y la semejanza resulta más clara, si a la virtud se la considera como verdad y al vicio como falsedad; la excesiva severidad en las costumbres es como un sermón tosco y grosero, y la agradable suavidad exterior del hombre como un sermón refinado y elocuente. Pues así como no se debe admitir la falsedad por el agradable modo de decir, así la verdad no ha de ser despreciada por ser expuesta en lenguaje tosco y grosero.

[45.] En fin, si dos hombres intentan persuadir a alguien de alguna cosa y, mientras uno lo hace con tosquedad, feamente y sin gracia, el otro lo ejecuta con agudeza, hermosura, limpia y decididamente, en tanto se ignore cuál de ellos se apoya en la verdad y cuál discurre falsamente, no es extraño que el oyente se deleite más en la palabra del que sabe, por medio de su discurso, reconciliar a los contrarios, enardecer a los pusilánimes, atraerse desde el principio a su benévolo, atento y dócil oyente, y persuadir a quienes desconocen sus pretensiones acerca de lo que deben esperar. Pues si ambos enseñan cosas igualmente verdaderas y hermosas, pero en las palabras de uno la salud es encomiada con cierta amargura, mientras que en las del otro se percibe gustosa y ávidamente una suave sanidad y una sana suavidad, cuanto más se saboree en una verdadera afirmación esta alegre suavidad, tanto más fácilmente aprovechará esta salud. Si las dos son verdaderas, pero expone una las verdades más grandes y profundas menos elocuentemente, ciertamente penetrará mejor en los oídos lo que de forma más clara se expresa aunque sea menos profundo; en cambio, es necesario hacerse no poca fuerza para que el espíritu no se aburra de oír cosas estupendas, a causa de la necedad de las palabras con que son proferidas. No agradando lo que se entiende, se concluye por no creerlo.

[46.] Si por el contrario imaginamos a dos hombres, de los cuales uno es benévolo, afable, de grata presencia, simpático en su conversar y que con su sola suavidad externa influye en los corazones de quienes le ven, y otro seco, áspero, lleno de gravedad y que inspira casi miedo, mientras no aparezca patente el vicio o la virtud de ambos, ¿quién se atreverá a reprender al que se deja guiar por la sensibilidad, rechazando a éste, no con la voluntad o con la razón, sino con el afecto? Sin embargo, si se supiese que los dos son iguales en las demás virtudes o si se considerase más atractivo al que en algunas cosas es menos perfecto, no es de admirar, ni carece de razón, que le guste más la virtud interior presentada con bella presencia como verdad dicha hermosamente, y no la expresada con aspereza como verdad dicha tosca y groseramente, entre apreturas y hasta con alguna coacción [aplicada] al espíritu.

Así como hay una elocuencia más conveniente para la juventud y otra más propia en la edad senil; así como el hervor y vivacidad de los años mozos se juzga liviandad en los hombres maduros; así, efectivamente, en la adolescencia la buena voluntad es más alegre,

más clara, más servicial, más rápida, mientras que en el hombre maduro es virtuosa, grave, alegre, pero sin liviandad y llena de madurez. Ni el uno debe ser acusado de ligereza, ni el otro de dureza.

[47.] De cualquier modo que se mire, el afecto del que ama, si a ese a quien su espíritu se inclina afectuosamente no quisiese contemplado en absoluto como la razón mostrase ser debido o que además se le propusiese fuera de todo razonamiento, entonces no hay verdadero amor. Mas como los afectos de ningún modo dependen de nuestra voluntad, ni siquiera moviéndonos contra nuestra voluntad podemos experimentados. El amor procedería del afecto Únicamente si el afecto moviese a amar, pero no si es el espíritu quien produce el amor afectuosamente. Del mismo modo, la tendencia a amar es producida por la razón.

Capítulo 20. - EXISTEN TRES AMORES: POR EL AFECTO, POR LA RAZÓN, Y POR UNO Y OTRO.

[48.] El amor procede del afecto si el espíritu se mueve por su causa y de la razón si la voluntad se une a ésta; pero también puede brotar un tercer amor de ambos, si estas tres cosas -razón, afecto y voluntad- se unen estrechamente.

El primero es dulce, pero peligroso; el segundo es duro, pero fructuoso; el tercero es perfecto por privilegio. Hacia el primero nos atrae un sentimiento de dulzura antes experimentado; al segundo impulsa una razón manifiesta, que se solaza en el tercero. Este último se diferencia del primero en que, aun cuando en aquél también se ama alguna vez lo que debe ser amado, con frecuencia se ama sobre todo por la dulzura del afecto; en éste, por el contrario, se ama no porque sea dulce, sino porque al ser digno de amor es dulce.

Capítulo 21. - RECAPITULACIÓN DE LO DICHO, Y MANERA DE CONOCER EL VERDADERO AMOR DE DIOS.

[49.] De cuanto queda dicho, recojamos brevemente aquí en qué consiste toda la fuerza del amor. Primero, la elección por obra del espíritu; después, la actividad que desarrolla con el deseo; y por fin, lo que hace para lograr el objeto de éste. Todo ello sin duda es amor. Tanto más ama cada cual, cuanto con mayor afán y constancia realiza estas cosas, pues si obra por afecto, efectivamente ama con dulzura y así actúa con mayor facilidad. Si lo que uno hace por afecto, otro lo ejecuta con la sola razón, cierto es que éste ama con menor dulzura, pero en breve obtendrá también lo que desea.

Si la elección es mala, por elegirse para gozar lo que no conviene y ser evidentemente nocivas las consecuencias de esta elección, tal amor resultará perverso y no se lo debe llamar caridad, sino concupiscencia. Como enseñamos anteriormente, todo lo que el alma, engañada o seducida, elige 'Para gozarse, fuera de Dios en sí mismo y del prójimo en Dios, excede los límites del verdadero amor. Además, la elección puede ser buena y, sin embargo, ambos movimientos perversos.

[50.] También la elección y el subsiguiente movimiento hacia el deseo pueden estar hechos por la razón, pero el movimiento que hay en el acto puede corromper todo el amor. Lo aclararé con algunos ejemplos. Si uno elige a Dios para gozar de él, su elección es buena; pero si en ese mismo fruto desea algo carnal, creyendo que al encontrarse con Dios podrá banquetear y darse a los placeres, como refieren las fábulas judías," de nada le aprovechará la integridad de la elección, al seguirse tanta perversidad en su deseo. Y si elige a Dios para gozar de su felicidad y no desea sino solo a Dios, pero con otros actos de los

que conviene, esto es, las ceremonias judías, los sacrificios de los gentiles, o si se acerca a tan gran Bien con alguna otra superstición, ciertamente perderá todo el fruto de su amor.

[51.] Sea, pues, la elección buena, el deseo adecuado y el acto racional; así no traspasará los límites de la caridad. Interesa mucho, por consiguiente, que cada uno sea afectuoso, discreto y fuerte en este amor. Afectuoso, para saborear lo que elija con el deseo; discreto, para no excederse en sus actos; fuerte, para que no le aparte de él tentación alguna. El afecto aprovecha contra las dulzuras malas; la discreción, contra los engaños; la fortaleza, contra las persecuciones. El que en estas tres cosas es perfecto, no sólo ama mucho, sino que también lo hace con suavidad. Pero si no se puede ser afectuoso, sea discreto y fuerte; y si no para la presente, al menos aprovechará para la felicidad futura.

Capítulo 22. - Lo QUE DEBE TENERSE EN CUENTA EN EL AMOR DEL PRÓJIMO.

[52.] Consideremos esto mismo en el amor al prójimo. Si elegimos al prójimo para la consecución del mismo fruto que hay en Dios, nuestra elección es buena. Pero si a esta elección le sigue un acto mal ordenado o un deseo torpe, se mancha toda la bondad de la elección.

Ciertamente, en el amor de Dios no nos miramos a nosotros mismos, pues es nuestro Dios y no necesita de nuestros bienes; pero, en el mutuo amor, como nos necesitamos mutuamente, es necesario que nos miremos unos a otros, por lo que el mismo deseo debe extenderse a los dos y el acto realizarse doblemente.

En efecto, el deseo debe ser para esto: para que nos gocemos como conviene mutuamente en Dios y para que gocemos de Dios en él mismo.'

Lo mismo que el hombre consta de cuerpo y de alma, así nuestro acto, en cuanto la facultad lo permite, debe mirar por ambos. En éstos, cuanto más fervoroso y prudente es cada uno, tanto es más perfecto en la caridad; y cuanto más afectuoso, tanto más suave le consta que es la caridad. Como dijimos anteriormente, a estas cosas unas veces las mueve la razón y otras el afecto. Así se propone ordenar según su condición los modos de ese deseo y de ese acto.

Por tanto, es necesario considerar con diligente atención cuál de estos afectos se debe seguir, y en qué medida.

Capítulo 23. - AFECTOS QUE NO HAN DE ADMITIRSE, Y CÓMO DEBE SEGUIRSE EL AFECTO ESPIRITUAL QUE PROCEDE DE DIOS.

[53.] El afecto espiritual que procede del demonio, el irracional proveniente del vicio y el carnal que a él conduce: estos tres afectos, no sólo no deben ser seguidos, pero ni siquiera admitidos y, en cuanto es posible, incluso ser arrancados de raíz de nuestros corazones. Ahora bien, el afecto espiritual que procede de Dios ha de ser no sólo admitido, sino incluso excitado y aumentado por todos los medios. Nuestro deseo lo acompaña con tanto provecho que, cuanto más dulce se nos muestra su excelencia, tanto más fervorosamente apetecemos su presencia.

Con ese afecto, ciertamente, ha de desarrollarse también nuestra acción, pero sin ordenarse atendiendo a él como norma. Nuestra acción ha de ser excitada de manera que la voluntad nunca se canse de obrar bien y perfectamente; pero esta operación no debe ordenarse según el afecto, a fin de no traspasar los límites de lo debido en la sensibilidad, ya que el cuerpo es un instrumento para el ejercicio del afecto que, como es de despreciable

calidad, lleno de innumerables pasiones y que corre con ímpetu ciego en pos de lo que ama, si su acción externa no es templada por cierta moderación, sin duda desfallecería y sucumbiría antes de concluir este negocio.

[54.] El afecto tiene como característica que de ordinario ignora el modo, no mide las fuerzas humanas, lo arrastran las pasiones de la carne y, corriendo con ímpetu ciego tras aquello que ama, sólo piensa en lo que apetece, olvidándose de todo lo exterior, así como de lo grave, de lo difícil, incluso de lo imposible, como si fuese trabajo ligero y sencillo, no experimentando -a causa del interno deleite del afecto- las incomodidades y molestias exteriores al hombre.

Para que la voluntad se inflame de fervor por esta carga, para que soporte paciente e incluso alegremente todos los padecimientos que le han de sobrevenir de fuera, el afecto debe ser antepuesto al mismo movimiento del deseo; pero en estos actos de la voluntad ha de ser regulado por una moderación racional, a fin de no pretender más de lo posible para la sensibilidad.

Ignorando algunos la medida de la vida y siguiendo sin discreción todo el ímpetu de su afecto, se hacen más débiles que santos; así, entibiado el afecto por la inmoderación de sus acciones, la misma voluntad, oprimida tan sin medida, llega también a languidecer.

Efectivamente, acerca de la moderación en el obrar, que es necesario que se haga razonablemente, en su correspondiente lugar anotaremos lo que de útil quiera sugerimos el que es Espíritu ordenador e inspirador de los afectos buenos, mas de los malos, sólo regulador. Pero ahora, continuemos con la distinción de los afectos que habíamos comenzado.

Capítulo 24. - TRÁTASE DEL AFECTO RACIONAL Y EN CUÁNTO EL MISMO DEBE SEGUIRSE.

[55.] Así pues, el afecto racional, que brota por la contemplación de la virtud ajena, nos consta ser más perfecto que los demás mediante los cuales nos aproximamos al amor del prójimo. En efecto, no es pequeño indicio de virtud el hecho de amarla. Y es muy útil ceder a su afecto, ya por la emulación de las mismas virtudes, excitado prontamente por el mismo afecto, ya por el horror a los vicios que se nos muestran como repugnantes mediante la diligente consideración de las virtudes. Pero nuestro deseo, si es dirigido según este afecto, creo que no es pernicioso ni nocivo, en nada perjudica y aprovecha mucho. Deseando su presencia, nos corrige con el ejemplo si somos malos, nos alienta a ser buenos y con su ayuda nos confirma en la perfección.

[56.] Hay una presencia temporal de los santos que ciertamente ha de ser deseada, pero aun más aquella otra que será eterna con Cristo en los cielos. Aunque en el deseo de una y otra seamos excitados por el mismo afecto, no las tocamos con el mismo acto, puesto que para alcanzar la presencia corporal de los santos, recorriendo un larguísimo camino, hemos de tender a la vida eterna comportándonos santa, justa y piadosamente. Por lo tanto, si nos movemos a obrar así con un mismo afecto, éste, en cuanto al ejercicio interno, ha de avanzar impetuoso y sin vacilaciones, ansioso de santidad interior; pero el ejercicio externo de las virtudes -según está dicho: "No quieras ser demasiado justo" 2_, ha de ser temperado por una moderación racional. Por consiguiente, aunque sea útil desear la presencia corporal de los santos, no siempre es conveniente; se debe seguir el dictamen de la razón y el impulso del afecto. ¡Qué grata fue para los hermanos de Antioquia a la presencia corporal de Pablo y Bernabé! 8 Eran instruidos por su ciencia, afirmados con 'su ejemplo, aleccionados por sus discusiones con quienes pensaban de distinto modo. Mas, oyendo del Espíritu Santo:

"Separadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la cual los he llamado"; aun lamentándolo su afecto, les impusieron las manos y, orando, los despidieron. ¿Acaso Pablo no probó el afecto de Timoteo con su derramamiento de lágrimas? Si tan grande varón lo consintiera - ciertamente de manera irracional-, se habría adherido a las pisadas de Pablo. "Doy gracias a Dios, dijo, por cuanto conservo sin cesar el recuerdo de ti [. . .], al acordarme de tus lágrimas, para - sentirme colmado de gozo."

Capítulo 25. - EN QUÉ DEBE PRECAVERSE UNO DEL AFECTO OFICIAL Y EN QUÉ HA DE ADMITIRSELO.

[57.] El más peligroso de todos los afectos que pueden experimentarse, es el afecto oficial u oficioso. Ciertamente se le puede admitir, pero con mucha precaución. ¿Qué hay tan digno, tan conforme a la razón, como corresponder con quien te ama, ser generoso con el obsequioso y dar las gracias al que te hace regalo? Pero, ¿qué se ha de evitar con mayor cuidado que el ser sobornado con dádivas y dones que favorecen al vicioso y fomentan los vicios?

No vaya tratar de los que aman los regalos y buscan recompensas; que, siendo venales, no aman al hombre, sino a sus dones; hablaré de los que, provocados por regalos y dones, no ya a los dones sino al mismo hombre abrazan con su afecto interno.

[58.] Se ha de admitir este afecto, pero también debe ser evitado; ha de admitirse para no pecar de ingratos y debe evitarse a fin de no amar al vicio tanto como al hombre. Por consiguiente, aunque pongamos gran discreción en recibir regalos y obsequios, debe atenderse a si nos inclinamos hacia aquel cuyos regalos recibimos o de cuyos favores nos aprovechamos, atendiendo con especial cuidado a la dignidad de su persona. Si sucede así, del afecto oficioso pasemos al racional, y al que hemos empezado a amar por sernos grato, amémoslo por estar adornado de virtudes.

[59.] Sucede a veces que un varón, óptimo por su exterior austeridad, como anteriormente dijimos, no se atrae el afecto de los que le tratan; pero, si presentándose la ocasión lo conociésemos de verdad, el afecto insensiblemente se nos iría a él y, por decirlo así, se excitaría hacia aquel de quien antes se había apartado como abrumado por su austeridad. La virtud.

que antes agradaba, pero no se saboreaba, pasa y penetra con su suavidad el afecto, como al paladar del corazón, aunque ahora cambiado su objetivo. Mas si fuese de tal condición que en él no se encontrase virtud que agradase, hasta el punto de desear su corrección, con todo cabe que se le tenga afecto, aun cuando ese afecto sencillo que mueve y es movido sólo por muy determinadas causas, abarque sin embargo, a todo el hombre, sin tener nunca en cuenta otro motivo, y esté sujeto a las conveniencias.

En fin, la misma devolución de obsequios y regalos se ha de regular en todos los casos por el afecto. Y el deseo por el que se apetecía la presencia de éstos o la acción con que se logra esa presencia, han de sujetarse a la razón y no al afecto.

Capítulo 26. - MODO DE COMPORTARSE EN EL AFECTO NATURAL Y DISTINCIÓN ENTRE AMAR EN DIOS y AMAR POR DIOS.

[60.] Investiguemos ahora diligentemente qué comportamiento ha de observarse en el afecto natural. Por lo mismo que es imposible carecer de este afecto, es señal de mucha virtud el no seguirlo. Ciertamente, nadie se tiene odio a sí mismo. Sin embargo, también dijo el Salvador: "El que viene a mí y no aborrece hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo." 6 También enseñó: "Si uno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre, no

puede ser mi discípulo." 7 Por el contrario, asegura el Apóstol que "si uno no se interesa por los suyos, y particularmente por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un infiel:" Entonces, ¿qué? ¿Han de ser considerados contrarios el Maestro y el discípulo, el siervo y el Señor, la Verdad misma y el amigo de la verdad? De ninguna manera.

[61.] Hay que distinguir entre dos amores, del mayor de los cuales estamos hablando aquí; uno es según el afecto, el otro conforme a la razón.

Desde luego, es natural que el hombre tenga afecto a los suyos y a sí mismo, pero no debe tener amor según el afecto, sino conforme a la razón. Se nos muestra el afecto cuando dice el Apóstol que "nadie jamás aborreció su propia carne."

Y el mismo Salvador, con su autoridad, prohibió el amor según el afecto cuando dijo: "Si uno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre, y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo." 10 En cambio, el amor conforme a la razón se nos muestra cuando dice el Apóstol: "Si uno no se interesa por los suyos, y particularmente por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un infiel." 11

El amor según el afecto es desechado cuando, prediciendo los males futuros, el mismo Apóstol dijo entre otras cosas: "Los hombres serán amadores de sí mismos." 12 Qué entendía por amor según el afecto, lo enseñan las siguientes palabras: "Serán los hombres amadores de sí mismos, amigos del dinero, fanfarrones, amigos del placer más que de Dios", 13 pues el afecto siempre prefiere lo muelle y suave, lo alegre y tierno, lo voluptuoso y lo delicado, abrazándolo con gusto, pero tiene gran horror y evita lo difícil, lo áspero y lo contrario a la voluntad. Por ello, la realización -de este afecto es amor malo, pues despoja al hombre de lo que tiene de humano, dándole características de bestia, quitándole y ocultando lo que tiene de razonable, lo honesto y, en fin, lo realmente útil.

Este amor propiamente conviene a las bestias y, de algún modo, también se atribuye a los niños, pues en las bestias no hay inteligencia y en los niños ésta aún no se ha despertado.

Distinguiendo suficientemente entre ambos amores, dice el Salvador: "Quien ama su vida, la pierde; y quien aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna." 14 Como dijo un Santo, "si la has amado malamente, entonces la has odiado; pero, si le has tenido odio bueno, entonces la has amado". 15 El que ama según el afecto, ciertamente odia, porque el que ama la iniquidad aborrece su alma, 16 mas el que odia según el afecto, ama según la razón. Y a esto se ha de añadir "en este mundo", pues todo lo que hay en el mundo es "concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida". 17 Por consiguiente, el que ama su alma según el afecto, ama al mundo, porque ama en la concupiscencia de la carne, en la concupiscencia de los ojos y en la soberbia de la vida; ama todo lo que le sugiere el afecto.

[62.] Con esta distinción se salva lo que algunos echan en falta, es decir, la diferencia entre el amor a Dios y el amor que se tiene en Dios. Efectivamente, el afecto no se adquiere en Dios, sino que se origina carnal o accidentalmente dentro de la misma alma. Por eso, si todo el amor se deja arrastrar por el afecto hacia alguien, por quien el espíritu experimenta una inclinación espontánea y deleitosa, entonces no se ama en Dios o por Dios, sino más bien por sí mismo. Pero si al mismo tiempo se recibe en el amor de Dios a quien se le expresa este afecto, el amor mismo sabrá a afecto, aunque su manifestación esté regulada por una razonable moderación. Verdaderamente este amor no es recibido en primer lugar por relación a Dios, pero se ejerce saludablemente en él.

En fin, si lo que el afecto evita y desprecia, nos lo representamos como es debido, reflexionando acerca del precepto divino, y llevamos a cabo lo que la razón dicta como necesario, eso no es amarse a sí mismo, sino más bien amar por Dios.

[63.] De este modo se ama en Dios al amigo, a quien no puede dejar de amarse, y se ama también por Dios al enemigo, que por sí mismo no puede ser amado. Al uno se lo ama por el afecto, al otro por la razón.

Se ha de conservar este modo en el afecto natural, para tenerlo y sentirlo, pero templado en todo y para todo por una razonable moderación. El bienaventurado José manifestó primero con lágrimas su natural afecto hacia sus hermanos, '8 y si irracionalmente hubiese seguido su impulso, de ningún modo les habría purificado con saludable dolor del crimen de su venta.'. También el Salvador, revestido de este piadoso afecto hacia los suyos, lloró lleno de compasión la próxima ruina de la ciudad, 2~ pero sin dejar por ello de castigar sus crímenes con la rigurosa justicia de su total destrucción:'

[64.] Ojalá los jerarca::' eclesiásticos sometiesen sus afectos a esta regla, pues muchos de ellos, acogiendo demasiado carnalmente a sus deudos, ,no sólo no les reprochan su vanidad y sensualidad mundana, sino que con el mismo precio de la sangre de Cristo pagan sus liviandades, mirándolos con dañosa complacencia. ¡Ay, dolor! Así, entrar en casa de algunos de nuestros Obispos y, lo que más avergüenza, incluso encogullados, es como entrar en Sodoma y Gomorra. Andan por allí algunos individuos con largos cabellos, de aspecto afeminado, con las nalgas medio descubiertas, vestidos como meretrices, como aquellos de los que dice la Escritura: "Pusieron niños en el prostíbulo." 22 En las liviandades de tales hombres tu sangre es bebida, Señor Jesús; tu Cruz es levantada, tus heridas son palpadas, se da el precio de tu muerte. Y para que éstos tengan hermosos galgos, aves muy ligeras y caballos enjaezados, se desnudan tus espaldas en los pobres, tus heridas son objeto de risa, tus entrañas son desgarradas. ¿Contemplas esto, Jesús mío, lo contemplas y callas? ¿Acaso callarás siempre? 23 Antes bien, dices: "Como mujer en parto hablaré."" Pero volvamos a nuestro propósito.

Capítulo 27. - EL AFECTO CARNAL NO HA DE RECHAZARSE NI ADMITIRSE PLENAMENTE.

[65.] Así pues, el afecto carnal, producido por la presencia exterior del hombre, no ha de ser despreciado totalmente, pero tampoco admitido de modo que se desborde, pues no anda lejos del afecto que conduce al vicio y, de no andarse con prudencia, insensiblemente se deslizará a él.

Por tanto, este afecto se admite provechosamente si se lo profesa con reservas y moderadamente, es decir, para que si acaso brilla en él la virtud, fácilmente se la abrace, pero [si éste se insinúa] se proceda enérgicamente a la corrección del vicio.

Cuanto hemos dicho acerca del afecto oficioso," pensamos que también en éste se ha de sentir de idéntico modo.

Los que aún se encuentran encadenados por los vicios carnales, desechan juiciosamente este afecto, ya que raramente se escapa al halago de tales vicios.

Capítulo 28. - No SÓLO DEBE EXAMINARSE EL ORIGEN DE LOS AFECTOS, SINO TAMBIÉN Su PROCESO y Su FIN; y C6MO SE PASA DE AFECTO EN AFECTO.

[66.] Debemos, ahora, no sólo escrutar el origen de los afectos, sino atender cuidadosamente a su desarrollo y a su fin, pues a veces se inicia sutilmente un afecto para después terminar o acaso mudarse en otro, como puede comprobarse con algunos ejemplos. Deslumbrado uno por la hermosura de una virgen santa de cuerpo y de algoj.a, de fe muy grande y eminente discreción, fundada en la virtud hasta el perfecto desprecio de, sí misma,

de rigurosa abstinencia y muy alabada por su gran obediencia, admirado por tan grandes virtudes, la venera con enorme afecto. Racional hemos llamado antes a este afecto con toda propiedad. Pero, si comienza a tratada con familiaridad, a hacerle obsequios, a recrearse con su conversación, a frecuentada con regalos, cartas o pequeños dones, ese afecto racional casi insensiblemente se convertirá en oficioso, y la que había comenzado a ser amada por el mérito de su santidad, empezará a ser frecuentada por el beneficio de la mutua liberalidad,'. Después, a medida que este afecto se atreve a ciertas manifestaciones, se va transformando en carnal, que, por ser incitador al vicio, es el más pernicioso de todos los afectos.

[67.] He conocido a varones muy honestos y castos que desechaban con gran horror toda indecencia, pero que claudicaron por haber decidido acercarse a jóvenes adornados de grandes virtudes, admirable gravedad de costumbres y santidad de vida, hasta el punto de superar, por así decirlo, a ancianos tenidos por muy espirituales. Los trataban y consideraban con un dulcísimo afecto y, mientras tan fácilmente se deleitaban en su abundancia de virtudes y en su hermosura, y, por así expresado, mientras descansaban en su mirada y parecían abrazados suavemente, de pronto y muy ingeniosamente fueron sorprendidos por un afecto vicioso. Así, los que no sólo no miraban a quienes eran culpables de esta especie de crimen, sino que incluso se apartaban con horror de esos espíritus inmundos, a éstos, a los tan pudorosos y graves, que parecían adornados con el brillo de la virginidad y a quienes cualquier impúdico pese a su atrevimiento no osaría mirar, ahora apenas si podrían frecuentados sin halago del vicio.

[68.] ¿Por qué esto? Porque es más fácil que un afecto se mude en otro afecto, que no el que un impúdico abrace con pecho pudoroso o que en él se encuentre algo de pudor evidente.

Por consiguiente, cuando nuestro afecto, aunque sea racional o espiritual, se dirige hacia edad poco segura o hacia el sexo opuesto, lo más prudente es que se reprima dentro del alma y no se arriesgue a ir en pos de fútiles blanduras y suaves ternuras, antes avance con madurez y templanza, para así practicar con mayor fervor la virtud que ama y alaba.

Capítulo 29. - ALGUNOS EJEMPLOS DE CÓMO LOS DIVERSOS AFECTOS PUGNAN MUCHAS VECES EN EL ALMA, Y cuál DEBE ANTEPONERSE.

[69.] Hemos de hablar ahora acerca de estos afectos que a veces luchan dentro del alma, y cómo se combaten entre sí. Cuando esto sucede hace falta gran discreción para conocer cuál deba ser preferido y la virtud necesaria para que el más excelente no sea desplazado por el inferior.

Por esto, habiendo Dios mandado a Abrahán que inmolar a su propio hijo, de ningún modo se apiadó de sus propias entrañas, antes endureció su natural afecto; y cuando el afecto natural con que amaba al hijo y el espiritual con que amaba a Dios luchaban en el pecho del santo varón, prefirió el superior al inferior, despreció el más bajo por el más excelente." También Jonatán, aquel excelente joven, en vez de aconsejarse con los designios de su padre, que había decidido matar a David, y unido a éste con un pacto sagrado, siguió y prefirió el afecto racional a su legítimo derecho natural. Y no hay que admirarse si por el amigo dejó de lado en su pecho el afecto." Renovando su pacto, Jonatán dijo entonces: "Tú cierta humillación que para él representaba. Y cuando David, el varón de invicta caridad, huyendo de Saúl se escondía en las cavernas, le declaró los designios de su padre, entre abrazos y besos lloraron juntos, con piadoso llanto protestaron su afecto:8 Renovando su pacto. Jonatán dijo entonces: "Tú ciertamente serás rey, y yo seré tu segundo." 2'

¡Oh varón digno de las mayores alabanzas! Varón carente de envidia, libre de malas concupiscencias, que prefirió el amigo al reino, que quiso que fuese ajeno lo que parecía deber ser suyo. "Yo, dijo, seré tu segundo."

[70.] ¡Oh pecho de suma humildad! Varón de regia proge, a quien esperaba la herencia en sucesión, a quien su raza aumentaba la esperanza de un glorioso porvenir; su virtud, su simpatía entre las tropas, el favor popular, la fama de su admirable triunfo cuando con un solo compañero atacó al enemigo y reportó a los suyos una inesperada victoria.³⁰ Ahora, arrojándose a los pies del siervo, dice: "Yo seré tu segundo." Éste, digo, en cuya alabanza se canta que "el arco de Jonatán nunca retrocedió ni su espada volvió jamás vacía",³¹ olvidándose de sí para sólo recordar al amigo, exclama: "Tú serás rey y yo seré tu segundo." ¿Quién, digo, pensaría así, incluso tratándose de su hermano uterino, sin sentir siquiera alguna envidia? ¿Quién, por causa del amigo, pondría en peligro toda su esperanza?

Los hijos del patriarca Jacob, que, con su paternal misericordia, favorecía especialmente a uno sobre los demás, llenos de envidia entregaron a -su hermano a la servidumbre y embargaron a su padre con la mayor congoja."

Aarón, sorprendido -si no me equivoco-, junto con su hermana la profetisa, por la envidia y murmurando de su mansísimo hermano, apenas logró escapar al castigo divino merced a la oración de Moisés.³³

El sapientísimo Salomón mató al hermano, que también aspiraba al trono, en cuanto se le presentó la ocasión.^{3'}

Sólo Jonatán, despreciando por su amigo al padre, a la patria y al reino, declaró: "Tú serás rey y yo seré tu segundo." Si hubiese dicho: "Yo seré rey y tú serás mi segundo", no habría quebrantado su fidelidad al amigo, ni la misma ley de la amistad. Lloraban los dos, como dice la Escritura, pero David más."

[71.] Se imponía aquella separación, más amarga que la misma muerte, por la que aquellos espíritus indivisibles se verían privados de la mutua contemplación; por la que se terminaría su dulce coloquio, su aliviador consuelo ante todos los peligros, la revelación de los mutuos secretos preferible más que la misma vida. Por eso lloraron los dos. He aquí, creo, un hombre de amor ordenadísimo. En efecto, Jonatán debía afecto a su amigo y acatamiento a su padre; al amigo, la fidelidad; a la ancianidad paterna, la sujeción. Si siguiendo el afecto se hubiese unido al amigo, habría lesionado los derechos del amor paterno; pero si, amonestado o, más bien, obligado por su padre, hubiese retirado la fidelidad a su amigo, habría violado la ley de su sacratísima amistad y del pacto jurado. Así pues, llorando pagaban lo que debían al afecto y separándose, aunque obligados, cedían a la razón. Lloraban porque amaban.- ¿Por qué David [lloraba] más? Porque Jonatán había recordado de algún modo que el ensalzamiento del amigo era perjudicial para él; que él sería privado del reino para que lo recibiese David. Por eso, la ley de la amistad exigía que él lamentase la afrenta de su amigo; y éste, para que no pareciese que se dolía del buen suceso del amigo, reprimió por unos instantes sus lágrimas. Así pues, antepuso el afecto natural al racional, pero obró razonablemente.

También el mismo David, cuando su ejército fiel le dio la victoria sobre el hijo parricida: cediendo al afecto natural, lloró la muerte de su hijo.⁸⁷ Pero, corregido por el general,³⁸ antepuso el afecto oficioso al natural y, ocultando su dolor, se prestó a regocijarse con su pueblo victorioso. [72.] También nuestro Salvador, como por afecto natural ("Nadie aborreció jamás a su propia carne" 4°), exclamó:

"Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz." 41 Pero, por la rectitud espiritual de razón con que siempre está unido al Padre, se sometió a él diciendo: "Mas no como yo quiero, sino como quieres tú." 42

En consecuencia, en estos afectos se ha de mantener la primacía de la razón, de modo que aquello por lo que nuestro espíritu es espoleado hacia Dios sea preferido a todo lo demás; el afecto racional preferido más que el oficial, el oficial más que el natural, y éste preferido al carnal.

Capítulo 30. - UTILIDAD QUE HA DE BUSCARSE EN LOS AFECTOS.

[73.] Examinando diligentemente todo lo dicho sobre la distinción de afectos, si no me engaño, parece cosa evidente que se ha de buscar su utilidad práctica. Sin duda, es así para que, en el deseo de lo que debe amarse, nos veamos excitados por esos mismos afectos, como por agujijones de amor, y, suavemente infundida en nosotros la dulzura de los mismos, mantengamos con diligencia nuestro amor. Así, cuanto más afectuosos sean, seremos también más fervientes en los actos con que tendamos hacia el objeto de nuestros deseos.

El deseo, aunque tiene como objeto excitar el afecto, pocas veces lo consigue, según expusimos anteriormente. Pero es muy útil orientar el afecto al ejercicio de obras buenas y mantenerlas con él, aun cuando el ordenar las obras según el afecto esté fuera de razón.

Quédanos, ahora, decir algo sobre nuestra capacidad acerca del modo en que, según la razón, deben ser ordenadas las obras. Según la razón, el deseo es uniforme, porque se experimenta en el amor que procede del afecto; pero, si procede de la razón, entonces se registra en la sola voluntad.

Capítulo 31. - ACTOS CON LOS QUE NOS CONVIENE TENDER A DIOS y POR MEDIO DE LOS CUALES MIRAMOS POR NUESTROS PRÓJIMOS.

[74.] Hay algunos actos por cuyo medio tendemos espiritualmente hacia aquel sumo Bien que debe ser amado y deseado por encima de toda ponderación. Hay otros también con los que buscamos satisfacer nuestra necesidad o en los que consideramos juntamente la necesidad y la salud del prójimo, que por prudencia no dudamos deba referirse igualmente a aquel mismo fin.

El Apóstol, según creemos, ha insinuado en pocas palabras todo un estado de vida perfecta, diciendo: "Vivamos moderada, justa y piadosamente en el presente siglo." 48 La sobriedad de vida en el hombre consiste en cierto modo y templanza que evitan prudentemente los extremos, encaminándonos por la vía regia, sin desviamos a la izquierda o a la derecha. A esta virtud, los sabios de este mundo la llaman "frugalidad", y el más elocuente de ellos expone con bastante expresividad su excelencia. "Cada uno, dijo, se inclina hacia lo que desea; yo hacia la frugalidad, pues pienso que hi moderación y la templanza son la mayor virtud." 44 Aquel hacia quien tendemos con todas nuestras ansias, es, ciertamente, la misma moderación, nada lo beneficia ni lo daña, nada le sobra ni le falta; cuando vayamos a él, nada encontraremos en su exterior que nos atraiga más que lo restante, ni nada en su interior que no nos satisfaga. Verdaderamente, es necesario que nos mantengamos dentro de cierta medida y mesura, sin rebajamos más de lo justo, ni, con pernicioso jactancia, levantamos más de lo que conviene.

[75.] Y creo que debe mencionarse aquí aquella justicia con que el Apóstol atiende a las necesidades y a la salvación del prójimo lo mismo que a los beneficios de que cada uno es merecedor, distinguiendo y atribuyendo a cada cual lo que le conviene y es justo.

A estas dos virtudes, esto es, a la sobriedad y a la justicia, para que no se gloríen de ellas los filósofos o cualesquiera otros ajenos a la fe de Cristo, añadió acertadamente la

piEDAD, que consiste en una fe sincera y en una intención pura, intención que se aprecia en la elección del amor, como ya dijimos antes.

Aquí, acaso, exigiría el lector que desarrollásemos con mayor extensión qué modo de vivir parece más peligroso y pernicioso. Sin embargo, ¿quién no ve lo arduo y difícil de semejante empeño? Son tantas las calidades de hombres, cuantos son ellos, y raramente se encuentran siquiera dos que sean iguales, pues lo que a uno le basta, para otro es poco; lo que a uno le sobra, a otro le falta, y lo que es necesario para uno, al otro le resulta superfluo. Pero creo conveniente decir alguna cosa en general, para que cada cual pueda adaptarla a sí mismo y consiga interpretarla razonablemente según sus necesidades personales.

Capítulo 32. - LA VIDA HUMANA, Y SOBRIEDAD QUE DEBE GUARDARSE EN EL ORDEN NATURAL.

[76.] Existen tres clases de comunicación humana: la natural, la necesaria y la voluntaria. La primera se permite, la segunda se manifiesta, la tercera se ofrece. La primera es por potestad, la segunda por necesidad y la tercera por voluntad. La primera se debe a la gracia, la segunda a la misericordia y la tercera a la gloria.

Expondremos, lo más claramente que fuere posible, aquello que nos parezca necesario decir acerca de cada una.

[77.] Hay un orden natural, para que no incurra en cosa ilícita el que quiere usar de las lícitas y obrar rectamente. Es lícito, por ejemplo, comer carne, beber vino, usar del matrimonio y poseer riquezas, pues dijo el Apóstol: "Todo es limpio para los limpios" y nada debe ser repudiado si se recibe con hacimiento de gracias. En cambio, los herejes que prohíben usar del matrimonio y mandan abstenerse de los alimentos que Dios creó para que fuesen recibidos por los fieles con hacimiento de gracias, son condenados por el Apóstol."

Mas, para que el uso de estas cosas sea lícito, se han de observar las circunstancias de modo, tiempo y lugar, atendiendo cuidadosamente a su naturaleza. Ciertamente el modo debe ser observado por todos en cualquier circunstancia, y el mismo Salvador lo mandó, diciendo: "Guardaos, no sea que se ofusquen vuestros corazones con la glotonería y la borrachera y las preocupaciones de la vida." 7 Pablo, sobre el uso

del matrimonio, advirtió: "Que sepa cada uno de vosotros poseer su propia esposa en santificación y honor." .. Describiendo el modo de usar los vestidos, dice: "No con vestido suntuoso." Así pues, en el uso de las cosas lícitas se ha de guardar este modo. Que cada uno se contente comiendo y bebiendo sin disipación ni embriaguez; que evite toda ansiosa solicitud en la custodia de las riquezas; que huya de las pasiones ignominiosas en el uso de su esposa y que no busque la ostentación en su modo de vestir, sino sólo servir a la necesidad. También hay que tener en cuenta la conveniencia del momento en el uso de las cosas, para que, por ejemplo, no se quebrante el ayuno sin alguna razonable necesidad en los tiempos en que la tradición eclesiástica manda abstenerse de alimentos, no se ejerzan los derechos matrimoniales cuando debe dedicarse uno a la oración, no se atiende a las preocupaciones mundanas en los días que la autoridad cristiana ha consagrado con saludable descanso para que podamos escuchar la Palabra de Dios y no abuse nadie de vestiduras ostentosas en los tiempos que nuestra santa religión aconseja que sean -aun en el vestido- de dolor y penitencia.

Del mismo modo, se atiende a las circunstancias de lugar en el uso necesario de éste, porque celebrar banquetes dentro de una iglesia, usar de la esposa o ejercer negocios allí, ¿quién no lo considerará sacrilegio? Escribiendo a los corintios les reprocha el Apóstol no haber observado el tiempo legítimo en la recepción del alimento y la bebida, en estas palabras: "Cuando os reunís, pues, en común, ya no es eso comer la cena del Señor.

Porque cada cual, al comer, se adelanta a tomar su propia cena, y uno pasa hambre y otro se embriaga." 00 No observaban el tiempo conveniente los que antes de recibir la Eucaristía hacían comidas comunes, desconociendo la costumbre apostólica." Y, acerca del modo de la trasgresión, añadió acusándoles: "y uno pasa hambre y el otro se embriaga." Por lo cual, reprendiendo su desprecio del lugar, inquiriere: "¿No tenéis tal vez casas para comer y beber? ¿O es que menospreciáis la iglesia de Dios?".²

[78.] Por último, de todo esto que es lícito usar se ha de mirar atentamente su naturaleza, no porque se crea con sacrílega impiedad que es inmundo algo en las criaturas de Dios, sino porque si se demuestra que se utilizan en los cultos sacrificiales de los demonios, proceden del hurto o se prueba que han sido obtenidos por robo, la sagrada autoridad nos obliga a abstenemos de ellos, para que el uso de tales cosas no parezca, a los impíos o a los débiles, consentimiento en esa impiedad. Por eso dice el Apóstol: "Si alguno os dijere: esto fue inmolado a los ídolos, no comáis de ello." 60 Así el bienaventurado Tobías, habiendo oído el balido del cordero que su mujer recibió en pago de su trabajo: como, aunque ciego, conservaba ciertamente la integridad de su espíritu, temeroso de echar sobre sí el baldón de usar ilícitamente de aquel alimento, dijo: "¿No será robado?"..

Todas estas cosas que referimos las usan de ordinario los hombres como lícitas; a cada cual queda averiguar cuidadosamente ahora de qué modo habrá de usar todas las demás. y digamos ahora algo sobre el orden necesario.

Capítulo 33. - MODO DE SATISFACER Y PURGAR EN EL ORDEN NECESARIO.

[79.] El orden necesario sirve para restringir el uso de las cosas lícitas, por parte de quien incurrió en las ilícitas. En esta restricción se ha de atender al modo de la satisfacción y a la necesidad de purgación. El modo de la satisfacción, para que, conforme a como fue la culpa, sea también el rigor en la enmienda, de manera que, como dijo el Bautista, "hagamos frutos dignos de penitencia."⁶ Mas, acerca de las condiciones de tal satisfacción, por pertenecer al cuidado pastoral y ser tema muy tratado en los libros y sentencias de los Santos Padres, desisto de decir nada más. Aunque no se ha de atender solamente al modo de satisfacción, sino también averiguar la necesidad de purgación, sin contentarse con la sola satisfacción de las cosas lícitas, pues conviene también esforzarse con trabajos laboriosos en quitar o disminuir las malas pasiones adquiridas con alguna costumbre viciosa.

Hay actividades externas en el hombre que son instrumentos de su trabajo interior para combatir con mayor posibilidad de éxito las pasiones viciosas que inficionan su alma; estos actos la limpian de su suciedad como si la lijasen con su aspereza. Por tanto, es necesario proceder en primer lugar solícitamente a esta limpieza, fijándonos en las pasiones que la manchan. Después, averiguar cuáles son las más difíciles de vencer y, por último, investigar con sagacidad cuáles son los instrumentos más adecuados para combatir esas pasiones. Hecho esto, ha de enfrentarse a cada pasión con su más eficaz opositor, y a las que resultan más difíciles de vencer, se las ha de combatir con más fervoroso empeño. Por lo demás, a la concupiscencia se la reprime fácilmente con la moderación en el comer; la aflicción de las vigiliias robustece el corazón flojo y tornadizo; el silencio mitiga la ira y el espíritu de disciplina castiga el tedio de la mente.

Sin embargo, no se debe insistir en la supresión de una pasión hasta el extremo de perjudicar el cuerpo o debilitarlo de manera que no sienta pasión alguna;" antes bien, modéresela sólo cuando se excite, yeso únicamente cuando lo aconseje la razón.

Bástenos haber tocado con brevedad estas cosas acerca de la purificación del alma. Quien desee conocer mejor la lucha contra los vicios, y sus remedios, lea el libro de Juan Casiano que éste intituló De la manera de formar a los que renuncian al mundo,⁵ donde con

hermoso estilo se exponen sus orígenes, el modo de combatirlos y el remedio de su expulsión.

Capítulo 34. - NATURALEZA DEL ORDEN VOLUNTARIO Y MODO DE COMPORTARSE EN EL.

[80.] Debemos examinar ahora aquel orden voluntario de que dijo el Salmista: "Gustoso yo te ofreceré sacrificios." 59 Ciertamente, hay holocausto gratuito, hostia aceptable, sacrificio voluntario, cuando el espíritu procura libremente lo que anhela, lo que cree ser obligación suya o lo que se ofrece a quienes suspiran por los premios celestiales. A esta cumbre de perfección invitaba el Salvador a los más fervorosos cuando dijo: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto posees y dalo a los pobres; y, vuelto acá, sígueme." 60 Y en otro lugar agregó: "Hay eunucos que a sí mismos se hicieron tales por razón del Reino de los cielos. Quien sea capaz de comprender, comprenda." 61

Así pues, la renuncia del siglo, el propósito de la castidad, la profesión de un género de vida más austero, se cuentan entre los sacrificios voluntarios. Y, después de renunciar al siglo, el que vuelve la vista atrás no merece entrar en el Reino de los cielos, 62 pues después del voto de castidad es ilícita cualquier concesión carnal. Después de hacer propósito de una vida más austera, volverse atrás es condenarse a sí mismo. Ojalá no le suceda a nadie que esa perfección de vida, a la que se sujetó voluntariamente, sin la menor coacción, se le cuente entre las cosas necesarias y obligatorias, y no entre las voluntarias. Como esa necesidad nadie se la impuso, sino que él mismo espontáneamente se sujetó a ella por deseo de perfección, se la debe llamar voluntaria y no obligatoria.

[81.] Por tanto, el que se sujetó a cosas tan excelsas y sublimes, examine en primer lugar diligentemente el carácter de su voto y en qué consiste exactamente. Estudie y distinga después, en la balanza de la experiencia, sus fuerzas interiores y exteriores. Me refiero a la fuerza interior con la que pelear a diario contra las tentaciones y la fuerza corporal con que soportar con infatigable longanimidad las cargas de los trabajos exteriores.

Aunque en cualquier estado le es necesario al que progresa en la virtud un trabajo interior al hombre y otro exterior, especialmente los corporales limpian el alma de la suciedad de las pasiones, mientras que los trabajos espirituales derraman con suavidad sobre él aromas celestiales de perfumes espirituales. Por eso la dulzura del unguento no conviene al que está manchado por la inmundicia de los vicios, pues, en efecto, a quien aún combaten las pasiones de la carne le resultan más necesarios los trabajos exteriores al hombre. Pero, una vez dominadas o extinguidas las pasiones o, al menos, un tanto refrenadas por los trabajos exteriores, se ejercen los espirituales más fervorosa y cuidadosamente. Empero, para que no exceda presuntuosamente la norma de su profesión, ni destruya o confunda las distinciones de tiempos que se consignan en la Regla a la que se sometió, observando el tiempo prescrito para cada trabajo, ejercítese en ellos fervorosa y ardientemente, según le pareciese Útil.

Capítulo 35. - DISPUTA CONTRA CIERTA EPÍSTOLA ACERCA DE LA REGLA y PROFESIÓN DE LOS MONJES.

[82.] Por más que no parezca pertenecer a esta materia cierto tema sobre el que he sido consultado, pienso que nosotros, los que nos llamamos monjes, debemos considerar con todo cuidado la obligatoriedad de nuestra Regla. Como en ella encontramos muchos elementos espirituales y materiales en los que sin duda estriba su fuerza de ley y la norma de nuestra profesión, examinémosla con diligente inquisición.

He leído una carta en que cierta persona respondió así a quien le preguntaba sobre esta materia: "No temo decir que la Regla es de condición monástica, pero la fuerza del orden monástico o, más bien, lo sustancial de la: profesión monástica, es aquello que constituye al monje cuando desaparece todo lo demás, y sin lo cual las cosas restantes, no digo que no lo hacen monje, sino que incluso carecen de razón de ser."

[83.] ¿Qué es esto? "Lo que hemos jurado, y en cuya observancia y permanencia hemos puesto como testigos a Dios y a sus Santos." ,qué, qué es? "La estabilidad -dijo- en nuestro monasterio, la conversión de nuestras costumbres y la obediencia según la Regla de San Benito."³ Y más adelante: "Deseo que el libro de San Benito sea leído a los monjes y dispongo que se considere sustancial en nuestra Regla, esto es, en nuestra profesión monástica, pues en él se encuentra a mi entender todo lo necesario al alma; cumpliré los votos que, por concesión del Señor, he prometido con toda devoción, y me esforzaré en cumplir todo lo demás, no como cuerpo de la Regla, sino como cosas que ayudan y mantienen."

[84.] Dudaríamos acaso de cuáles cosas son esas si no las insinuase poco después él mismo; son, a saber, no salir de la clausura"" ejercer algún trabajo manual"" tener tasada la cantidad y variedad. de la comida .. y la bebida,"" la dureza del lecho,"" y el uso, sólo para viajar, de calzas [femoralia].⁹ "¿Qué diremos entonces? -continuó [nuestro objetor]-. Si estas cosas fuesen sustanciales en la profesión monástica, ¿podrían ser acaso dispensadas siquiera un momento o cambiadas en algo? Por otra parte, no existiendo nada esencial en el monje, no lo podré reconocer, pues no hallaré en mí nada esencialmente monástico." Y en el fin de su tratado añadió: "Así. hermano mío amadísimo, no parece que esté mal ser dispensado de algunas 'cosas, puesto que el mismo San Benito concede incluso comer carne a los débiles y llevar calzas a los que marchan de camino. Si en estas cosas puede dispensarse y hacer cambios, ello no es sustancial a nuestra profesión." Así habló.

[85.] Es cierto lo que dijo del uso de carnes y calzas, pero que deba ser considerado como dispensa o como disposición de San Benito, en eso no me meto. Efectivamente, éste mandó obrar benignamente con los ancianos y los niños: ° pero no por dispensa, sino apoyándose en la autoridad de la Regla. "La autoridad de la Regla, prescribió [Benito], mire por ellos." ⁷¹ Pero volvamos -a lo primero.

Evidentemente, lo que llamamos cuerpo de la Regla es sustancial a la profesión monástica, es decir, la estabilidad, conversión de costumbres y obediencia según la Regla de San Benito. Pero me admiro de que cuando habla de lo que aseguran no ser tanto la Regla como ayudas tuyas, nada dice sobre la lectura [lectio],⁷² pues, admitiendo dispensa en ella," es manifiesto que, según él, no pertenece al cuerpo de la Regla. Así pues, como el trabajo manual, la cantidad de comida y bebida, el número de platos [pulmentariorum numeros],⁷³ el modo de vestir,⁷⁴ la prolongación de las vigiliat:⁷⁵ la calidad de las esteras/⁷⁶ la gravedad del silencio,⁷⁷ la abundancia de lecturas,⁷⁸ la modulación de los salmos,"⁷⁹ o la prolongación del ayuno,⁸⁰ la recepción de huéspedes ⁸¹ y todo lo demás, no pertenecen al cuerpo de la Regla ni a la esencia de la profesión monástica, ya que se encuentran en estas cosas muchas mutaciones y dispensas, de tal manera que en muchos monasterios no se practican como están señaladas en la Regla. ¿Cómo -pregunto- encontraré en la Regla el cuerpo de la Regla y lo sustancial de la profesión monástica? ¿Acaso toda la Regla se compone de todas estas cosas, o más bien únicamente de éstas?

[86.] Pero dirás quizá que sólo llamo cuerpo de la Regla y esencia de la profesión monástica a las cosas que profesamos, es decir, a las tres anteriormente mencionadas. Pero ¿no puede concederse dispensa para cambiar de monasterio? Entonces, ¿por qué, estando ya hecha y promulgada la Regla, el mismo Padre Benito envió a Mauro a la Galia? ⁸³ Si hubiese interpretado de este modo la estabilidad descrita en la Regla, ciertamente no lo

habría considerado como dispensa, sino más bien la habría llamado disposición de ella. Pero cuando, hecho ya el establecimiento de la misma, no encuentro esto prescrito por la Regla, ¿por qué no he de llamada sencillamente "dispensa", si a dispensa se atribuye aquel uso de la carne que la austeridad de la Regla concede a los débiles? 8.

¿Por ventura no vemos que nuestros Abades conceden a diario esta clase de dispensas? Con frecuencia, no digo de monasterio o monasterio, sino incluso de región a región se traslada a los monjes por disposición de los Abades. Luego, ¿cómo permanecerá sujeta la estabilidad a tan múltiple dispensa, si pertenece al cuerpo de nuestra Regla y a lo sustancial de nuestra profesión monástica, que no admite dispensa? ¿Por qué casi todos los que son llamados a la clericatura se ven absueltos por la autoridad eclesiástica, no sólo de la estabilidad de un determinado lugar, sino incluso de la obediencia a su mismo Abad? ¿No destruye tanta mudanza lo sustancial del monje? ¿Qué es, pues, la dispensa, que si se aplica a la estabilidad en un determinado lugar destruye al monje? Si pasase de un monasterio a otro sin mediar consentimiento de su Abad ni estar en peligro su salvación, ¿no sería esto prevaricación más que simple dispensa? De esto sostengo con firmeza que, si no es prevaricación, tal mudanza no destruye al monje.

[87.] Quizá se arrepienta de su razonamiento y afirme que estas tres cosas constituyen la sustancia de la profesión monástica, no porque no admitan dispensa, sino porque ellas solas son prometidas por el monje. También nosotros convenimos en lo mismo. Sea, pues, cuerpo de la Regla y sustancial al monje la estabilidad en un lugar determinado, la conversión de costumbres y la obediencia según la Regla de San Benito.

Deseo que pasemos a investigar con diligencia en qué consiste la estabilidad' del lugar, la conversión de costumbres y la obediencia.

[88.] Pero quiero ahora saber también si, como esta última, aquellas dos primeras deben practicarse según la Regla o simplemente sin determinación de los monjes. Me parece cuestión digna de estudio, porque he conocido a algunos que, diciéndose profesas, aseguran que sólo han prometido obediencia según la Regla, pero las otras dos promesas las han hecho de un modo indeterminado. Como una es la Regla a la que se someten los canónigos de San Agustín, y otra la de San Benito, a la que se sujetan los monjes que hacen profesión, deseo averiguar qué distinción existe entre ambas profesiones. En las dos se promete estabilidad, mudanza de costumbres y obediencia; pero si se prometen las dos primeras cosas sin determinación, parece que sólo en la profesión de obediencia discrepa la Regla de San Benito de las restantes Reglas. ¿No serán distintas la obediencia según la Regla de San Benito y según la Regla de San Agustín? San Benito recomienda la obediencia y quiere que no sea lenta, ni tibia, ni triste, ni murmuradora;85 ni levantisca ante las injurias y contradicciones, ni- desfalleciente ante la misma muerte. ¿Es distinta según la Regla de San Agustín? ¿Es distinta de la que el clérigo debe a su obispo, éste al arzobispo y el arzobispo al obispo de los obispos? ¿Acaso la de San Agustín puede ser lenta, tibia, triste y murmuradora; replicadora ante las injurias o contrariedades y desfalleciente ante la muerte?

Luego, ¿en qué está la diferencia entre ambas profesiones? ¿Acaso la obediencia según la Regla no es someterse a lo preceptuado en la misma, que no constituye obligación para quienes profesan otras reglas? ¿Cuáles son, pues, estos mandatos?[89.] Lo dicho sobre la caridad, la humildad, la paciencia y las demás virtudes, ¿quién que sea cristiano, además de los canónigos, no tiene obligación de cumplido? ¿Recomienda

acaso San Benito en su Regla una caridad distinta de la que en la suya aconseja San Agustín? [Preguntemos] más bien [si] siguen ambos la que Cristo señala en la Ley y en su Evangelio. Lo mismo puede asegurarse, igualmente, de las demás virtudes, pues, ¿quién que esté en su sano juicio se atreverá a decir, exhortando a practicar las virtudes, que estos mandatos son suyos, y no más bien de Cristo? ¿Cuál será, pues, la diferencia de los

preceptos en las diferentes Reglas? Efectivamente, es fácil apreciar que el comer, vestir, leer, salmodiar, corregir, soportar las reprimendas y demás cosas de esta clase, se realizan de muy diversos modos en las distintas Reglas. Por eso, se llaman con el nombre propio de San Agustín o San

Benito, ya que no se imponen a todos los cristianos con la autoridad del Evangelio, sino que se proponen, o incluso se imponen, sólo a quienes han hecho profesión de dichas Reglas.

[90.] Mas, si la distinción no está en esos detalles, entonces, ¿en qué está? Lo que ponen [los autores] en sus Reglas sobre la caridad, la humildad y las demás virtudes, efectivamente, no lo recomiendan como suyo, sino como preceptos del Señor, y no invitan a esto sólo a los monjes, sino también a los cristianos todos, pero no como suyo (¿quién les creería?) y cínicamente como mandamientos de Cristo. Luego, si según la Regla de San Benito obediencia es someterse a los preceptos de la misma, y éstos son los que hemos enumerado anteriormente, cuando prometemos aquella obediencia que es consustancial a la profesión monástica, ¿cómo cumple lo sustancial de la profesión monástica quien no la observa?

[91.] Acaso se me diga que, en efecto, aquellas dos primeras cosas no se profesan según la Regla y que la diferencia entre las Reglas no consiste en la estabilidad o en la obediencia, que se imponen por igual a clérigos, monjes, canónigos y obispos, sino sólo en la conversión de costumbres. ¿No incumbe acaso a todos la misma necesidad de estabilidad, para que no se mude de lugar temerariamente sin autorización del Superior? Por tanto, si profesamos conversión de costumbres, esto también lo hacen los que se llaman penitentes en la Iglesia, y también los que, huyendo del naufragio de la fornicación, se acogen al puerto del matrimonio. Porque, ¿quién no profesa conversión de costumbres?

[92.] Quédanos, pues, averiguar qué es la conversión de costumbres según la Regla de San Benito. Si atendemos aquí a las virtudes (que el que hasta ahora era soberbio se haga humilde y el colérico se reforme en suave), hemos de confesar que esta conversión de costumbres no tanto constituye una enseñanza de la Regla de San Benito sólo para los monjes, como del Evangelio para todo cristiano. Por consiguiente, para encontrar alguna diferencia entre las conversiones de costumbres que, según las distintas Reglas, se proclaman diversas, no podemos menos de acogemos a los elementos dispersos que se encuentra en las diferentes Reglas, de las que ya hemos hablado suficientemente. Luego, ¿cómo guarda la Regla quien no observa esas cosas? El que es soberbio e impaciente, pero guarda todas aquellas cosas que quedan anteriormente referidas, ¿se ha de decir entonces que guarda la Regla de San Benito? Vuelvo a afirmar que si el monje comete alguna falta contra la Ley de Dios, pero se corrige de ella según el modo prescrito en la Regla, no será reo de su profesión.

[93.] Imaginemos ahora a alguien que, considerando la Regla de San Benito como un buen instrumento para desarraigar con mayor facilidad los vicios y cumplir mejor los preceptos evangélicos, no arranca con él los vicios ni adquiere las virtudes. ¿No habremos de afirmar que abusa de este óptimo instrumento para su utilidad y que, teniendo por tanto para su mal la Regla, no cumple los preceptos de Cristo? Cuando

San Benito dice: 'Vamos a instituir una escuela en que se enseñe a servir al Señor. Al organizarla, esperamos no establecer cosa alguna que sea austera ni muy penosa. Mas, si la justicia y la razón...', etc.'" ¿no insinúa acaso lo mismo? [94.] Indaguemos aquí, en primer lugar, cuál sea la severidad que se indica, para que no se asusten los que empiezan a caminar por la virtud. Afirma, en efecto, San Benito que su institución estriba en la severidad. Si propusiera la paciencia, la humildad u otras virtudes, ¿acaso podría decir que establecía una cosa nueva? En verdad, no cabe otra alternativa: Benito estableció algo enteramente

nuevo, no mandado en la Ley ni en los Profetas, ni aun por el mismo Cristo. Ciertamente, para los incipientes no parece ser pequeña su severidad, atendiendo a la escasez y la vileza del alimento y de la bebida, la aspereza en el vestido, la aflicción de los ayunos y vigiliias, el penar del trabajo diario y todo lo demás que él ha establecido en la misma Regla. Y aquel que no quede convencido de que la Regla consiste en esto sólo, concédanos al menos lo que no puede negarse sino con pertinaz obstinación: que nuestra profesión y la Regla consisten en dos cosas, a saber, en las virtudes y en las observancias. No niegue, por tanto, que estamos obligados al cumplimiento de ambas, por más que el mismo autor de la Regla parece probar otra cosa con aquellas palabras que hemos comenzado a estudiar: "Mas, si el deseo de corregir los vicios y conservar la caridad nos obliga a ordenar algunas cosas con cierta estrechez . . ." 88

¿Por qué buscamos las tinieblas en la luz? ¿Por qué crear dificultades donde no las hay? ¿Por qué comportamos de día como si fuese de noche? ¿Acaso, en toda institución, no es una cosa la institución misma y otra muy distinta la causa que la motivó? ¿Por ventura no se distingue aquí claramente entre la institución y su causa, al afirmarse como motivo del establecimiento de aquélla la guarda de la caridad y la enmienda de los vicios?

[95.] Mas, he aquí, que por otro lado se nos presenta una nueva dificultad. ¿Por qué - nos dicen- me arguyes a mí acerca de la Regla? 86 Ten caridad y haz lo que quieras."6 Luego, comamos y bebamos, no porque mañana moriremos:' sino porque estamos repletos de caridad. Pregunto, ¿de caridad o de vanidad? ¿Qué respondes? ¿No cumple la Regla el que tiene caridad? Ciertamente, fueron muchos los santos canónigos, sacerdotes, obispos y hombres casados que tuvieron caridad, sin que por eso prometieran ni guardaran la Regla y profesión de monjes. Sin embargo, si se dice esto de los que la han profesado, se afirma con toda razón, con tal que se entienda lo que se dice. Pues, ¿por qué, dices, me obligas con la autoridad de la Regla a cumplir sus asperezas? Teniendo caridad, no es necesario sentirse estimulado a cumplir los votos que se prometieron. Si desprecias cumplir lo que prometiste por escrito, poniendo por testigo a Dios y a los Santos, demostrarás con toda evidencia no tener caridad. ¿Es posible que ames a aquel de quien te burlaste? "Si hiciera otra cosa de lo que profesó -escribió Benito-, sepa que será castigado por el Dios de quien se ríe." 62 ¿Condenaremos entonces las dispensas que se han concedido y se conceden por los Padres de la misma Regla? Éstas pueden concederse razonablemente, por tratarse de preceptos humanos y no de Dios, si es que el mudar o disminuir alguna de estas cosas es lícito a alguien. Se ha de procurar, verdaderamente, que el cambio o variación no sea destrucción, sino sólo dispensa, puesto que la causa de la institución es la guarda de la caridad y la enmienda de los vicios, y ciertamente sólo será racional si ayuda de verdad a estos fines. Mas si con la dispensa se nutren más los vicios, con ello se perjudica a la caridad, y, aunque se comprobase no ser dañosa, al menos sí sería peligrosa.

Capítulo 36. - COMPORTAMIENTO QUE DEBE OBSERVARSE EN EL ORDEN VOLUNTARIO.

[96.] El que en el orden voluntario aspira a la perfección, atienda sin descanso a la caridad con que nos unimos a Dios.

haciéndonos semejantes a él, y en la cual consiste la plenitud de toda perfección, como fin establecido por el que dirige todo su curso. Después, esfuércese, con el infatigable empeño de su espíritu, por alcanzar la perfección que le piden sus votos y profesión. A este fin se dirige la abstinencia, sirven las vigiliias, vela la lectura y aspira el trabajo diario. Pero si se sabe que la caridad resulta perjudicada por alguna de las cosas que se establecen por su causa, entonces, aquel a quien se le concede una dispensa tiene la obligación de disponer

de tal modo y moderar todas las cosas de suerte que la caridad no resulte perjudicada por ellas, y antes bien sus frutos se manifiesten en todas las cosas. En ciertos tiempos, incluso, ha de omitir o fijar las cosas establecidas, uniéndolas con otros ejercicios, si no lo impide alguna grave necesidad. De otro modo no será dispensa, sino más bien destrucción. Sin embargo, para hacer modificaciones, en determinados momentos hay que atender a las condiciones y situación de los espíritus. [97.] Esto es lo que el mismo Santo dijo cuando estableció la ley sobre el trabajo manual: "Modere y disponga [el Abad] todo de suerte que las almas se salven y que los hermanos cumplan lo dispuesto sin murmuración." 93 Y en otro lugar: "Hágase todo con moderación, en atención a los débiles."'

¿Acaso dijo que se omitiese esto o aquello en consideración a los pusilánimes? Por el contrario, "a los enfermos -dijo- y delicados encomiéndeseles tal ocupación que no estén ociosos ni los oprima la violencia del trabajo." 95 Luego, trabajen también los enfermos y delicados, pero moderadamente, para que no se sientan agobiados. ¿A quién, pregunto, exime del trabajo, cuando también induce a él a los enfermos y achacosos? Ciertamente a todos resulta provechoso obrar de esta manera en sus actividades, de modo que se mantenga en el ejercicio de una, sin desfallecer por eso en las restantes; pero en lo que advierta que se aprovecha más, ejecútelo con mayor fervor.

Tengo a mano en esta materia las palabras de cierto sabio, y me parecen tan oportunas, qué voy a insertadas aquí en lugar de exponer mi pensamiento con otras palabras. "La reflexión, dijo, considera primero en las costumbres lo que es obligatorio, ya por precepto, ya por voto, y concluye que en primer lugar se ha de realizar lo que si se hace da mérito, y en caso de no hacerlo es causa de culpabilidad." 96 Por consiguiente, primero se ha de ejecutar lo que no puede ser omitido sin hacerse culpable; después, si algo se hubiese añadido como suplementario, hágase de manera que no perjudique a lo obligatorio.

Algunos hay que quieren lo que no deben y que no pueden hacer lo que deben; y otros que aunque quieren hacer lo que deben, ponen impedimentos voluntarios, al querer también lo que no deben.

Igualmente, hay que precaverse de dos males en toda buena acción, a saber, de la aflicción y de la preocupación. Con la aflicción, la dulzura del alma se amarga; con la preocupación desaparece la tranquilidad. Hay aflicción cuando uno se consume de impaciencia por algo que no puede evitar; hay preocupación cuando, en lo que puede hacer, se comporta con intemperancia. Así pues, para no amargarse el espíritu, debe soportar pacientemente su impotencia, y para que no se preocupe con daño propio, no pretender más que aquello a donde alcanzan sus posibilidades.

Capítulo 37. - Lo QUE DEBE HACER EL HOMBRE PARA sí y PARA EL PRÓJIMO, y SI ACASO DEBA PREFERIR AL PRÓJIMO o A sí MISMO.

[98.] Todo lo enumerado sobre el comportamiento que debe observarse en los diversos grados, ha sido dicho con el fin de que, esforzándonos, nos orientemos hacia aquel a quien debemos amar en grado sumo, aunque sin olvidarnos de la salud del alma y de conceder al cuerpo cuanto se le debe por naturaleza. Pero, dado que Dios nos manda amar al prójimo como a nosotros mismos, es necesario, en primer lugar, conocer bien el orden que conviene establecer, y después trabajar con gran empeño para que nada salga del lugar que se le ha señalado para vivir.

Empero, siendo evidente que unos han de mandar, otros obedecer, y todos colaborar, ciertamente el inferior debe someterse al superior, el igual corregir al igual, y también, si fuera necesario, el superior obligar al inferior cuando se quebrante el orden establecido.

En efecto, prudentemente se ha de moderar el consejo, corrección o reprimenda, según la condición de cada uno, para que experimente sujeción en el consejo, lo razonable de la corrección y comprensión en el mismo castigo. Puede aconsejarse que ascienda a un orden superior a quien se encuentra satisfecho de su situación, mas nunca se le obligue. El que se someta espontáneamente a un superior debe ser tratado según el modo de su profesión, aunque no debe obligársele a abrazar cosas más altas. Así, en verdad, afánese en amar al prójimo, a quien debe amar como se ama a sí mismo, y no exceda del modo con que a sí mismo se ama; esto sucede cuando se descuida de amar al que debe sobre sí mismo.

[99.] No debe atenderse a los que piensan que aquella sentencia, "amarás al prójimo como a ti mismo":⁷ ha de interpretarse como si debiera amar a cada uno como a sí mismo, pero a dos o más, sobre sí mismo; pues entonces debería querer más la salvación de los otros que la suya propia. Sin embargo, ¿qué dará el hombre a cambio de su alma? "¿Qué provecho sacará si ganase el mundo entero, pero malograre su alma?"⁸

Ha de advertirse también que todo lo que por la razón anterior se añade al amor fraterno, todo, en efecto, se quita al amor divino. Y como el amor a Dios se mide con la regla del amor de sí mismo, sólo se ama menos a sí mismo cuando se ama menos a Dios. Porque el que se ama a sí mismo, ¿no perdona su perdición? Y, ¿cómo le será posible amar al otro como a sí mismo, a quien ni siquiera se ama a sí mismo? Esto fue lo que afirmó el Apóstol cuando dijo: "Desearía yo mismo ser anatema por parte de Cristo en bien de mis hermanos según la carne"⁹. para traerles a la salvación mediante su admirable caridad, Con esto manifestó su afecto, aunque no expresó su juicio. Pero cuando en una misma alma el afecto y la razón sugieren cosas distintas, ya hemos indicado antes, suficientemente, lo que se debe hacer.

[100.] Al expresar el Apóstol Pablo: "Desearía yo mismo ser anatema por parte de Cristo en bien de mis hermanos", ciertamente dijo la verdad, ya que manifestó el afecto que sentía. Si hubiese dicho después que prefería perder el mundo entero antes de ser separado de Cristo, también habría dicho la verdad, puesto que habría manifestado su convicción. El mismo Salvador, también por afecto, "porque nadie aborreció jamás a su propia carne": carne que tomó voluntariamente por nosotros y en favor nuestro, pidió que pasara la hora de su Pasión,³ aunque Dios, en sus designios, no la hizo pasar.

Muy prudentemente, no dice la Escritura: "amarás a tu prójimo cuanto a ti mismo", sino "como a ti mismo".. Por tanto, prescribió un modo de amar, sin indicar la cantidad. Se manifiesta el amor de sí mismo, atendiendo primero a la salud del alma, que es la parte mejor de uno mismo, y a las necesidades del cuerpo después. Si alguna vez la necesidad obliga a desprenderse de una parte del ser, debe preferirse la ruina del cuerpo antes que el daño del alma; y no es esto aborrecer al cuerpo, sino querer más al alma. Nunca, pues, ha de apartarse este amor de sí, antes, conservado constante y perseverantemente, hay que acercarse al prójimo para consolarle y tomar el modo de hacerla de la regla con que uno se ama a sí mismo.

[101.] Hay que hacer al prójimo todo el bien que se pueda para que esté sano de cuerpo y cuerdo en el alma, teniendo en cuenta que el descuidar una de estas dos cosas es no amar al prójimo, pues él está formado con ambas cosas. Mas si el prójimo es de tal condición que no puede gozar su alma de salud sin algún impedimento de su carne, aunque con compasión y dolor de corazón, ha de preferirse la ruina de ésta, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor.

Por ninguna razón o mandato hay obligación de perder la propia alma por salvar la del hermano, ni de sufrir la muerte del cuerpo para evitar la del cuerpo del hermano. Pues lo que se nos manda, "dar la vida por nuestros hermanos": llega hasta el desprecio de la vida, mas no hasta el perjuicio del espíritu. No está puesto para perdición, antes bien, para salvación.

Dar la vida por los hermanos es mirar por el bien de sus almas. Por consiguiente, los que evitan la muerte temporal de sus señores terrenos con la suya propia, obran con toda rectitud si lo hacen no tanto por el bien del cuerpo ajeno como por la salud de su alma. Pues sus conciencias les dictan que deben guardar fidelidad a sus señores, estimando ante tal peligro que han de preferir la vida de éstos a la propia. Pero los que hacen esto, no por guardar fidelidad, sino por gloria y buena fama, se comportan verdaderamente como estúpidos, puesto que no obran así por el bien ajeno, sino por la recompensa de conseguir renombre.

Ahora bien, poner en peligro el cuerpo propio en provecho del otro, sólo por amor es obra meritoria. Sin embargo, padecer perjuicio en el alma propia, no ya por el bien de otra, sino incluso por la salvación del mundo entero, no se puede hacer, salvo en el orden del verdadero amor, ya que es malo para el alma apartarse del amor de aquel que debe ser amado por encima de todo.

[102.] ¿Dirá alguien que alguna vez puede obrarse así laudablemente, o siquiera sin faltar gravemente? Uno se separa del amor de Dios -de manera inevitable- siempre que se realiza algo digno de castigo y cuando se omite lo que es absolutamente necesario para salvarse.

Hay además algunos medios, como la lectura, la meditación, el trabajo corporal, el ayuno, la oración afectiva y otros semejantes que, para hacer bien a un hermano, pueden dispensarse, variarse, cambiarse, e incluso ser suprimidos. Acerca de éstos dijo el Apóstol: "No atendiendo cada uno a su propio interés, sino al de los otros," 6 Y: "Procuro agradar a todos en todo, no buscando mi conveniencia, sino la de todos, para que se salven." 7 En fin, también aquello otro: "Desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos." 8 Esto sin ningún inconveniente puede entenderse como que por medio del secreto de las oraciones, con que suavemente descansaba entre los brazos de Jesús, y mediante la dulzura de la compunción que empapaba con suavísimas gotas de afectos espirituales su alma sedienta de los bienes celestiales, habría incluso deseado salir del estrépito del mundo, a fin de conseguir la salvación de sus hermanos. Esta salida, sin duda, puede llamarse separación de Cristo para el que se solaza a su gusto considerando "cuán dulce es el Señor" . y qué feliz es todo el que en él confía. Por consiguiente, el que así se aparta de Cristo, olvidado por el amor fraterno, obrando o accediendo a obrar así en obediencia a sus Superiores, debe cuidar de no dejarse abrumar por la necesidad, ni de que tampoco parezca suavidad aquella otra.

Lo indicado acerca de .la lectura y de la oración también puede aplicarse a las comodidades del cuerpo, y al mismo cuerpo, para hacerse consciente de que cuanto parece que debe ser despreciado, suprimido o variado para poder salvarse, también debe ser hecho para salvación del prójimo.

Capítulo 38. - ENTRE LOS MISMOS PRÓJIMOS, DEBEN ANTEPONERSE UNOS A OTROS.

[103.] Después de haber declarado sobre la caridad lo que el hombre se debe a sí mismo y lo que, según la ley de la caridad, le corresponde al prójimo, como su enorme complejidad no nos permite atender debidamente a todo cuanto pretendemos decir, nos limitamos a distinguir, según criterios de razón, quién debe ser preferido a quién.

Así pues, consideremos la amplitud de nuestro corazón como un arca espiritual, O construida con maderas incorruptibles, esto es, con virtudes y buenas costumbres, y distribuyamos su interior en tres pisos divididos en pequeñas habitaciones, en donde dar alojamiento espiritual a cada cual según su orden y dignidad. En el piso inferior pondremos a las bestias feroces. es decir. a las que son crueles en su proceder bestial, y

que tienen sed de beberse ferozmente nuestra sangre. Estos son nuestros enemigos, a quienes ofrecemos el consuelo de nuestra oración y, además. el auxilio de esta vida en común.

[104.] Como hay habitaciones interiores y exteriores, se destinarán las externas a ese género de hombres que no comparten nuestra fe; en cambio, a los que disfrutan de una fe común con nosotros no se les niegue las mansiones interiores. A los sabios en las cosas terrenas, aunque se manchan con las miserias del vientre y de la concupiscencia, concédaseles un lugar más alto que a los reptiles y jumentos, que están sometidos al hombre y no hacen contra él nada malo. cruel o inhumano. Ofrezcamos a éstos, cómo añadidura necesaria, el recurso de nuestra oración. el auxilio de nuestra exhortación y el cauterio de la corrección, antes que a los inferiores, pero después que a, los superiores. Entre éstos, los que por parentesco o vecindad son más cercanos a nosotros gozarán en ese mismo grado de nuestra intimidad, mientras que a los demás no se les permitirá salir de esas cámaras exteriores.

[105.] Coloquemos ahora en las habitaciones superiores a los hombres. a los que, aunque con su deseo de perfección no traspasan los límites de lo humano, no se parecen a las bestias en su ferocidad. ni en los apetitos a los animales. ni a los reptiles en su miseria. También en esto hay grados, pues cuanto más cercano por la carne está alguien para nosotros, o por amistad nos sea más grato, o más digno de gratitud por la abundancia de favores. tanto estará en mansión más cercana a nuestro corazón.

f106.] El lugar más excelso cédase a los volátiles que. cerniéndose sobre el hombre con las alas espirituales de las virtudes. cuanto más cercanos están a Dios tanto más arriba deben situarse en esta arca espiritual. Entre ellos, los que están unidos con nosotros por el dulcísimo vínculo de la amistad espiritual han de ser guardados suavemente en los lugares más recónditos y secretos de nuestro pecho, para allí abrazarlos fuertemente y acariciarlos con dulzura.

Hay además un lugar más eminente que todos los enumerados. donde se asienta sin compañía Jesús solo, el maravilloso fabricante al mismo tiempo que reparador de este arca espiritual. Él gobierna suavemente todas las cosas, en todas se le gusta, en todas brill3;, en todas resplandece y él conduce en línea recta hacia la mesa de su amor a la totalidad de sus criaturas. Él solo, en todas y sobre todas las cosas, mueve nuestro afecto y exige nuestro amor. Él reclama para sí. en la mansión de nuestro pecho, no sólo el asiento mejor. sino también el superior, y no sólo el superior, sino incluso el más cercano a nuestro corazón.

Guárdese el orden indicado en esta clasificación. Así, manteniéndose la determinación de cuidar de todos, si bastase nuestra pobreza para atenderlos a todos, antepóngase el grado superior al inferior; pero que en cada uno se mire sobre todo a lo interior.

Capítulo 39. - LAS COSAS DE LAS QUE PODEMOS GOZAR EN ESTA VIDA.

[107.] Quédanos aún una cosa de la que la relación hasta aquí desarrollada nos obliga a tratar.

Hemos dicho que la caridad consiste en que, cuando el espíritu deba escoger, lo haga convenientemente, para que después pueda usar de las cosas como es debido. Sobre la elección y el movimiento, a través de la obra se ha tratado suficientemente. Pero, aunque la elección sea buena y el movimiento íntegro, ¿acaso el uso no puede ser perverso? En la adquisición de lo que se ama es posible cambiar el movimiento y fallar la valoración, pues puede uno, con recta intención y movimiento apropiado, lograr la posesión de lo que eligió para disfrutar de ello y, sin embargo, en el fruto puede mudar la intención, variar el movimiento y exceder el modo.

Aun cuando en el capítulo anterior hemos clasificado a los prójimos en sus diversos grados y méritos, se ha de aclarar, no obstante, si podemos y debemos gozarnos con todos o sólo con algunos de ellos.

[108.] Hay una satisfacción temporal de la que todos podemos gozar en esta vida, como Pablo se regocijó en Filemón." Existe otro fruto eterno del que nos gozaremos en el cielo, como se alegran los ángeles mediante la unidad pura de sus mentes. Por consiguiente, considerando lo que es gozar con alegría y usar con deleite, creo evidente que en la vida presente no podemos disfrutar de todo, sino sólo de algunas cosas. Podemos usar de unas en el tiempo' de la prueba, de otras en el de formación, de los maestros mediante su enseñanza, de los ancianos aprovechándonos de sus consejos y de los que nos proporcionan lo necesario para el sostenimiento de nuestra vida. Sólo a los que abrazamos con suave afecto, de cualquier clase que fueren, los utilizamos para dulzura de nuestra vida y delectación de nuestro espíritu. Podemos gozar de ellos en la vida presente, esto es, con alegría y con deleite.

Por lo que toca a la elección y a su desarrollo en esta vida, la caridad puede ser manifestada por todos para con todos, pero en cuanto a su fruto, pocos o acaso ninguno serán capaces de tenerla con todos; pocos hay, si es que hay alguno, capaces de profesar a todo género de hombres un amor afectuoso además de racional. En fin, muchos, que demuestran su caridad hacia Dios en la elección y el movimiento, no consuman en esta vida el fruto de su amor, sino que lo conservan para disfrutarlo después en la visión beatífica de la otra vida.

Ciertamente, no debe decirse que gozan de Dios, sino más bien que usan de él los que a la luz de la contemplación y en la dulzura de la compunción, si se inicia el fruto de una tal dulzura, atienden sobre todo a los goces futuros. Pues el suavísimo gusto de aquella dulzura, como se indicó anteriormente, no se da tanto como fruto de amor cuanto para alivio de su debilidad.

[109.] En efecto, no es pequeño consuelo de esta vida el tener a quien puedas unirte con íntimo afecto y sacratísimo abrazo de amor, tener en quien descansa tu espíritu y a quien se pueda abrir tu alma; en cuya grata conversación, como un consolador arrullo, encuentres cobijo en tus penurias; a cuyo gratísimo y amistoso seno puedes acercarte con seguridad en tus tribulaciones de esta vida; en cuyo amantísimo pecho puedes depositar sin vacilaciones lo más íntimo de todos tus pensamientos y de ti mismo; en cuyos espirituales besos, como con fermentos espirituales, disipe las dificultades de tus acuciantes preocupaciones; que llore contigo en tus angustias, se alegre con tus éxitos y sea para ti un apoyo; a quien, con los vínculos de la caridad, introduzcas en lo secreto de tu alma, para que, aunque ausente con el cuerpo, esté presente en tu espíritu, donde te recrees a solas con él; y, aquietándose el estruendo del mundo, en el sueño de la paz, en el abrazo de la caridad y en el beso de la unidad, interponiéndose la dulzura del espíritu Santo, reposes sólo con él, acercándote y uniéndote con él, de tal manera en identificación de espíritus que lleguéis a ser una misma cosa.

[110.] Así pues, podemos gozar en esta vida de las cosas que amamos con la inteligencia y con el afecto. Especialmente en lo que se refiere a los seres unidos con nosotros más familiar y estrechamente que los demás, mediante el gratísimo pacto de la amistad espiritual. Para que a nadie parezca mal este santo género de caridad, nuestro Jesús, condescendiendo con nosotros todo lo posible, padeciendo por nosotros, compadeciéndonos en todas las cosas y transformando mediante la manifestación de su amor a uno sobre otros muchos, le concedió como señal de su amor reclinarsse sobre su suavísimo pecho,"" para que su cabeza virginal se apoyase en las flores de aquel pecho y

aspirase más copiosamente, por estar más cerca, la fragancia de los ungüentos espirituales que exhalaban los perfumes secretos del tálamo celeste. Por eso, aunque la dulzura de la caridad infinita de nuestro piadoso Maestro acarició a todos los discípulos, sin embargo a uno le concedió como prerrogativa de afecto más familiar un sobrenombre, el de "discípulo a quien amaba Jesús".¹⁸

Capítulo 40. - CÓMO DEBEMOS DISFRUTAR MUTUAMENTE.

[111.] Quien pueda gozar dulcemente con algún amigo, hágalo en el Señor, no de un modo mundano; no en el placer de la carne, sino con la alegría del espíritu. Pero, preguntará: ¿Qué es gozarse en el Señor? Esto dice el Apóstol acerca del Señor: "El cual fue hecho por Dios para nosotros sabiduría, como también justicia, santificación y redención." u Como el Señor es sabiduría, santificación y justicia, gozarse en el Señor es gozarse en la sabiduría, en la santificación y en la justicia. La vanidad mundana se elimina con la sabiduría; la impureza de la carne es suprimida por la santificación; y toda complacencia y adulación se reprimen con la justicia. Pues toda caridad nace, como dijo el Apóstol, "de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe sincera".¹⁹ Un corazón puro recibe la sabiduría, el pudor serena la conciencia, y la fe sincera adorna a la justicia.

Hay quienes se recrean en vanidades y burlas, en las pompas del siglo y en los espectáculos del mundo, en el estudio de la vanidad y en el goce de la falsedad. Éstos no se gozan en la sabiduría y, por lo mismo, tampoco en lo que es virtud de Dios, en la sabiduría divina. Otros, aunque de no peor condición, ciertamente más viles, en quienes apenas hay algo de hombres, a quienes la lujuria ha convertido en bestias, se recrean en desenfundados banquetes y en asquerosos deseos, porque no se gozan en la santificación, que consiste en la suavidad de la castidad, ni tampoco se recrean en el Señor, que fue hecho santificación para nosotros por Dios. Los que se gozan en la lisonja, en las caricias mutuas, en concesiones recíprocas, mientras evitan ofenderse se están acarreado el uno al otro la perdición, porque no se gozan en la libertad de la justicia. Ésos no se gozan en el Señor.

[112.] Luego, si te gusta charlar de cosas morales o de Sagrada Escritura, nos lamentaremos de las miserias de esta vida, o nos alegraremos en la esperanza de los bienes futuros, o nos recrearemos en la participación de algún común secreto, o suspiraremos juntamente por la visión beatífica de Jesús y de los bienes celestiales. Pero si, lo que a veces es provechoso, relajamos nuestra tensión de espíritu hacia cosas más comunes y jocosas, sea esto hecho con entretenimientos honestos y sin ligereza alguna, y que, aunque no de mucho peso, que ellos no carezcan de toda edificación. Gocémonos mutuamente en la santificación, para que cada uno posea su vasija, esto es, su propio cuerpo, en santidad y honor, y no en el desenfreno de sus malos deseos; gocémonos en la justicia para que, exhortándonos a un mutua espíritu de libertad en la corrección, sepamos que son mejores las heridas recibidas de un amigo, que los besos engañosos del enemigo.¹⁷

[113.] Estas son, amadísimo Padre [Bernardo], mis reflexiones sobre la caridad. Si su calidad, su ejemplo y el modo de desarrollar el tema te lo presentan como una imagen de la caridad, este libro podría titularse, como me decías Espejo de la caridad.

Te suplico: no lo muestres en público, pues acaso en vez de brillar en él la caridad, asome más bien la astrosa imagen de su autor; y si llegas a hacerlo para confusión mía, suplico al lector, por el dulcísimo nombre de Jesús, crea que no he realizado esta tarea por presunción, sino obligado por la autoridad paterna, por la fraterna caridad y por mi propia necesidad.

No obedecer al superior es falta grave, mientras que por el contrario es dulce y alegre tratar en espíritu sobre estas materias con algún queridísimo hermano ausente. Por eso, he

querido encadenar con los lazos de estas reflexiones las vagas e inútiles consideraciones de mi desordenado espíritu. Si alguien se aprovecha con la lectura de las ideas o afectos que en ellas encuentre, considere la calidad de mis fatigas e interceda ante el justo y misericordioso Juez por mis innumerables pecados.

TERMINA EL LIBRO TERCERO.

- 1 Mt. 11, 29.
- 2 Cf. 1 Jn. 2, 16.
- 3 Cf. 1 Tim. 6, 10.
- 4 Cf. Mt. 11, 29.
- 5 Cf. Heb. 4, 12.
- 6 Hch. 5, 41.
- 7 Jer. 9, 5.
- 8 San Agustín, Enarraciones sobre los salmos LIX, 8 (BAC: t. XX, pág. 509).
- 9 Cf. RB 34, 6.
- 10 Sant. 4, 1.
- 11 Los párrafos siguientes salen al encuentro de una de las críticas fundamentales que los cistercienses debieron enfrentar, dada la dureza de su vida. Como era habitual entre los escritores de la Orden, no se atenúa la severidad, sino se la exalta como elemento básico en la configuración con Cristo que toda esta conversatio propone. Cf. Guillermo de Saint-Thierry, Vita S. Bernardi, 7, 35.
- 12 Cf. Santo 3, 17.
- 13 Cf. Jn. 20, 26; 19, 34.
- 14 Es habitual en Elredo este recurso a la intransferible experiencia personal, iluminada por el testimonio evangélico. Cf. Inst., III, 151164, PC 4, págs. 142-147.
- 15 Cf. Ex. 33, 19.
- 16 Cf. 1 Coro 15, 31.
- 17 Cf. 2 Coro 7, 5.
- 18 ~f. 1 Coro 9, 27.
- 19 Cf. 2 Tes. 3, 8.
- 20 CL 2 Coro 11, 27.
- 21 Cf. 1 Tim. 2, 3.
- 22 Cf. 2 Coro 2, 4.
- 23 Cf. 2 Col'. 12, 21.
- 24 Cf. Rom. 12, 15.
- 25 Cf. 2 Coro 5, 2.
- 26 Cf. Flp. 3, 7.
- 27 Cf. Flp. 1, 23.
- 28 Cf. Gál. 6, 14.
- 29 Cf. 1 Coro 16, 22.
- 30 Cf. 2 Coro 7, 4.
- 31 Cf. Gén. 3. 15c.
- 32 Cf. Gén. 3, 14; Sal. 139, 4.
- 33 Cf. 2 Coro 11, 27.
- 34 Monje heresiarca italiano cuyas doctrinas sobre la ineficacia de la penitencia fueron condenadas en el año 390 por el Concilio de Milán. Cf. San Agustín, Sobre los méritos y el perdón de los pecados III, 7,
- 35 2 Coro 1, 3-4.
- 36 Cf. 2 Col'. 11, 23-25.
- 37 2 Coro 1, 4.
- 38 2 Coro 1, 5.
- 39 Cf. Flp. 3, 10.
- 40 Cf. RB 5, 12; 4, 60.
- 41 Cf. ídem., 5, 1-4. 7.
- 42 Cf. ídem., Prólogo, 50. 43 1 Coro 1, 7.
- 44 2 Cor. 4, 17.

- 45 Prov. 31, 6-7.
46 Cf. Sal. 103, 15b.
47 (:f. Canto 2, 5.
48 Prov. 31, 7.
49 Sal. 93, 19.
50 Cf. Mt. 7, 14.
51 Cf. RB 7, 36.
52 Cf. Mt. 5, 37; 2 Coro 1, 18-20.
53 La compunción experimentada por el díscolo del cap. anterior. Para lo que sigue, d. Introducción (3), págs. 33-34.
54 Cf. 1 Sam. 13, 13; 15, 10-23.
55 Cf. Mt. 10, 1. 7 ss.
56 Mt. 7, 22-23.
57 Núm. 23, 10.
58 Núm. 24, 15-16.
59 Núm. 24, 25; 25, 1-5; 31, 16.
60 Jue. 2, 4-5.
61 Mt. 27, 4.
62 Qo. 34, 30.
63 Cf. RB 7, 36; Prólogo, 3.
64 Sal. 76, 4.
65 Idem.
66 Sal. 115, 12.
67 Cf. Sal. 17, 17a.
68 Idem.
69 Cf. Sal. 17, 17b; 31, 6; 123, 4-5. 70 Cf. Sal. 114, 3a-b.
71 Cf. Le. 16, 24.
72 Cf. 1 Coro 10, 13.
73 Cf. 1 Coro 15, 43.
74 Sal. 25, 2.
75 Sal. 138, 23.
76 Cf. Sal. 41, 5.
77 Sal. 131, 14.
78 Cf. 1 Jn. 4, 18.
79 Prov. 1, 7; Sal. 110, 10.
80 Cf. 1 Coro 13, 2-8.
81 Cf. RB 48, 18. Cf. García M. Colombás, La Regla de San Benito (BAC: Madrid, 1979, págs. 389-390).
82 Cf. Sal. 44, 3a.
83 Cf. Flp. 1, 23.
84 Sal. 119, 6.
85 Cf. 2 Coro 10, 17.
86 Jn. 6, 60.
87 Le. 14, 10.
88 Mt. 23, 6-7.
89 Le. 21, 34.
90 Mt. 5, 22.
91 Mt. 20, 26.
92 Mt. 7, 12.

93 Mt. 12, 36.
94 Rom. 13, 13-14.
95 2 Tim. 2, 4.
96 Gál. 5, 15.
97 1 Tes. 4, 10-12.
98 2 Tes. 3, 10.
99 Sant. 2, 1.
1 Santo 3, 14-16.
2 Santo 4, 4.
3 Sant. 4, 11.
4 1 Pe. 2, 11.
5 1 Pe. 2, 1.
6 1 Pe. 4, 11.
7 1 Pe. 5, 8.
8 1 Pe. 5, 2. 5.
9 2 Pe. 1, 4.
10 1 Jn. 2, 4.
11 1 Jn. 2, 15.
12 1 Jn. 3, 15.
13 Jud. 11-12.
14 Jud. 16.
15 Jud. 23.
16 Cf. Apoc. 3, 16.
17 Cf. Le. 11, 26.
18 Cf. Ex. 16, 3.
19 Cf. Sal. 65, 13b-14a.
20 Cf. Ex. 17, 7.
21 Jn. 14, 23.
22 Mal. 3, 14.
23 Sal. 72, 12-14.
24 Cf. Rom. 8, 36; Sal. 43, 23.
25 Heh. 14, 22.
26 1 Tes. 3, 3.
27 Cf. Ex. 15, 22-25.
28 Cf. Ex. 15, 27.
29 Cf. Ez. 16, 4 ss.
30 Mt. 7, 14.
31 Le. 22, 28.
32 Cf. Sal. 11, 7.
33 Cf. Sal. 67, 14.
34 Cf. Sal. 54, 7-8.
35 }jf. Ex. 16, 25-27.
36 Cf. Ex. 16, 16.
37 Cf. Ex. 16, 20.
38 Cf. Ex. 17, 8-16; d. Me. 9, 29.
39 Mt. 11, 30.
40 Cf. Mí. 5, 30.
41 Hch. 14, 22.
42 }ob 10, 15.

43 Cf. San Jerónimo, Carta 22,17, a Eustoquia (BAC: t. 1, pág. 173).

44 Cf. Gén. 3, 19a.

45 El abad, el maestro de novicios y el prior del monasterio.

46 Col. 3, 5.

47 Sal. 72, 22.

48 Cf. RB 34, 2. Cf. Rom. 2, 11.

49 Cf. RB 34, 1. Cf. Hch. 4, 35.

50 Es la cifra que se estima más adecuada para medir la población máxima alcanzada por Rieval, que fue una comunidad muy numerosa. Walter Daniel numera 140 monjes de coro y tantos como quinientos legos a la muerte de su abad. Cf. Powicke, a.c., pág. 38; véase especialmente nota 2 para la necesaria distinción entre *conversi* y *mercenarii*. Sabemos, por las ruinas, que las dimensiones (115 m de largo) de la iglesia del monasterio eran suficientes para con tener una multitud.

51 Cf. RB 5, 15. Cf. Le. 10, 16.

52 Cf. Charles Dumont, "Elredo de Rieval!. Introducción a su vida y a sus escritos", PC 4, pág. XI.

53 Cf. Sal. 140, 5.

54 2 Coro 11, 4. 14.

55 Jn. 14, 15.

56 Jn. 14, 21.

57 Jn. 14, 24.

58 1 Jn. 5, 3.

59 Se ignora la fuente (P. Dumont).

60 Ramil. 30, 2.

61 Por la brevedad del lapso de medición, y por su gran imprecisión. Eran instrumentos más o menos comunes en los claustros monásticos.

62 F. M. Powicke amplía sociopolíticamente (y aun mucho más) los motivos de este rechazo, aduciendo el origen foráneo (galés) último del ciclo de Arturo, que comienza a circular contemporáneamente a Elredo, básicamente merced a la amplia difusión que alcanza -en especial en los círculos cortesanos- la *Historia regum Britanniae*, fantástica saga redactada por Geoffrey de Monmouth (+ 1155), obispo de Sto Asaph. La historicidad de Arturo sigue abierta a discusión. Cf. Powicke, o.c., págs. lxxxvii-lxxxix.

63 Cf. San Agustín, Confesiones 1,13,27 (BAC: t. 11, pág. 91).

64 Sal. 6, 3.

65 Apoc. 3, 17.

66 Cf. Rom. 5, 5.

67 1 Coro 6, 17.

68 Homil. sobre los Evangelios, 30.

69 Jn. 14, 21.

70 Cf. Job 11, 7a.

71 Cf. 1 Tim. 2, 4.

72 Sigue dirigiéndose a su novicio.

73 Cf. Sal. 45, 3b.

74 El joven religioso a quien se dirige.

75 Jn. 14, 21.

76 Virgilio, Égloga 11, 65.

77 Cf. RB, Prólogo, 45.

78 Qo. 2, 1.

79 Cf. RB, Prólogo, 47.

80 Cf. RB 7, 35.

81 Cf. RB, Prólogo, 3; 3, 8; 4, 60; 7, 31.

82 Cf. Is. 66, 11. Cf. Guillermo de Saint-Thierry, Comentario al Cantar de los cantares 1, 37, PC 6, pág. 54; San Bernardo, Supo Cant., Sermón 9, 1-6.

83 2 Coro 1, 3 Y 4.

84 2 Coro 1, 5.

85 Sal. 30, 20.

86 Rom. 11, 8.

87 Cf. Míssale Romanum, oración "In spirítu humilitatis".

88 Cf. Mt. 3, 8.

89 Sal. 19, 4.

90 Mt. 7, 23.

91 Gf. Mt. 11, 30.

92 Flp. 4, 11-12.

93 Cf. Rom. 8, 35.

94 San Agustín, Confesiones X, 33, 49 (BAC: t. 11, pág. 434).

95 San Agustín, a.c., X, 33, 50 (ídem., pág. 435).

96 ¿El canto de la liturgia mozarabe? De España proceden, por otra parte, las primeras polifonías vocales.

97 Cf. Prov. 26, 11.

98 Cf. San Agustín, a.c., X, 34, 51 (id., pág. 436).

99 De San Antonio de Egipto, padre de los monjes y campeón ascético, cuya más que centenaria vida se extendió entre 250 y 356.

1 De San Macario, obispo de Jerusalén en el siglo IV. Hizo gestiones tendientes a descubrir los instrumentos y el esenario de la pasión del Señor. Se conserva una carta suya, de profundo contenido y perdurable valor para la vida monástica. Cf. la traducción francesa en Collectanea Ordinis Cisterciensium Reformatorem XXIV (1962), "Lettre de S. Macaire ases fils", págs. 56-59.

2 2 Coro 4, 18.

3 Sal. 44, 14.

4 Gál. 6, 4.

5 Cf. San Agustín, a.c., X, 35, 54 (id., pág. 438).

6 Quinto Horacio Flaco (65-8 a. C.), que en su Epístola a los Pisones dejó una verdadera ars poetica conocida y obedecida por toda la Edad Media.

7 La frase no está exenta de una retórica por otra parte habitual entre los Padres (d. San Agustín, a.c., III, 4, 7 rid., pág. 136]). Es conocida la devoción ciceroniana de Elredo. Cf. Am., Prólogo, 2, págs. 258-259 de este volumen.

8 Job 32, 19.

9 Dt. 6, 16.

10 1 Coro 10, 9.

11 Cf. 1 Jn. 2, 16.

12 Jer. 20, 8-9.

13 Cf. Mt. 11, 29.

1 Cf. Lev. 23.

2 Mt. 15, 26.

3 Cf. RB, Prólogo, 9.

4 Mt. 22, 37-40.

5 Ef. 5, 29.

6 1 Jn. 4, 20.

7 Mt. 22, 37.

8 Cf. Spec., 9 Cf. Rom. 12, 15.

- 10 Cf. 1 Coro 13, 4-7.
 11 Cf. Hch. 4, 32.
 1, 27, 71, nota 39. 12 Rom. 13, 9.
 13 Sal. 132, 1.
 14 1 Tim. 5, 8.
 15 Le. 14, 26. ,
 16 Cf. Spec., III, 26, 60.
 17 Ex. 20, 12.
 18 Cf. Spec., III, 25.
 19 Mt. 5, 43. Jesús cita Lev. 19, 18 para la primera parte del loguión ("amarás"). La segunda ("aborrecerás") no aparece en la Ley.
 20 Mt. 5, 46-47.
 21 Cf. Mt. 9, 21.
 22 Cf. Sal. 132, 2.
 23 Mt. 5, 44-45.
 24 Cf. Dt. 15, 12.
 25 Cf. Idem.
 26 Mt. 6, 12.
 27 Jn. 8, 34.
 28 Lc. 7, 48.
 29 Sal. 132, 1.
 30 Jn. 1, 14.
 31 Elredo hace hincapié en esta experiencia inmediata de Jesús, conseguida por la meditación (en el ejercicio de memoria e inteligencia) sobre los goznes de la imaginación -que recrea los episodios evangélicos- y el afecto -que se une a Jesús con sus mismos sentimientos-. Nuestro autor volverá más tarde sobre ello. Cf. Jesu. (redactado c. 1155), tratado en que Elredo pone ampliamente en juego su método, y -en un marco también didáctico- Inst. (c. 1162), 103-150; PC 4, págs. 21-58 y 127-142 respectivamente.
 32 Cf. Le. 2, 7.
 33 Cf. Le. 2, 25-32.
 34 Cf. Le. 7, 37. 35 Cf. Mt. 9, 10.
 36 Cf. Jn. 8, 3-11.
 37 Cf. Mt. 5, 44 ss.
 38 Sal. 44, 3.
 39 Cf. Mt. 26, 27; 27, 30. 40 Cf. Me. 14, 55.
 41 Cf. Jn. 19, 1; Mt. 27, 26. 42 Cf. Mt. 27, 29.
 43 Cf. Le. 22, 63-65.
 44 Cf. Mt. 27, 35.
 45 Cf. Jn. 20, 25.
 46 Cf. Jn. 19, 34.
 47 Cf. Mt. 27, 34.
 48 Cf. Jn. 19, 29.
 49 Is. 53, 7.
 50 Le. 23, 34.
 51 Cf. 1 Coro 2, 8.
 52 Cf. Jn. 5, 18.
 53 Cf. Mt. 26, 63-66.
 54 Cf. Mt. 26, 5.
 55 Cf. Is. 53, 3e, Canto 5, 2.

- 56 ef. Sal. 99, 3a.
 57 ef. Lev. 25, 8-17.
 58 ef. Jn. 7, 39.
 59 ef. Rom. 5, 5.
 60 En los dones que clásicamente se atribuyen al Espíritu. ef. Is. 11, 2.
 62 Cf. 1 Tim. 6, 10.
 63 Dt. 6, 13; Mt. 4, 10.
 64 Mt. 5, 43.
 65 Dt. 6,5; Mt. 22, 37. .
 66 Lev. 19, 18; Mt. 22, 39.
 67 Filem. 20.
 68 Os. 4, 12.
 69 Cf. 2 Sam. 13, 28-29>
 70 Cf. 2 Sam. 15, 1-14.
 71 Cf. 2 Coro 11, 26.
 72 Flp. 4, 12-13.
 73 Cf. 1 Sam 18, 1-5.
 74 1 Sam. 18, 1.
 75 Cf. Me. 10, 17-21.
 76 Cf. Ex. 2, 16-21.
 77 ef. 2 Sam. 17,27-29; 19,33.
 78 Cf. 1 Re. 2, 7.
 79 Ef. 5, 29.
 80 Is. 49, 15.
 81 1 Tim. 5, 8.
 82 Cf. Gén. 47, 29-30.
 83 Cf. 1 Re. 3, 16-28.
 84 1 Re. 3, 26.
 85 Cf. Gén. 42, 9-17.
 86 ef. Gén. 42, 24.
 87 Cf. 2 Sam. 18, 1-19, 8.
 88 2 Sam. 18, 5.
 89 Cf. Le. 19, 41-44.
 90 Cf. Rom. 9, 3.
 91 Cf. Ex. 1, 15-16.
 92 Cf. Ex. 2, 2.
 93 Hb. 11, 23.
 94 Cf. Ez. 2, 6-10.
 95 Cf. 2 Sam. 11, 2-3.
 96 Cf. 2 Sam. 11, 14-17.
 97 Cf. 1 Re. 11, 1-8.
 98 Cf. 1 In. 4, 10.

99 No es claro a qué se refiere Elredo. Sin duda nuestro autor tiene en mente, quizá de no muy buena fuente, la literatura escatológica judía, que por supuesto no profesa este craso materialismo que el abad le adjudica. Por otra parte, la manera de referirse a los israelitas es ya una fórmula establecida en la Edad Media.

1 Elredo desarrollará luego extensamente este concepto. Cf. Am., III, 85 ss., págs. 323 ss. de este volumen.

2 Qo. 7, 17.

- 3 Cf. Hch. 12, 25; 13, 1-3.
 4 Hch. 13, 2.
 5 2 Tim. 1, 3-4. 6 Le. 14, 26.
 7 Idem.
 8 1 Tim. 5, 8.
 9 Ef. 5, 29.
 10 Le. 14~ 26.
 11 1 Tim. 5, 8.
 12 2 Tim. 3, 2.
 13 2 Tim. 3, 2-4.
 14 Jn. 12, 25.
 15 San Agustín, In Ioh, 51, 10.
 16 Cf. Sal. 10, 5.
 17 1 Jn. 2, 16.
 18 Cf. Gén. 42, 24.
 19 Gén. 37, 12 ss.
 20 Cf. Lc. 19, 41.
 21 Cf. Lc. 19, 43-44.
 22 Joel 3, 3.
 23 Cf. Sal. 12, 2; 76, 9.
 24 Is. 42, 14. La severidad de Elredo encontrará años más tarde auditorios oficiales cuando hable ante el Sínodo de los obispos del reino, d. PC 5, págs. 311 ss. El futuro abad de Rieval participa de un movimiento de reforma' eclesiástica muy profundo, que afecta no solamente a los monjes.
 25 Cf. Spec., III, 25.
 26 Elredo desarrollará estos fundados temores más tarde, cuando cerca de 1162 redacte para su hermana reclusa una Regla de vida monástica. Cf. Inst., 1, 23. 25-27, PC 4, págs. 96-97.
 27 Cf. Gén. 22, 1-10.
 28 Cf. 1 Sam. 22-23, Elredo parece impresionado por este episodio en particular, y vuelve a él años más tarde en Am. III, 90-96.
 29 1 Sam. 23, 17.
 30 Cf. 1 Sam. 14, 1-14.
 31 2 Sam. 1, 22.
 32 Cf. Gén. 37, 3-4.
 33 Cf. Núm. 12, 1-3.
 34 Cf. 1 Re. 2, 25.
 35 Cf. 1 Sam. 20, 41.
 36 Cf. 2 Sam. 18, 9-15.
 37 Cf. 2 Sam. 19, 1.
 38 Cf. 2 Sam. 19, 6-8.
 39 Cf. 2 Sam. 19, 9.
 40 Ef. 5, 29.
 41 Mt. 26, 39.
 42 Idem.
 43 Tito 2, 12.
 44 Cicerón, Pro Rege Deiotaro IX, 26. Elredo toma la cita de san Agustín, De beata vita 31. modificándola ligeramente (P. Dumont).
 45 Tito 1, 15.
 46 Cf. 1 Tim. 4, 3-4. Pero Elredo puede referirse a la herejía cátara, que es de su siglo.
 47 Le. 21, 34.

48 1 Tes. 4, 4.

49 1 Tim. 2, 9.

50 1 Coro n, 20-21.

51 El ayuno eucarístico no es, claro está, una "costumbre apostólica" como pretende Elredo, aunque por supuesto la práctica del ayuno -a secas- está ampliamente re~timoniada tanto para Jesús (cf. Mt. 4,2, etc.) como para los Apóstoles (cf. Hch. 27, 9 Y 2 Coro 6, 5; n, 27, aunque no sabemos si estos "numerosos ayunos" son voluntarios o los imponen las penosas circunstancias de la misión). De todas formas, su gran antigüedad está atestiguada por Agustín (cf. Epist. ad Januarium, 8, PL 33, 202), quien ve en Pablo al iniciador de la práctica. Nada seguro sabemos al respecto e incluso debemos recoraar que los Apóstoles no pueden haber comulgado en ayunas, ya que la Eucaristía estaba íntimamente ligada al ágape fraterno. El ayuno eucarístico en cuanto tal tardaría en generalizarse y debemos esperar hasta el Tercer Concilio de Cartago (397) para ver exigida su observancia -con la venerable excepción del Jueves Santo, en que la Eucaristía seguía celebrándose en el marco de una comida, para recordar más acabadamente la última cena de nuestro Señor-.

52 1 Coro n, 22.

53 1 Coro 10, 28.

54 Cf. Tob. 2, 19-22.

55 Tob. 2, 21.

56 Mí. 3, 8.

57 Esta moderación ascética parece haberla aprendido Elredo en su propia carne. Cf. Vita Ailredi XVI, ed. Powicke, pág. 25; Inst., II, 70, PC 4, pág. 113; SOner, 23, PL 195, 454.

58 De instituendis ab renuntiantibus, Libro IV de las Instituciones, Ed. Rialp, Madrid, 1957, págs. 105-165. La gran autoridad de Casiano está atestiguada desde antiguo. Cf. La actitud del mismo Benito, RB 73, 5.

59 Sal. 53, 8.

60 Mt. 19, 21.

61 Mt. 19, 12.

62 Cf. Lc. 9, 62.

o Se desconoce el autor de esta carta, que se ha perdido. Citando este anónimo corresponsal a Pedro el Venerable, se ubica así en plena controversia entre monjes blancos y negros. Por ello mismo es imposible atribuir este panfleto sobre la profesión monástica a un canónigo de san Agustín (P. Dumont).

63 Cf. RB 58, 17-18.

64 Cf. RB 51; 66, 6-7; 67.

65 Cf. RB 48, 2-3. 6-8.

66 Cf. RB 39, 1-5.

67 Cf. RB 40, 1-7.

68 Cf. RB 22, 1-2; 55, 15.

69 Cf. RB 55, 13.

70 Cf. RB 37.

71 RB 37, 2.

72 Cf. RB 48, 4-5. 10.13.14. 17-18.

73 Cf. RB 48, 22-23.

74 Cf. RB 39 Y 40.

75 Cf. RB 55.

76 Cf. RB 8, 1-2. 4; 10, 1-2; 11.

77 Cf. RB 55, 15.

78 Cf. RB 42, 1. 8. 11; 38, 5; 48, 5; 52, 2. 78 Cf. RB 42, 1. 8. 11; 38, 5; 48, 5; 52, 2.

79 Véase más arriba, nota 72.

80 Cf. RB 19. 81 Cf. RB 41. 82 Cf. RB 53. 83 Elredo se hace eco de la *Vita S. Mauri* compuesta por el pseudoFausto (Odo de Glanfeuil). Del Mauro mencionado por Gregario Magno (d. Diálogos 11, 3. 7 et passim), no sabemos nada fuera de lo referido por el biógrafo de San Benito. Cf. David Hugh Farmer, *The Oxford Dictionary of Saints*, Clarendon Press, Oxford, 1978, pág. 273.

84 Cf. RB 36, 9.

85 Cf. RB 5, 14. 86 Cf. RB, Prólogo, 47.

87 Cf. RB, Prólogo, 45 ss.

88 Cf. RB, Prólogo, 47.

89 Cf. Pedro el Venerable, *Epist. 28, ad Dominum Bernardum*, pfs. I y XX; G. Constable, *The Letters of Peter the Venerable*, I. Harvard University Press, 1967, págs. 60 y 98 (P. Dumont).

90 San Agustín, *Exposición de la epístola de san Juan a los partos*, 7, 8 (BAC: t. XVIII, pág. 304).

91 Cf. Is. 22, 13.

92 RB 58, 18.

93 RB 41, 5.

94 RB 48, 9.

95 RB 48, 24.

96 Rugo de Saint-Víctor, *De meditatione*, III, 6-7; *Six opuscles spirituels*, Sources Chrétiennes, NQ 155, págs. 56-58 (P. Dumont).

97 Mt. 22, 39.

98 Mt. 16, 26.

99 Rom. 9, 3.

1 Cf. SJ?~c., III, 29.

2 Ef. 5, 29.

3 Cf. Mt. 26, 39.

4 Cf. Mt. 22, 39.

5 1 Jn. 3, 16.

6 Flp. 2, 4.

7 1 Coro 10, 33.

8 Rom. 9, 3.

9 Sal. 39, 9.

10 Elredo se inspira en la descripción contenida en Génesis 6 y 7.

11 Filem. 20.

12 Cf. Jn. 13, 23.

13 Jn. 13, 23; cf. 19, 26.

14 1 Coro 1, 30.

15 1 Tim. 1, 5.

16 2 Coro 4, 7.

17 Cf. Prov. 27, 6.